Folletines de "La Unión"

LAS AVENTURAS DE "CUATRO REMOS"

POR

DANIEL BARROS GREZ

INTRODUCCION

En los principios de la segunda mitad del decenio de 186., paseábame un día por la ribera de la rada de Valparaíso, sin rumbo fijo y sin otro fin que el de gozar de la vista de la bahía sembrada de toda clase de embarcaciones. Hallábame en frente de los almacenes fiscales, entretenido en ver el vaivén de las ensortijadas olas, que yo jamás me canso de mirar, cuando un ruido de personas que se sintió a mi espalda me hizo volver la cara. Eran cuatro o seis jornaleros, acompañados de ocho o diez muchachos, que marchaban agrupados. Dos de aquellos llevaban sobre sus hombros una especie de angarilla fabricada, o más bien dicho, improvisada con dos trozos de remos, que sostenían algunas traviesas atadas con cordeles. Sobre las angarillas se veía algo como un pequeño cadáver envuelto en un pedazo de esta tela de cáñamo que en Chile llamamos **gangocho** y que los españoles denominan angeo. Una mortaja tan modesta indicaba la pobreza en que, sin duda, había vivido aquel difunto antes de serlo. Al ver que el convoy fúnebre marchaba hacia el poniente, esto es, alejándose del cementerio, pensé en si aquel cadáver sería el de algún varioloso, y un secreto instinto me hizo dar algunos pasos atrás. El convoy pasó, y tras él ví que lo seguía un hombre cuyo aspecto produjo en mí una impresión indefinible, mezcla de horror y de compasión al mismo tiempo. Figúrese el lector un cojo marchando sobre su pie izquierdo, apoyado en un par de muletas y con la pierna derecha encogida y cortada cerca de la rodilla; el brazo izquierdo, al parecer seco, y el cuerpo tan encorvado hacia adelante, que semejaba llevar una gran joroba sobre la es-

raída; imagínese una cara cubierta de cicatrices, surcada por costurones y profundas arrugas, con un ojo de menos, la nariz cortada y el labio superior tan lleno de hendeduras, que no le permitía cubrir por completo el único diente que quedaba en aquella mandíbula: agregue, por fin, a todo esto, escasos mechones de canas, que aparecían por debajo del ala del viejo sombrero de pita, y por fin una poblada barba, blanca como la nieve, que le bajaba casi hasta la rodilla de la pierna encogida, y tendrá el hombre que seguía, con trabajosos pasos, aquel extraño convoy. La profunda tristeza y el gran recogimiento que se echaba de ver en la actitud del cojo, me hicieron creer que el cadáver debía pertencer a algún deudo o amigo muy querido. Quise dirigirle la palabra, pero él iba tan abstraído en su dolor, que pasó adelante sin fijar su atención en mí.

Picada mi curiosidad de una manera irresistible, y sin darme yo mismo cuenta de los diversos sentimientos que la vista de aquel sér tan desgraciado había despertado en mi espíritu, seguíle a lo lejos. Era el único de todo el cortejo que manifestara una profunda tristeza, la cual formaba contraste con la algazara de los muchachos y las risas un tanto descompuestas de algunos jornaleros. Sólo dos de éstos parecían sentir verdaderamente el vacío que aquel muerto dejara sobre la tierra.

Después de unos diez minutos de marcha llegó el convoy a una gran roca cortada a pico, que parecía interrumpir el camino entre el mar y el cerro. Bajaron las angarillas, y los jornaleros, turnándose, cavaron una fosa al pie de la roca. Yo me paré como a media cuadra de distancia, pero el cojo siguió hasta llegar al punto en donde se estaba abriendo la sepultura. Yo no separaba mi vista de aquel hombre, y ví que acercándose a las angarillas, inclinó su cabeza sobre el cadáver, en doliente actitud. Cuando los jornaleros lo tomaron para meterlo a la fosa noté que el cojo lo abrazó; y no me quedó duda de que sus lágrimas cayeron sobre la burda mortaja. Cubrieron de tierra la sepultura y uno de los jornaleros plantó en ella un palo a guisa de señal. Hecho esto volviéronse a la ciudad, seguidos de los muchachos, dos de los cuales habían atado al palo hincado en la sepultura, otro trasversal, convirtiéndolo así en una cruz grotesca. Sólo quedó el cojo, al cual ví sentado en una piedra, no lejos de la sepultura, y con la cara entre las manos, como si llorara.

Era tan profundo el dolor que aquel desgraciado manifestaba, que me encaminé hacia él, se levantó de su asiento, y sin mirarme, acercóse lentamente a la sepultura.

—¡Adiós, amigo! dijo, mirando al pequeño montón de tierra que cubría los restos del sér querido. ¡Adiós! Yo volveré a visitarte...

Y al alzar los ojos acertó a mirar la grotesca cruz que los muchachos habían fabricado. Víle hacer un movimiento de dis-

gusto; y con una viveza de acción muy ajena de su miserable estado físico, acercóse a la cruz, desató prontamente el cordel que ataba los palos, y arrojó lejos de sí el que formaba los brazos del signo de la redención. Yo quedé más y más admirado, pues no hallaba cómo podía avenirse aquella última acción del cojo con los sentimientos de piadoso amor que acaba de manifestar. ¿Si será un loco? me pregunté a mí mismo.

La contestación a esta pregunta la encontré en la mirada que el cojo me lanzó al volverse, como para ponerse en marcha hacia la ciudad. Aquella mirada, aquella fisonomía no eran la de un loco, porque aun cuando él manifestó cierta extrañeza al verme de repente (pues se creía solo), rehízose en un momento, y, con tono benévolo, aunque triste, me dijo:

—Tal vez Ud. ha creído, señor, que yo no soy cristiano, cuando me ha visto deshacer esa cruz; pero sepa que lo he hecho precisamente porque respeto mucho este signo sacrosanto y me ha disgustado sobremanera que esos muchachos lo profanasen colocándolo sobre esta sepultura.

—Pero, según creo, le respondí, esta sepultura es la de un amigo suyo.

—Sí señor: es la del más leal amigo que tenía aquí en este mundo.

—¿Y por qué puede profanarse la cruz al colocarla sobre la tumba de un cristiano?

—Mi buen amigo no era cristiano, me respondió él sonriéndose tristemente. No era tampoco un hombre...

—¿Y qué era?

—Un perro, me respondió él mostrándome la tumba con el dedo índice de su flaca mano.

Yo me quedé mirando al cojo sin pronunciar una palabra, pero mi elocuciosa mirada parecía decirle: "¿Por acaso un perro merece tales manifestaciones de sentimientos?" Tal fué, sin duda, la interpretación que él dió a mi mirada, pues prosiguió:

—Sí, señor, un perro... Pero un perro extraordinario, cuya conducta ha contribuído a reformar mi ser moral. Tal vez Ud., no me creerá, continuó él, notando la sorpresa que me causaban sus palabras; pero la verdad es que nada puede compararse a lo que me ha pasado con este portentoso animal durante una serie de años.

En seguida me relató una multitud de hechos, a cuál más admirable, y por los cuales vine en conocimiento de que mi interlocutor había en otro tiempo frecuentado la alta sociedad, de donde, por su mala conducta, había descendido al grado de miseria en que se encontraba. La relación de aquel hombre, justificando ante mis ojos el dolor que lo había visto manifestar, llevaba además el sello de la veracidad, por la bonomía y el tono de arrepentimiento con que él mismo contaba sus propias faltas.

Llegados a la población, le manifesté mis deseos de oír detenidamente los sucesos que me había narrado al acaso, a fin de formar de todos ellos un cuerpo de historia, cuya lectura podría ser muy útil a toda clase de personas.

—Yo también deseo que se publiquen estos hechos admirables, me dijo el cojo; y a este fin comencé, hace tiempo, a dictárselos a un amanuense según me han ido viniendo a la memoria. Hay ya escritos centenares de pliegos, y respecto de los hechos que no he visto por mis propios ojos, han sido escritos y recopilados por otros testigos oculares como yo. En mi casa tengo reunidos todos estos papeles; y si Ud. desea verlos, tendré un verdadero placer en mostrárselos.

Acepté la oferta; y, montados en un coche, llevóme el buen cojo a su casa, situada no lejos de la Plaza de la Victoria. Allí vivía en unas piezas aseadas y cómodas, asistido por una vieja, la cual en cuanto lo vió empezó a llorar a mares, recordando la irreparable pérdida del querido can.

Yo empecé a hojear los cuadernos manuscritos que el cojo me presentó; y a medida que los iba leyendo, me iba interesando más y más, a pesar de la incoherencia, de la falta de estilo y la pésima letra y más que pésima ortografía de algunos de ellos. No pudiendo examinarlos todos, ni extractar los párrafos que yo pensaba aprovechar, pedíle el cuerpo entero de los manuscritos: y él me los cedió generosamente, permitiéndome hacer de ellos el uso que mejor me pareciese.

Ahora bien, querido lector, el uso que de tales papeles he hecho, ha sido sacar de ellos los sucesos más importantes para redactar esta historia, que ojalá te sirva de útil entretenimiento.

PRIMERA PARTE

Permítanme los hombres de corazón y que saben amar, dedicarles la primera parte de la presente historia.

El Autor.

CAPITULO I

Una pelea de perros

¡Una pelea de perros! exclamará el impacfente lector, al ver el epígrafe del primer capítulo de esta maravillosa historia. ¿Qué clase de cuento es éste que comienza por una pelea de perros? Al que así dijera, yo le respondería: No se asuste Ud., señor lector, y vamos por partes: en primer lugar; esto no es un cuento sino la historia de un sér viviente real y verdadero, que, aun cuando perteneció a la raza canina, supo hacerse merecedor de las simpatías con que lo honraron mil individuos de la raza humana, lo cual no es dable decir de muchos hombres. Ahí está el noble pueblo de Valparaíso, que no me dejará mentir, pues que en el corazón de una gran parte de sus habitantes vive todavía el grato recuerdo de las loables acciones con que "Cuatro Remos" supo ilustrar los últimos años de su vida. En segundo lugar, por lo que atañe a esto de comenzar la historia por una pelea de perros no responderé otra cosa sino que hay muchas historias de hombres, de reyes y hasta de grandes y civilizadas potencias, que no solamente comienzan, sino que también concluyen por peleas de hombres. ¿Por qué, pues, no han de hacer los perros lo mismo que hacen las gentes?

En el tercero y último lugar, debe tener entendido el lector discreto que, ya sea esto un cuento o una historia, es una gran verdad la de que cada cual sabe su cuento, y Dios el de todos, así como es otra verdad la de que cada uno cuenta su historia como la sabe, y lo que yo sé muy bien, por haberlo leído en varias crónicas y mamotretos, es que ahora muchos años los habitantes del pacífico barrio de la Cañadilla de Santiago fueron testigos de la más espantosa, descomunal y bulliciosa pelea de que hacen mención los anales de la raza canina.

El lugar de la escena era la Avenida de la Cañadilla, como cuatro cuadras al norte del puente de Calicanto. Con esto y con decir que la cosa pasaba por los meses de Junio y Julio se echará bien de ver que aquello estaba convertido en un gran lodazal. Así era la verdad. Figúrese el lector una gruesa capa de lodo que no sólo cubría el pavimento de la calle, sino que invadía más o menos los **cuartos redondos** y las puertas de calle de las casas principales; e imagínese en seguida que sobre aquel lodo, más o menos espeso y pegajoso, se revuelve en confuso torbellino un nudo o madeja de veinte y tantos perros, que gruñen y gritan, ladran y se muerden animosamente como si fueran los ciudadanos de una gran nación que tratasen de hacer imperar la justicia y el derecho público. Así logrará tener una idea de aquella furibunda escena. El núcleo de la riña estaba formado por un gran ovillo de canes que rodaba sobre sí mismo y sobre el barro de la calle, mientras que otros se contentaban con ladrar a respetuosa distancia, formando un círculo que se extendía o se estrechaba con las peripecias de la lucha. Varios "quiltros" atrevidos solían arremeter hacia el grupo central para alejarse bien pronto aullando y gritando lastimeramente, y probando así que el que es pronto en atacar es también pronto en huír. Los tiples aullidos de los quiltros acompañaban a los ladridos tenores, los que también eran acompañados por los roncos y bajos gruñidos de aquello que muy bien podía llamarse música de la batalla perruna. Los combatientes seguían mordiéndose sin descanso y se revolvían sobre el barro, poniéndose como ropa de pascua. Al que en un momento estaba debajo, se le veía de repente subir sobre los demás para volver a hundirse en aquella vorágine espantosa que parecía rodar en torno de un centro movible. Porque el tal núcleo de perros se movía, ya hacia el sur, ya hacia el norte, y con él, se movían también en el círculo ladrador, entremezclándose con los hombres, las mujeres y los chiquillos, que armados de garrotes, trancas, escobas y piedras rodeaban la batalla y gritaban a una con los combatientes.

Ya apenas se distinguía el color natural de los encarnizados animales por el lodo de que se habían cubierto, cuando pareció de repente abrirse el nudo de la pelea, saliendo del centro un can cuya cabeza se alzó majestuosamente sobre la de sus furiosos ene-

migos. Entonces pudo verse que aquel perro era el único objeto de la furia de todos los demás, pues todos los ojos y los hocicos se dirigieron contra él. Pero el tan cobardemente agredido era, sin duda, un perro de pelo en pecho, y tan esforzado como valiente, pues correspondiendo como bueno las tarascadas de sus adversarios, logró hacer una especie de vacío en torno de sí. En seguida saltó ligeramente por sobre sus enemigos, y corriendo hacia una gran piedra que no lejos estaba, apoyó sobre ella las espaldas y esperó de frente a sus agresores.

Entonces se puso de manifiesto la apostura y talento del héroe de esta historia, al cual, con perdón del lector, tengo que presentar por primera vez lleno de barro y de mordeduras. Pero no era esto ni la bravura de aquel can lo que más llamaba la atención de los circunstantes, sino la extraña figura que presentaba, pues la mitad superior de su cuerpo estaba cubierta con una especie de poncho de bayeta de castilla, cuyo color de hueso de lúcuma apenas se adivinaba por entre las manchas de barro. Sobre la cabeza llevaba una especie de bonete de lienzo, que había sido blanco, sujeto por debajo de la barba con una tira de trapo, la cual estaba enredada en un collar de cuero que rodeaba su pescuezo.

No parecía sino que alguien se hubiera entretenido en convertir en arlequín a un can tan respetable como aquél. De aquí la risa de unos, los gritos de otros y la admiración de todos al ver aquel perro vestido tan fuera de la moda de los perros. El pobre animal así ataviado no sólo tenía que sufrir los ataques de sus semejantes, que seguían amenazándolo con sus dientes desenvainados, sino que también era objeto de los dichos y de las pedradas que los concurrentes le lanzaban sin compasión. Las mujeres, sobre todo, lo mostraban con el dedo; y muchas decían que aquel perro no era perro sino gente, que parecía perro por arte diabólica. Tanto es lo que suele obrar en el ánimo femenino un trapo más o menos.

Con todo, risible o nó, el tal vestido no bastaba para dar al perruno personaje un aspecto ridículo; y el ojo despreocupado podía bien encontrar en él cierto aire de notabilísima distinción, que demostraba a las claras la nobleza de su origen, o si se quiere, de su cuna, por más que él no se hubiera criado en cuna. Apoyado de espaldas contra la piedra y medio sentado sobre sus patas traseras, tenía la marcial apostura de un valiente adalid de la edad media, desafiando él sólo a todo un ejército. No muy grande de cuerpo, pero fuerte de miembros, ancho de espalda, grueso de pechos y bien musculado, presentaba un cuello poderoso, y sobre el cual movía con gran agilidad y gracia la proporcionada cabeza, coronada por el bonete que no alcanzaba a cubrir las orejas, anchas y tiesas, despuntadas a cuchillo. Su mirada era fija e inteligente; sus ojos lanzaban chispas de coraje, sin ser de

aspecto feroz, su nariz ancha y partida en medio, denotaba la generosidad de su carácter al par que su bravura, y su boca rasgada de oreja a oreja, con el labio superior arremangado, presentaba un terrible par de mandíbulas, adornadas de blanquísimos dientes y de colmillos capaces de hacer tiritar al más atrevido ladrón.

Para completar el retrato del héroe, sólo me falta decir que su pelo era de un color indefinible, entre amarilloso y chocolate, obscuro en las espaldillas y el lomo, y claro, hasta ser blanquisco, en el pecho y vientre.

No he podido averiguar si, a causa del color, o por tener la cola cortada en la mitad, había merecido el nombre de Chocolate. Al menos tal era el que le daban las gentes que en aquel día presenciaban, sin saber estimar, el heroico denuedo con que se defendía contra tan crecido número de enemigos.

—Pues ya le digo a usted, decía una mujer, dirigiéndose a una vieja, que, de pie en la puerta de su cuarto, parecía no atreverse a salir a la calle; ya le digo, comadre Catita, que ese perro es el "choco" del sacristán de San Lázaro.

—¡Comadre Peta! interrumpió la señora Catita: ¿todavía está usted en creer que ese perro es un perro como todos los perros?

—Pues ¿no he de estarlo? respondió la Peta alzando la escoba que tenía en la mano. Y conozco muy bien al "choco" del sacristán y por más señas, que los niños lo llaman Chocolate.

—Déjese, comadre, de sacristanes, de chocos y de chocolates, replicó tenazmente la señora Catita. Yo soy una mujer de experiencia y conozco bien las uvas de mi majuelo. Por más que digan, ese perro no es perro. ¿No ve usted como está sentado, con poncho, sombrero y todo, como cualquier cristiano? Yo misma lo he visto por mis ojos andar parado y bailar el malambo y los olitas.

Es porque todo eso se lo ha enseñado el sacristán.

—¿De veras? dijo con incredulidad la testaruda vieja. ¿Y también le habrá enseñado el sacristán a venir a la plaza a comprar carne con su canasto?

—También, comadre Catita; y además sepa usted que el Chocolate sabe sostenerse sobre el lomo de un caballo, que da gusto verlo.

—A usted le dará gusto, comadre, pero a mí nó, porque tengo cristiandad.

—Pues yo también soy cristiana como mi madre.

—Así será; pero hay cristianas de cristianas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Digo lo que digo, porque soy mujer de experiencia, y aunque pobre, se muy bien dónde me aprieta el zapato, que si el difunto estuviera vivo, otro gallo me cantara. A mí no me hacen comulgar con ruedas de carreta, prosiguió la charladora vieja.

Yo no tengo las tragaderas tan anchas, porque soy mujer de años; y quien más vive más sabe. Venirme a mí con perros que andan con poncho, que bailan, que montan a caballo, que van a la plaza con su canasto en la boca y compran los menesteres para la cocinera, y luego que no se comen la carne que han comprado.... ¡Ah! comadre Peta, muy ciego es el que no vé por entre los dedos de la mano!

—Así es, respondió medio enojada la Peta; pero yo también he oído decir al señor cura que es más ciego todavía el que ve visiones en todas partes.

—¡Visiones! exclamó la señá Catita, haciéndose cruces. ¿Por acaso no sé yo también de memoria todo lo que dice los domingos el señor cura? Si usted tuviera la cristiandad bien asentada no creería que ese perro es perro.

—Y entonces ¿qué cosa es?

—No me haga hablar, comadre, que en boca cerrada no entran moscas.

—¿Por acaso cree usted que el Chocolate es brujo?

—No hay que creer en brujos, pero tampoco debemos fiarnos de ellos, respondió bajando la voz la señá Catita. ¡Ah! perrito, perrito! El que no te conoce que te compre; mas, no será la hija de mi madre la que crea en tus ladridos, ni la que le ayune las vigilias al sacristán que te enseña esas cosas!

—Vamos a ver: ¿y qué tiene usted que decir del sacristán?

—¡Vaya si tengo que decir! Pero, cállate, boquita.

—Un hombre bueno y cristiano a las derechas.

—¡Sí! Muy bueno el hombre y no le cumplió la palabra que le dió a mi sobrina.

—Pero, comadre Catita, eso fué porque...

—¡Porque ese hombre es un hereje y mal cristiano! Interrumpió con exaltación la vieja. ¿Qué me ha de decir a mí que lo conozco desde que nació?

—Pero si fuera mal cristiano no lo tendría el señor cura de sacristán, observó la Peta.

—En todo hay su más y su menos, comadre; y aunque el sacristán ande ahora en los altares y los santos, sepa usted que muchas veces detrás de la cruz está el diablo.

—Apuesto ocho a uno a que la señora Catita cree que el Chocolate es el diablo, dijo un muchacho que oía la conversación.

Oir esto la vieja y saltar furiosa sobre el muchacho con la tranca de su puerta alzada en alto, fué todo uno. Pero el muchacho, que parecía no hacer gran caso de la tranca de la vieja se contentó con dar algunos pasos hacia atrás, diciendo:

—No se caiga, señá Catita. No me pegue que ya no diré más en mi vida que el diablo es su compadre.

Maldito Cojuelo, atrevido, gritaba la vieja, esgrimiendo la tranca sin resultado alguno. ¿Quién te ha dicho, dominguejo des-

vergonzado con tus mayores, filósofo y mal doctrinado, quién te ha dicho que el diablo es mi compadre? Lo que hay de cierto es que el diablo es tu padrino, y como tal ya te tiene de su cuenta. ¿Habráse visto dominguejo más atrevido y desalmado? Pero ¿de qué me admiro cuando ahora les enseñan a los chiquillos unas cosas que....? ¡Vaya! En mi tiempo sí que había religión y cristiandad, y no ahora que hasta los niños gusto a leche se meten a hablar del demonio, sin temor alguno.

Por este estilo prosiguió echando pestes contra la irreligiosidad de los tiempos modernos la buena de la señá Catita, cuya cristiandad, como ella decía, consistía en temer más al poder del diablo que al de Dios. Las últimas palabras de la vieja se perdieron entre la gritería de la concurrencia, que en pocos momentos se había multiplicado, de una manera extraordinaria. Chocolate, que éste será por ahora el nombre de nuestro héroe, proseguía defendiéndose bizarramente de sus enemigos, y más de uno de éstos había sido puesto fuera de combate. Los circunstantes aplaudían con estrepitosos gritos la destreza del animal, tanto en defenderse como en ofender a dos o tres perros que más de cerca lo atacaban; pero nadie se comedía a prestarle el menor auxilio, fuera de algunas pedradas que de vez en cuando solían lanzar contra los cobardes agresores. Una de estas piedras cayó haciéndose pedazos con el choque sobre la roca misma en que se apoyaba Chocolate; y viendo sin duda éste que no era prudente seguir exponiéndose a los tiros de tan tremenda artillería miró en torno de sí y echó a correr como una flecha hacia el sur de la calle.

El largo rato que había permanecido sentado y a la defensiva más bien que a la ofensiva, le había devuelto las perdidas fuerzas, y corría con tal velocidad, que sólo dos de sus perseguidores habían conseguido acercarse en la carrera. Al romper las filas enemigas, un fuerte perro, llamado Barcino, le había cogido el poncho, que quedó entre los dientes de éste; y he aquí lo que salvó al fugitivo, pues desembarazado de la bayeta pareció como qué criara alas en los pies. Seguían a los perros las gentes de a pie y de a caballo que se habían reunido. La vocería era de ensordecer, y las pedradas que zumbaban en diversas direcciones daban a aquella desordenada multitud un aspecto temible. Al llegar al puente de Calicanto, vióse sobre la parte superior de la rampa un grupo de diez o doce soldados de caballería, los cuales, en vista de la muchedumbre de gente y de la **bala fría** con que parecía recibírseles, volvieron grupas y se dirigieron a todo escape hacia el **centro.**

¿Qué significaban esos soldados que parecían atraídos por la riña de perros? ¿Por qué ese repentino cambio de frente, al encontrarse con la multitud? El capítulo siguiente dará contestación a estas preguntas.

CAPITULO II

De como una pelea de perros puede hacer bambolear a un Gobierno de orden.

Cuentan las crónicas, en todo acordes con la tradición verbal de estos importantísimos sucesos, que no bien hubo comenzado la histórica pelea de perros, cuando empezaron a zumbar por sobre las cabezas de los concurrentes, esos proyectiles a que el vulgo de ultra Mapocho da el nombre de **bala fría,** y que Sancho Panza llamaba **peladilla de arroyo.** Algunos las lanzaban sobre los perros, otros sobre los tejados, y otros al aire, por el solo placer de lanzarlas. Entre los más empeñados en este fuego, tan usual entonces, estaba el muchacho aquél que tan mal rato causó a la irritada ña Catita.

Cansado, sin duda, de arrojar piedras con la mano, desató una honda de cuero que llevaba envuelta en la cintura; y cargándola con una piedra redonda, empezó a dar vuelta su arma en torno de su cabeza. Al mismo tiempo volvía los ojos hacia todas partes, como buscando un blanco. Pocos segundos le bastaron para encontrarlo, pues, a distancia de unas sesenta varas vió a un vigilante, que con la rienda de su caballo en la mano, dormía pacíficamente afirmado en un guardacantón. La piedra salió zumbando de la honda y fué a dar precisamente a la cabeza del policial, que estuvo en grave riesgo de ir a despertar al otro mundo. Librólo de tal emergencia su gorra de paño, y más que todo su pañuelo de algodón que dentro de ella tenía; y medio aturdido por el golpe, saltó maquinalmente sobre su rocín y echó a correr calle arriba, huyendo de la multitud, que él tomó por una gran poblada. Llegando al puente empezó a gritar a los que encontraba, diciéndoles que

se volviesen a la ciudad, pues en la Cañadilla, había estallado una revolución espantosa. En prueba de ellos se sacaba la gorra y mostraba el chichón que la artillería revolucionaria le había levantado sobre la mollera.

En vista de una razón tan evidente, hubo algunos que creyeron prudente el volverse a sus casas; otros se rieron sobre las mismas barbas del guardián del orden, y muchos, aprovechando la oportunidad de ser los primeros en dar una gran noticia, corrieron hacia el centro de la ciudad con toda la velocidad que sus piernas les permitían. Corrió la fatal nueva con la ligereza del rayo y bien pronto empezaron a cerrarse las tiendas de la calle del Puente. Algunos hablaban de una poblada como de dos mil hombres; otros la hacían subir a cuatro o cinco mil, y muchos juraban haber visto un escuadrón de caballería con lanzas y todo.

La noticia, por disparatada que hoy parezca, era entonces tanto más creíble y creída por ciertas gentes, cuanto que en aquella época los disturbios y revueltas se habían hecho demasiado frecuentes. La palabra **revolución** era pronunciada por todos, aunque de diversas maneras. Los opositores la pronunciaban en alta voz, como llamando a la revuelta, de la cual esperaban un cambio de cosas; y los gobiernistas la solían decir al secreto, como para no despertar el motín ni el disturbio.

En cuanto al Gobierno, trataba a veces de conjurar los desórdenes antes de que apareciesen, fingiendo revueltas y sorprendiendo motines imaginarios, con el fin de capturar a los opositores, que, si no se habían revolucionado, al fin habrían de hacer armas contra la autoridad, y, en todo caso, era bien ponerlos a buen recaudo. Y solía suceder que los fingidos motines se convertían en verdaderos disturbios, de manera que la prudente y previsora administración conseguía al fin espantarse del mismo espantajo que armaba.

No he podido averiguar si la autoridad creyó o fingió creer en la noticia llevada por el casi aturdido policial. Lo cierto del caso es que, no bien hubo resonado dentro del Palacio del Gobierno, la fatídica palabra **revolución**, cuando se vió salir gran cantidad de ordenanzas y correveidiles del Ministerio, llevando órdenes a todos los cuarteles, y recados a los principales jefes del partido. Obróse con tal prontitud que bien pronto se vió desfilar por la calle del Puente un piquete de caballería enviado a inspeccionar el campo. En seguida se reunió en la Plaza de Armas un batallón de infantería, pronto a marchar contra el enemigo, y poco después se oyó el ruido de las cureñas de dos cañones de buen calibre.

Apenas el piquete explorador de caballería hubo encimado el puente, cuando se encontró frente de una verdadera poblada; y no reparando ni en la naturaleza del enemigo que se le presentaba, ni en la vanguardia de perros que lo precedía, sólo tuvo ojos y oídos para ver las piedras que volaban y para oír el ruido que

hacían al caer sobre el pavimento. Volvieron, pues, inmediatamente a reunirse con la retaguardia, o más bien dicho, con el grueso de las fuerzas, que se hallaban en la calle del Puente.

Mientras los defensores del orden público conferenciaban sobre lo que más convenía hacer, el pobre Chocolate corría velozmente, perseguido de cerca por Barcino, que, como ya lo sabe el lector, le quitó el poncho, y por un tal Corbata, perro el más pendenciero y de peor carácter de todo aquel barrio. Bien debía comprender esto el choco del sacristán, pues aunque corría como un cohete, no perdía de vista a Corbata, a quien miraba a cada rato con el rabo del ojo, empleando bien sus fuertes y agudos colmillos, cada vez que su contrario se le ponía a tiro de tarascada. Al subir la rampa del puente, logró aventajar como un cuarto de cuadra a sus contrarios, lo cual, sin duda, despejó su entendimiento, pues se le ocurrió la feliz idea de meterse en una de las casuchas que están sobre el andén del poniente. Y sin saludar a la mujer que allí vendía dulces y loza de las monjas, saltó por sobre el mostrador de la dulcera y se colocó entre el mostrador y la pared para guardarse las espaldas. Con el hocico desmesuradamente abierto y la lengua temblorosa, que le caía más de un jeme, acesaba rápidamente; pero, a pesar del cansancio que lo consumía, se echaba de ver en su mirada fija sobre la puerta, la inquebrantable resolución de defenderse allí hasta morir.

La pobre dulcera, más muerta que viva, había salido corriendo a pedir auxilio a los vecinos, y bien pronto vió cómo otros dos perros más entraban en la casucha. Eran éstos Barcino y el feroz Corbata que al ver a su enemigo parapetado tras del mostrador, empezaron a ladrarle furiosamente. Dos minutos después llegaron los demás perros, que se formaron en batalla en frente de la puerta de la dulcería. Algunos, olvidando repentinamente su odio hacían presa en los dulces que el perseguido choco había desparramado por el suelo con su brusca entrada; los otros, azuzados por las personas que poco a poco iban llegando, manifestaban su rabia con roncos ladridos. El más atrevido de todos era Corbata, que ya tocaba con el hocico las tablas del mostrador. Chocolate lo miraba de hito en hito, ladrando lentamente, como para provocar a su enemigo, desafiándolo a que saltara sobre el mostrador, lo que al fin sucedió. Pero no bien hubo pisado sobre él el feroz Corbata, cuando, pronto como un relámpago, saltó también el bravo Chocolate, y haciendo presa en el gaznate de su enemigo, lo estranguló con un sólo apretón. Solo se oyó un alarido, y luego un aullido ahogado. Chocolate soltó entonces su presa, y al mismo tiempo que volvía a ocupar su puesto, el cadáver de Corbata caía del mostrador sobre su compañero Barcino, que dió dos pasos atrás.

—¡Viva Chocolate! exclamaron cien voces. ¡Mató al pícaro Corbata! ¡Viva! ¡Viva Chocolate!

—¡Y que digan que no es el diablo ese perro, decía la señá Catita al oído de la dulcera, que deploraba el estado de sus mercancías! Mire, prosiguió, yo traigo aquí palma bendita. Hágale la cruz de Salomón, y verá cómo arranca a perderse ese maldito perro, que es tan perro como mi madre.

La dulcera, que sólo pensaba en sus deteriorados bizcochos y confites, sin atender a lo que le decía la vieja, tomó un largo "coligüe" que le prestó un vecino, y metiéndolo por un portillo que en la pared de la casucha había, empezó a pinchar y a molestar como podía al pobre Chocolate. Por fortuna de éste, apenas le alcanzaba la punta del palo; y como viera todavía algunos enemigos en la puerta, no creyó prudente abandonar, por entonces, su inexpugnable asilo.

A ese tiempo los pacificadores del pueblo salían de la calle del Puente y subían la rampa sur de éste, precedidos por la caballería. El populacho, tan pronto como había visto las fuerzas del Gobierno, había empezado a dispersarse en diversos sentidos, mas no sin tirar las últimas pedradas, algunas de las cuales resonaron sobre las cureñas de los cañones. Gran parte de los perros había tomado también las de Villadiego, y sólo quedaban unos seis u ocho en la casucha, precedidos por Barcino, el cual se contentaba con gruñir, desde afuera, al choco del sacristán, aguijoneado implacablemente por la dulcera.

En esto llegó el escuadrón, y adelantándose su jefe, espada en mano, preguntó por la causa de aquel tumulto. Impusiéronle de lo ocurrido, pero él no creyendo, o fingiendo no creer en nada de lo que se le decía, juró en alta voz hacer un terrible escarmiento que sirviera de ejemplo a los pícaros opositores que cotidianamente estaban haciendo revoluciones contra el gobierno del orden. Y uniendo la acción a la palabra, ordenó a sus soldados que tomasen presos unos quince o veinte de lo más granado del populacho. La orden fué ejecutada en un santiamén, encerrando a los presos en un círculo de soldados, mientras las demás gentes, atemorizadas, se escabullían en diversas direcciones. Uno de los que más velozmente huía era el muchacho que ya conoce el lector, por haberlo visto insultar a la señá Catita, y lanzar aquella pedrada que tan a destiempo interrumpiera el pacífico sueño del policial. Uno de los soldados, más diestro que un gavilán, echó garra al pobre muchacho, el cual, sintiéndose cogido, hacía esfuerzos sobrehumanos por desasirse de entre aquellas tenazas de acero que le apretaban el cuello y el brazo derecho. Era aquel niño como de unos trece años de edad, bastante crecido, delgado de cuerpo, y de una musculatura fuerte y pronunciada, según podía verse por entre los harapos de que estaba cubierto. Unos calzones de mezclilla, rotos en las rodillas y en varias otras partes, una camisa a la que le faltaba la manga izquierda y la mitad de la derecha, un sombrero de chupalla en la cabeza, una honda de cuero en torno de la

cintura, una ojota en un pie y algo que fué zapato en el otro, tal era el equipo de aquel pilluelo, cuya terrible honda tendrá ocasión de ver obrar el lector más adelante.

Habiendo notado el jefe del escuadrón la gran resistencia que presentaba aquel niño, llamó al soldado que lo conducía, y le preguntó:

—¿Qué muchacho es ése?

—Es uno a quien llaman el Chimbero, mi capitán, respondió el soldado, y es conocido en todos estos contornos por el chiquillo más malo y enredista de lo criado.

—¿Qué dices tú?, preguntó el capitán al Chimbero, cuya maligna fisonomía se había cambiado instantáneamente en un aspecto de marcada imbecibilidad. ¡Hablad! gritó el oficial, viendo que el Chimbero nada respondía.

—Yo no sé hablar, señor, contestó éste, mirando a todos lados con aire estúpido.

—¿Cómo te llamas?

—Yo no me llamo nunca, señor, respondió el Chimbero, dejando caer el labio inferior y quedando con la boca abierta.

—Te pregunto qué nombre tienes.

—Yo no tengo nada, señorcito, por que soy muy pobre.

—Es un tonto, dijo el capitán.

—¡No le crea, señor oficial! gritó la señá Catita, apuntando con el dedo hacia el Chimbero. Este chiquillo es la pierna de Judas, y se hace el muerto para que lo velen. Póngalo preso por mi cuenta. Se llama Narciso, y es de la calle de la Recoleta.

Mientras hablaba la señá Catita, el astuto muchacho, sin dejar su aire estúpido, se había colocado entre el capitán y la casucha de la dulcera. Miró hacia adentro y vió a Chocolate, el que, sin duda, era amigo del Chimbero, pues empezó a mover la media cola que tenía. El Chimbero entonces dió un silbido particular, y el perro salió haciéndole fiestas. Acarició al animal y luego, con gran prontitud, corrió hacia el jefe, que seguía interrogándolo, y golpeando sobre el anca del caballo de éste, gritó:

—¡Aquí, Chocolate! ¡Choquito, aquí, aquí!

Saltó el perro sobre las ancas del caballo, el que al sentir las uñas del animal se encabritó dando un relincho de dolor. El capitán estuvo a punto de caer; pero logró sostenerse sobre la silla. Los soldados corrieron a auxiliar a su jefe, más el caballo no dió lugar a nada, pues mordiendo el freno, echo a correr como un potro chúcaro, aguijoneado por las uñas de Chocolate. Entonces se oyeron gritos, silbidos y zumbidos de piedras. Muchos de los soldados siguieron al desbocado caballo de su capitán, que había tomado hacia el oriente de la margen norte del Mapocho. Los soldados que quedaron no fueron bastantes para guardar a los presos, que huyeron al momento hacia la Cañadilla. Algunos disparos hechos por la infantería, que coronaba el puente, fueron contesta-

dos por varias nubadas de piedra. La confusión entre los soldados del Gobierno se hizo general, pues veían caer las piedras y muchos sentían su recio contacto, sin saber de dónde eran lanzadas. Los jefes, viendo que ya no tenían enemigos a la vista, dieron por terminada la jornada y resolvieron volverse a sus respectivos cuarteles a entonar el himno de la victoria. El Gobierno y las leyes del país se habían salvado.

En cuanto al Chimbero, viendo que no podía huír por el momento, se había aprovechado de la sorpresa general para entrarse en la casucha, cuya puerta cerró y atrancó por dentro. Dos o tres soldados quisieron echarle el guante y abrieron la puerta después de algunos esfuerzos; pero no les fué posible encontrar a nadie dentro de la dulcería. La dulcera se hacía cruces, pues había visto por sus ojos entrar al Chimbero; y ya estaba por creer lo que la señá Catita le decía, a saber, que aquel muchacho tenía pacto con el diablo, cuando uno de los soldados encontró debajo del mostrador un agujero en la pared, practicado al parecer mucho tiempo antes y cubierto con ladrillos sueltos.

—¡Ya dí en el quid! exclamó la dulcera. Ahora vengo a caer en cómo este pícaro chiquillo me estaba robando dulces desde ahora dos meses! ¡El era quien tenía abierto este portillo!

—No lo crea, hijita, le decía la señá Catita. Es el diablo en la forma de ese perro el que le dejó abierto el portillo antes de llevarse al oficial. ¡Pobre hombre! ¡Condenado a penas eternas!

CAPITULO III

De cómo Chocolate entró a servir al Cura de La Viñita.

En efecto, el bizarro capitán, valiente servidor de la patria, volaba por esas calles como alma que se lleva el diablo.

Al llegar a la plazuela de la Recoleta franciscana, el caballo torció sobre la izquierda, con grave peligro de los soldados que quisieron atajarlo, pues el desbocado animal dió a uno de ellos una terrible pechada haciéndolo rodar sobre el suelo; y abrióse camino en seguida por en medio de otros que más prudentes se hicieron a un lado dejando libre el paso. El caballo entonces corrió en línea recta por la Avenida de la Recoleta, con mayor rapidez que antes. Al ver a Chocolate tenerse tan gallarda y firmemente sobre su puesto, cualquiera podía echar de ver que no era aquella la primera vez que cabalgaba a la grupa. Iba sentado en medio de las ancas y con las manos apoyadas familiarmente sobre los hombros del capitán. En balde había tratado éste de deshacerse de tan incómodo compañero, pues por una parte, la espada que tenía antes en la mano se le había caído al principiar la forzada carrera, y por la otra, cada vez que trataba de hacer caer al perro, sentía en torno de su cuello las caricias de dos enormes mandíbulas, al mismo tiempo que halagaba sus oídos, un gruñido sordo que parecía decir claramente: **si tratas de echarme al suelo, te degüello de una tarascada.**

Casi todos los soldados se habían quedado ya muy atrás. Un soldado que iba más cerca de su jefe gritaba: **¡atajen! ¡atajen!** pero sin éxito alguno, pues los gritos parecían acelerar más y más la carrera del caballo que corría sin hacer el menor caso de las gen-

tes que de una y otra acera salían moviendo sus ponchos y sus sombreros para detenerlo. Así corrió hasta enfrentar con la iglesia denominada la **Viña**, la **Viñita** o la **Viñilla** (que con estos tres nombres aparece en las crónicas de aquellos tiempos).

Ya sabe el lector que esta iglesia, situada al pie del Cerro Blanco, es una especie de santuario dedicado a Nuestra Señora del Rosario de la **Viña**, denominada también la **chica**, en razón de que la pequeña y no muy perfecta imagen de la Virgen María que allí se adora, fué encontrada, según la tradición, en una viñita de aquella localidad. Aunque la iglesia no era parroquial, la mayor parte de los vecinos la miraban como si fuera su parroquia, pues el cura de **la Viña** (nombre que daban al capellán) hacía comúnmente el servicio de un verdadero párroco en razón a que predicaba la doctrina, confesaba, casaba y administraba los demás sacramentos, sobre lo cual habíale concedido el prelado privilegios que lo distinguían y lo elevaban a cierto rango sobre los demás sacerdotes del orden secular. Y en verdad que el excelente sacerdote merecía tales distinciones y prerrogativas, como lo verá el lector cuando haga íntimo conocimiento con él.

En el momento de pasar por allí el capitán con el perro a la grupa, las campanas de la capilla llamaban a la **Escuela de Cristo**; y aquel tañido tan simpático para los oídos del choco del sacristán, lo hizo parar las orejas al momento. Miró y vió al cura de pie en la puerta de la iglesia; y sin despedirse del capitán, cuyo caballo siguió corriendo, saltó al suelo, no sin experimentar el agudo dolor de sus heridas. Aulló lastimosamente y se dirigió en tres pies hacia la puerta del templo. Mas no alcanzó a llegar a donde el cura estaba conversando con dos caballeros de respeto, pues varios niños que jugaban a la "chueca" en medio de la calle, habiendo divisado el bonete de Chocolate, corrieron hacia éste con sus palos alzados. El pobre perro que, como todos los animales de su especie, temblaba nerviosamente ante un palo en el aire, puso en juego la pata herida que llevaba alzada; y aullando de dolor y de terror, corrió velozmente hacia la puerta de calle más cercana y entró por ella de sopetón y sin pedir permiso, como quien dice: aquí me entro, que llueve.

Y fué tan cuerda y acertada aquella resolución de nuestro héroe, que a demorarse algunos segundos más, habría recibido sobre sus magullados lomos una lluvia de garrotazos. Por fortuna lo había llevado su buena estrella a la misma casa ocupada accidentalmente por el capellán mientras se concluían de edificar las habitaciones de la capilla. Dicha casa estaba separada de la iglesia por la calle que desemboca en la gran avenida de la Recoleta al pie del cerro Blanco. El patio exterior era estrecho y rodeado de piezas. En medio había un naranjo, a cuyo pie se agazapó temblando Chocolate, sin despegar los ojos de aquellos palos con que los crueles muchachos lo amenazaban desde la puerta de calle. En

aquel momento salió de una de las piezas de la casa un joven como de veintitrés años de edad. Al verlo, el perrozó empezó a gemir, y luego se encaminó hacia él a pasos muy cortos, con la cola escondida entre las piernas y bajando humildemente la cabeza. No podía demandarse la hospitalidad con mayor elocuencia ante un corazón sensible; pero el del mozo no debía serlo mucho, pues respondió a la humilde petición, dando al pobre animal un recio puntapié, que lo hizo lanzar un alarido de dolor. En otras circunstancias, Chocolate se habría retirado al momento de aquella casa en donde con tal crueldad era recibido; pero veía los garrotes en la puerta de calle y no se atrevía a salir, antes bien echándose a los pies del mozo empezó a gemir lastimosamente como implorando su compasión. Irritado el joven por lo que él consideraba como terquedad de aquel animal, corrió hacia la puerta de calle, y arrebatando un palo de mano de uno de los niños, empezó a dar furiosos garrotazos sobre el desgraciado perro. A los alaridos que éste daba, salió de las piezas una preciosa niña, gritando con voz conmovida:

—¿Qué hay, por Dios? ¡Antonio! ¿por qué maltratas a ese animal?

—¡Cecilia! exclamó el joven, al ver a la niña pálida de emoción. No te asustes, mi querida prima, que no es más que un perro que acaba de entrar al patio, y al cual estoy echando fuera de aquí.

—¿Y por eso lo maltratas de un modo tan cruel? interrumpió Cecilia, acercándose poco a poco a Chocolate. ¡Siempre de mal corazón, Antonio!

—¿Y eres tú de mejor corazón para conmigo? repuso Antonio, mirando a la niña, que bajó los ojos sin responder una palabra. De todos modos prosiguió alzando la voz, un perro no merece tantas alharacas.

—Sin embargo, observó una voz ronca que hizo temblar a Antonio, (a quien se dirigía), sin embargo, amiguito, ese perro no merece ser tratado con tanta crueldad.

Era la voz del cura que en aquel momento aparecía en la escena. Alto de cuerpo, enjuto de carne, de color trigueño, perfectamente afeitado y de cabeza cana, el aspecto del señor cura de la Viña hablaba en su favor al momento de verlo. Cuando se conversaba un momento con él, se le quería, y si las relaciones se prolongaban por algún tiempo, se concluía por amarlo entrañablemente.

—¡Tío! exclamó el joven al ver al cura: como este animal no quería salir de aquí, creí necesario hacer uso de este palo.

—Jamás es necesario ser cruel ni aún con los brutos, dijo sentenciosamente el cura. Este perro viene perseguido, y con entrar aquí ha pedido auxilio a su manera. Negárselo sería crueldad, y entregarlo a sus perseguidores, una ferocidad atroz. ¡Venid!

gritó dirigiéndose a los muchachos, que aun permanecían cerca de la puerta de calle. ¡Venid acá, niños!

Estos fueron entrando poco a poco y a pasos muy lentos, después de arrimar sus "chuecas" contra las paredes del zaguán. Mientras tanto, Chocolate se había acercado a Cecilia, comprendiendo con ese notable instinto de la raza canina, que en la linda niña tenía un decidido protector. Agachó la cabeza humildemente debajo de la blanca y bien contorneada mano de Cecilia, como si demandara una caricia. Dióle ella cariñosas palmaditas, a las que él contestó gimiendo de una manera particular y moviendo vivamente la cola.

—¿Para qué le habrán puesto en la cabeza esta cofia? dijo Cecilia, desatando la tira de trapo con que estaba sujeto el bonete de Chocolate.

—Eso mismo decíamos nosotros, respondieron algunos de los muchachos que ya estaban en presencia del cura.

—¿Y por que venía así desfigurado queríais apalearlo? preguntó éste con voz severa.

—Nosotros no queríamos apalearlo, señor, replicaron dos o tres niños.

—¡No mintáis! dijo el capellán con aire de autoridad. Aprended a decir la verdad desde pequeños, y no agravéis vuestra maldad negándola, para que cuando seáis hombre tengáis más vergüenza de hacer el mal que de confesarlo. Yo mismo he visto que veníais persiguiendo con vuestros palos alzados a este pobre animal. ¿Qué mal os ha hecho?

—Ninguno, señor cura.

—Pues bien, si así tratáis a quien ningún mal os ha hecho ¿cómo tendréis después fuerzas para perdonar a quien os agravie? ¿No me habéis oído decir desde el altar que jamás debemos hacer mal a nadie?

—Así es, señor cura, respondió el niño que había hablado primero; pero como este perro no es una persona...

—También los brutos sienten, interrumpió el cura; y no porque éste sea un perro, está exento de sufrir dolores cuando se le mal trata. Sabed que a ningún hombre le es permitido causar voluntaria e innecesariamente el menor dolor, ya se trate de sus semejantes, ya de un animal cualquiera. Aun cuando los brutos no sepan comprender nuestros beneficios, debemos tratarlos con compasión, no tanto por ellos, cuanto por nosotros mismos, pues así le enseñamos a nuestro corazón a ser caritativo y bondadoso con nuestros semejantes.

Al llegar aquí sacó el cura su pañuelo de algodón azul, rayado a cuadros, y con el pañuelo salió también la caja de rapé, que, sin duda por equivocación, estaba en el mismo bolsillo. La caja cayó y rodó por el suelo; y al querer el cura alzarla, vió con admiración que el atento perro saltó sobre ella, la cogió con sus

dientes y se la pasó, haciéndole fiestas con la cabeza y la cola. En seguida volvióse hacia donde estaba Cecilia, de la cual parecía no querer separarse. Agasajólo de nuevo la niña, mientras el cura decía a los muchachos:

—Ved, hijos míos, cómo ese perro ha sabido ser más comedido y atento que todos vosotros, pues ni os habéis movido siquiera a hacerme este servicio, como él lo hizo, a pesar de los dolores que le cuesta moverse. Bien veo que alguien le ha enseñado a este animal a levantar del suelo las cosas y a entregarlas en la mano: ojalá vosotros aprendáis como él todas las cosas buenas que se os enseñen. Oid, prosiguió: el Señor me envía en este momento una buena idea: Decid a vuestros padres que os traigan mañana a oir la plática doctrinal de la misa.

En seguida, queriendo el buen cura agregar el ejemplo a sus palabras, llamó a su ama de llaves y en el instante apareció una señora entrada en años, pero que, a pesar de su edad y de su gordura, andaba con suma ligereza. Su traje, compuesto de una pollera de lana color café, de un estrecho corpiño de percal negro con pintitas blancas y de un rebozo de la misma tela y color que la pollera, correspondía a la severidad de su aspecto.

—Doña Josefa, le dijo el cura, mostrándole con el dedo a Chocolate, aquí tiene usted un alojado. Viene herido y extenuado de fatiga, y creo no tener necesidad de recomendárselo a usted. Hágale una cama en el pasadizo y cúrele las heridas. No se dirá, prosiguió mirando con intención a los muchachos que cuchicheaban entre sí, no se dirá que de la casa del cura ha sido rechazado un sér doliente y perseguido por enemigos gratuitos y malévolos. Daré hospitalidad a este animal hasta el día en que parezca su dueño, con tanto mayor gusto, cuanto que con el bien que se hace a un perro se gana uno siempre un fiel amigo.

Al oir esta palabra, Chocolate paró sus orejas, alzó el cuello, movió la cola y miró atentamente al cura. Este notó la viva e inteligente mirada del perro, y dando un paso hacia él, estiró la mano en que aun tenía la caja de rapé y con voz risueña le dijo:

—He, eh. Parece que quieres ser mi amigo.

Esta vez Chocolate se acercó al cura, dando muestra de gran placer; y arrebatándole la caja se la llevó a Cecilia, meneando la cabeza a uno y otro lado. Tomó la niña la caja y quiso pasársela al cura; mas el perro, cogiendo con la boca la manga del vestido de la niña, la obligó a entregarle la caja, que puso en manos de su dueño.

—¡Ya veo que deseas servirme y que quieres ser mi amigo! dijo el cura riendo y acariciando al inteligente animal. ¡Pues bien, seremos amigos!

Mientras el cura hablaba, Chocolate correspondía a sus agasajos con las más expresivas manifestaciones de placer.

—¡Jesús María! exclamaba doña Josefa; bien parece que entendiera lo que se le dice.

—Es evidente, dijo el cura, reflexionando que Amigo era el nombre de este perro; y de aquí el placer que manifiesta al oir esta palabra. Si ello es así, él mismo nos ha dicho su nombre. Probemos.

Diciendo esto, se retiró y dijo en alta voz.

—¡Amigo! ¡Amigo! ¡Ven acá, amigo!

Chocolate se dirigió rápidamente hacia el cura, lanzando al fin un aullido de dolor, ocasionado por la viveza de los movimientos que hizo.

—Basta de pruebas, amigo mío, le dijo cariñosamente el cura. Si éste no es tu nombre, yo te lo doy, y desde ahora te llamamos Amigo mientras permanezcas en mi poder. Estás en tu casa; véte a que te den de comer y te curen las heridas.

Llamó doña Josefa al perro, dándole el nuevo nombre de Amigo; y acompañada de Cecilia, lo condujeron al patio inferior, en donde había un cuarto pequeño y desocupado que destinaron al alojado de cuatro patas.

Habiendo repetido el buen sacerdote a los traviesos muchachos la amonestación de asistir a la plática doctrinal del día siguiente, despachólos con el fin de encaminarse a la iglesia, en donde los que bien podía llamar sus feligreses lo esperaban. Pero a ese tiempo vió entrar por la puerta de calle al burrero Pablo Pérez, que venía a percibir el pago de dos o tres viajes de arena que en esa semana había traído para hacer un enladrillado en la casa del señor cura.

—Don Pablo, dijo éste, que siempre trataba cortésmente a todos los que le servían por pobres que fuesen, ¿sabe usted algún remedio para las heridas?

—¿Quién está herido? preguntó el viejo.

—Es un perro prodigioso que acaba de llegar a mi casa con una herida en una pierna y yo quisiera que me lo curasen muy bien.

—Entiendo algo de eso, señor cura. Veamos al enfermo.

—Vamos a verlo, dijo el cura, echando a andar adelante seguido del burrero. Y habiendo llamado de nuevo a doña Josefa, le dijo que siguiera las prescripciones del médico don Pablo para curar al Amigo.

CAPITULO IV

Contiene algunas explicaciones necesarias para comprender los hechos de esta perruna historia.

Antonio, que durante la escena había permanecido a cierta distancia, sin quitar sus ojos de su preciosa prima, siguió mirando a la niña, cuando ésta, acompañada de doña Josefa, se encaminaba hacia el patio interior. Al verla perderse de vista, el joven lanzó un suspiro, y luego, apretando los puños y dando una patada en el suelo, hizo un gesto de rabioso despecho. En aquella feroz y chispeante mirada había un verdadero drama, y quién sabe si una tragedia futura. En seguida cambió de fisonomía, dulcificó su gesto y se encaminó a la calle tarareando una canción popular.

Por lo que toca al exterior, Antonio era un apuesto mancebo. De estatura regular, talle flexible y torneado como el de una mujer, pie muy pequeño, manos finas y muy delicadas, poseía el joven músculos de acero y unas fuerzas hercúleas, que contrastaban con la delicadeza de sus miembros. Su cara bien perfilada, de sonrosada tez, sus ojos azules, cuya mirada él sabía dulcificar a voluntad, su nariz recta, su boca expresiva, su frente despejada y la rubia cabellera, que le caía en bucles sobre los hombros, predisponían al momento en su favor. Aquel día llevaba una levita abrochada, pantalón estrecho, según la moda de la época, calzado de charol y sombrero negro de castor, echado graciosamente sobre el ojo izquierdo. Andaba con suma gracia, bailaba primorosamente, y sus maneras tan finas e insinuantes como despejadas, lo convertían en un Adonis que no conocía rival en los salones más aris-

tocráticos de Santiago. Al verlo pasearse en la Alameda, vestido irreprochablemente, con el natural desembarazo de aquel que ya posee una posición independiente, cualquiera lo hubiera tomado por el heredero de una gran fortuna; y, sin embargo, Antonio no había heredado de sus padres ni aun el valor del par de finísimos guantes que cubrían sus manos, tan delicadas como las de una dama.

¿Cuál era, pues, la causa de aquel lujo y la fuente de donde emanaba? La bondad, o mejor dicho, la debilidad del buen tío, el cura de la Viñita. La madre de Antonio, hermana muy querida del cura, se había casado a disgusto de sus padres, con un perdonavidas y jugador de profesión, llamado Pedro Ristre. Ella tenía el nombre de Dolores, nombre que cuadraba perfectamente con la vida de martirio que su mal marido la hizo pasar desde el día del matrimonio. La desobediencia de la desgraciada niña aceleró la muerte de sus padres; y no bien hubo ella recibido su patrimonio, cuando, con fatal condescendencia, lo puso en manos de su esposo, quien lo perdió todo en pocos meses. La pobre Dolores sufrió con resignación, echándose a sí misma la culpa de su miseria y mirando sus propias penalidades como un castigo de la desobediencia a sus padres. Abandonada al fin por su marido, a quien la justicia perseguía por haber muerto en una mesa de juego a un famoso fullero de profesión, la infeliz Dolores fué recogida por su hermano el cura, en cuya casa vivió hasta su muerte, acaecida tres años y medio después. El niño Antonio quedaba de cuatro años de edad, y el cura, que se había hecho cargo de su educación, siguió sirviéndole de padre. Enseñóle él mismo las primeras letras, hasta que creyó conveniente ponerlo en el Seminario, de donde no fué expulsado, un año después, sólo por los respetos de su buen tutor. Pero el Rector del Seminario rogó encarecidamente al cura que sacara a su niño, por ser de todo punto imposible poder avenirse con él.

Indócil, testarudo maligno, pendenciero, perezoso y lleno de vanidad por las fuerzas físicas de que estaba dotado, el muchacho Antonio no revelaba más que instintos feroces y una tendencia pronunciada al ocio, a la bebida y al lujo, origen de las más depravadas y torpes pasiones. El amor de padre con que el cura miraba a su sobrino le ponía una venda en los ojos para no ver la perversidad de lo que él solía llamar **travesuras de niño**, sin echar de ver que la **vida del hombre** no es más que la segunda edición, a veces corregida y casi siempre muy aumentada, de la **vida del niño**.

El mismo éxito, poco más o menos, tuvo la entrada del mozo en los demás colegios, sin que el cura dejase de creer, como creía, que la falta de aprovechamiento no provenía de parte de su sobrino sino de la incapacidad de los maestros o del mal arreglo en los establecimientos de educación. Un día dijo Antonio a su

condescendiente tío que deseaba entrar de cadete a la Academia Militar, demanda a que accedió con mucho gusto el cura por parecerle al fin que aquella era la carrera que convenía al carácter del hijo de su hermana Dolores. Pero el maligno muchacho solamente duró en la Academia unos cuatro meses, al cabo de los cuales fué expulsado por haber sustraído dinero del baúl de uno de los alumnos. Esta acción puso de muy mal humor al tío, quien parece que ya empezó a comprender lo que era su sobrino. Sin decir una palabra a éste, fuese a hablar con cierto amigo de confianza a quien le pidió consejo sobre lo que convendría practicar para hacer entrar en vereda al desgraciado huérfano, como él lo llamaba.

—Amigo mío, le respondió el consejero, yo también he tenido un hijo malo, además de cuatro muy buenos de que Dios me ha hecho gracia, y ahora está el muchacho que da gusto verlo, y casi mejor que sus demás hermanos.

—¿Y quién ha hecho el milagro? preguntó con ansiedad el cura.

—La **Marina**, respondió el otro. Puse a mi chiquillo en la Marina, y se convirtió en un cordero, después de no habérmelo podido enseñar, ni a leer siquiera, ningún maestro. Créame lo que le digo: la Marina es un santo remedio para componer muchachos desalmados.

Sabido es que, por aquellos tiempos, la escuela de Marina era mirada por la mayor parte de las gentes como una especie de presidio a donde los padres desgraciados enviaban sus hijos incorregibles.

No puedo decir si el señor cura se convenció o nó de la bondad del consejo. Lo que está averiguado fidedignamente es que no lo siguió, pues no podía aceptar la idea de que su pobre huérfano fuese a sufrir las privaciones y el mal tratamiento a que no estaba acostumbrado. Prefirió, pues, dejarlo en su casa, para observarlo de cerca, pensando que el consejo cotidiano, acompañado del buen ejemplo, haría al fin comprender y practicar su deber al indócil muchacho, dado caso (agregaba entre dientes el tío) de que sea verdad eso que los maestros dicen.

Pero el buen cura no contaba con una de las peores cualidades de Antonio, cual era la refinada hipocresía con que sabía encubrir sus acciones. Teniendo necesidad de dinero para dar un pábulo a su pasión por el juego, el lujo y otros vicios que lo dominaban y viendo que no le era dable explotar el bolsillo de su tío, sino pareciendo bueno a sus ojos, supo darse tal maña que consiguió su objeto, merced al poco mundo y a la ninguna malicia del bondadoso cura. Jamás jugaba en público sino en garitos a puerta cerrada, y buscaba para compañeros de sus vicios a aquellos jóvenes más distantes de la sociedad de su tío. Siempre era de la opinión de éste, a quien no contrariaba en lo más mínimo, a pesar

de la tenacidad de que estaba dotado; y si a veces solía contradecirlo, era para confesarse vencido un momento después, ganando así de dos maneras, pues le daba a su inexperto tío el placer de la victoria, y manifestaba así la docilidad de su propio espíritu.

Entrando en la edad de la juventud, los gastos de Antonio crecieron notablemente; pero ahí estaba el bolsillo del tío, pronto a satisfacer las necesidades del sobrino, quien, para frecuentar la alta sociedad, debía vestirse y tratarse de una manera conveniente.

Después de esta explicación, ya no extrañará el curioso lector que Antonio representara en los paseos públicos el papel de rico, así como representaba el de joven honorable, sin ser ni lo uno ni lo otro.

Además de la madre de Antonio, había tenido el cura otra hermana, llamada Cecilia, la cual se casó dos años después que Dolores con un rico comerciante de Valparaíso, que se la llevó a esta ciudad. Al dejar la casa de sus padres, la recién casada salió acompañada no sólo de su esposo sino también de su hermana de leche, Josefa Quiñones, a quien quería como si fuese hermana carnal. Un año después Cecilia daba a luz una niña y dejaba ella misma de existir. La buena Josefa recibió en sus brazos a la recién nacida, a quien se le puso el nombre de Cecilia, en recuerdo de su madre. El comerciante puso a su hija bajo la guarda y el cuidado inmediato de Josefa, cuyas buenas prendas había sabido apreciar. Algunos años después contrajo segundas nupcias con una señora de esas de quienes La Bruyére dice que mientras más quieren a sus maridos, más madrastras son. La nueva esposa del comerciante amaba tanto a éste, que no tardó mucho en hacer comprender a Cecilia que ya no podía pretender ser la niña regalona de la casa. Pero Cecilia tenía un magnífico abogado en la persona de su buena aya Josefa; y en consecuencia el pobre comerciante empezó a desempeñar el difícil oficio de juez de segunda instancia, pues todos los días tenía que ver en las sentencias dadas generalmente por su mujer contra Cecilia y a favor de sus propios hijos. Al fin murió el comerciante; y tan pronto como lo supo el cura de la Viñita, solicitó de la viuda el que le entregase a Cecilia, solicitud que le fué concedida al momento. Vinóse, pues, la niña a casa de su tío, acompañada de la buena aya, por cuya buena conducta y severidad de costumbre había merecido que se le llamase doña Josefa de Quiñones. Las llaves de la casa del párroco no podían estar en manos más dignas y respetables.

Bueno es que sepa el lector que si doña Josefa se ha presentado por primera vez ante sus ojos vestida de una pollera y envuelta en un rebozo de burda bayeta, no es porque ella careciera de medios con qué llevar un traje más adecuado a su posición, sino por haber hecho a nuestra señora del Carmen, de la que era muy devota, la **promesa** de vestirse con bayeta **carmelita**, a fin de conseguir de la Virgen que moviera el corazón del juez de letras

de Valparaíso y sentenciara en favor de su hijita Cecilia el injusto pleito promovido por la madrastra de ésta sobre ciertas circunstancias referentes al haber paterno de la niña, acaecidas en las particiones que estaban haciendo en Valparaíso. Además, dos velas de sebo ardían noche y día en el altarcito que la devota mujer le había hecho a la imagen del Carmen sobre la mesa de su cuarto. Sólo estaba esperando que el pleito se decidiera en favor de la niña para comenzar la novena de las Animas, que le tenía prometida, junto con la oración de San Francisco, los gozos de San José, la corona a Nuestra Señora del Rosario por quince noches seguidas, y por último, un ayuno al traspaso y sin tomar mate, que es cuanto puede decirse.

Un mes, poco más o menos, hacía desde que Cecilia había llegado a Santiago, y este corto tiempo bastó para que Antonio quedase perdidamente enamorado de su prima. Sin ser de una belleza irreprochable, Cecilia estaba dotada de ese no sé qué fascinador que todo lo atrae y a todos cautiva, sin pretenderlo. Su boca sonriente, sus ojos negros, rasgados y sembrados por largas pestañas crespas, y sus cejas dibujadas a pincel resaltaban sobre el blanco de su rostro oval.

Su finísima cabellera, ligeramente ondulada y de color castaño muy obscuro, como las cejas, estaba dividida en dos trenzas que le caían sobre la espalda. De talle esbelto, su andar era gracioso y su continente grave y reposado para una niña de su edad. Su ligero pie parecía no pisar sobre el suelo. Pero sus dotes principales estaban en su alma. No era posible hablar con ella sin quedar encantado de la nobleza de sus sentimientos y de la bondad de su corazón, retratados en la placidez de su mirada y en la gracia de su sonrisa, llena de candor y de simpatía. Aun no contaba diecinueve años y ya poseía el juicio de la edad madura. Rodeada de una gran penetración y de un criterio admirable, había calado hasta el fondo en el alma de su primo, al través de cuyas maneras hipócritas había ella adivinado instintivamente la verdad. Así, pues, entre ella y su primo existía un abismo insalvable; y mientras mayores eran los esfuerzos de éste por seducir a la niña con el brillo de sus ojos y con la elegancia de sus maneras, mayor era también el disgusto que ella recibía, viendo que aquel oropel no alcanzaba a encubrir la verdadera nulidad de su primo. Aunque Cecilia no había recibido una vasta instrucción, había leído mucho, y sobre todo, había tenido la fortuna de leer buenos libros, que su padre puso a su disposición desde muy niña. Doña Josefa no sabía leer; pero sabía preguntar si un libro era bueno o malo, y ninguna madre fué más celosa que la buena mujer en esto de elegir buenas lecturas para su hija. Era, pues, muy natural que Antonio, presuntuoso, ignorante y desprovisto del mérito personal, fuese incapaz de inspirar a la pers-

picaz y discreta doncella otro sentimiento que el de la compasión, más distante del amor que el odio mismo.

Con todo, el buen cura estaba contentísimo creyendo que cada día se amaban más aquellos dos jóvenes, en cuyo matrimonio pensaba desde mucho tiempo antes. Ya había comprendido el amor de Antonio, y si alguien le hubiese dicho que Cecilia lo rechazaba como esposo, se habría reído a carcajadas.

—Una vez casado este muchacho, decía, se le asentará el juicio. Cecilia es precisamente la mujer que le conviene. Doy gracias a Dios de no haber seguido el consejo de echarlo a la Marina. ¿Qué habría sacado con eso? No hay remedio mejor que el matrimonio... ¡Sí, señor; me río de la Marina!

Cecilia con su femenina perspicacia había adivinado el pensamiento de su buen tío y temblaba ante la idea de tener que contradecirlo. Pero tenía formada su resolución de no ceder, a pesar de lo mucho que amaba a su tío, pues comprendía, aunque no muy distintamente, que una mujer no es dueña de disponer de su mano, según ajena voluntad, y que uno de los principales deberes de toda mujer es elegir, en cuanto ello es posible, un buen padre para sus hijos. Nada había dicho de esto a doña Josefa, porque si bien quería mucho a la buena amiga de su madre, sabía que muy poco podía esperar de su criterio y de sus consejos. Contentábase sólo con observar lo que pasaba en torno de ella, y fortificaba su espíritu con la santa idea del cumplimiento de sus deberes, aguardando los acontecimientos confiada en que Dios no había de abandonar a la pobre huérfana después de haberle quitado sus padres.

CAPITULO V

El perro y el gato.

Como queda dicho en el tercer capítulo de esta historia, al tiempo de irse el señor cura a la iglesia, doña Josefa conducía al barrero Pablo Pérez hacia el cuarto del enfermo.

—Pase por aquí, señor médico, decía la señora; tenga cuidado de no tropezar con los cajones de las flores, que ya se va obscureciendo. ¡Vaya no sabía que usted era médico de perros! Dígame, ¿también sabe curar gatos?

—¿Tiene usted un gatito enfermo? preguntó sonriendo el viejo.

—¡Ni Dios permita que la prenda de mi corazón se enferme! respondió la señora. Se lo preguntaba a usted por si acaso me sucediera esa desgracia.... ¡Ah! prosiguió, viendo que el doctor iba seguido de un perro. Tenga usted cuidado con su perro para que no vaya a morder a la niña de mis ojos. ¡Si usted supiera lo que quiero a mi gatito!

—Bien lo echo de ver, respondió Pablo; pero no tenga usted temor alguno, porque esta perrita que me sigue es mansa como un cordero. ¡Dama! dijo, ¡ven acá!

La perra, que era de color blanco con pequeñas pintas negras, y de muy bellas formas, se acercó moviendo cariñosamente la cola y dejando a doña Josefa completamente convencida de su mansedumbre.

Llegaron al cuarto del Amigo, y éste se dejó examinar pacientemente por el doctor, quien receté al momento un lavatorio con agua de romero y en seguida paños de la misma agua con gotas de vino. En cuanto a dieta, prescribió comida a discreción

Mientras Cecilia le hacía la cama con pieles de carnero, doña Josefa y Pablo dieron un baño completo de agua tibia al enfermo, lo cual le devolvió su verdadero color. En seguida le hicieron el lavatorio y le aplicaron los paños, sin que él diera la menor señal de esquivez. Dejábase hacer todo con encantadora docilidad, correspondiendo a las caricias del médico con tales muestras de afecto, que no parecía sino que lo conociera de muchos años antes. De cuando en cuando miraba a la Dama, que se había echado detrás de su amo, y suspiraba. Notólo éste y le dijo:

—¿Te gusta la Dama? ¿Quiéres ser su amigo?

El perro respondió ladrando en voz baja, respuesta que no entendió el médico, pero que, sin duda, comprendió la Dama, pues respondió tímidamente con otro ladrido igual. Incorporóse entonces el Amigo moviendo la cola y gimiendo de una manera particular. Aguzó las orejas la perra al oir el gemido, púsose de pie y se acercó al enfermo, quien la recibió con un vivísimo movimiento de cola, concluyendo al fin por olfatearse mútuamente como si se cambiaran los cumplimientos de un afectuoso saludo. En seguida se echó la perra a los pies de su señor, y el Amigo puso bonitamente su barba sobre el lomo de la Dama, y lanzó otro prolongado suspiro, mientras el doctor concluía de colocarle los paños de vino.

—Mañana volveré muy temprano, dijo Pablo. Por hoy no queda otra cosa que hacer sino darle de comer y dejarlo que duerma en paz. Vamos, Dama.

Saludó y salió del cuarto, seguido de la perra, tras de la cual se fueron los ojos del Amigo.

Pero las cariñosas atenciones de Cecilia le distrajeron bien pronto. Preparábale la niña una sopa de pan en un sustancioso caldo, cuyo olor lo hacía mirar el plato con avidez. Habiéndole caído a ella al suelo la cuchara con que enfriaba la sopa, él la tomó al momento con la boca y se la pasó.

—Ya veo que el hambre no te hace olvidar tus deberes de buen servidor, le dijo Cecilia sonriendo.

El Amigo movió la cabeza alegremente contestando a la graciosa sonrisa de su ama; y sin dejar de mirar la tasa de sopa, empinábase en la punta de los pies delanteros, y lamíase finamente el hocico, cuya punta alargaba, temblándole la nariz, como para aspirar el delicioso olor del caldo.

—Vamos, niña, concluyamos pronto, dijo doña Josefa, arreglándose su rebozo sobre la cabeza; pues la distribución debe estar muy adelantada.

—Pepita, respondió Cecilia, llamando a doña Josefa por este doble disminutivo de su nombre, según tenía costumbre desde muy pequeña, ¿no echa de ver usted que ya la distribución está para concluir?

—¡Jesús! exclamó la señora, ¿cómo es posible que corte las estaciones que estaba siguiendo a las ánimas?

—No hagamos las cosas a medias, Pepita, y démosle de comer bien a ese hambriento, replicó la niña, poniendo la sopa al alcance del perro que la despachó en un santiamén.

—Bueno, pues, dijo doña Josefa; tendré que principiar de nuevo el quincenario, porque yo ofrecí rezar estas estaciones, prometiendo no cortalas hasta concluír. Y es lástima, porque no me faltaban más que dos noches.

En aquel momento, un gran gato, blanco como la nieve, que venía siguiendo a doña Josefa cuando entró en el cuartito del Amigo, se adelantó algunos pasos; y no bien hubo visto al perro, que estaba al concluír el segundo plato de carne picada, cuando se paró de repente. El Amigo prosiguió comiendo, y miró de través al gato, pero sin hacer ningún movimiento hostil.

—¡Almizcle! dijo doña Josefa, llamando al gato; ¡ven acá!

Pero Almizcle, en lugar de obedecer a su señora, dió otro pasito más y se quedó mirando de hito en hito al perro, que, sin cesar de comer, no separaba el ojo del recién venido. Entonces el gato se empinó sobre sus cuatro patas, que casi juntas, apenas parecían tocar al suelo; enderezó la cola rectamente; enarcó el lomo, alzó el cuello, inclinó sus orejas hacia el perro y lanzó un maullido, que expresaba esa mezcla de terror y de furor propia de su raza. Al ver tal demostración, el perro alzó prontamente la cabeza, enderezó sus orejas despuntadas, sosegó su cola que no cesaba de mover mientras comía, y mostró las puntas de sus blancos colmillos por debajo de su labio superior ligeramente remangado. Estos rápidos movimeintos fueron acompañados por un ligero gruñido, al que contestó Almizcle con dos o tres bufidos espantosos.

—¿Qué es eso? gritó doña Josefa, corriendo a abrazar a su gato regalón, como para defenderle de un repentino ataque. ¡Cuenta, Amigo! porque si así tratas a mi Almizcle, perdemos las amistades.

Al oír la dura voz de doña Josefa, que lo amenazaba con su mano alzada, el Amigo inclinó la cabeza, y se acercó prontamente a Cecilia, a cuyos pies se echó, gimiendo en voz baja.

—No lo riña usted, Pepita, dijo Cecilia, porque no lo merece. Ha sido Almizcle el que ha comenzado las hostilidades.

—¿Almizcle? y ¿cómo puede ser eso, cuando este animalito es incapaz de hacer mal a nadie? exclamó doña Josefa sentándose en una silla baja, y tomando en sus faldas al gatazo. Mira, prosiguió, ven a tocarle el corazoncito y verás como le salta, que da compasión. ¡Así será el susto que ha tenido el pobrecito de mi alma! Es una paloma sin hiel, decía doña Josefa, dando suaves palmaditas de cariño sobre el lomo de su gato, el cual roncaba y movía regalonamente la cabeza bajo el brazo de su señora.

—Ya le digo, Pepita, que es el gato el culpable, repuso Cecilia. Los he estado observando desde un principio, y he notado que la mirada del Amigo no era de odio, ni mucho menos provocativa, sino de pura previsión.

—Yo no entiendo eso de miradas ni de previsiones, dijo doña Josefa, y lo único que sé es que mi Almizcle es incapaz de hacer mal a alma viviente fuera de los ratones... ¡Jesús, María y José! Dios me perdone; creo que he dicho una herejía, comparando a los ratones con los cristianos, como si aquellos condenados animales que no me dejan cosas en la despensa que no se comen, tuvieran alma. Pero se me fué la lengua...

—No ha dicho Ud. una herejía, le interrumpió la niña riendo, porque también los ratones tienen alma, según lo he leído en un libro.

—¡Alma los ratones!—exclamó doña Josefa soltando una carcajada estrepitosa. ¡Bonitas serán aquellas almas! Entonces ese gato y ese perro... Dejemos, hijita, esta materia que me parece peligrosa y expuesta a pecado. Yo creo que ese librito que has leído no es muy católico que digamos... En fin, yo se lo preguntaré al señor cura, pues el que pregunta no yerra.

—Pues para que usted vea que el alma de este perro es mejor que la de su gato, voy a hacer una prueba.

—¿Qué prueba es ésa?

—Va usted a verlo, respondió Cecilia, tomando un pedazo de pan, que presentó al perro. Este espiaba todos los movimientos de la niña, y no bien estuvo el pedacillo de pan al alcance de su hocico, cuando lo tomó con admirable limpieza. Cecilia tomó entónces otro pedazo, y acercándose a doña Josefa, se lo mostró al Amigo, que había seguido a la joven.

—Toma, Amigo, toma, díjole ésta mostrándole el pan, que tuvo cuidado de acercar a las faldas de la señora, en donde estaba el gato.

El perro se quedó parado, como a dos varas de distancia; y mirando al pan, al gato y a Cecilia, empezó a mover rápidamente la cola y a lamerse delicadamente la punta del hocico. Volvió a llamarlo Cecilia, y entónces se acercó lentamente tomando el pan que la niña había colocado sobre la rodilla de doña Josefa, a dos pulgadas del gato. En seguida, Cecilia golpeó suavemente la misma rodilla con su mano, indicando al perro que se acercara, lo cual efectuó éste, poniendo su barba sobre las faldas de doña Josefa. El hocico del perro tocaba una pierna del gato, cuya cola se movía enroscándose como una serpiente.

—Acaricie usted al Amigo, y déjeme a mi al Almizcle, dijo Cecilia, rascando con sus dedos la espalda y el cuello del gato.

Hízolo así la señora y con gran asombro de su parte, vió que el perro se acercó más y más hasta colocar familiarmente su barba sobre el lomo de Almizcle. Los gatunos ronquidos de éste se hicieron más acentuados y rápidos. Luego volvió la cabeza hácia el perro, y lo miró sin temor alguno. En seguida estiró una de sus manos, la alzó en actitud tal, que no podía saberse bien si aquello era amenaza o juego. El perro no se movió, sino que, meneando casi imperceptiblemente las mandíbulas, lanzó un suspiro y se lamió el hocico.

—Sosiego, Almizcle! dijo Cecilia, bajándole la pata delantera que tenía alzada. ¿No ves como el Amigo te trata con cariño?

—Así es, dijo doña Josefa. Desde ahora voy a querer más a este perro, que tan bien se ha conducido con mi gato.

—Es preciso que sean amigos para que no peleen, dijo Cecilia, y a este fin debemos comenzar por hacer que se familiaricen el uno con el otro.

—Por mi Almizcle no quedará, respondió la señora, acercando el gato al perro, y manteniéndolos juntos, al mismo tiempo que ella y Cecilia los acariciaban para distraerlos.

Así los tuvieron por espacio de dos minutos o más, hasta que no dieron señal de malquerencia mutua. La niña tomó el gato en sus faldas, en donde echó algunos pedacillos de pan, que el perro recogió, sin que Almizcle lo tuviera a mal. Este, por su parte, comía también lo que Cecilia le daba, sin que el perro manifestara la menor envidia. Doña Josefa estaba gozosísima, y abrazando al Amigo, decía riendo:

—Bien dicen que las amistades han de ser peleadas. Sin duda que éste es el rey de los perros, así como mi Almizcle le es de los gatos. ¿No es una bendición de Dios verlos comer juntos, como si fueran antiguos amigos? Pues, señor, desde ahora yo no tengo por cierto y verdadero el refrán que dice: "Nadie ha visto a perro y gato comer en el mismo plato". A este tiempo se oyó la voz del cura, que gritaba:

—Doña Josefa! Dar de comer al hambriento y de beber al sediento!

—Mi tío pide la comida, dijo Cecilia.

—Vírgen de Andacollo! exclamó la señora saliendo del cuarto, mientras la niña hacía que el perro se acostase en su cama, ¡cómo se nos ha ido el tiempo!... Vaya, por Dios! Pero si estábamos tan divertidas con este perro de mi alma, que tan amigo se ha hecho de mi Almizcle! prosiguió llamando al gato, aquí, hijito mío, aquí!.... Y ahora se me ocurre una cosa: si los perros tienen alma, ¿por qué no la han de tener los gatos?

—También la tienen, Pepita, respondió Cecilia, que ya había alcanzado a la señora.

—Pues se lo he de preguntar al señor cura, murmuró doña Josefa.

En esto llegaron al comedor, situado en el cañón de piezas que dividía al primer patio del segundo. Doña Josefa se apresuró a concluir de poner la mesa, que ya estaba arreglando la criada de mano, llamada Nicolasa, muchacha de veintidós años, alta, bien hecha, de tez cobriza, cabellos negros y tiesos, boca grande, dientes muy blancos, nariz chata, frente estrecha y ojos de no muy recto mirar. En el barrio era conocida más bien por el apodo de la Vizca que por su nombre de pila.

Llegado que fué el señor cura al comedor, preguntó por Antonio.

—Salió a la calle, respondió doña Josefa; y ya sabe su merced que Antonio tiene costumbre de comer fuera de casa.

Doña Josefa dijo esto con tono marcado de reproche.

—Y tú, hija mía, ¿no sabes a dónde habrá ido tu primo?—preguntó el cura a Cecilia, golpeándole cariñosamente la espalda.

—No lo sé, tío, respondió la joven, que en el tono de la voz de su pariente comprendió la intención de sus palabras.

—Pues debíais saberlo, replicó él, porque es muy justo y natural que las acciones de tu primo, aun las más insignificantes, te inspiren interés. Ustedes deben quererse mucho, prosiguió, porque son primos hermanos, hijos de dos hermanas que tanto quise. Yo estoy viejo ya: sí, muy viejo, y el día menos pensado me cantarán el **requiem eternam**. Bien sabe mi Dios que lo único que siento al dejar este mundo, es el que ustedes queden huérfanos de padre y madre, especialmente tú, hija mía...

—No diga eso, querido tío!—exclamó Cecilia abrazándolo: no hable de morirse, porque me hará llorar entonces.

—Y a mí también, dijo doña Josefa, limpiándose los ojos con el borde de su pollera.

—Está bien; no hablemos de muerte, y hagamos por la vida, dijo el cura sentándose alegremente a la mesa.

Reinó un momento de recogido silencio, interrumpido por el **benedícite** que el señor cura pronunció a media voz; y luego comenzó la modesta comida. Aun no se había echado la tercera cucharada de sopa a la boca, cuando el buen cura volvió a su tema favorito.

—Es cierto, dijo, que he hecho mal en entristecerlas a ustedes, y soy un ingrato cuando de esta manera pago la alegría que diariamente me dan. Pero confieso mi debilidad, prosiguió dirigiéndose a Cecilia: no puedo desechar la ingrata idea de dejarte sola y sin apoyo en el mundo.

—¿Puede una considerarse sola y sin apoyo en el mundo, cuando cree en un Dios bondadoso?—interrumpió cándidamente la niña.

El cura no contestó, y concluyó apresuradamente su plato de sopa. Doña Josefa rompió entonces el silencio preguntando al cura:

—Dígame su merced, y perdone si la pregunta es mala, ¿a dónde van los perros?

—Y ¿a dónde van... los perros?—repitió el cura. No entiendo la pregunta, doña Josefa.

—Es que yo quisiera saber si los perros se salvan o se condenan, dijo sencillamente la señora.

Soltó el cura una estrepitosa carcajada por lo inesperado de la pregunta.

—¡Ah!—exclamó doña Josefa, medio cortada; bien echaba de ver yo que lo que esta niña me decía no era verdad.

—¿Y qué era lo que mi sobrina decía?—preguntó el cura.

—Que los perros tienen alma, y por eso fué que pregunté si después de muertos se van al cielo o al infierno o al limbo.

Iba a responder el cura, cuando entró Antonio, que venía llegando muy de prisa.

—Haces mal en dejarnos a la hora de comer, le dijo el tío con voz entre dulce y severa.

—Sí, muy malo, confieso, respondió Antonio, sentándose a la mesa; pero cuando usted sepa, tío mío, el objeto de mi salida, me encontrará razón. Después de haber apaleado a ese pobre perro, cuando oí la voz de mi prima que abogaba por él, cuando escuché el sermón que usted les dirigió a esos niños traviesos, comprendí mi mala acción. Las compasivas palabras de mi prima me llegaron al alma; y, arrepentido de mi crueldad para con ese pobre animal, me fuí a buscar para él un collar que aquí traigo, y en el cual he de hacer grabar su nombre.

Diciendo esto, Antonio sacó de su bolsillo un lujoso collar con cadenillas, broche con llave y plancha de bronce. Mientras tanto el cura, poniéndose la mano a un lado de la boca y dirigiéndose a doña Josefa a media voz, pero de modo que Cecilia oyera, decía lleno de satisfacción:

—Vea usted, señora! Es un corazón de oro el de este muchacho. Tiene la misma buena alma de su madre!

Cecilia había tomado en sus manos el regalo de Antonio; y dándole cordialmente las gracias, prometió ir ella en persona a ponérselo al cuello al Amigo.

—Has hecho bien, sobrino mío, le dijo el cura: conocer el mal que se hace es el principio del bien obrar; tú has hecho más que

conocer el mal, pues lo has confesado. Yo creo que tú prima te habrá perdonado...

—¿Yo?—interrumpió la joven riendo ¿Y qué tengo yo que perdonar?

—Mi punible acción, de la cual me has hecho arrepentirme, respondió Antonio, mirando a Cecilia de manera que la hizo bajar los ojos.

El cura se sonreía satisfactoriamente mirando a sus sobrinos. Había un mundo de esperanzas en aquella plácida sonrisa del buen viejo.

—Vaya, Antoñito!—dijo a esta sazón doña Josefa: si usted se arrepiente de haber maltratado a ese perro, bueno sería que hiciera el propósito de no perseguir a mi pobre Almizcle.

—Cada cual pide para su santo, dijo riendo el señor cura.

—Confieso, respondió Antonio, alegremente, que los gatos no me inspiran mucha simpatía.

—Pero eso no es una razón para que usted persiga a mi buen Almizcle, replicó vivamente la señora, dando a su gato regalón un pedazo de carne. No, señor; no es caridad hacer lo que usted hace con este pobrecito de mi corazón, mayormente cuando él no es como los demás gatos. Ya porque se sube a la mesa, ya porque huele las fuentes, ya porque saca un terroncito de azúcar de la confitera, por todo esto está usted amenazándolo con su bastón, como si Almizcle fuera de esos gatos dañinos y mal criados que todo se lo comen y todo lo manosean. Si usted hubiera visto cómo se portó ahora con el Amigo!

—Como un gato con un perro, respondió riendo el joven.

—¡Nó, señor, pues ha de saber que no parecían perro y gato, sino dos antiguos amigos!

—Será cosa de ver esa amistad, repuso Antonio, con intención.

—Y sin embargo, la amistad existe, observó Cecilia.

—Basta que tú lo digas para que yo lo crea, respondió el mozo con la voz más dulce que pudo; con todo, quisiera verlo, no porque lo dude, sino por vía de estudio.

—Venga usted a verlo, dijo doña Josefa convidando al mozo.

Salió doña Josefa con su gato en los brazos seguida de Antonio y Cecilia. El cura, con la vista fija en sus sobrinos, se sonreía moviendo casi imperceptiblemente la cabeza de arriba abajo. Al mismo tiempo murmuraba sorbiendo una descomunal narigada de rapé.

—Gracias a Dios! Se cumplirán mis deseos. Pobrecitos! Me parece que ya los veo casados, y rodeados de... mis nietos... Gracias a Dios.

CAPITULO VI

El primer servicio que el Amigo le hizo a Cecilia

Era ya muy entrada la noche cuando salieron del comedor para ir a ver al Amigo. Doña Josefa guiaba adelante, llevando a Almizcle en su brazo izquierdo y una vela encendida en su mano derecha. Tras de élla marchaba Cecilia haciendo sonar las cadenillas del collar que Antonio había traído, como para no escuchar las palabras de ternura que éste le dirigía a media voz.

—¡Cecilia, le decía, querida prima mía, cuán dulce es para mí marchar a tu lado! Cuando me acerco a tí, me siento vivir, no con esa vida insípida de la sociedad y de los salones, sino con la deliciosa existencia del que contempla la belleza de un ángel. Yo no sé lo que hay en tí para que con sólo tu presencia me hagas olvidar el mundo entero.

Cecilia, sin contestar, alzó los ojos al cielo y ahogó un suspiro. Antonio se acercó aún más a ella, y prosiguió en voz baja y entrecortada:

—¿Por qué huyen de mí tus lindos ojos? ¿Por qué no me contestas, Cecilia? Sabes, querida prima, que cuando me miras, cuando me dirijes la palabra, me parece que algo de tu sér viene a confundirse con lo más íntimo de mi alma. Veo tu corazón en la luz de tus ojos: oigo sus latidos en el suave timbre de tu voz; siento tu influencia en la bondad de tus acciones, ¿y quieres que no te ame?... Nó, prima mía, nó, no puedo dejar de amarte, como no puedo dejar de respirar. Conozco que ese amor ha trastornado mi espíritu, elevándolo a una región de luz... pero, ¡ay! es para

caer bien pronto en las tinieblas del desengaño, que matan mis profundas esperanzas.... ¿Por qué me niegas tu amor?.. Eres muy cruel, Cecilia, sí, muy cruel, prosiguió el mozo oyendo otro suspiro ahogado a medias. Deja de ser un ángel de bondad y de belleza, y entonces yo también dejaré de amarte con toda mi alma.

En aquel momento habían llegado a la puerta del cuarto en donde estaba alojado el Amigo. Doña Josefa entró la primera, y al verla el perro, que ya había descansado, se levantó de la cama y salió a recibirla, haciéndole fiestas con muestras de gran contanto. Tales manifestaciones de placer fueron aún mayores cuando vió a Cecilia. Antonio se acercó a él y le quitó el collar que tenía puesto. Cecilia entonces le puso el collar nuevo, cerrándolo con una especie de candadito con llave de bronce, y diciéndole al mismo tiempo:

Toma, Amigo, este collar que mi primo te ha traído como una prueba de que se arrepiente del mal trato que te dió esta tarde. Ya no le tendrás rencor, ¿no es verdad?

Al decir esto, la niña acariciaba al perro, como para ocultar la emoción que sus palabras medio revelaban. Antonio acarició también la cabeza del inteligente animal; y allí su mano encontró la de su prima. Por un momento gozó del contacto de aquella linda mano que la niña había dejado ahí como olvidada, pero que retiró al sentir la del joven, volviendo la cabeza a otro lado.

Si ella en aquel momento hubiese mirado a Antonio, se habría espantado al notar la terrible expresión de su rostro. Púsose lívido de cólera y sus labios se apretaron convulsivamente. Retiró también su mano al mismo tiempo que la palidez de su rostro cambiaba en rojo subido y que sus ojos lanzaban chispas de furor. Todo esto duró sólo un instante, pues cuando Cecilia volvió de nuevo la cara a la escena ya la fisonomía del mozo había cambiado, quedando solamente algo de la dureza rígida que el furor reprimido da a las facciones.

Mientras tanto, doña Josefa, sin sospechar lo que pasaba ante sus ojos, se reía a carcajadas, diciéndole al perro:

—Ahora sí que estás buen mozo con tu collar de paseo. Pero será bueno que yo te lo guarde para los domingos y que en los días de trabajo uses el viejecito. ¿Entiendes, Amigo? ¡Miren cómo menea la cola y me dice que sí con la cabeza! No parece sino que entendiera... Sí, sí, Amigo; sí, sí, Amiguito: es preciso ser guardoso, porque así es como duran las cosas. Así podrás salir los domingos con tu collar relumbrante y pasearte por esas calles... ¡Ave María Purísima!

Doña Josefa dió un grito de espanto al ver que el perro se enderezó sobre sus patas traseras y dió algunos pasos con la cabeza alzada como si quisiera lucir su corbatín lleno de chiches,

—¡Miren si será perro... este perro! exclamó. Hasta fantacioso es! Bien dice el señor cura que debe ser enseñado; y quien sabe cuántas otras gracias sabrá hacer. Está loco de gusto con su collar nuevo. Mire usted, Antoñito, prosiguió, dejando caer su gato cerca del perro. ¿No decía usted que no podían ser amigos?

Antonio miraba los dos animales, pero no veía más que a Cecilia, la que acariciando alternativamente al perro y al gato, logró que éstos se juntasen sin que manifestaran ni odio ni disgusto alguno. Almizcle pasaba por debajo de la barriga del perro, rozando sus lomos y su cola con los brazuelos del Amigo, cuya benévola mirada parecía alentar al gato regalón. Hubo un momento en que estando el perro echado sobre su cama, el gato, llamado por Cecilia, subió sobre el lomo del Amigo, y allí se acostó como si lo hiciera sobre las rodillas de doña Josefa.

—¿Quiere usted ver más? preguntó la señora a Antonio con aire de satisfacción.

—Todavía no estoy satisfecho, respondió éste. Yo quisiera verlos comer juntos.

—Voy a buscar pan al comedor, dijo Cecilia haciendo ademán de salir.

—No, primá mía, interrumpió prontamente Antonio. En tal caso iría yo; pero es menester que vaya doña Josefa, pues deseo ver cómo se conduce el gato no viendo a su señora.

—Pues voy corriendo, dijo doña Josefa.

Al salir ésta, Cecilia, que había comprendido la intención de Antonio, retiróse maquinalmente de él unos dos pasos. El perro siguió a la niña con la vista y parecía espiar hasta sus menores gestos.

—¿Por qué huyes de mí, Cecilia? preguntó el mozo en tono de reconvención, acercándose lentamente a ella. Dame alguna pequeña esperanza siquiera.

—Antonio! exclamó la joven con aire suplicante; ya te he dicho que me es imposible mentir. No puedo amarte sino como se ama a un hermano, y si te dijera otra cosa, sería una mujer indigna de tí.

—Oh! exclamó el mozo, volviéndose bruscamente hacia la puerta. Entonces no me queda otro recurso que morir.

—¿Qué dices, por Dios?

—Digo que si no te apiadas de mis sufrimientos, me mataré, respondió Antonio con voz sorda.

—No harás eso, nó, primo mío! exclamó Cecilia con voz ahogada. Acuérdate de nuestro pobre tío, que tanto te ama.

—Sin tí, Cecilia, no tengo fuerzas para vivir, respondió el mozo con tan dolorida voz, que la compasiva niña no pudo menos que acercarse a él con marcado interés.

A este tiempo el perro se había alzado sobre sus cuatro pies; y sin hacer el menor movimiento, miraba con marcada atención a los jóvenes. Antonio, como todo amante que trata de engañarse ilusionado por el interés que el último movimiento y las miradas de Cecilia revelaban, se acercó de nuevo a ella y con voz temblorosa le preguntó:

—Dime, Cecilia, ¿está tu corazón comprometido? ¿Es alguna pasión la que te impide amarme?

Ante aquellas repentinas preguntas, la pobre niña se sintió desfallecer. Su rostro palideció extraordinariamente, sus piernas flaquearon y se vió en la necesidad de sentarse en una silla de paja que estaba cerca de la pared, al mismo tiempo que un profundo suspiro salía de su pecho.

Todo esto fué para el pobre Antonio una terrible revelación, que estaba muy lejos de esperar. Miró a su prima sin decir una palabra y la encontró tanto más linda cuanto más ardiente era el volcán de celos que instantáneamente hirvió en su corazón. Aquellas delicadísimas manos, aquel torneado talle, aquella cabeza angelical, aquel corazón lleno de ternura, pertenecían a otro! Si ese otro hubiera estado allí, Antonio lo habría muerto; pero sólo veía a Cecilia, y loco de pasión y de furor, se lanzó hacia la joven rodeándola con sus brazos como para defender el tesoro que un rival quería arrebatarle. Al mismo tiempo decía:

—Ah! yo creía que no había desgracia mayor que no ser amado por tí; pero ¡saber que tú perteneces a otro! Esto es imposible, Cecilia... Esa mano no puede ser de nadie sino mía...

Diciendo esto, quiso tomar la mano de la niña y estampar en ella un beso. Cecilia, sin fuerzas para huir, lanzó una exclamación, y el nombre de Dios se oyó resonar entre sus labios. El perro, entonces, atento a todo lo que pasaba y viendo que su protectora era amenazada de algún peligro, saltó furioso sobre el agresor, a quien tomó y sacudió bruscamente de un brazo.

Por fortuna, los colmillos del Amigo sólo habían hecho presa en la manga de la levita de Antonio, quien pudo retirarse prontamente a un lado, dejando entre los dientes de su enemigo un pedazo de paño. Cecilia, cuya primera impresión había cedido en vista del peligro de su primo, pudo llamar al Amigo; y el perro, obedeciendo prontamente aquella voz de orden, se fué a echar humildemente a los pies de la joven. Acariciólo ésta una y otra vez como para darle las gracias por el servicio que acababa de hacerle; y aunque nada dijo a su primo, la mirada de reconvención que le lanzó fué bastante para que Antonio se retirase avergonzado hacia el otro extremo del cuarto. Su mirada feroz, fija en el perro, respiraba venganza.

Se me olvidaba decir que al saltar el perro sobre Antonio, el gato salió por la puerta del cuarto, como una bala por la boca del

cañón. En el camino casi se estrelló el asustado Almizcle con su señora, que venía del comedor con su plato de pan y queso, a fin de hacer la prueba que había servido de pretexto al joven para quedarse a solas con su bella prima.

—Alma mía! exclamó la señora tomando en sus brazos a Almizcle, ¿qué te han hecho, regaloncito mío? Apuesto a que ese pícaro te ha asustado. Pobrecito de mi vida! Le salta el corazón como si hubiera visto ánimas! Cecilia, gritó la señora entrando al cuarto, ¿qué le ha sucedido a mi Almizcle?

—Nada, Pepita, respondió la joven, reponiéndose de sus impresiones.

—Pero, ¿por qué corría tan asustado? ¿Tal vez el perro...?

—El Amigo no le ha hecho ningún daño, Pepita. Cálmese usted, decía la niña, tratando de dar a su voz el timbre natural.

—Nó, nó, replicó la señora. Tu voz tiembla; algo ha sucedido. Yo no quiero exponer la vida de mi Almizcle, juntándolo con ese perro. Dime la verdad.

—La verdad es que el Amigo es ahora tan amigo de Almizcle, como cuando usted salió de aquí; y para que usted se cerciore de ello, mire y verá.

Diciendo esto, Cecilia tomó el gato y lo colocó junto al perro, sin que éste hiciera nada que pudiera alarmar a doña Josefa. En otras circunstancias, Cecilia habría dejado al momento aquel sitio; mas no quería hacer sabedora a doña Josefa de lo que acababa de pasarle con Antonio. Este se había acercado poco a poco poniendo un pañuelo, como si fuera al descuido, sobre la rotura de su levita. A doña Josefa le volvió pronto el contento, al notar que aquella amistad perro-gatuna no había sido interrumpida; y poniendo el plato entre los dos animales, los invitó a comer. El gato apenas probó melindrosamente un pedazo de queso, mientras el buen Amigo despachó el plato en un dos por tres.

—¿No ve usted, Antoñito? decía victoriosamente doña Josefa; ¿no ve como no hace sino pocas horas que tienen amistad y ya comen en el mismo plato? Dígame ahora que miento.

Antonio no la escuchaba, y sólo pensaba poner en práctica una idea de su vengativo espíritu. Doña Josefa, haciendo nuevas pruebas, había colocado al Almiczle sobre el perro echado en el suelo. La cola del gato, pasando por debajo de una de las patas del perro, llegaba hasta cerca de los pies de Antonio. Este pensó entonces: "Si le piso la cola al gato, es seguro que el dolor le hará hincar sus uñas y tal vez sus dientes, sobre el lomo de este maldito perro." Y diciendo y haciendo, dió, como al descuido, un fuerte pisotón sobre la cola de Almizcle. Lanzó el gato un grito de dolor, y volviéndose prontamente sobre Antonio, hizo presa con uñas y dientes en una de sus pantorrillas. El dolor hizo gritar, a su vez,

al imprudente mozo, quien sacando una gran llave de su bolsillo, empezó a martillar con ella sobre el cuerpo del gato. Los fieros martillazos caían sobre el corazón de doña Josefa, que sin saber lo que hacía, azuzó al perro contra el asesino de su gato, como ella decía. El buen Amigo no se hizo de rogar y atacó a Antonio dando un ladrido espantoso. El ladrido espantó al Almizcle, que salió a todo correr, pero quedaba el perro, del cual no se habría podido desembarazar el pobre Antonio sin el auxilio de Cecilia, a cuyos imperiosos gritos obedeció pronto el Amigo, yéndose a refugiar como siempre a los pies de su linda protectora, a quien parecía haber elegido como a su ama predilecta.

Los resultados de la espantosa lucha fueron las magulladuras del gato en la pantorrilla del joven, las señales de los colmillos del perro en una de sus manos, sus vestidos rotos y sucios en varias partes, el plato hecho pedazos, la silla volcada y el rebozo de doña Josefa tirado por el suelo.

Avergonzado por demás, Antonio salió prontamente de allí y se dirigió a su cuarto, no queriendo admitir ninguno de los remedios que le recetó doña Josefa. A una orden de Cecilia, acostóse tranquilamente el Amigo, y mientras doña Josefa llamaba a su Almizcle, que se había subido al seguro lugar de los tejados, la niña se retiraba a su cuarto, pensando en cómo conjurar sin agraviar a su tío la tempestad que amenazaba su porvenir.

Al mismo tiempo, Antonio se paseaba agitadamente en su pieza y no pudiendo caer quién sería aquel afortunado rival que le arrebataba su dicha, formaba en su imaginación mil y mil proyectos, sin que ninguno llegase a tranquilizar su ánimo agitado.

Por fortuna, el señor cura no había oído la bulla por estar entretenido con la conversación de un amigo que había venido a visitarlo. Era el mismo que en años anteriores le había aconsejado poner a Antonio en la Marina.

—Ya ve usted, amigo mío, decía el buen cura, como no he necesitado hacer sufrir a este pobre muchacho las penas de San Clemente para verlo convertido en un cumplido mozo. Es vivo de genio, pero en el fondo tiene una buena alma. Posee el mismo corazón de su buena madre, y cada día estoy más contento de él.

—Mucho me alegro, dijo el otro, con ciertos visos de incredulidad; pero de todos modos convie[illegible] no descuidarse, porque en la confianza está el peligro.

—Ya lo sé, y por eso quiero evitar los peligros futuros, casándolo con su prima, que es un ángel. Ya usted sabe que nada asienta tanto el juicio como el matrimonio, mayormente cuando al hombre le toca una buena mujer.

—Por supuesto que ha de ser buena la mujer, agregó el otro sonriendo, porque si es mala, en vez de asentarle el juicio al marido, le quitará el poco que tenga.

En seguida rodó la conversación sobre el extraordinario perro que esa tarde había entrado a pedir auxilio en la casa del cura. Contó éste la historia con todos sus detalles, hasta llegar al regalo del collar traído por Antonio, regalo que testificaba la facilidad con que el mozo volvía sobre sus pasos, confesando francamente una mala acción y demostrando su arrepentimiento por medio de hechos prácticos.

—Por las señas que usted me da de ese perro, dijo el otro, debe ser el mismo que esta tarde causó la diversión de muchas gentes en la Cañadilla. Me han relatado la historia de varios modos, y hasta me han dicho que la tal pelea de perros llegó a conmover al Gobierno mismo. Mas, como quiera que sea, lo cierto es que el dichoso can se portó como un Fierabrás, pues tuvo que sostener un terrible combate contra catorce o dieciséis enemigos que lo atacaban.

—¿Y no había un cristiano que lo defendiera?—preguntó el cura.

—Lejos de eso, respondió el otro, las gentes deseaban que no se concluyese tan luego la riña, porque les divertía grandemente.

—Ay! de los pueblos que se divierten con ver reñir, aunque sea a los perros!—exclamó con sentida voz el buen sacerdote. Esas gentes no son cristianas.

—Como el perro se defendía valientemente, todos querían saber hasta dónde llegaba su entereza.

—Pues por lo mismo que ese animal es valiente, merecía ser defendido de sus cobardes enemigos. Ver despedazarse a dos animales es una crueldad; pero gozar con el combate de diez contra uno, aunque los combatientes sean moscas, no digo perros, es crueldad y vileza de alma. Todo eso es contrario al cristianismo.

—Por lo que le oigo, observó el otro, parece que usted no es partidario de las riñas de gallos.

—Y si lo fuera, no merecería el nombre de sacerdote cristiano, respondió el cura gravemente.

—Sin embargo, observó el otro, en cada una de nuestras ciudades hay un reñidero público.

—De la misma manera que en las ciudades paganas del antiguo imperio romano había circos de gladiadores.

—Pero Chile es un país católico, replicó el otro despidiéndose del cura.

—Ah!—exclamó éste acompañando a su amigo hasta la puerta. Ojalá fuera ésta la única costumbre pagana que quedara en los pueblos llamados cristianos!

Salió el otro dirigiéndose a su casa, mientras el buen cura atrancaba con sus manos la puerta de calle. Fuése en seguida a su cuarto y abrió su breviario para concluir de rezar. Mientras buscaba la página, murmuraba:

—Lo que acabo de oir me hace ver la necesidad de extenderme en mi plática de mañana sobre la virtud de la caridad. Dios, que me ha enviado a este hombre, aclarará mi entendimiento para explicar a mis feligreses la santa virtud del amor.

En seguida rezó, cerró el breviario y se puso a leer hasta muy tarde de la noche las epístolas de los apóstoles San Juan y San Pablo.

CAPITULO VII

En dónde el lector hará conocimiento con un nuevo personaje de esta historia.

El día siguiente amaneció despejado, y un sol espléndido se elevaba sobre los Andes, cuyas faldas habían comenzado ya a vestirse de sus nieves anuales. La gigantesca montaña, medio nevada por esa grasa de vapor trasparente que suele a menudo ostentar en los días despejados de invierno, reflejaba la luz del sol arrebolándose de mil matices, desde el blanco brillante y azulado hasta el dorado, el rojo y el violeta. El sol, con sus rayos más y más ardientes, calentaba poco a poco la ciudad, cuyos habitantes habían comenzado ya a despertar y pululaban por la calles tras el rectamo de las campanas que por todas partes y en variadísimos tonos llamaban a misa.

La ancha avenida de la Recoleta no presentaba entonces las comodidades y bellezas con que hoy regala a sus habitantes y transeúntes; pero su gran anchura, su longitud, su rectitud y la vista de los Andes al oriente, así como el Cerro Blanco al frente, han dado siempre a esta avenida cierto aspecto de despejada majestad, que encanta la vista de los que la recorren por la mañana y al entrarse el sol. En aquel día la calle estaba animadísima. Recorríala en todas direcciones una multitud de gente de diversos aspectos y condiciones sociales: las mujeres, que, envueltas de pies a cabeza en sus largos mantos negros, y con la adicional alfombrita en la mano, se encaminaban a la iglesia; los vendedores ambulantes, que pregonaban en alta voz sus mercancías; los bodegueros, pulperos, picanteros y dueños de despachos de licores, que se pa-

seaban por la vereda o esperaban en la puerta a sus parroquianos; los campesinos que venían a celebrar el domingo en la ciudad, montados en briosos caballos, y muchos de los cuales traían a la grupa a sus mujeres o a sus hijas, engalanadas con cintas rosadas como sus mejillas, o con flores detrás de la oreja: los grupos de muchachos, cuyos harapos formaban contrastes con la limpieza de los vestidos domingueros, que se entretenían, ya en espantar los caballos de los huasos, ya en enlazar los perros de que éstos venían seguidos; todo esto constituía un cuadro verdaderamente característico, que hoy no es fácil ver en Santiago, cuyas antiguas costumbres han ido poco a poco desapareciendo.

Serían las nueve y cuarto de la mañana. Por la vereda del oriente marchaba un joven que parecía ir entretenidísimo con la vista de las escenas que se presentaban a sus ojos. Todo el mundo echaba muy bien de ver que no era de Santiago, y a nadie se le escapó que aquel mozo estaba, sin duda, recién llegado de Valparaíso, tanto por la facha de gringo que le encontraban como por la atención con que lo miraba y escudriñaba todo, sin manifestar el menor temor de que las gentes lo tuvieran por huaso, cosa de que el provinciano del sur huye como de la peste. El joven porteño, por el contrario, solía pararse en las esquinas, ya para ver pasar una cabalgata de preciosas niñas, acompañadas de sus caballeros, que iban a pasar aquel día en una chacra, ya para contemplar una inmensa carreta con toldo de paja, tirada por una yunta de robustos bueyes y llena hasta la misma puerta de muchachas alegres, de mozos que venían alegrándose y de viejas y viejos no reñidos aún con la alegría.

—Miren, no más, al porteño, decía una vecina a su comadre del lado; mire usted, comadre, como en todo se fija. ¡Debe ser **reparonazo!**

—Así no más es, respondió la interpelada. ¿Qué será lo que escribe en aquel papel?

En efecto, el mozo había sacado de su bolsillo una cartera, y en aquel momento copiaba un letrero escrito sobre una gran puerta de mal ajustadas tablas de roble. El letrero decía, letra por letra:

Pozada, alojamiento para caballos, carretas, bueyes y otras personas con comía

—Debe ser muy alegre lo que escribe, puesto que se ríe, volvió a decir la vecina que primeramente había hablado.

—Quien a solas se ríe, de sus maldades se acuerda, contestó la otra sentenciosamente.

—Así es, comadre. Tal vez será una herejía eso que pone en su papel.

—¡Jesús! Y en día domingo! Mejor le estaría ir a oir misa.

—¡No diga usted eso! ¿Cuándo ha visto qué los gringos oigan misa?

Por este estilo prosiguieron su conversación las dos vecinas, mientras el mozo, habiendo guardado su cartera, siguió por la misma vereda hacia el norte. A poco andar llamóle la atención este otro letrero, escrito la primera parte con tinta azul y la segunda con carbón en una tabla clavada sobre el dintel de un cuarto de esos llamados redondo por no tener más que la puerta que da a la calle,

Puesto de pan
y de leer

Miró el joven hacia el interior del cuarto, vió por toda mercadería dos o tres montones de pan grosero sobre una mala mesa que hacía de mostrador. Al lado de la mesa había dos o tres sillas de paja, en una de las cuales estaba sentada una muchacha como de dieciséis años de edad.

—¿Qué es lo que vende usted, niña? preguntó el joven con alegre tono.

—Pan, señor, respondió ella, alzándose de su asiento.

—¿Y qué otra cosa vende usted?

—Nada más, señor. Soy muy pobre para vender otra cosa.

—¿Y qué significa eso **de leer** que usted ha agregado al pan?

—¡Ah, señor! respondió la muchacha sonriendo tristemente. Hace tiempo que tengo este puestecito de pan para mantener a mi madre, que es ya vieja y está enferma, y no produciéndome la venta lo necesario, he comenzado a enseñarles el abecedario, que es todo lo que sé, a los niñitos de la vecindad.

—Ah! ya caigo.

—Por esto ví que era necesario agregar **de leer** al letrero de la tabla; pero como yo no sé escribir, le pagué cinco panes al sacristán de la Viña para que me pusiera a la tabla esas palabras.

—¿Y cuánto gana usted con esta nueva industria?

—Eso es según y conforme, señor. Los pobres me pagan tres cuartillos al mes por cada niño, y hay ricos que me dan hasta real y medio, pagándome, además, el pan que los niñitos comen aquí.

Mientras la niña hablaba, el joven tuvo lugar de fijarse en ella. De rostro ovalado y morena, de ojos negros y brillantes, con largas pestañas color de ébano así como el sedoso cabello, que a medio peinar le caía en dos trenzas sobre las espaldas, la vendedora de pan poseía una fisonomía simpática y dulce que interesaba a primera vista. Su continente modesto y timbre de su voz argentina revelaban la sencillez y la tranquilidad de su espíritu. La naturalidad de sus palabras ajenas de todo artificio, interesó a

su interlocutor, el cual dijo como quien habla consigo mismo:

—Muy poco ganar es eso.

—Pero, ¿qué quiere usted, señor?—replicó prontamente ella. No puedo pedir más por mi enseñanza, puesto que apenas conozco las letras del alfabeto. ¡Ah, si yo supiera leer y escribir!

—¿Qué haría usted?

—Pondría una escuelita y así tendría con qué vestir y dar de comer a mi madre y a mi hermanito.

—¿Y con sólo ese objeto desea usted saber leer y escribir?

—Nó, señor. También lo deseo porque me gustaría mucho ver por mi misma lo que dicen los libros y los papeles. Le aseguro a usted que me da envidia el ver a la hija del zapatero del frente como lee en su libro de misa que da gusto; y también al mismo zapatero, que lee de corrido el diario con sus avisos y todo... De manera que no hace más que abrir el papel y ya sabe lo que dicen en la ciudad, como si estuviera hablando con las personas que han escrito aquello en el papel. ¿No es cierto que esto es muy lindo?

Mientras tanto, los que apenas conocemos la O por lo redonda, tenemos que contentarnos con escuchar la lectura, cuando por casualidad encontramos alguno que no sea ciego. Sí, señor, prosiguió la muchacha enardeciéndose con sus propias palabras, así es la verdad, señor mío; y a mí me parece que los que no sabemos leer, somos al modo de los ciegos, que sólo pueden conocer las cosas por lo que les cuentan. Pero en sabiendo decorar, aunque sea un poquito siquiera, ya es otro cantar, pues entonces está una en su libro como platicando con una persona; de manera que es una bendición ver lo muy entretenido que se pasa todo el que sabe leer de corrido: que si yo supiera, le aseguro a usted, señor, que no creería estar nunca sola, en teniendo mi libro en las manos.

Pronunció la muchacha estas palabras con tal calor y gracia y con un acento de convicción tan marcado, que encontró eco en el corzón del joven. Iba éste a hablar, cuando ella le interrumpió diciéndole con viveza:

—Perdóneme usted, señor... Mi madre ha despertado y me necesita.

Diciendo esto, corrió con prontitud hacia un rincón del cuarto, en donde se veía una especie de biombo, detrás del cual parecía haber una cama.

—¡Mamita, dijo la niña, con el acento de la más dulce ternura, ¿ha despertado?

—Sí, hija mía, respondió una voz cascada y enfermiza. Este sueñecito me ha hecho mucho bien, gracias a Dios.

—Gracias a Dios, repitió la niña. Aquí tiene usted la bebida que le había preparado, esperando que despertase para dársela.

Está muy buena y coladita por mis manos, en el pedazo de linón nuevo.

—¡Oh, esa bebida! murmuró la enferma con un acento que indicaba la repugnancia que le tenía. Es tan amarga!

—No, mamita, no está amargo, repuso la niña con voz condolida. Mire usted como yo la pruebo.

—¡Ah, no hagas eso! No quiero que pruebes eso tan malo, dijo la enferma con cierta viveza. Ya sé que lo haces por engañarme para que yo beba sin repugnancia. Dios te lo pague, hija mía. Dame el vaso.

Oyóse en seguida el ruido que hace una persona que bebe con avidez, siguiéndose al ruido estas palabras:

—¡Ya está!

Ahora tome este pedacito de azúcar que me dió la hija del zapatero, dijo la niña en voz baja. Se lo tenía guardado para después de la bebida.

—No me des azúcar, no la necesito; ya el mal trago pasó. ¿Para qué quiero más azúcar que tú, mi querida hija? Acércate para besarte.

El chasquido del purísimo beso maternal resonó detrás del biombo, beso que tal vez un ángel allí esperaba para llevarlo al cielo sobre sus alas.

—¿Ha llegado, Narciso?—preguntó la enferma. Siento ruido en el mostrador.

—Duérmase, mamita, duérmase, dijo la niña como arrullando á su madre.

—Yo quiero saber si es Narciso, insistió ésta.

—Sí, mamita, él es, respondió la muchacha con voz temblorosa. Es Narciso que está en el mostrador...

En seguida, sacando la cabeza fuera del biombo, hizo al joven un gesto suplicante para que no lo desmintiera.

Una idea penosa pasó entonces por la mente del mozo. ¿Qué significaba y qué podía motivar aquella mentira, que tan mal se avenía con el carácter veraz y sencillo de la muchacha? Apenas se había hecho esta pregunta el joven, cuando vió salir del rincón a la vendedora de pan. Venía en puntillas como para no hacer ruido; a fin, sin duda, de no despertar a su madre, que había vuelto a quedarse dormida.

—Dispénseme usted, señor, dijo, que lo haya dejado así tan de repente con la palabra en la boca. He tenido que atender a mi pobre madre. ¡Vaya! hasta para ser cortés es preciso ser rico en este mundo, o por lo menos, no ser tan pobres como nosotros.

—Ha hecho usted muy bien, respondió el joven, sonriéndose al oir la última observación de la niña. Ha obrado usted como

buena hija; mas yo quisiera saber quién es ese Narciso, cuyo papel me ha obligado usted a representar.

—¡Ah! vuelvo a pedirle a usted que me dispense. Tal vez usted me cree embustera, y tiene razón; pero ha de saber que Narciso es mi hermano menor, al cual todavía no se le ha asentado el juicio; tanto por su poca edad como por las malas compañías. Es un muchacho así con los cascos a la jineta, como dice mi madre, que muy poco o nada nos acompaña aquí, sino que le gusta anda por todas partes haciendo travesuras con los demás niños de su edad. Pero no por esto es malo, sino solamente así, un poco sin cabeza. Lo cierto es que mi madre sufre mucho con sus ausencias y por esto fué que preferí engañarla a fin de que se quedara tranquilamente dormida, cosa que le hace mucho bien, según la médica me ha encargado una y otra vez.

—¿Y por qué no aprende a leer ese niño?

—Tiene usted razón. Así no aprendería a ser calavera. Pero somos tan pobres que no tenemos ni aun con qué comprarle lo necesario para que vaya a la escuela. Los cortos medios son rigorosos jueces y nunca un pobre puede hacer lo que debe, sino que al contrario, se ve a cada rato obligado a hacer lo que no debiera. ¿No es así, señor? Pero usted no parece, no ha sido nunca pobre.

En aquel momento comenzó a oirse no muy lejos un repique de campanas. Ella puso el oído y dijo con aire de sentimiento:

—Mire usted si no es cierto que la pobreza nos obliga a cada paso a hacer mal, o bien a dejar de hacer cosas buenas.

—¿Y por qué dice usted eso?

—Porque no puedo cumplir con el precepto de oir misa.

—Pero usted cumple con el otro más sagrado, cual es el de cuidar a su madre enferma.

—Sin embargo, señor, yo quisiera ir al templo a rogar a Dios por la salud de mi pobre vieja.

—Dios está en todas partes, respondió gravemente el mozo, y en todas partes escucha paternalmente la oración de nuestra gratitud y las aspiraciones de nuestro amor al bien. Pero yo debo ir a misa, prosiguió variando de tono, y no quiero salir de aquí sin haberle antes comprado, aun cuando más no sea un par de panes.

—Este pan es demasiado ordinario para usted, interrumpió ella prontamente; pero aquí tengo un par de tortitas, que yo sé que le han de gustar.

Al decir esto, metió la mano en un cajón de la mesa y sacó dos panecillos de harina flor, que pasó con suma gracia al joven. Este había ya metido la mano en el bolsillo, como para sacar dinero con qué pagar, cuando ella dijo:

—No me pague usted, señor: estas tortitas no valen nada y só-

lo deseo que sean de su agrado. Tómelas usted: son limpias y están hechas por una mano muy curiosa.

—Le agradezco el regalo, respondió él, y lo admito con mucho gusto; pero ha de ser a condición de que usted me admita este recuerdo de mi parte.

El mozo pronunció las últimas palabras dejando sobre la mesa un bolsillo lleno de dinero.

—¡Pero, señor!—exclamó ella alzando las manos, eso no puede ser! ¿por qué me da Ud. tanta plata?

—Porque la he visto a usted cumplir con sus deberes de hija y porque sé que usted ha de hacer buen uso de este dinero. Aquí tiene usted lo necesario para que pague un médico para su madre y un maestro para usted y su hermanito.

Antes de que ella hubiera vuelto del asombro que las últimas palabras y la vista del dinero le produjeron, ya el mozo había salido del cuarto. Bien pronto salió también la niña con el fin de dar las grácias al desconocido protector; pero éste había apurado el paso lo bastante para encontrarse ya lejos del despacho. Sin embargo, ella no desmayó, y quiso por lo menos saber hacia dónde se dirigía y ver si entraba en alguna casa. El mozo seguía por la misma vereda hacia la capilla de la Viñita y poco antes de enfrentar a la casa del cura cambió de vereda. La niña se acordó entonces de que el joven había hablado poco ha de ir a misa, y se dijo para sí: "lo veré en la iglesia". Volvióse entonces prontamente a su cuarto, y al ver que su madre seguía durmiendo tranquilamente, le pagó a una vecina para que se quedara cuidándola mientras ella iba a la iglesia. Encargóle a la cuidadora decir a la enferma, en caso de que ésta despertase, que una necesidad urgente la obligaba a dejarla por un momento; pero que bien pronto volvería trayéndole un "remedio" que le había de mejorar y consolar mucho.

Hecho esto, salió corriendo y en pocos minutos estuvo enfrente de la casa del cura; pero no encontró al desconocido en donde lo había dejado poco antes. Buscólo con los ojos por todas partes, y no dando con él entró en la iglesia. Tampoco estaba allí. La misa aun no había comenzado; y la niña volvió a la calle. En la puerta de la iglesia se encontró con una amiga, a quien le preguntó si había visto pasar por la calle o entrar al templo o a la casa del cura a un caballero cuyas señas eran: alto, delgado, buen mozo, como de treinta años, de cabellos rubios y crespos, patillas del mismo color, nariz un poco curva, ojos azules, con un sombrero bajo, negro, una levita abrochada de color gris oscuro como los pantalones, y botines muy brillantes, abrochados sobre el empeine del pie.

Agrególe la niña que aquel caballero tenía un andar muy airoso, que llamaba la atención de cuantos le miraban, y concluyó por decirle que a primera vista se reconocía lo bueno que era. Pero a pesar de tan gran número de señas, la vendedora de pan no encontró noticias de su protector.

Ni la amiga con quien se encontró, ni otras mujeres a quienes preguntó lo mismo, habían visto al caballero en cuestión. Por último, creyendo que podría hallarlo en la casa del señor cura, entró allí, so pretexto de pedir una limosna. El patio estaba solo y era evidente que no había en la casa gente de fuera.

Perdida al fin toda esperanza, se dirigió a su cuartito, pensando en la manera cómo impondría a su madre de lo sucedido a fin de que no la causara ningún mal el placer repentino que naturalmente debía experimentar la vieja y débil enferma al saber que era poseedora de una riqueza.

CAPITULO VIII

Que trata de cómo Antonio se encontró al fin con su rival.

De muy mala suerte anduvo la vendedora de pan al no encontrar quién le diera noticia de su generoso desconocido; pero si se le hubiera ocurrido la buena idea de acercarse a hablar con la señora Bárbara, que tenía un puesto de carbón y leña en la acera del oriente, un poco antes de enfrentar a la iglesia, esta buena señora le habría dicho que había visto al caballero de las señas pasar una y otra vez por enfrente de la puerta de calle del señor cura y que se le conocía en la cara los deseos que él tenía de saber algo de lo que pasaba en el interior de la casa. La señá Bárbara no sólo sabía vender carbón y leña "por mayor y menor", como lo indicaba el rótulo de su despacho, sino que era diestrísima en averiguar la crónica diaria del barrio, inquiriendo (también "por mayor y menor") desde las noticias de mayor bulto hasta los últimos pormenores de lo que ocurría. "No se le iba ninguna", como ella decía; y cuando algo se escapaba a su propia observación, recogíalo de la boca de los demás y guardábalo cuidadosamente en su memoria, así como guardaba el carbón y la leña en su despacho, quiero decir que almacenaba sus noticias, no para que "se le pudrieran en la caja del cuerpo", como lo aseguraba ella misma, sino para expenderlas con la misma prontitud con que ella trataba de vender sus mercancías. Eso sí (y debo asegurarlo, como fiel historiador de estos sucesos) la señá Bárbara era una mujer tan honrada en la venta de su carbón como escru-

pulosa en el expendio de sus noticias, pues que jamás se la oyó contar una anécdota contra el honor del prójimo sin encargar el secreto, y aborrecía los cuentos y chismes hasta el punto de relatar a sus amigas todos los que corrían las malas lenguas del vecindario, sólo para tener el placer de vituperarlos.

La señá Bárbra había visto, además, cómo el caballero aquél, desconocido para ella, pasara varias veces de una acera a otra, fijándose atentamente, y en la puerta principal, ya en las ventanas de la casa del señor cura, que permanecían, aquéllas abiertas de par en par, y éstas completamente cerradas, sin serle dable saber a nadie si había o no gentes en el interior de las piezas. El patio estaba solo, y no se veía en el zaguán más que un perro jugando amigablemente con un lindísimo gato blanco. La señora Bárbara conocía al gato por haberlo visto muchs veces sobre las venerables faldas de doña Josefa; mas no podía caer en qué perro sería aquél que parecía tan de la casa del señor cura. Pero el inteligente lector debe haber adivinado ya que el Amigo, el cual, habiendo comprendido con su perruno instinto la asiduidad con que el extranjero miraba hacia el interior del patio, abandonó la entretención del gato y dió algunos pasos hacia la puerta de calle, en cuyo umbral se paró, lanzando un imponente y majestuoso ladrido, que traducido al castellano quería decir: "nadie pasa sin permiso del portero."

El gato se había acercado, pasito a pasito, a su compañero; y, cuidándose menos del cuidado de la casa que de su propia satisfacción, empezó a rodear en torno del Amigo, pasando por entre sus cuatro patas, con el lomo encorvado y la cola alzada para llamar la atención del perro, que, cual si fuera de piedra, permanecía inmóvil y con la vista fija en el caballero, que en aquel momento se acercaba a la puerta. Sin duda éste quería hacer las amistades con el portero, pues que, al pasar por enfrente de él, dejó caer, con disimulo, al suelo, un pedazo de una de las tortitas de la panadera. El Amigo, pensando tal vez que lo cortés no quita lo valiente, tuvo la cortesía de admitir el regalo, cogiéndolo apresuradamente con su boca, a tiempo que el juguetón Almizcle alargaba una de sus manecitas para atrapar el pan, como si fuera un ratón blanco. Todo esto lo observó bien el extranjero con el rabo del ojo, y volviéndose a parar otra vez, lanzó el resto de la torta en dos pedazos, que tomaron, uno el perro para engullírselo y el otro el gato para morderlo melindrosamente, hincando en él sus uñitas blancas y corvas, sin que ni uno ni otro animal diera la menor señal de egoísta envidia. Chocó grandemente al curioso extranjero esta amistad perrogatuna, y vió con satisfacción que la cola del respetable can, poco antes inmóvil, comenzaba a menearse con

aire de benévola jovialidad. Esto lo animó para darle el golpe de gracia a la severidad del portero de cuatro patas, que así como la de los porteros bípedos, suele desaparecer en vista de un regalo a tiempo. Acercándose de nuevo a la puerta puso la segunda torta a la altura de hocico del perro, de manera que éste no tuvo más que abrir sus fuertes mandíbulas para gustar del bocado sin hueso que se le había venido, como por encanto, a la boca.

Esta vez el meneo de la cola fué más vivo; y al mismo tiempo, el Amigo se limpiaba los labios con la servilleta de su lengua. El extranjero entonces se paró a pocos pasos de distancia y miró sonriendo al perro, cuyos ojos brillantes se habían despojado ya del aire de fiereza con que poco antes amenazaran a los atrevidos profanadores de la propiedad y del hogar doméstico; y haciendo sonar sus dedos, cual si fueran castañuelas, vió venir al perro mansamente hacia él, al principio con cierta timidez y luego en seguida con verdaderas muestras de confiado contento. Acarició lo el joven, y el Amigo se dejó palmear suavemente la cabeza y el lomo, mientras el regalón Almizcle restregaba su cuerpo en las piernas del desconocido.

Este parecía estar contentísimo, y no solamente acarició al perro, sino que pasó repetidas veces la mano por el lomo del gato, verdaderamente admirado de la simpatía que se notaba entre aquellos dos animales. En esto estaba, cuando vió repentinamente que se presentaban en el zaguán dos mujeres envueltas en sus mantos negros y en traje de misa. Quedóse como petrificado sobre la vereda al reconocer a Cecilia, que salía acompañada de doña Josefa. Cecilia no esperaba tal vez aquel encuentro, que para ella no debía ser indiferente, pues sus puras mejillas, de suavísimo sonrosado, se colorearon de carmín subido, viéndose ella misma en la necesidad de apoyarse en la jamba de la puerta.

Doña Josefa no tuvo ojos sino para ver a su Almizcle, y su corazón se dilató de complacencia al notar que su regalón era objeto de las caricias de un mozo tan simpático como aquél.

—No le dé a usted cuidado, señor, dijo a éste, creyendo que la palidez del joven provenía de miedo al perro. No tenga usted susto, que el Amigo es un perro de muy buena crianza e incapaz de hacer el menor daño a las personas de calidad, mayormente cuando son caballeros tan corteses y buenos mozos como usted. Ven acá, Almizcle, prosiguió tomando el gato en los brazos. Váyase para adentro, hijito, que yo luego volveré de misa. Y usted, mi don Amigo, ya comienza a sacar los pies del plato, pues se sale a la calle sin pedir permiso ni nada. ¡Para adentro! ¡Vamos! ¡Para adentro!

Mientras así hablaba, doña Josefa conducía al perro y al gato hacia el interior de la casa, sin acordarse de que Cecilia quedaba sola con un desconocido.

—¡Alfredo! exclamó a media voz la niña, volviendo de su sorpresa.

—Sí, Cecilia, respondió el joven con apasionado acento. Soy yo, que no he podido acostumbrarme a vivir tan lejos de tí. Necesitaba verte, y ayer salí de Valparaíso. Mi padre me cree en Quillota; y he tenido que andar toda la noche para llegar aquí a tiempo. Yo no tenía esperanzas sino de verte en misa, pues a pesar de las diligencias que he hecho, no he podido encontrar quien me dé una carta de recomendación para tu tío. Aquí creo poder encontrar una persona que me presente en esta casa. ¿Consientes tú en ello?

—¡Y me lo preguntas, Alfredo! exclamó ingenuamente la niña con aire de dulcísimo reproche.

—Perdóname, alma mía! Yo no dudo de tu corazón, pero desconfío de mi mala estrella. Mi mala suerte es la que ha criado esos inconvenientes que me impiden acercarme a tí.

—Confiemos en Dios, Alfredo, y esperemos en que él quitará no sólo esos inconvenientes que tú sabes, sino otros que aun ignoras.

—¿Otros? ¿Qué quieres decir, Cecilia? Pero oigo la voz de esa señora y yo debo retirarme. Escríbeme. Estoy en el Hotel Inglés, esperaré allí tu carta.

Cecilia no pudo contestar. En aquel momento llegaba doña Josefa al zaguán, hablando en alta voz, como acostumbraba, Alfredo se había retirado y estaba cerca de la puerta de la iglesia, cuando la buena señora, acercándose a Cecilia, le decía:

—Vaya, hijita, por Dios, que me olvidé como una loca de que quedabas sola con ese caballero. ¿En dónde está?

—Se fué, respondió la niña arreglándose el manto.

—¡Buena cosa! Este perro y mi Almizcle me tienen ahora verdaderamente trastornada. Siento que cada rato quiero más al Amigo. ¡Ya se ve! ¡Es tan bueno con mi gatito! Vámonos, pues, niña a la iglesia para que no nos tomen el lugar. Estoy tan acostumbrada en aquel lugarcito, que en ninguna otra parte tengo la devoción que allí. Y ahora que me acuerdo, dime: ¿te fijaste en ese mozo? Parece una persona muy bien educada y se le echa de ver su buen corazón por encima de la ropa, como dicen. Yo misma lo ví hacerle cariños al gatito de mi alma. Debe ser una alhaja ese mozo!

Cecilia no contestó a la charla de doña Josefa. Viendo que Alfredo permanecía parado en la puerta de la iglesia, sacó un lápiz y a hurtadillas de doña Josefa escribió algunas palabras en una de las hojas de su libro de misa. En seguida sacó la hoja del libro, dobló la con prontitud y haciéndose un poco atrás al entrar en el templo, pasósela por debajo del manto a Alfredo Este, que espiaba hasta los menores movimientos de Cecilia, lo había adivinado todo; y por su parte esperaba con ansiedad el

papel. Apenas entraron ellas, él leyó lo siguiente, escrito en grandes letras sobre unas letanías en latín:

"Ya sabes, Alfredo, que tú eres el único hombre que he amado, que amo y que amaré en mi vida. Quisiera escribirte; pero me es imposible hacerlo, sin imponer a la Pepita de nuestro amor. Tampoco debes tú escribirme, porque en casa se me espía, y pueden sorprender tus cartas. Hazte presentar en casa de mi tío y trata de ganar su voluntad."

Después de haber leído este papel, besóle Alfredo repetidas veces, y entró en el templo. Habiendo buscado con los ojos el punto en donde estaba Cecilia, encontrólo al fin; y en seguida fué a situarse detrás de un gran confesonario, de donde podía ver muy bien a su amada. Esta, cubierta la cabeza con su manto, parecía sumida en honda reflexión, como si no se cuidase de las miradas de su amante. Otros ojos estaban además fijos en ella: eran los de Antonio, que colocado en el lado opuesto al que ocupaba Alfredo, miraba fijamente a su prima. Al fin ésta levantó la cabeza, y habiendo paseado su vista en torno de sí, encontráronse sus ojos con los de Alfredo. Antonio vió aquel cambio de miradas; y luego observó la agitación de su linda prima, agitación tanto más patente cuanto mayores fueron los esfuerzos de ella por ocultarla.

Al fin comenzó la misa; pero Antonio no la vió ni la oyó, pues no tenía ojos sino para mirar a Cecilia, cuyos movimientos espiaba.

De cuando en cuando miraba a Alfredo, a quien desde luego tuvo por extranjero en Santiago, pues él, que conocía a toda la juventud santiaguina, no se acordaba de haber visto jamás aquella cara.

—No es de Santiago, se decía Antonio en su interior. Sin duda alguna que es porteño, pues Cecilia ha crecido en Valparaíso y nada extraño sería que alguno de los admiradores de su belleza la hubiese seguido hasta aquí. Es preciso saber quién es y en dónde está alojado, se decía, apretando los puños.

CAPITULO IX

La plática del señor Cura.

Concluída la misa quiso Antonio salir prontamente de la iglesia y esperar afuera a su rival, a quien ya aborrecía de muerte. Pero viendo que su tío se preparaba a pronunciar la plática doctrinal como solía hacerlo los domingos, y notando que su enemigo permanecía en su puesto, quedóse también en el suyo. El desgraciado sobrino del cura estaba allí como pisando sobre ascuas; la rabia de los celos despedazaba su alma, y cada nueva mirada que sorprendía en los felices amantes era un dardo de fuego que traspasaba su corazón. Jamás había pasado por un tormento tan cruel.

Había sufrido con paciencia la frialdad con que su prima recibiera sus declaraciones de amor: había llorado de dolor al oirle decir a ella misma que no podía corresponderle; había querido matarse, cuando se convenció de que ella lo despreciaba... y al encontrarse tan pequeño ante aquella deidad que tan inexorablemente lo rechazara, había llegado él a despreciarse a sí mismo, sufriendo esa mortal congoja de quien adquiere al fin el íntimo convencimiento de su miseria. Martirio horrendo es éste, que hace aborrecer la vida y mirar a la muerte misma como la única puerta de salvación por donde puede huirse de la desgracia. Pero ¿qué martirio puede ser comparable con el punzante dolor de ser testigo de la felicidad de un rival afortunado? El desgraciado Antonio ya no pensaba en morir, quería vivir para matar a su enemigo. Los celos, esa envidia del amor, habían enardecido su espíritu naturalmente irascible; y fuéle necesario apoyarse en la pared para no caer. Mil ideas de venganza rebullían en su agitada mente, y mirando a su enemigo con ojos feroces, estaba yo

a punto de obrar como un insensato, cuando las graves palabras de su tío pronunciadas en el solemne silencio del templo, le trajeron a la memoria la santidad del lugar en donde se hallaba. Esas palabras fueron:

"Tened caridad, que es el vínculo de la perfección."

El buen cura había elegido este profundo pensamiento de San Pablo como tema de su discurso.

La iglesia estaba completamente llena, no sólo de gentes del pueblo, sino de un gran número de señoras y caballeros, muchos de los cuales habían llegado después de concluída la misa, testificando así que su solo objeto era oir la plática. Era evidente que había corrido por los alrededores la noticia de que el señor cura iba a predicar aquel día, pues siempre que sucedía esto se llenaba la iglesia de toda clase de personas, concurriendo a escuchar las pláticas desde los extremos más apartados de la capital. El cura había pensado el día anterior pronunciar un sencillo discurso, dirigido especialmente al pueblo para despertar en él los generosos instintos de la caridad; pero habiendo notado que la iglesia se iba llenando de un auditorio escogido, y habiéndole además dicho el sacristán que el **señorío** seguía llegando en coches, birlochos y carretelas, hasta el punto de que algunas personas se habían quedado en el atrio del templo sin poder entrar, se resolvió a variar la forma de su discurso, dándole al mismo tiempo mayor elevación y extensión. No tenía sino unos pocos minutos de que disponer, pues ya se acercaba la hora en que debía comenzar la misa, más, por fortuna, se trataba de una cuestión en que él había pensado mucho, y sobre lo cual había escrito un pequeño tratado.

Después de emitido el tema antedicho, prosiguió:

—Hermanos míos: estas palabras que acabo de pronunciar con el mayor respeto y que vosotros debéis escuchar con santo recogimiento, fueron escritas por el gran Apóstol de las gentes y enviadas en una inmortal epístola a los cristianos de la ciudad de Tolosa, a quien el santo Apóstol no conocía, pero a los cuales amaba como a sus hermanos. Son palabras dictadas por el amor a Dios y al prójimo, que merecen servir de tema, no diré a un sencillo discurso como el que os dirijo, sino a un gran libro. Os las repito: **la caridad es el vínculo de la perfección.** Grabadlas bien en vuestra memoria, y reflexionad constantemente sobre ellas para que vuestro espíritu se impregne de la doctrina que encierran y vuestro corazón aprenda a amar, que es como si os dijera: para que aprendáis a ser cristianos.

El hombre, hermanos míos, ha sido hecho para amar y ser amado. No creo tener necesidad de probároslo; y a los que quisieran pruebas de esta verdad, yo les diría: preguntádselo a vuestro corazón, y él os contestará con sus latidos que le es imposible vivir sin amar algo, y que sólo está contento cuando se halla cerca del objeto amado.

Al pronunciar el cura estas palabras, Antonio vió que Cecilia y Alfredo cambiaron una mirada que traspasó como un puñal el corazón del desdichado mozo. El capellán siguió con voz dulce y grave.

—Todos los seres creados, desde el grano de arena hasta el hombre, son seres perfectos, en cuanto a que ellos han salido de manos del Supremo Artífice. Pero esta perfección absoluta sólo puede encontrarse en el Creador infinito. Fijémonos en el hombre, en este sér singular, el más noble de todos, y penetremos en el mundo de su corazón. Reconcentraos en vosotros mismos, hermanos míos, y decidme si no es verdad que existe en vuestro corazón un constante deseo de encontrar algo que os parece haceros falta; que buscáis ese algo con incansable anhelo, y que seríais capaces de los mayores sacrificios por alcanzarlo. Pues bien, ese algo que deseáis tan ardientemente, es vuestra felicidad, que vuestra naturaleza os hace buscar, porque nacísteis para ser felices. Y no pudiendo serlo en vosotros mismos, porque sois imperfectos, salís fuera de vosotros; os inclináis al objeto de vuestras aspiraciones, lo amáis, os acercáis y os unís a él, con el fin de llenar el vacío que sentís, complementando así, con otros séres, las faltas de nuestro propio sér. Por manera que podemos decir que el amor, en general, es la inclinación de un sujeto a unirse con un objeto para completarse a sí mismo.

Ahora bien; si todos los seres aman y buscan en los demás seres lo que han de menester para completarse, según las condiciones de su existencia en el rango que cada cual ocupa en la naturaleza, bien comprenderéis que dichos seres han sido creados con necesidades y que el amor que impulsa o anima a todos ellos en general tiene por fin la satisfacción de esas necesidades naturales.

Inconsciente en la naturaleza bruta, fatalmente o por instinto el amor es, en el corazón del hombre, susceptible de ser ilustrado y dirigido por la razón, para llenar los vacíos de la existencia humana.

Estos vacíos y necesidades de los seres no constituyen imperfectibilidad alguna. Al contrario, un sér es tanto menos perfecto cuanto menos necesidades tiene.

El pólipo, la esponja, etc., apenas necesitan completarse: nacieron casi completos, y se bastan a sí mismos, como se basta una roca cuya misión no es otra que la de estar en donde y como la tienen las fuerzas a que se halle sometida la materia.

Pero a medida que se sube en la no interrumpida escala de la creación, vemos que los séres son tanto más incompletos cuanto más nobles y más perfectos son. Por manera que mientras más perfecto es un sér creado, mayor es el número de necesidades que constituyen las condiciones de su existencia, lo cual no quiere de-

cir otra cosa sino que es mayor la esfera de acción en donde funciona su facultad de amar.

Y como el hombre, tomado individualmente, es el sér más débil y menesteroso de la naturaleza, por ser el que menos puede bastarse a sí mismo para cumplir con las condiciones de su existencia, es también el que más ha menester del vínculo del amor, para completarse y perfeccionarse a sí mismo.

La doble existencia física y moral del hombre no es más que una serie de vacíos inmensos más o menos difíciles de llenar. Solamente amando y uniéndonos a los seres complementarios de nuestro cuerpo y a las entidades complementarias de nuestra alma, podemos alcanzar ese grado de felicidad que constituye nuestra misión sobre la tierra.

Antonio había dejado de mirar a Cecilia y tenía fijos los ojos en su tío. Con el cuerpo rígido y sin movimiento alguno, el sobrino del cura parecía una estatua afirmada a la pared. El cura prosiguió con fuego:

—Poder que crea, luz que alumbra, fuego que calienta, vínculo que une, motor que anima, timón que dirige la acción de los seres, el amor es en el mundo moral lo que la atracción es en el mundo físico. El sol es el corazón del sistema planetario, y el corazón, hermanos, es el sol que mantiene en equilibrado movimiento a todo ese inmenso sistema de inclinaciones, afectos, amores y pasiones que constituyen el mundo moral. Pero no siempre se ve el deseado equilibrio de este movimiento moral en torno del corazón humano; al contrario, testigos somos de las aparentes irregularidades de la marcha y de los trastornos de la humanidad; miremos pues la causa de tamaños males para aprender a evitar sus efectos.

Dios dotó al hombre de un amor puro, incoloro, diáfano, trasparente como la luz; pero nuestro corazón, verdadero prisma de mil y mil colores, lo refleja e irradia en infinitas direcciones como los rayos de una inmensa estrella. Unos rayos se elevan hacia los cielos, otros bajan hacia la tierra y otros son lanzados hacia el horizonte sin límites, y permanecen tendidos entre el cielo y la tierra, como testigos eternos de que el hombre es formado de materia y espíritu. Y he aquí, amigos míos, como el amor, modificado de mil y mil maneras, se desfigura, se tuerce y hasta llega a trasformarse en odio. Porque el odio injusto con que miráis a vuestra hermano no es más que el mal entendido amor que os profesáis a vosotros mismos. Este amor egoísta en que el sujeto que ama y el objeto amado se confunden en vuestro propio sér, es la raíz de todas las pasiones bastardas, de todos los afectos rastreros, de todos los vicios que envilecen a la humanidad.

El hombre animado de este mezquino amor lo sacrifica todo, hasta el mismo objeto que ostensiblemente ama, en aras de su propia personalidad. Pero el amor generoso hace salir, digámoslo así, el corazón del sujeto que ama, para ir a posarse en el objeto amado

y eleva tanto más el espíritu cuanto más elevado es dicho objeto. He aquí por qué este elevado amor es el orígen de las pasiones nobles que producen las virtudes y los grandes hechos, así como el otro es la fuente de los viles afectos que perturban el entendimiento, pervierten el criterio y corrompen el corazón.

Ahora, si miráis la cuestión bajo otro distinto aspecto, veréis cómo el resultado es el mismo. Siendo el objeto de las aspiraciones de nuestro corazón el complemenntarnos y perfecionarnos, adquiriendo lo que nos falta para ser felices, es evidente que este nuestro amor debe hallarse siempre en consonancia con las condiciones de nuestro sér.

Por otra parte, nuestro amor será tanto más noble, más perfecto y más santo, cuanto más lo sea el objeto amado, en atención a que el que ama se une de corazón y en espíritu con el objeto de su amor, impregnándose más o menos su alma de la naturaleza de dicho objeto; por manera que no nos traerá nunca perfección la unión con lo imperfecto; ni elevarán nuestro espíritu los objetos ruines que amemos; ni se santificará nuestra alma en objetos malos de por sí. De donde se deduce lógicamente que el amor más noble y santo es el amor a Dios, esto es, a la Verdad suprema. Todo otro amor es más o menos bastardo, si no ennoblecemos nuestras aspiraciones refiriéndolas a la Divinidad. Porque el hombre que no ama a Dios, sale de su propia naturaleza de hombre y se extravía, pervirtiendo y desfigurando su alma, pues quita de ella el santo amor para que ha sido creada y pone en su lugar otro que jamás podrá elevarla y satisfacerla.

Pero me preguntaréis: ¿por acaso el amor al hombre no es un amor santo? ¿Cómo puede entonces ennoblecerse nuestro espíritu con el amor a los malos? Oid, hermanos míos: el que ama al hombre por cumplir con la ley de Dios, santifica su amor al prójimo, porque toma a Dios como objeto verdadero de su caridad. Más noble y santo es todavía el amor a nuestros enemigos, porque entonces es cuando necesitamos elevar grandemente nuestro espíritu, retemplándolo en el amor de Dios para adquirir la fortaleza de alma que requiere el perdón de las injurias.

Si nuestro prójimo es malo, debemos amarlo aún con mayor ternura, precisamente porque tiene la desgracia de no ser bueno; y es con los desgraciados con los que debe ejercerse la caridad. Amar al malo no es amar el mal, si no amar al hombre, esto es, amar a Dios en el pecador para que éste vuelva al camino de su deber. Porque si un santo amor ennoblece al sujeto que siente, también hace el milagro de elevar al objeto envilecido, sacándolo de la postración de su miseria. Los hombres son malos porque no saben amar, y la mejor manera de enseñarlos es hacerlos sentir los efectos de nuestro amor. No hay corazón, por endurecido que esté, que se resista a la elocuencia de un amor verdadero; y hasta los seres más abyectos aspiran con delicia el dulcísimo y regalado

aroma de la caridad. Con esto satisfacen la primera de las necesidades del sér humano, cual es la de unirse a la humanidad, perfeccionando su propio sér con dicha unión: he ahí por qué San Pablo dice que el amor al prójimo o a la caridad es el vínculo de la perfección. El mismo apóstol en su primera espístola a los corintíos, dice:

"Aun cuando hablara todas las lenguas, si no tuviese caridad, sería como las campanas que suenan. Y si tuviera el dón de profecía y supiera todos los misterios y cuanto se puede saber; y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase todos los montes, y no tuviese caridad, nada sería. Y si distribuyese todos mis bienes en dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado y no tuviese caridad, nada me aprovecharía."

Y luego agrega, haciendo así el retrato de esta virtud, raíz de tantas virtudes: "La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca provechos, no se mueve a la ira, no piensa mal, no se goza de la inquietud; mas se goza de la verdad." Tal es el amor, queridos hermanos, en su más bella forma de vínculo cordial entre los hombres; tal es el amor al prójimo, que hace de todos los hombres una sola familia, hija de un padre común. En nombre de ese Padre que está en los cielos, os habla un hermano vuestro, no con el imperio de la autoridad mundana, que se aviene mal con la caridad, sino con la caritativa mansedumbre que deseo ver fructificar en vuestros corazones. Obrando así, no hoga más que seguir la instrucción que el mismo San Pedro, jefe de los apóstoles, da a los presbíteros en su epístola primera: "Apacentad, (les dice) la grey de Dios que está en vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino de voluntad, según Dios." Y aún cuando yo no soy vuestro párroco, no por eso me creo menos obligado a mostraros la senda del amor de Dios y del prójimo, pues la caritativa máxima de enseñar a los que no saben habla con todo el mundo: y el apóstol Santiago dice: "Aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace, tiene pecado." Sí, mis hrmanos, os hablo con el derecho que a ello me da el gran amor de que os tengo; y pongo mi corazón en mis labios para deciros con el apóstol San Juan: "Amaos los unos a los otros. El que no ama no conece a Dios, porque Dios es caridad." Sí, amaos los unos a los otros para que os enseñéis mutuamente a ser caritativos, esto es, a ser cristianos, pues según el mismo apóstol, en el ejercicio de la caridad está comprendida toda la ley de Cristo: doctrina del todo conforme a la del Apóstol de las Gentes, que en su epístola a los romanos, les dice: "El que ama al prójimo cumple la ley."

Os dije poco ha que el hombre ha sido hecho para amar. Esto es en él una necesidad tan imperiosa como la de ser amado. Luego si el hombre ha de tener una religión, esa religión ha de ser una ley de amor, para que no contraríe las condiciones de nuestra existencia ni impida el progreso de la humanidad. La religión es el

santo guía del corazón que no debe convertirse jamás en trabas del espíritu ni en inconvenientes que impidan la marcha de la humanidad sobre la tierra. La religión divina no puede atar nuestro corazón, sino con los lazos del amor, nudos mil veces más fuertes que las cadenas con que los déspotas tienen aprisionados a los hombres.

El hombre es pobre en medio de su riqueza, débil en su misma fortaleza y desgraciado en medio de su felicidad. ¿Quién será capaz de decir de sí mismo lo contrario? El cristianismo es la única religión que manda especialmente auxiliar al pobre, apoyar al débil y socorrer al menesteroso. Y ved aquí, mis queridos hermanos, como el cristianismo eslabona y unifica a todos los hombres por medio del amor, convirtiéndolos así en una sola entidad, hasta el punto de hacer en cierto modo solidarios a todos los individuos del linaje humano. Luego el cristianismo es la verdadera religión porque une lo que a primera vista parece estar de suyo separado.

Pero miremos esta gran cuestión, colocándonos en otro punto de vista, y tenemos para ello un fenómeno fisiológico que todos vosotros conocéis. Nadie podrá negar que la desgracia enseña al hombre porque lo trae al conocimiento de su propia debilidad.

La flaqueza es el carácter distintivo de la naturaleza humana, pues ella pone de manifiesto la imposibilidad en que nos encontramos en el mundo para llenar nuestras casi infinitas aspiraciones.

El hombre es un asombro de inteligencia; y no hay en la naturaleza otro animal más poderoso. Dotado de escasas fuerzas físicas, ha realizado en épocas anteriores mil obras que admiran a las generaciones presentes, así como realiza hoy otras que pasmarían a aquellas generaciones, si alzasen las losas de sus sepulcros para asomarse a ver lo que hoy pasa en el mundo.

Al considerar esta marcha progresiva de la humanidad, no nos es dado concebir a donde llegará después en las generaciones venideras. Todo esto es cierto; pero no es menos evidente que ese mismo poder intelctual queda anonadado ante nuestras aspiraciones de felicidad y de grandeza que a veces llegan hasta el delirio.

La poderosa humanidad, que tan grandes obras ha ejecutado y está en vía de ejecutar, es impotente para realizar la grande obra de la **felicidad humana** ¡Qué portentosos descubrimientos en las ciencias, en las artes y en las industrias! Y sin embargo apenas hemos descubierto los medios de no ser tan desgraciados. A pesar de nuestros constantes esfuerzos, no alcanzaremos otra felicidad que disminuir algún tanto esa misma desgracia que prueba nuestra debilidad.

Y si a veces distraídos por los placeres olvidamos la miserable condición de nuestra naturaleza, ese mismo olvido es una prueba más convincente aun de la debilidad humana; porque el olvido es una especie de engaño; y no nos engañaríamos si el espíritu huma-

no fuese en esta materia poderoso y fuerte. He aquí como la desgracia se convierte en una verdadera maestra del hombre, enseñándole a conocer prácticamente las condiciones de su débil naturaleza.

Tal como el cristiano considera las desdichas humanas, fuera de esta religión no encuentro otra que presente este profundo conocimiento de la naturaleza del hombre. Es preciso que Jesucristo conociera exactamente las condiciones de nuestra existencia para que nos enseñara a ver en nuestras desgracias un elemento de aprendizaje y de morigeración. Sócrates, Epicteto y otros filósofos de la antigüedad nos han enseñado con su ejemplo a soportar las desdichas; pero Jesucristo fué infinitamente más allá, convirtiéndola de mal en bien; de perturbadora en maestra del espíritu; de causa de tristeza y decaimiento, en motivo de alegría y de elevación, pues en el sermón de la Montaña dijo: **Bienaventurados los que sufren.** Los filósofos antiguos miraban las desdichas del Hado fatal, como enemigos de los cuales no les era dado deshacerse a los hombres; pero Jesucristo, haciendo las paces entre el hombre y su desgracia, la convierte en un vínculo de fraternidad, puesto que, según el cristianismo, el solo hecho de ser dedichado constituye un derecho para ser amado y socorrido por los demás. Todo esto está perfectamente acorde con la naturaleza humana, y tanto que no parece sino que el Cristo no hubiese tenido que hacer ningún esfuerzo para descubrir verdades que sólo el Creador del hombre podía conocer tan profundamente. En efecto, a cada paso estamos viendo cómo los sufrimientos ajenos excitan nuestra compasión; así es que la religión que manda compadecer y auxiliar a los que sufren, manda una cosa para la cual es hecho el hombre.

Del mismo modo vemos cómo la amistad se fortifica en la desgracia y cómo naturalmente dos desdichados están más dispuestos a ser amigos que dos personas felices, lo cual manifiesta que la desgracia constituye una solidaridad natural entre los hombres, y que Jesucristo, al señalarla como un vínculo de unión, no hace otra cosa que traducir a la práctica de la vida la intención del Creador Supremo. El mismo eleva el sufrimiento al rango de virtud depuradora de crímenes ajenos y nos enseña con su ejemplo a sufrir por nuestros hermanos, estableciendo que los sacrificios de unos son un digno contrapeso a los crímenes de otros ante la justicia divina para producir ese equilibrio moral que debe existir en la obra de un Dios. Se necesitaba serlo para obrar siempre así y no contradecirse jamás, porque si la encarnación de Dios en la humanidad es un hecho que nuestra razón no alcanza a comprender, la conducta de un hombre, puramente un hombre, igual en todo a la de Dios, es un hecho que nuestra razón no puede aceptar.

La religión cristiana es, pues, la verdadera ciencia del amor Ella es la verdadera pauta que la humanidad entera debe seguir, para que, aprendiendo a amar, cumpla en la tierra con sus eleva-

dos destinos hasta hacerse digna del cielo. Sólo la práctica de un amor puro, mis queridos hermanos, puede haceros merecedores de aquellas regiones de luz, perfumadas por el aroma de un santo amor. Obrad según los mandamientos cristianos, que se reducen a amar a Dios y al prójimo, y habréis aprendido la caridad.

Aquí era, sin duda, a donde el buen cura quería llegar, para llamar la atención de sus oyentes a las escenas indignas de un pueblo culto, verificadas en el día anterior y relatadas al principio de esta historia, pues prosiguió de esta manera:

—Pero este aprendizaje de la caridad no se hace practicándola sólo con los hombres. Verdad es que de todos los seres de la creación, el hombre debe ser el principal objeto de nuestro amor; no por eso nos es dado hacer el menor daño innecesario a ninguno de los demás seres de la naturaleza. Mucho menos es permitido ser crueles con ningún bruto, no tanto por ellos, cuanto por nosotros mismos, pues el que maltrate cruelmente a un perro, por ejemplo, inocula en su corazón el terrible vicio de la crueldad, que es el polo opuesto del amor. Al contrario, para enseñar prácticamente la caridad a nuestro corazón, es necesario usar con los brutos de una razonable benevolencia, no haciéndolos sufrir inútilmente, no pagándoles con inhumanos martirios los servicios que unos nos prestan y la fidelidad con que otros llegan a sacrificarse por el hombre. Sí, mis hermanos queridos: tened siempre en la memoria que profesáis una religión de amor y caridad, para que no olvidéis jamás que el placer de ver sufrir, aunque sea a un mosquito, no es un placer cristiano.

Concluyo, hermanos míos, repitiéndoos: amaos los unos a los otros, para que así lleguéis a haceros dignos de amaros eternamente allá en el seno de Dios.

CAPITULO X

De cómo el Amigo encuentra a su verdadero amo

Salieron todos de la iglesia muy complacidos de la plática del señor cura. Alfredo se apresuró a llegar a la puerta, en donde esperó a Cecilia, de quien no quería separarse sin verla de cerca, aunque no fuera sino por un instante. Colocóse de manera que las personas que aguardaban no pudieran tomar la vereda para dirigirse a su casa sin pasar junto a él. Mientras esperaba, sintió que alguien le tocaba la mano derecha, cuyo brazo caía indolentemente a lo largo del cuerpo. Volvióse y vió que era el Amigo quien le llamaba la atención, moviendo su cola y mirándolo con aire amistoso y hasta puede decirse de gran confianza, como si hiciese mucho tiempo que ambos dos se conocían.

—Parece que simpatizas conmigo, dijo Alfredo sonriendo y acariciando al perro, el cual correspondió con nuevas demostraciones de afecto. Ojalá, prosiguió el joven, hablando entre dientes y como para sí, ojalá encontrase la misma simpatía entre todos los moradores de tu casa.

En esto habían llegado a la puerta Cecilia y doña Josefa, seguidas de cerca por Antonio, que no despegaba la vista de su linda prima. Esta, sin echar de ver que su primo la espiaba, se adelantó algunos pasos, dejando atrás a su compañera, y pudo llegar unos momentos antes que ella a donde estaba Alfredo. Ambos jóvenes se miraron, se acercaron más y se contemplaron mutuamente como si en toda aquella concurrencia no hubiera más que el uno para el otro. No hablaban; pero la dicha inefable, que, cual efluvio de luz aparecía en sus sonrientes miradas, decía más que las palabras y expresaba con mayor elocuencia las sensaciones de que

estaban poseídos. Antonio, a seis u ocho pasos de distancia y separado de ellos por una barrera de gente, miraba con ojos de fuego a los amantes. De repente se puso lívido al notar que ellos se hablaban.

—¿Me amas? balbuceó casi imperceptiblemente Alfredo.

—Toda mi vida, respondió del mismo modo Cecilia, a tiempo que llegaba doña Josefa.

Las manos de ambos jóvenes se tocaron, se enlazaron la una con la otra y se estrecharon mutuamente, como movidas por un resorte oculto. La gran cantidad de gente que en aquel momento pasaba por la puerta disimuló la acción, velándola a los ojos de todos, pero no de Antonio, quien, si no vió, al menos adivinó con la lucidez de los celos aquel apretón de manos, que sintió el mismo como si le hubiesen apretado la garganta con dogal. Sus ojos se nublaron y la escena casi desapareció de su vista.

Sostenido y llevado por la oleada de gente que se apretaba al salir, llegó a la puerta, en donde habría caído si la vista de Alfredo no le hubiera devuelto instantáneamente las febríticas fuerzas de la rabia. Llegado a donde éste se hallaba, mirando alejarse a Cecilia, pasó descortesmente por enfrente de él, con ademán tan provocativo, que Alfredo no pudo menos que fijar su atención en el que de tal modo lo trataba. Lanzóle una mirada de reproche, a la que Antonio contestó con otra más provocativa. Ambos dos dieron un paso, acercándose el uno al otro.

—¿Qué significa esto, señor? preguntó Alfredo,

—Esto significa, respondió Antonio, que cuando encuentro un estorbo en mi camino, lo aplasto con el pie.

—Tenga usted cuidado, porque muy bien puede suceder que usted tropiece en tal estorbo y caiga al suelo, observó el otro, sonriéndose al notar el aire ridículamente descompuesto de Antonio.

—¿Quiere usted que le pruebe que sé hacer lo que digo? repuso éste acercándose a su enemigo con aire amenazante.

No alcanzó a contestar Alfredo, pues el Amigo, que se había conservado junto a él, se encaró con Antonio, lanzándole a quema ropa un tremendo ladrido, al cual habría seguido una terrible tarascada si en aquel momento no hubiera caído sobre los lomos del pobre Amigo el más descomunal latigazo que mano humana (o mejor dicho inhumana) ha dado en un lomo perruno. Volvióse prontamente Alfredo para ver de donde provenía aquel golpe, y a dos pasos de él vió a un hombre como de cuarenta y seis años de edad, alto, seco, bien musculado y de mirada brillante con el único ojo que le quedaba, pues el lugar en donde el otro no estaba, se hallaba cubierto por un mechón de pelo artísticamente arreglado. Vestía el hombre calzones de diablo fuerte que le bajaban hasta cerca de los zapatos **calamorros**, de claveteada suela, chaleco de rayadillo, chaqueta de paño azul, bordada con trencilla negra por toda la esbal-

da y alamares en el pecho, faja de seda punzó, cuyos repacejos le caían hasta más de medio muslo, camisa muy almidonada y azulada con esmero, y corbatín de crin negro, sobre el cual aparecían los puntiagudos cuellos que le llegaban hasta las orejas, entre los que se hallaba aprisionada la cara seca y completamente afeitada como entre dos tablas. Por último, llevaba el hombre sobre su cabeza un alto sombrero de lana plomo y en la mano una gran **huasca** con mango de fierro y látigo trenzado. Tal era el individuo que vió Alfredo al dar vuelta la cara, el cual, notando la sorpresa de éste, se apresuró a contestar a la interrogativa mirada del joven.

—No se admire usted, señor mío, le dijo, del **huascazo** que le he **ajustado** a este animal, porque ha de saber que yo soy el sacristán de San Lázaro...

—¿Y porque usted es sacristán trata de esta manera a los perros que ningún mal le hacen? le interrumpió vivamente Alfredo.

—Es que este perro es mío, replicó el sacristán, y en prueba de que no miento, él mismo lo confiesa.

En efecto, el Amigo, en vez de huir ó de arremeter contra su verdugo, se había arrollado humildemente a los pies de éste, y gemía como pidiendo misericordia. El sacristán, con la huasca alzada, parecía pronto a descargar nuevos golpes, cuando doña Josefa, que había visto desde lejos la escena, se acercó diciendo al sacristán con emocionado acento:

—¿Qué hace usted, hombre descomulgado? ¿Por qué maltrata a ese perro de mi alma? ¿No sabe usted que es el Amigo del señor cura y a quien toda la casa quiere, porque el Amigo se da a querer de todos, que si usted supiera cuanto aprecia él al gatito de mi corazón, no lo trataría de esa manera? ¡Vaya! Usted no ha oído la plática del señor cura.

Ante la verbosidad de la señora, quedó el sacristán estático, derecho como un poste y con la cabeza alzada por no permitírsela bajar el tieso y alto corbatín. Miróla despreciativamente de arriba abajo, y contestó:

—Pues, por mi señora del Rosario, a quien acabo de sacudir y de ponerle las caravanas de brillo para comenzarle la novena, le juro a usted señora que no he entendido una sola palabra de toda su retahila. Yo no entiendo cómo este perro puede ser el Amigo del señor cura, ni sé nada de su gatito ni de toda su palabrería que me ha ensartado unas y otras como cuentas de rosario. Sólo sé que este perro me pertenece y que puedo pegarle porque pego en lo mío, así como su marido de usted pegaba en lo suyo cuando vivía, o le sigue pegando a usted, si es que vive, cosa que han menester todas las mujeres de lengua suelta.

—¡Jesús, María y José! exclamó doña Josefa, santiguándose una y otra vez. ¡Qué hombre tan deslenguado y sin temor de Dios!

—¡Venga usted, Pepita! gritó Cecilia desde la puerta de calle.

—No me voy hasta no quitar a este pobre animal de manos de un hereje sin entrañas, respondió doña Josefa.

Al oir la voz de Cecilia, el Amigo alzó prontamente la cabeza, y aguzando las orejas, miró a la niña, pero sin separarse del sacristán. Este descargó furioso dos o tres feroces golpes sobre el perro, que empezó a quejarse lastimosamente. Cecilia entonces lo llamó por su nombre, imitándola doña Josefa; y no bien hubo el Amigo escuchado las queridas voces, cuando corrió velozmente hacia la puerta de calle y fué a echarse a los pies de la niña.

El sacristán lo había seguido con la huasca alzada; pero fué detenido a medio camino por la señora, quien poniéndosele por delante, le decía:

—Antes me matará usted, hombre hereje y sin conciencia, que permitir yo que se le toque un pelo de la ropa al pobre Amigo. Yo le defiendo porque él quiere a mi Almizcle, y si usted persiste en su mal empeño, voy al momento a decírselo al señor cura.

—¡Pues estamos frescos! exclamó el sacristán. ¿Con que yo no puedo llevarme mi perro? Ya sabe usted: donde se encuentra la prenda ahí se quita.

—Así es; pero usted se llevará la prenda cuando le pruebe al señor cura que es de usted, repuso la señora, tomando al perro del collar y entrando con él al patio de la casa.

Cecilia, adivinando lo que pasara entre Antonio y Alfredo, los había observado hasta el momento en que le fué preciso seguir a doña Josefa. El sacristán se quedó en la puerta de calle, pues era curioso por demás y deseaba saber en lo que irían a parar las palabras cruzadas entre ambos jóvenes. Dando la última mirada a doña Josefa, que se retiraba con el perro tomado del collar, refunfuñó entre dientes:

—Las mujeres ¡vaya! son todas lo mismo. ¡Qué vieja tan temible es ésta del cura! Si esto hace conmigo, que no soy suyo, ¿qué hará con su marido, si lo tiene? Pero no tienen ellas la culpa sino yo, que siempre he de ser vencido por ellas y siempre me han de dejar a la luna, a pesar de lo que las conozco.

Hablando así se había acercado lo bastante a Antonio y a Alfredo para poder oir las palabras acaloradas que seguían cambiándose. Toda la concurrencia se había dispersado y sólo quedaban ya tres o cuatro de los curiosos que habían presenciado entretenidísimos la última escena. Antonio, que conocía las tendencias indagadoras del buen sacristán de San Lázaro, al verlo acercarse poco a poco, se dirigió hacia él y le dijo con tono duro:

—¿Necesita usted algo de nosotros?

—Sí, señor, respondió el interpelado mientras pensaba en lo que debía contestar.

—Hable usted pronto, o déjenos en paz.

—Siempre tengo por costumbre dejar a dos amigos que traten pacíficamente sus asuntos, dijo el sacristán; pero usted me perdonará ahora que le pida sus buenos oficios para que se empeñe con su señor tío, a fin de que esa santa señora, por no decir otra cosa me entregue mi perro. ¿No lo cree usted justo?

—Pues yo creo más justo que usted nos deje en paz y vaya a pedirle su perro a quien pueda dárselo. Despache usted pronto, porque si ese maldito animal queda por un día más en casa, le administraré por mis manos una buena dosis de arsénico.

Dicho esto, Antonio le volvió la espalda y se acercó a Alfredo. El sacristán, irritado por el tono descortés del joven, se volvió también para irse; pero no lo hizo con tal prontitud que no alcanzase a oir a Alfredo lo que decía.

—Para aceptar el desafío de usted, necesito saber siquiera con quien hablo.

—Soy sobrino del señor cura y me llaman Antonio Ristre, respondió éste con voz entera.

Alfredo se estremeció involuntariamente al saber que su enemigo era primo hermano de su amada y, deseando evitar aquel lance, dijo a su interlocutor suavizando la voz:

—Le aseguro a usted, señor, que no veo razón alguna para que nos batamos y que...

—Los cobardes no encuentran jamás razón para obrar como hombres de honor, interrumpió Antonio.

—¡Insolente! exclamó Alfredo sin poderse contener.

Al oir esta interjección, el sacristán se paró, y volviéndose hacia los jóvenes, mirólos con aire burlón al mismo tiempo que hacía resonar su huasca en el aire con un seco chasquido.

—Mal papel estamos desempeñando aquí, dijo Alfredo dominándose. Yo estoy alojado en el Hotel Inglés y allí me encontrará usted a su disposición. Aquí tiene usted mi tarjeta.

Y haciendo una ligera inclinación de cabeza a su interlocutor, se retiró a pasos rápidos en dirección de la ciudad. Siguiólo Antonio con la vista durante algunos momentos, y en seguida se encaminó hacia la casa, en donde ya había entrado el sacristán con ánimo de hablar con el señor cura. Salió doña Josefa a recibirle, ofrecióle cariñosamente asiento, pues ya se le había pasado el calor de la escaramuza anterior, y aun hizo más, pues le pidió que le perdonara, por los siete dolores y gozos, aquellas vivezas de su genio. Perdonó él generosamente el trato de hereje que ella le había dado en voz alta y ante todo el mundo; y habiendo hecho ambos las paces, comenzaron a platicar amigablemente, como si jamás hubiese pasado tal cosa. En esto llegó el cura, que venía de la sacristía acompañado de dos amigos a quienes había convidado a hacer penitencia con él. Uno de éstos era el boticario del barrio, y el otro un caballero de gran barriga y cortos alcances que el boticario llamaba mi "compadre don Juan."

No bien hubo visto doña Josefa a los recién venidos, cuando corrió precipitadamente a la cocina con el loable fin de dar sus órdenes para que aquella penitencia saliera lo más razonable y apetitosa posible.

Mientras tanto, el cura hablaba afablemente con el sacristán, a quien conocía desde muchos años, y se imponía de la demanda de éste, oyéndolo con la mayor paciencia.

—Sí, señor, decía el sacristán; yo he criado a este perro desde chiquito y le he enseñado cosas que yo sé enseñar bien, pues antes de ser sacristán acompañé por mucho tiempo al maestro Bogardo, quien me enseño el secreto de hacerse obedecer de todos los animales...

—¿Y cuál es el secreto? preguntó uno de los amigos del cura.

—Aquí lo tiene usted, respondió el sacristán presentándole la huasca que tenía en la mano, y agregando en seguida: es el mismo secreto que ha empleado el célebre maestro Jarabán para enseñar a leer a todos los caballeros de Santiago.

—¡Ya me acuerdo! dijo riendo el otro amigo: la letra con sangre entra.

—Así es, señor, repuso el sacristán, y empleando ese secreto, es como he conseguido enseñar a mi perro, que no lo había de decir yo, pero ahí está toda la parroquia de San Lázaro, que no me dejará mentir, pues sólo hablar le falta al animal. Y si no me creen, tráiganmelo aquí y verán maravillas.

Ordenó el cura que compareciese el Amigo, el cual fué prontamente traído por doña Josefa.

Al ver a su terrible amo con la huasca en la mano, el perro se encogió, bajó temerosamente la cola, y, sin atreverse a entrar a la pieza, paróse en el corredor. Salió entonces el sacristán, seguido del cura y de los dos amigos, y sacudiendo su huasca, gritó:

—¡Tunante! Aquí, Tunante!

El perro fué a echarse a los pies de su amo, de quien recibió tres o cuatro huascasos, sin que hubiese dado el menor motivo para ello.

—¿Por qué lo trata de una manera tan cruel e injusta? le preguntó el cura.

—Porque es preciso comenzar siempre por la huasca, respondió el maestro de brutos.

—Cállese no más y verá bueno ¡Vaya! Los señores curas no saben pito en esto de enseñar animales; y lo mismo me pasa con mi patrón de San Lázaro. ¡Vamos! prosiguió. ¡Vamos! Arriba, Tunante!

—Diciendo así, dió con el cabo de su huasca por debajo de la barba del perro, el cual se alzó sobre sus pies traseros, volviendo en seguida a caer sobre los cuatro.

—¿No ven ustedes? dijo el sacristán. Vean no más cómo el regalo me lo ha echado a perder.

Repitió la ceremonia agregando otro huascazo que disgustó grandemente a doña Josefa y a Cecilia, las cuales en aquel momento se acercaban a la escena. El Amigo, o el Tunante, como lo llamaba su amo, se alzó entonces con mayor firmeza sobre sus pies y comenzó a andar gravemente a lo largo del corredor, siguiendo al sacristán que lo amenazaba constantemente con el látigo para que se conservase derecho.

En seguida bailó una zamacueca que el mismo sacristán cantaba, llevando el compás con golpes de pies y de manos. Después lo colocó parado en un extremo del corredor, con los lomos contra la pared, diciendo en alta voz: "Voy a fusilar a este pícaro por una muerte que ha hecho; pero si él pide perdón, le concedo la vida."

A estas palabras, el perro se echó de bruces a los pies del sacristán, gimiendo y aullando lastimosamente como si solicitase alguna gracia: "¡No, nó! ¡picaronazo! ¡El rey no quiere perdonarte!" Pero el perro proseguía gimiendo como de primeras, y aumentaba sus alaridos a medida que se hacían más enérgicas las negativas del sacristán, quien, moviendo la cabeza de un lado a otro, seguía diciendo: ¡Nó, nó, nó! El rey ha mandado fusilarte y la palabra de los reyes no puede faltar, sino cuando a ellos se les antoja, pues para eso son reyes. Diciendo esto, sacó un pañuelo con el que cubrió la vista del perro, y volvió a parar a éste contra la pared. En seguida dijo: "¡Soldados! ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!" Al oir esta última palabra el Tunante cayó sobre los ladrillos **como cae un cuerpo muerto.**

—Veamos ahora si está **muerto**, continuó el sacristán, dando vuelta a uno y otro lado el cuerpo del perro, sin que éste hiciera el menor movimiento. De repente el sacristán gritó: "¡Ya llegó el día del juicio, en que todos los muertos resucitan!" Y el animal entonces saltó y empezó a correr por el patio dando grandes ladridos, mientras la huasca del sacristán rezonaba con amenazantes chasquidos.

—¡Jesús, María! exclamó doña Josefa; no lo asuste usted con ese látigo, que ya me parece que le va usted a pegar al pobrecito, después de las habilidades que ha hecho.

—No le dé a usted cuidado, dijo el sacristán, gozándose en la admiración que su perro causaba entre los circunstantes.

A reglón seguido, el sacristán dió un gran grito y exclamó:

—¡Qué me muero, Tunante! ¡Amigo! ¡Amigo! Ya estoy muerto!

Y se dejó caer sobre el suelo con un arte que el gran Casacuberta habría envidiado. El perro se puso entonces a llorar lastimosamente sobre el aparente cadáver de su amo; y doña Josefa, no pudiendo permanecer insensible ante una escena tan conmovedora, sacó su pañuelo y se limpió los ojos, diciendo en seguida al sacristán:

—¡Resucite de una vez, hombre de Dios! ¿No ve cómo llora ese pobrecito? ¡Ah, si mi gatito supiera alguna de estas gracias!

Al fin se alzó del suelo el sacristán, y parándose el perro sobre sus pies traseros, puso sus brazos sobre los hombros de su amo, con grandes manifestaciones de contento. El sacristán, por su parte, también lo abrazaba diciendo: "¡Oh, mi amigo, mi fiel amigo!"

—Ahora comprendo, dijo el cura, la razón por qué este perro manifestó ayer cierta sensibilidad al oir de mi boca la palabra **amigo.**

En seguida contó la manera cómo el perro había llegado a la casa, agregando que, aun cuando ya le había tomado cariño, se alegraba de que hubiera encontrado a su amo.

—No es la primera vez que se me pierde, dijo éste. Ya ha hecho muchas arrancadas: es muy duro de cabeza y no quiere comprender que cada una de sus calaveradas le cuesta una docena de azotes. Esta vez se llevará dos docenas.

—El duro de cabeza es usted, le dijo doña Josefa, pues no echa de ver que con ese maltrato concluirá por enajenarse el cariño de este animalito de tan buena índole, que no parece perro, sobre todo cuando juega con mi gatito. ¿Aquí estabas, Almizcle? prosiguió tomando en sus brazos al gato, que se había acercado por detrás de ella. ¿Aquí estabas, corazoncito mío? No sé qué diera yo porque esta preciosura supiera algunas gracias como el Amigo.

—Déjeme llevarlo a casa, le dijo riendo el sacristán, y prometo enseñarlo, en menos de tres días, a cazar ratones, porque estoy seguro que ni eso sabe siquiera.

—¡Cazar ratones! exclamó doña Josefa con tono despreciativo. Eso lo hace cualquier gato de la calle. No son esas gracias las que yo quiero.

—Pues si quiere que le enseñe otras gracias, repuso el sacristán, déjeme examinarlo y ver si se puede sacar algún partido de él.

—Ahí lo tiene usted, dijo la señora, poniendo su gato en el suelo. Yo creo que tendrá buena memoria para aprender, porque no se olvida nunca de ir todas las noches a buscar en la alacena el terroncito de azúcar que siempre le guardo allí para la hora de acostarse. En cuanto a cazar ratones, debe estar trascordado, porque no es un gato pobre y tiene con qué pasar la vida...

—Eso mismo digo yo, interrumpió el sacristán. Como tiene con qué pasar la vida, ha olvidado su oficio. Para que lo recuerde, no hay más que no darle de comer en tres días.

Al oir estas palabras doña Josefa, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Vírgen Santísima! ¿Y tendría usted valor para hacer morir de hambre a esta preciosura?

En este mundo, nadie que tenga fuerzas para trabajar se muere de hambre, señora.

—Así será; ¡pero hacer sufrir a esta paloma sin hiel!

—Paloma sin hiel, pero con buenas uñas, dijo riendo el sacristán. Yo conozco muchas palomas de esa clase, blancas y morenas, a las cuales no les ayunaría las vigilias. ¿No ve que soy sacristán?

—Pues aunque fuera obispo, Dios me perdone... quiero decir aunque usted fuera lo que fuese, esté seguro de que esta perla de los gatos no iría a su poder ni por un instante. Si usted quiere enseñarle alguna gracia, ha de ser aquí a mi vista. De lo contrario no consentiré jamás en que sea su discípulo. ¡Matarlo de hambre! Sólo de pensarlo me estremezco.

Los circunstantes estaban entretenidísimos viendo la inocencia de la señora.

—Pues veamos si el gatito promete, dijo el sacristán enarbolando su huasca.

—¿Qué piensa usted hacer? preguntó alarmadísima doña Josefa.

—Comenzar por darle a conocer el látigo, que es lo principal para que aprenda.

—¿Está usted loco?

—Nó, señora mía, pues sé bien que la letra con sangre entra; y por esto es que la primera lección debe ser seis u ocho latigazos bien dados, para que aprenda a tener miedo al maestro, que es lo principal.

—¡Eso sí que nó! exclamó ella, abrazando al gato. Yo creía que usted podría enseñarle con buenas palabras, pues el pobrecito de mi alma es dócil como una mansa oveja.

—Sí, dijo socarronamente el sacristán, fíese usted de esas ovejas que saben rasguñar a los cristianos y verá lo que le pasa! Venirme con esos cuentos de mansas ovejas, a mí, que las conozco tanto!

—¿Con que también tiene usted que ver con los gatos? preguntó cándidamente doña Josefa.

—Nó, mi señora; son **gatas**, respondió riéndose sarcásticamente el sacristán. Al menos a mí me parece que son gatas, aun cuando el bueno de mi patrón las llama sus mansas ovejas. Pero manos a la obra. No perdamos el tiempo y déjeme hacer uso de la huasca. Yo le prometo hacer que el gatito se dé a la razón en menos de un cuarto de hora.

—¡Nó! ¡nó! ¿No ve usted que con sólo eso que usted ha dicho ya el pobrecito está muerto de susto?

—¿Entonces no quiere usted que su gato aprenda?

—Prefiero dejarlo así como está. Aún cuando usted me prometiera enseñarlo a escribir y a leer latín de corrido, como el señor cura, yo no permitiré que me le toquen un solo pelo.

—¡Vaya! dijo riendo el sacristán. Esta buena señora es como muchas madres que quieren tanto a sus hijos que prefieren dejarlos con su ignorancia, sus mañas y todo, antes que permitirle al maestro que los corrija con **sine qua non**.

—¿Cuál es el sine qua non? preguntóle sonriendo el cura.

—El látigo, pues, señor, el látigo, sin el cual no hay educación posible.

—Todo extremo es vicioso, observó el cura; y si el sistema de educación de la Pepita es malo, también lo es el que sigues con ese animal, a quien martirizas injustamente. Dices que se te ha ido varias veces de tu casa: eso consiste en que lo maltratas con crueldad.

—Pues, señor, replicó el testarudo sacristán, yo creo que ello consiste en que todavía no le he dado el número de azotes necesarios para que comprenda su deber.

—Pues si has de llevar el perro para dar pábulo a tus instintos de crueldad, dijo severamente el cura, mejor sería que lo dejases aquí, en donde será cuidado y querido de todos. Dime ¿en cuánto me lo vendes?

—No lo vendo, respondió secamente el sacristán; y prefiero llevármelo, aunque más no sea para probarle a usted prácticamente que mi sistema es mejor que el suyo.

—¿Cómo mejor que el mío? ¿qué quieres decir?

—Lo dicho, dicho; y palabra hablada y piedra tirada no vuelven atrás. No le hablo a humo de pajas, pues si su sobrino no tuviera un tío tan blando como usted, y se le aplicara mi sistema, otro gallo le cantara al don Antuco. No lo hago sólo por hablar, prosiguió, acercándose al oído del cura, sino para advertirle que abra el ojo y no crea que es oro todo lo que reluce. Sepa que ahora mismo, al salir de la iglesia, ha insultado a un caballero que parece no ser de aquí, de lo cual ha resultado un desafío.

—¡Un desafío! dijo el cura, poniéndose pálido.

—Sí, señor, y yo creo que el provocador es don Antuquito.

—¡Y no me habías dicho nada!

—Pues ahora se lo digo para que trate de evitar el lance.

—Doña Josefa, vea si Antonio está en su cuarto, ordenó prontamente el cura.

La señora obedeció al momento y luego volvió diciendo que el joven se ocupaba tranquilamente en leer; noticia que tranquilizó al buen cura, Cecilia, que había estado atenta a las palabras del sacristán, sintió no haber podido oir lo que éste dijo a su tío; pero con su natural penetración, echó bien de ver de lo que se trataba.

En aquel momento una criada se acercó a doña Josefa y le hizo cierta seña que ésta comprendió al momento.

—Señores, dijo, ya es hora de ir a la mesa.

—Pues entonces te quedarás tú a hacer mediodía con nosotros, dijo el cura al sacristán.

—Dios se lo pague, señor cura, respondió éste. Debo irme luego. ¡Tunante! prosiguió llamando a su perro, que en aquel momento estaba contentísimo baio la linda mano de Cecilia, ¡Tunante!

Pero el Tunante no hizo más que mirar a su amo y después a su protectora, de la cual no se separó

—Vean no más como la falta del **sine qua non** lo ha puesto desobediente, dijo el sacristán haciendo sonar la huasca. Ven acá, ¡Tunante!

El perro entonces se separó de muy mala gana del lado de Cecilia y se acercó, pasito a pasito a su amo, quien lo recibió con amenazante gesto; y aún lo habría castigado, si Cecilia no se hubiese interpuesto.

—Está bien, dijo el sacristán; pero en la calle será otra cosa. Ven acá!

Dicho ésto saludó y salió creyendo ir seguido del perro; pero éste llegó solamente hasta el zaguán, en donde se paró; y dando vuelta la cabeza se quedó mirando ya al cura, ya a Cecilia, ya a doña Josefa.

—¡Bendito sea Dios! exclamó ésta, juntando las manos: no parece sino que nos rogara que lo dejáramos aquí!

El sacristán había vuelto, y parado en la puerta de calle, lo llamaba haciendo sonar un látigo. Pero el perro al oir los temibles chasquidos de un lado y viendo por el otro las señas de afecto que con la mano le hacía Cecilia, prefirió irse a donde ésta se hallaba. El sacristán entró entonces de muy mal humor, y quiso tomar del collar al desobediente, que atracado a la niña y medio escondido en dos pliegues de su vestido, le lamía la mano y gemía como pidiéndole lo retuviese.

—Oye, hijo mío, dijo entonces el cura al sacristán; no lo lleves ahora, que yo te lo enviaré después.

—Lo dejaría, respondió éste, si no temiera dos cosas.

—¿Qué cosas son esas?

—La primera es que me lo envenenen, pues don Antuco me dijo ahora poco que si yo dejaba aquí este perro, él mismo le daría una buena dosis de arsénico.

—¿Estás bien seguro de lo que te dijo? preguntó el cura con emoción.

—Sí, señor; se lo oí muy bien.

—Pues te prometo que no me sucederá eso.

—Y nosotras lo cuidaremos mucho, agregaron a un tiempo Cecilia y doña Josefa.

—Eso es lo uno, dijo el sacristán; pero además de eso temo que dejándolo se acostumbre más en esta casa y después me sea muy difícil llevarlo.

—Pues si usted persiste en su propósito, voy a pedirle un favor, que será pagado.

—¿Qué favor es ese, señorita?

—Que usted no le pegue ni lo maltrate de ningún modo, respondió con voz suplicante la niña, sacando del bolsillo de su vestido una bolsita de mallas de seda, dentro de la cual se veían relucir

algunas monedas. En cambio de este favor, prometo dar a usted todos los meses la misma cantidad que va en esta bolsa.

El sacristán miró a Cecilia durante unos pocos momentos, y rechazando el dinero que se le pasaba, dijo:

—No me dé usted nada, señorita; prefiero dejar mi perro en su poder, porque veo que lo pasará mucho mejor que en el mío. Desde hoy le pertenece a usted, y ojalá le sea útil y le pague algún día el cariño que usted le tiene.

Despidióse y salió de la casa. Marchando cabizbajo por la vereda, murmuraba:

—¡Lo que son las mujeres! Siempre he de hacer lo que ellas dicen... Y yo... ¡Vaya! Y yo, que siempre me he de dejar vencer por ellas!... Lo mismo me sucede con todas las pretensiones de aquellas beatas, a las cuales mi inocente patrón de San Lázaro llama sus ovejas.

CAPITULO XI

Nuevas gracias del Amigo, nuevas explicaciones del cura, nuevas inocentadas de doña Josefa y nuevas artimañas de Antonio

Encaminâronse al comedor el señor cura y las demás personas que con él se hallaban, a tiempo que la campana de la torre comenzaba a dar las doce del día. Antonio, que había atisbado las escenas anteriores por entre las medio juntas hojas de la puerta de su cuarto, salió de él vestido como de paseo y se dirigió a la puerta de calle. Pero al tiempo de pisar la vereda, oyó la voz de su tío, que lo llamaba desde el patio.

—¿A dónde vas a esta hora? le preguntó.

—He almorzado muy bien, respondió el joven, y no tengo ganas de hacer mediodía.

—No salgas todavía, porque tengo que hablar antes contigo.

—¡Pero yo debo estar antes de las doce y media con un amigo que me espera en el centro, insistió el mozo!

—Pues te prohibo que salgas de tu cuarto hasta nueva orden mía, repuso terminantemente el cura. ¡Vamos, pronto a tu cuartel! repitió, viendo que el mozo dudaba de obedecer por estar acostumbrado a obrar siempre con toda libertad.

Volvió y entró en su cuarto admiradísimo del inusitado tono de su tío. Este de pie en el umbral de la puerta concluyó por decirle:

—Después hablaremos sobre otro asunto más grave. Por ahora bueno es que sepas que ese perro que ayer maltrataste sin motivo, ahora nos pertenece de derecho. Yo lo quiero, porque he visto que,

a pesar de ser perro, se conduce mejor que muchos hombres, y te advierto que aquél que le haga el menor mal sin un motivo justo, no merece vivir en esta casa, aún cuando el tal sea mi propio sobrino.

Dicho esto, el cura se dirigió al comedor, dejando a Antonio en la mayor inquietud. Era la primera vez que lo oía hablar de ese modo y sólo un motivo muy serio no más podría obligarlo a adoptar maneras tan imperiosas con el hijo de su hermana, a quien en tanto regalo había criado.

—Sin duda, se dijo Antonio, mi tío es sabedor de lo que me acaba de pasar con Alfredo. ¿Por quién ha podido saberlo? Tal vez ese parlachín del sacristán se lo ha contado. Pero esto del perro... Ah, ya me acuerdo de haberle dicho al sacristán que lo envenenaría si no lo llevaba de aquí. Es evidente que este badulaque se lo ha dicho todo a mi tío. Veamos cómo salir del paso.

Antonio se puso a estudiar cómo engañar a su tío, mientras éste, pensando sólo en la felicidad de su sobrino, se empeñaba en ocultar su propia intranquilidad y aparentaba un contento que no tenía, a fin de hacer más agradable el rato de la comida a los amigos que lo acompañaban. Estos estaban contentísimos, tanto de lo que habían visto antes de sentarse a la mesa, como del cariño y atenciones que de los dueños de casa recibían. Y viendo uno de ellos que el perro no se separaba de la silla de Cecilia, la cual le daba de comer y lo atendía con el mayor cariño, dijo a la niña:

—Parece que el Tunante ha comprendido que usted es su verdadera ama.

—Así es, respondió ella riendo; pero le ruego a usted que no lo llame Tunante.

—¿No es ése su nombre?

—Ese es el nombre con que lo llamaba el sacristán; pero nosotros le hemos dado el de Amigo desde que llegó aquí.

—Tiene usted razón, dijo con jovialidad el caballero. Yo creo que le conviene más este segundo nombre a un animal tan afectuoso.

—Y que es tan amigo de mi gatito, agregó doña Josefa.

—Lo que más me admira, dijo el otro caballero, es la repentina determinación del sacristán, de dar a su perro, al cual parece querer mucho.

—Son los milagros del amor, observó el cura. Así pueden ver ustedes las aparentes y a veces reales transformaciones del corazón humano, bajo el imperio de esta nobilísima pasión.

—Tal vez no quería ese hombre a su perro cuando lo ha dado así tan de repente, dijo doña Josefa, dándole una galletita azucarada a su gato.

—Se engaña usted, Pepita, repuso el cura. Ese hombre ha dado su perro precisamente porque lo amaba mucho.

—No comprendo eso, señor cura, tal vez porque no tengo en-

tendimiento, pero columbro muy bien que si me vinieran a pedir a mi Almizcle o a comprármelo, no lo daría ni por un almud de plata.

—Bien veo que no vendería a su Almizcle, porque lo quiere mucho...

—¡Ay si lo quiero! interrumpió la señora, estampando un ardiente beso en la frente del gato.

—Y como usted lo ama, es claro que goza con verlo gozar a él, es decir, con verlo contento, bien alimentado, acariciado de los demás, etc.

—Así mismo es, y usted está adivinando lo que me pasa, pues yo no estoy contenta cuando lo veo triste; y él es el primero que come de las tortitas que me mandan las santas monjas Claras.

—De manera que a usted le atormentaría mucho el verlo sufrir aquellas necesidades que usted tiene el placer de satisfacerle.

—¡Qué si yo sufriría! Con decirle que no sé cómo me contuve cuando ese hombre me propuso enseñarle a cazar ratones, teniéndolo sin comer durante tres días!

—Supongamos ahora que usted estuviese muy pobre y que no poseyera lo necesario para mantener regularmente a su gato...

—Siempre le daría a él de lo mejor que yo tuviera.

—Pero figúrese usted que lo mejor que usted tuviese fuese tan malo, que su gato, acostumbrado a un alimento muy delicado, no pudiese comerlo sino en fuerza de su mucha hambre...

—¡Jesús! no me diga usted eso, señor cura. ¿A qué hacer esas suposiciones que le afligen el corazón a una? Me moriría de pena.

—Pero antes de morirse de pena, usted buscaría el cómo salir de ella, ¿no es verdad?

—Por supuesto que buscaría, pues que Dios dice: ayúdate que yo te ayudaré.

—Ahora supongamos que una señora rica, de buen corazón y muy amiga de los gatos, le pidiera a usted el suyo, prometiendo cuidarlo mucho...

—Ahora comprendo, señor cura. Yo le daría a esa santa señora mi gatito, porque así tendría siquiera el gusto de saber que no iba a pasar la mala vida que conmigo.

—Y no porque usted se separara voluntariamente de su Almizcle, dejaría de amarlo.

—¡Por supuesto! Ahora voy a hacerle una pregunta; dicen que la memoria se cría, a fuerza y fuerza y dale que dale con los estudios: dígame, señor cura, ¿también se cría el entendimiento? Yo se lo pregunto, continuó doña Josefa, viendo que el boticario no pudo contener una carcajada al oir la interrogación; yo le pregunto esto porque no hace mucho que yo no podía entender este amor del sacristán al dar su perro, mientras que al presente lo comprendo como la beaba.

Bien comprendió el boticario lo intempestivo y descortés de su risa; pero afortunadamente para él fué imitado en su hilaridad por el mismo señor cura, que parecía estar contentísimo.

—Dicho el alabado y alzados los manteles, dijo el alegre boticario a Cecilia:

—Ya que usted es la señora del Amigo, bueno sería ver si la obedece en todo.

—Estoy segura de su obediencia, respondió Cecilia; y para que usted juzgue por sí mismo, voy a hacer la prueba en su presencia.

En seguida arrojó Cecilia su pañuelo sobre una silla y dijo:

—¡Amigo! Páseme mi pañuelo!

El perro obedeció al momento como el mejor criado, y se quedó mirando a su ama. Esta tomó un plato y empezó a hacer como que batía en él alguna cosa con una cuchara, la que dejó caer al suelo, como por descuido. El Amigo no esperó a que se le mandara alzar la cuchara, pues tomándola con su boca, se la pasó a la niña, quien encontraba un gran placer en repetir estas pruebas. Luego, tocándole suavemente debajo de la barba, le dijo:

—Párate, Amigo, y dame el brazo para pasearme. Púsose de pie el inteligente animal; pero en cuanto a lo del paseo fué necesario que Cecilia iniciara el movimiento, engarzando su brazo con una de las manos del Amigo. A bien poca costa logró la niña que el perro la acompañara en aquel paseo hecho en torno de la mesa. Al ver la pareja, reía doña Josefa como un niño, y el boticario la imitaba muy de buena gana, diciendo:

—Todavía este caballero no ha adquirido soltura en los usos sociales; pero ello es sin duda porque no debe haber frecuentado los salones.

De esta manera prosiguieron haciendo varias pruebas con el buen Amigo, cuya inteligencia dejaba admirados a todos, así como la mansedumbre y docilidad de su carácter. Bailó, saltó por sobre la mesa, se hizo el muerto, se paró sobre una silla, etc. Pero lo que más admiró a todos, fué que habiendo, en uno de sus grandes saltos, echado al suelo un pequeño canasto con varios panes que había sobre la mesa, se fué prontamente al canasto y tomándolo del asa con el hocico, lo colocó boca arriba, sin que nadie le dijera nada, pues todos no hacían más que observarlo atentamente. En seguida recogió los panes que habían rodado por el suelo y los puso uno a uno dentro del canasto. Por último, tomó éste del asa y se lo llevó a doña Josefa, que se hacía cruces, diciendo:

—¡Buena cosa! Es capaz que este perro la haga pensar mal a una! Ven acá, prosiguió tomando el canasto y dejándolo sobre la mesa; ven, Amigo de mi alma, y dame un abrazo por lo servicial y comedido que eres. ¡A mí me encanta la gente comedida!

El Amigo no se hizo repetir la invitación, pues viendo la insinuación de la entusiasmada señora, alzóse sobre sus pies y se

echó en los brazos de ella, poniendo sus manos sobre los hombros de doña Josefa y lanzando ladridos de satisfacción.

—¡Jesús! ¡Qué me muerde! exclamó la señora, sumamente asustada por la viveza de la acción.

—¡Amigo! gritó Cecilia, como riñendo al perro.

Este cayó al momento sobre sus cuatro patas y fué a echarse humildemente a los pies de la joven, como quien pide perdón. Allí permaneció hasta que las caricias de Cecilia le devolvieron el contento.

—Es un poco brusco en sus manifestaciones de cariño, dijo el boticario, que todo proviene de su falta de sociedad.

—Todavía no vuelvo en mí, decía doña Josefa. He tenido un miedo atroz!

—Esos ladridos han sido de gusto, observó Cecilia.

—Mejor sería que no ladrara sino a tiempo, respondió la nerviosa señora, que aun permanecía bajo la influencia del susto. Bueno es el cilantro, pero no tanto.

—Advierta usted, Pepita, dijo el cura, que este buen animal no puede emplear otro idioma que el que Dios le ha dado para manifestar sus impresiones.

—He notado que los ladridos que da cuando tiene gusto se diferencian grandemente de los que le hace lanzar el enojo, dijo Cecilia. ¡Vean ustedes! prosiguió mirando atentamente al perro, que, olvidando los anteriores juegos, se había acercado a la puerta; y parado firmemente sobre sus cuatro patas con la cola tiesa, el lomo recto y las orejas aguzadas, paseaba por el patio su mirada escudriñadora. Vean como está retratada la inquietud en toda su apostura. De seguro que va a lanzar un ladrido de enojo. Oigamos sin llamar su atención.

Pocos segundos habían pasado cuando todos vieron cómo se le erizaba el lomo; alzaba la cabeza con el aplomo majestuoso y la autoridad de un dueño de casa, y lanzaba un fuerte y prolongado ladrido.

—Este ladrido sí que es de temer, dijo en voz baja Cecilia.

Aun no había acabado de pronunciar la joven estas palabras, cuando el perro se lanzó como una flecha fuera de la pieza, corriendo hacia el segundo patio de la casa. Salieron todos del comedor y luego lo vieron venir persiguiendo a otro perro que había entrado sin pedir permiso. Batíase el intruso en retirada, y aunque parecía bastante fuerte, se echaba de ver que respetaba los colmillos del Amigo. Por último, logró éste alcanzarlo y tomarlo de la garganta en medio del zaguán; y lo habría ultimado sin la intervención de Cecilia, a cuya voz soltó el Amigo su presa y volvió meneando la cola a besar la mano de su linda señora.

—Buena ha sido la lección para el landrozuelo, dijo el boticario. Yo creo que el Amigo habría dado cuenta de él en dos minutos.

—Me alegro de haber evitado eso, dijo Cecilia; y siempre haré por que este perro no mate a otro.

—¡Vaya! decía doña Josefa, palmeando el lomo del Amigo y completamente olvidada de su susto. No solamente nos entretiene, sino que cuida la casa. Merece ser amigo íntimo de mi Almizcle.

Idos que fueron los amigos del cura, llamó éste a su sobrino y le dijo, con un acento de firmeza que revelaba el esfuerzo que el bondadoso cura hacía sobre sí mismo:

—No me ocultes nada de lo que voy a preguntarte, porque tengo derecho a saberlo todo...

—Tío mío, interrumpió Antonio, con voz dolorosa y humilde, ya sé sobre lo que usted va a hablarme, y voy a decírselo antes para ahorrarle el disgusto que usted ha de tener, preguntándome cosas que yo quisiera que no hubiesen pasado. Es una fatalidad que yo buscaba cómo ocultar de usted; pero ya que es necesario hablar, lo sabrá usted todo. Esta mañana, al salir de la iglesia, me encontré de repente con un caballero, que sin embargo de no haber hablado nunca conmigo, me ha tomado un odio a muerte...

—¿Y por qué es ese odio? interrumpió el cura, ya interesado en favor de su sobrino.

—No sabré decírselo positivamente, respondió éste; pero presumo que sea por creer dicho señor que yo estoy prendadísimo de una señora con la cual él desea casarse. Al menos así lo he colegido yo, por las provocativas palabras que me dirigió esta mañana.

—¿Y qué te dijo?

—Que yo era un pobre diablo para merecer la estimación de esa señora y mucho menos para vencer a un rival como él.

—¡Pobre diablo! repitió el cura. ¿Y quién es ese caballero tan encumbrado para que diga eso de tí?

—Sólo sé que se apellida Alvarez, respondió Antonio; pero no sé su nombre, pues apenas lo conocía de vista, y ésta es la primera vez que hemos hablado.

—¿Y esa señora en cuestión?

—La he divisado solamente desde mi luneta en el teatro; pero no he hablado nunca con ella y sólo sé que es de Concepción, avecindada en Santiago desde poco tiempo. Verdad es que tiene bellísima presencia, por lo cual se atrae en el teatro las miradas de toda la platea. Yo también la miro con mi anteojo como todos los demás jóvenes y aun he preguntado por curiosidad quién es y cómo se llama. Me han dicho que es una viuda muy rica llamada doña Clorinda Rozas o Rizo, no estoy bien seguro.

—Pero en fin, dime ¿qué fué lo que hubo esta mañana entre los dos?

—Es el caso que con la apretura de gente, al salir de la iglesia, nos dimos ambos un encontrón, que él creyó fuese dado intencionalmente por mí. Miróme con malos ojos, y yo también lo miré de

frente. Entonces su mirada se hizo más amenazadora y cuando estuvimos fuera me preguntó con descortesía si yo no había tenido quien me enseñase a estar entre las gentes bien educadas.

—Conque eso te dijo ¿eh?

—Tratóme de mal criado, y aunque yo hice lo posible por contenerme, confieso que tal vez le dije algunas palabras duras, yéndonos así de palabra en palabra hasta que llegó a desafirme en forma.

—¿Y qué le contestaste?

—Le confieso, tío de mi alma, que estuve por admitirle el desafío, porque hay casos en que uno no puede dominarse...

—Ya lo sé.

—Pero me acordé de que soy cristiano y preferí que él me tuviese por un cobarde antes que exponerme a derramar sangre.

—Bien hecho, hijo mío.

—Mas él no oyó mis excusas pacíficas, y a fin de evitar el lance que tanto habría de desagradar a usted, tuve que inventar una mentira. Díjele que me era imposible concurrir inmediatamente al lugar de la cita, porque debía salir esta tarde para Valparaíso por un asunto urgentísimo, y que no podía disponer de mi tiempo porque no me pertenecía. En fin, díjele muchas cosas más de que no me acuerdo; pero él persistió en su propósito de que habíamos de batirnos, si no ahora, al menos cuando yo llegase de Valparaíso.

—Es preciso saber cómo se llama ese caballero y en dónde vive, dijo el cura. Yo mismo iré a verlo y hablaré con él sobre este malhadado asunto.

—Aguarde usted para hablar con él a que yo vuelva de Valparaíso, repuso Antonio. Entonces yo me informaré bien de su vivienda, de su nombre y de todos sus antecedentes para que usted no haga una visita en falso. Por ahora creo que lo principal es que yo me ponga en marcha para el puerto, en donde es necesario que me vean para que él no me tenga por un embustero y un cobarde.

—Está bien, dijo el cura. Arregla tu maleta, y mañana te pondrás en camino para Valparaíso.

CAPITULO XII

Que si el lector lo salta, hará muy bien; pero si lo lee, hará mucho

lor

El señor cura durmió su indispensable horita de siesta y levantado de la cama abrió su breviario y rezó En seguida pidió el mate, que doña Josefa trajo en persona, cebado por sus propias manos (y es fama que la señora tenía unas **manos de monja** para cebar mate). Venía ella seguida del Amigo, a quien decía:

—Con el tiempo has de aprender, buen Amigo, a traerle el mate a tu patrón.

El cura recibió el mate y el Amigo se echó a sus pies. A tiempo que doña Josefa salía del cuarto, apareciéronse en la puerta los dos amigos que habían hecho medio día en la casa.

—Señor cura, dijo el boticario, hemos estado hablando con mi compadre don Juan, sobre la plática de hoy...

—Y yo soy de parecer que ha estado preciosa, interrumpió don Juan.

—Yo digo lo mismo, repuso el boticario; pero me han quedado unas dudas que me hacen cosquillas en la mente y quisiera que el señor cura me las aclarase.

—Con mucho gusto, respondió éste, convidando a sentarse a los recién venidos. Diga usted sus dudas, señor boticario, que yo se las resolveré, según mi leal saber y entender.

—Si mal no me acuerdo, de lo que usted dijo en la plática se deduce que también ama la materia...

—Tal es mi opinión, señor boticario.

—Pero ¿cómo puede sentir amor la materia que carece de alma y que, por su propia naturaleza, es inerte?

—Yo no digo que la materia **sienta el amor**, respondió el señor cura.

—¿No ve, compadre, como usted estaba equivocado? interrumpió don Juan dirigiéndose al boticario con aire de triunfo. Bien le decía yo que sus dudas no podían ser razonables. Yo escuché la plática de punta a cabo, no me quedó ni migaja de duda.

—No interrumpa al señor cura, compadre don Juan, dijo el boticario.

—Pero si no digo que la materia **sienta** el amor, prosiguió el cura, tampoco afirmo al contrario, pues veo que los árboles y las flores no parecen carecer de cierta sensibilidad habiendo algunas plantas que la tienen al parecer tan exquisita, que en este punto aventajan a muchos animales. Usted no podrá negarlo, señor boticario.

—Sí, agregó el impertinente don Juan, atrévase usted a negarlo, compadre; atrévase a negarlo!

—No niego eso, señor cura, respondió el boticario sin hacer el menor caso de las necias palabras de su compadre; pero yo para mí tengo que, careciendo los cuerpos puramente materiales de discernimiento....

—El amor es una inclinación que no ha menester de discernimiento en el sujeto que ama, interrumpió el cura. Hasta las mismas entidades animadas de un espíritu suelen amar, sin tener conciencia del cómo ni cuándo aman ¿Y hemos de exigirles que entiendan en amor a los cuerpos que, por carecer de alma, carecen de inteligencia? Cada entidad ama a su manera, señor mío; y según es el rango que ocupa en la escala de la creación: así, por ejemplo, el amor que vincula a los hombres para formar un cuerpo social, ha de ser muy diferente del amor con que las moléculas de una piedra se unen para formar la mesa pétrea.

—Eso es claro como el agua, dijo gravemente el compadre don Juan.

—¡Amor molecular! exclamó el boticario, quien si no se rió, fué sólo por el respeto que el buen cura le inspiraba. Los físicos llaman a eso fuerza de cohesión. Los químicos tienen también su fuerza de afinidad. ¿A cuál se refiere usted?

—A las dos, respondió el cura. Yo creo que esas fuerzas no son más que dos manifestaciones distintas de una misma facultad, quiero decir, de la propiedad que Dios dió a la materia de "inclinarse a la materia" en tales o cuales condiciones y siguiendo ciertas leyes estudiadas por la física y la química, las cuales a mi entender no son más que ramas de una sola ciencia. Pero volviendo al amor, yo creo que puede definirse diciendo que es "la inclinación de un sujeto a unirse con un objeto". No importa que el sujeto que tiende a unirse con una entidad cualquiera, tenga o no tenga alma. Basta que veamos por nuestros ojos esa tendencia en un ente, para poder decir que éste ama al otro ente, hacia el cual su

naturaleza le inclina. El primer resultado de esta inclinación es la unión de los dos entes, unión que se verifica siempre que no hay oposición invencible. Los hombres se unen con los objetos que aman, y lo mismo sucede entre los brutos. Unos y otros aman, por ejemplo, la buena comida, y se unen a ella comiéndosela con preferencia a la mala, cuando se les presenta la una y la otra.

El fenómeno es idéntico en el fondo; y las diferencias que existen entre el amor humano y el amor brutal, no provienen sino de la mayor esfera de actividad volitiva en el hombre, correspondiente a la inmensa elevación de su alma sobre la del bruto. El hombre es capaz de amar más objetos, y de amar más allá y mejor que la bestia: he ahí todo. El hombre ama la ciencia; y como se une a ella aprendiéndola, ama la virtud, a la cual se une practicándola, etc.! Nada de esto puede hacer el bruto; mas no por eso dejan sus inclinaciones de merecer el nombre de amor.

—Convengo en ello, interrumpió el boticario; y aun puede decirse que los brutos sienten y desean, llegando algunos, como por ejemplo, el perro, a aparentar como que poseen buenos sentimientos y afectos verdaderamente entrañables: pero ¡cuanta distancia no hay del bruto al ente inorgánico!

—Es cierto que la distancia es inmensa, repuso el cura; mas por lo mismo, a fin de no extraviarnos en el largo camino, debemos bajar gradualmente. Bien pronto creo poder hacer ver a usted cómo partiendo del amor del hombre llegamos lógicamente al amor de las piedras. Ya usted conviene en que existe el amor de los brutos.

—Sí, señor cura.

—Y que el amor del hombre se halla a una infinita altura sobre el de los demás animales en atención a que aquél se encuentra dotado de una alma inteligente, cuyas facultades producen una multitud de matices del amor humano, como son: la benevolencia, la concordia, la amistad, la caridad, la piedad, etc., lo cual no se verifica entre las bestias.

—Todo eso es la pura verdad, respondió como un eco el compadre don Juan, al mismo tiempo que el boticario hacía una señal afirmativa con la cabeza.

—Ahora dígame, prosiguió el cura: ¿cree usted en el amor de las flores?

—Sí, señor, respondió el boticario; y nadie duda de que en las plantas se verifican a este respecto fenómenos análogos a los que presenta el reino animal. El gran Linneo lo ha demostrado; pero todavía estamos muy lejos del amor a las piedras...

—Luego llegaremos allí.

—También creo que el amor de las plantas se halla muy distante del de los animales para poder pasar inmediatamente de un reino a otro.

—No es tan grande la distancia como a usted le parece; y a este propósito me permitirá usted hacerle otra pregunta: ¿qué distancia le parece a usted mayor: la que hay entre el amor humano y el de los brutos, o la que existe entre el amor de éstos y el de las plantas?

El boticario pareció querer responder, pero no contestó. El compadre don Juan lo miraba sonriéndose.

—Pues yo creo, prosiguió el cura, que la primera diferencia es infinitamente mayor que la segunda; y que si usted me permite dar el primer paso, no debe oponerse a que dé el segundo.

—Le confieso, señor cura, que no veo bien claro, dijo el boticario.

—Pues, señor, repuso el señor cura, no tiene usted más que parar mientes en que el hombre puede llegar con su amor hasta los pies del Criador...

—¡Ah! y el bruto es incapaz de elevarse...

—Lo cual hace que la diferencia entre ambos amores sea infinitamente más grande que la que hay entre el de los brutos y el de las plantas. Estos, como sujetos, se inclinan a los objetos y se unen a ellos, nada más que para la conservación de las especies. El buey ama la hierba y se une a ella, guardándola en su primer estómago para rumiar un poco más tarde: el árbol ama el calor y la luz, y a fin de unirse a ellos se empina sobre sus raíces o tuerce su tronco hasta llegar con sus ramas a los rayos solares, etc. Pero el amor humano no sólo tiene por objeto la conservación del cuerpo, sino la elevación del alma, y de aquí esa gran diferencia.

—Comprendo, señor, perfectamente, y confieso la estrecha analogía que existe entre los fenómenos del amor, considerado en los dos reinos, animal y vegetal, pero... ¿y el reino mineral?

—Entremos en él, amigo mío, y verá usted cómo también existe el amor en el reino inorgánico, siendo aquí precisamente en donde se manifiestan de la manera más portentosa y con una admirable sencillez los fenómenos producidos por este gran vínculo de la creación. Usted, que es químico, sabe muy bien que los óxidos y los ácidos, en general, se aman y se combinan mutuamente...

—Sí, y es verdad que parece como que se atraen los unos a los otros para formar las sales... Y además, señor cura, hay óxidos que prefieren unirse con ciertos ácidos, y vice versa, hasta el punto de que, puesto un óxido en presencia de una sal, la obliga a descomponerse, quitándole su ácido para unirse con él.

—Lo cual prueba, amigo mío, que esa tendencia vinculadora que se llama amor existe también entre los minerales.

—Sin embargo, señor cura, se me hace cuesta arriba llamar amor a esa propiedad que tienen unos cuerpos sin alma.

—¿Por acaso tienen alma las flores? Y no obstante, usted mismo ha dicho que el amor une al pistilo con los estambres. Es pura cuestión de palabras, señor mío, pues en el fondo, el fenómeno es el mismo. A pesar de no tener alma ni los vegetales ni los minerales, jamás se equivoca el pistilo, ni los estambres buscan a los estambres; ni los óxidos se unen con los óxidos; ni éstos ni los ácidos se equivocan en las proporciones atómitas. ¿Qué quiere decir esto?

—Que Dios ha dotado a los cuerpos inorgánicos de ciertas propiedades para combinarse, según leyes fijas, dijo el boticario.

—Eso es decir lo mismo que yo digo con otras palabras. Es como si se dijera que Dios ha dado a las plantas la propiedad de buscar al sol; que ha dado al pistilo de la flor la propiedad de unirse a los estambres; que ha dado al perro la propiedad de seguir al hombre; que ha dotado a éste de las propiedades de asociarse con sus semejantes, de sufrir a veces por ellos, de inquirir las verdades científicas, etc., etc. Fijémonos menos en las palabras que en el fondo de la cuestión para darles a éstas su verdadero sentido y veremos claramente que esos vocablos de **inclinación, propiedad, facultad, afecto** y otros, no significan más que los matices del amor, tomado en general como elemento vinculador de toda la naturaleza y de ésta con su Autor Soberano. Y cuando le digo a usted **vinculador**, quiero también decir **sostenedor** y **propagador**, porque vincular es unir elementos, **formar, hacer sostener y propagar** las especies. Amar es hacer, y no hay obra alguna que no sea efecto del amor. El amor divino produjo la naturaleza, y ésta propaga las especies y mantiene el equilibrio de su existencia por el amor, que vincula todos sus elementos. Porque la unión del sujeto que ama y del objeto amado produce siempre frutos que corresponden a la naturaleza del sujeto y del objeto. El hombre que ama a sus semejantes y se une a ellos, produce la paz; el que ama el vicio y se une a él, produce crímenes; la planta que busca y se une a los rayos del sol que ama, produce la coloración de sus flores y la madurez de sus frutos; éstos son producidos por el amor de las mismas flores, así como las sales lo son por el amor entre los ácidos y los óxidos. La misma formación de la piedra que nos ha servido de ejemplo, no es más que la historia de diversos amores entre los seres inorgánicos. Mire usted el pedestal de ese reloj. Si un hombre de imaginación quisiera contar la historia de los abuelos de ese trozo de mármol, podría decir, por ejemplo: Entre las rocas que constituían el esqueleto de una gran montaña, había un mineral llamado **Calcio**, el cual existió allí muchos años, pobre y desvalido, pues careciendo de la facultad de andar, no podía ir en busca del **Agua** que tanto amaba. Vivía pues allí el pobre Calcio, muerto de sed, a pesar de que no lejos de él había una gran laguna, sobre las cumbres de la montaña. Cierto día una erupción volcánica abrió debajo de la laguna una grieta, por donde el Agua pudo llegar has-

ta el Calcio. Este, que había morado allí tantos años, sin manifestar la menor tendencia a unirse con los demás seres que lo rodearan, no bien sintió el contacto del Agua, cuando separó los dos gases de que este cuerpo se compone, y despreciado el Hidrójeno, unióse al Oxígeno tan precipitadamente, que ardió en medio del agua misma. El oxígeno del agua también se inclinaba a unirse con el Calcio, pues a este fin abandonó sin pérdida de tiempo a su íntimo amigo el Hidrógeno, con el cual vivieron estrechamente unidos desde tantos años ha. De esta unión del Oxígeno con el Calcio, nació un hijo, o mejor dicho, una hija, que fué llamada **Cal**. Y siendo esta señorita tan sedienta como su señor padre, unióse con el Agua y se disolvió en ella: y lo que no pudo disolverse se mantuvo como en suspensión, y fué todo arrastrado por la corriente. He ahí cómo la doncella abandonó su casa paterna, echándose a viajar en brazos del Agua por los ocultos caminos que los volcanes tenían abiertos desde tiempo inmemorial, en el seno de la montaña. Al pie de ésta había una gran cueva habitada por Acido Carbónico, hijo del Oxígeno y del Carbón, cuyo amor había poco antes hecho arder a éste en brazos de aquél. Acido Carbónico moraba solo en su cueva, no permitiendo que ningún animal que respira viviera en medio de él, por ser el enemigo de los animales. Si allí hubieran podido crecer vegetales, él les habría presentado una atmósfera conveniente. A pesar de ser un gas, no podía elevarse sino muy poco, en razón a su pesadez, con relación al aire que llenaba la parte superior de las grietas. La suerte lo favoreció llevando allí a su prima Cal, que fué suavemente depositada en finísimas capas sobre el pavimento de la cueva. Acido Carbónico, que se habría enlazado con cualquiera de sus muchas primas que hubiesen tenido la amabilidad de ir a visitarlo a su antro, conformóse con la suerte que el Hado le preparaba y se desposó con Cal, de cuya unión nació Mármol, uno de los más bellos hijos de Acido Carbónico.

—Ya ve usted, amigo mío, cómo el amor, hallándose en estado rudimentario en la naturaleza mineral, va elevándose por grados hasta convertirse en una aspiración sublime del hombre hacia la Divinidad.

Un gruñido del Amigo interrumpió la narración del cura. Es el caso que el compadre don Juan, no entendiendo una palabra de cuanto estaba oyendo, se fué poco a poco amodorrando hasta quedarse profundamente dormido, y comenzó a roncar como en su cama. Tal descortesía, tenía en espinas al boticario, que miraba a su compadre con ojos como si quisiera tragárselo vivo. El inteligente Amigo, que no separaba sus ojos del cura y del boticario, siguió al fin las tremendas miradas de éste y puso sus ojos sobre don Juan, a cuyos ronquidos contestó gruñendo. Despertó el compadre don Juan a tiempo que el cura le decía sonriendo:

—Duerma usted, señor mío, no se moleste.

—¡Qué me he de molestar! exclamó el compadre, abriendo tamaños ojos, cuando jamás he oído una historia más divertida que la que usted nos ha contado, señor cura! Es verdad que casi me había quedado traspuesto, porque le hago saber que soy así: en oyendo contar una historia que me interese, me empieza a correr por todo el cuerpo una cosa así a modo de sueño; pero no es sueño... Sí, señor; y si he cerrado los ojos, es sólo porque así se oye mejor. Siga usted, señor cura; estoy deseoso de saber la conclusión de la historia.

—Pues, señor, dijo el cura riendo, mientras el boticario se daba a mil demonios por las sandeces de su compadre, sepa usted que el cuento se acabó..

—Ah! ¿con que se acabó el cuento? dijo don Juan riendo, con descompasados movimientos y alborotadora algazara. Ya debía yo haberlo entendido, pues apostaría a que he oído que al fin se casaron.

—Así es, respondió el cura, y hasta tuvieron familia, lo cual es una prueba de que se amaron. Pero el señor boticario no cree en este amor.

—Convénzase usted, compadre, dijo don Juan, convénzase de que yo tenía razón cuando le decía...

El boticario hizo un gesto de disgusto y cortó la insulsa charla de su compadre dirigiéndose al cura de esta manera:

—Pero usted me ha dicho, señor mío, que las diversas partes de que consta una piedra están allí unidas por el amor. ¿Cuál es el fruto de tan extraño amor?

—La piedra misma, es decir, el equilibrio, en su expresión más simple, cual es la estabilidad material. La satisfacción del amor, acorde con la naturaleza de las cosas, produce siempre el equilibrio, desde el social, cuando la sociedad tiene satisfechas sus racionales aspiraciones, hasta el equilibrio que usted ve en una piedra asentada firmemente sobre su base.

—No comprendo bien, dijo el boticario.

—Mientras el sujeto que ama busca sin encontrar al objeto amado, todo es tempestad y trastorno. El hombre que ama el saber vive sediento e intranquilo mientras lo busca, y sólo cuando ha encontrado aquella luz adquirirá su espíritu el equilibrio que le faltaba. Si un pueblo quiere ser libre y se le mantiene oprimido, no cesarán jamás los trastornos hasta que la unión de ese pueblo con la libertad que ama no venga a restablecer el equilibrio social. Mire usted la atmósfera encapotada anunciando la tempestad. El desequilibrio más terrible reina entre las nubes cargadas de electricidades contrarias. Las del mismo fluído se rechazan y las de fluídos contrarios se atraen mutuamente. Dos de éstas se acercan como si quisieran estrecharse la una con la otra y el rayo brilla entre ellas como la ardiente y rápida mirada del amor. El trueno

que al mismo tiempo retumba, es el chasquido del beso que se dan en los aires; y en seguida se ve caer sobre la tierra el granizo y la lluvia, hijos gemelos de las nubes. Ahora fíjese usted en los ríos que se desprenden de nuestras altas cordilleras. ¿Por qué corre el agua tan bulliciosamente, sin estar quieta jamás. Porque busca los puntos más bajos que ella apetece. Pero deje usted que se una con este lugar y la verá aquietarse y tomar su nivel.

—Eso es precisamente lo mismo que yo creo sobre el particular, dijo con aire de suficiencia don Juan. Sí, compadre, prosiguió. dirigiéndose al boticario, el agua toma siempre su nivel; y créame lo que le digo, porque yo entiendo algo de nivelación de canales.

Iba el boticario ya a rogar a su compadre don Juan que se abstuviese de sus necias interrupciones; pero impidióselo el respeto que el señor cura le inspiraba. Este se apresuró a decir:

—Lo mismo sucede con la piedra que rueda desde la cumbre de la montaña. ¿Qué es lo que ella busca en su carrera? El centro de la tierra que ella ama.

—¿Quién es la que ama? preguntó don Juan, mirando al cura con los ojos desmesuradamente abiertos.

—La piedra, respondió el cura, sin serles posible ni a él ni al boticario el contener la risa, al notar la mezcla de susto y bobería con que don Juan hiciera su pregunta.

—Ah! La piedra! dijo éste: ¿con que las piedras aman? esto no estaba en mis libros; pero ya que usted lo dice, señor cura, lo creo y lo creeré siempre, pues yo soy un cristiano a las derechas y un hombre de mucha fé. Sí, señor, la fe del carbonero, con la cual me han de enterrar cuando me muera.

—Aquí hay dos manifestaciones del amor puramente material, prosiguió el cura. Son dos manifestaciones distintas, pero no diversas en el fondo. La una es la unión entre sí de las partes que constituyen el todo del cuerpo físico, y la otra es la tendencia que éste tiene a unirse con el centro de la tierra, siendo está última un caso especial de la gran ley de atracción mutua de las masas o concretos de materia.

—A propósito, dijo el boticario, voy a permitirme hacerle dos preguntas: primera, si los diversos trozos de una piedra se aman mutuamente ¿por qué no tratan de unirse cuando ésta se divide en partes? Segunda, si la piedra ama tanto el centro de la tierra ¿por qué se queda tan tranquila sobre el valle cuando aun se halla tan lejos de haber logrado sus deseos?

—El amor que une a las diversas partes más o menos grandes de un todo físico, se debilita cuando dichas partes se separan, pero no se anula por completo. Los pedazos de la piedra no vuelven a unirse porque entre ellos se interpone el aire u otro cuerpo grasoso, porque la distancia entre los poros aumenta la dificultad

de la unión, y en fin, que la tierra solicita a cada una de las partes separadas, con mayor energía que éstas mismas partes entre sí. Pero venza usted tales resistencias, estreche los trozos entre sí, de manera que no quede entre ellos ningún gas, y verá cómo se unen fuertemente. No hay duda de que en unos será más sólida y tenaz que en otros; pero ello proviene de que el amor material no presenta siempre la misma energía en todas las diversas manifestaciones de la materia, fenómeno que se manifiesta de una manera análoga en el mismo amor animal.

—Eso es más claro que el agua, dijo don Juan: yo lo veo muy bien con los ojos de la fe.

—La palabra **agua**, que el señor don Juan acaba de pronunciar, me hace parar mientes en otra circunstancia digna de consideración, cual es la cristalización de los cuerpos. Usted no ignora que este importantísimo fenómeno suele a menudo verificarse por la superposición de las partículas de materia cristalizable, arrastradas por el agua. Si la materia no se inclinara naturalmente a unirse con la materia, ¿podrían formarse esos durísimos cristales que tanto admiramos? El amor que los **forma** se manifiesta aquí en todo su esplendor, y la intensidad y pureza de este amor entre las partículas materiales corresponde a la perfección que revela el estado de cristalización de un cuerpo. Cada uno de éstos cristaliza de un modo distinto, sin que jamás se haya visto dos cristales de una misma materia con formas diversas; por manera que el cristal es, en cierto modo, la expresión del amor de la materia a la materia, en su mayor grado de perfección. Y así como los animales y las plantas se visten y se engalanan de ropaje y flores para cumplir con las leyes del amor, así también parece que la materia quisiera purificarse y brillar cuando el amor a sí misma la hace adquirir sus más perfectas formas.

—Eso de que el amor nos obliga a engalanarnos, interrumpió don Juan, lo comprendo maravillosamente. Hablo por experiencia propia. Cuando yo comencé a querer a mi primera mujer, el deseo de parecerle bien me hizo vender por menos precio una casa que tenía allá cerca del **Galán de la Burra**; y todo ello fué para comprar un vestido de paño y una capa color de hueso de lúcuma, con lo cual no sólo enamoré a mi futura, sino también a los futuros suegros, que me creyeron rico.

—En cuanto a la segunda pregunta, prosiguió el cura, diré a usted que cuando la piedra queda tranquila sobre las faldas de la montaña, es porque algún estorbo le impide seguir andando hacia el centro de la tierra. Quite usted ese estorbo y la verá marchar con ímpetu. Al fin llega al valle y allí permanece en equilibrio, pues ha conseguido cuanto su amor podía hacer para acercarse a su querido centro. La materia sobre que la piedra descansa le impide llegar a él; pero el mismo peso con que la piedra oprime aquella materia es una prueba de su fatal inclina-

ción. Como es incapaz de perforar la tierra para acercarse más a ésta, se queda en donde está, ni más ni menos como se queda un perro cerca del poste a que se halla atado, a pesar de los esfuerzos que hace por acercarse al pedazo de carne que ama. Si usted suspende la piedra por medio de una cuerda, la verá tirar hacia la tierra, como el perro tira su cadena hacia la carne. La misma tendencia notará usted en una esferilla de corcho u otra materia ligera, colgada de un hilo finísimo. Ahora si usted cuelga el corcho cerca de la gran roca pendiente, verá cómo aquél se inclina hacia ésta, desviándose de su dirección vertical. Es que así como la piedra y el corcho se aman con la tierra, así también aquellos cuerpos se aman el uno y el otro; y el corcho, puesto entre dos amores, se inclina a cumplir con la solicitud de la piedra, pues que el hilo neutraliza la de la tierra. La piedra no se mueve hacia el corcho por impedírselo la energía de su amor a la tierra, mucho mayor que la de la esferilla. De donde se deduce que este amor se halla en los átomos de la materia, y que a mayor cantidad de átomos corresponde también mayor suma de amor, esto es, mayor energía de atracción.

—¿Y la repulsión? preguntó el testarudo boticario. Así como las masas se atraen mutuamente, también suelen repelerse; luego hay casos en que no se aman.

—La repulsión, contestó el cura, es análoga al odio, y ya usted sabe que el odio no es sino la negación del amor al objeto odiado y al mismo tiempo una afirmación del mismo amor a otro objeto. Si usted odia el vicio, es porque ama la virtud, y el odio a los enemigos no es sino demasiado amor a nosotros mismos.

—Luego odiamos por que amamos.

—Sí, amigo mío, porque amamos exagerada o desordenadamente.

—¿Y no podríamos decir que amamos en razón o que odiamos?

—Nó, señor, pues podemos amar sin odiar y no podremos nunca jamás odiar sin amar. El amor es la causa fundamental; el odio no suele ser comúnmente sino el resultado del amor pervertido. Aquél **hace y éste deshace**, y he ahí por qué el amor es la afirmación de las cosas y el odio es la negación. Y como la perfección de las cosas no puede alcanzarle, sino la facultad de hacerlas, facultad representada por el vinculador elemento del amor, ya usted puede comprender la profundidad de las palabras de San Pablo: "el amor es el vínculo de toda perfección". Pero no nos extraviemos y volvamos a la atracción mutua, o mejor dicho, a la mutua repulsión que suele manifestarse en la materia. Permítame ponerle unos dos o tres ejemplos, que le harán ver cómo toda repulsión ostensible no es más que el efecto de una atracción más o menos oculta. Dígame: ¿cómo prepara usted un poco de gas hidrógeno?

—Es muy fácil sacarlo del agua, compuesta de hidrógeno y oxígeno, contestó el boticario.

—Pero si el hidrógeno y el oxígeno que constituyen el agua se hallan íntimamente unificados en un sólo ente y se quieren mucho ¿cómo hacer que se rechacen para obtener la separación de uno de los dos gases?

—Nada más sencillo. Pongo dentro del agua algunos pedazos de zinc y un poco de ácido sulfúrico. El metal le quita al agua su oxígeno para transformarse en óxido de zinc; y hecho esto, se combina inmediatamente con el ácido, y queda convertido en sulfato de zinc: con lo cual el hidrógeno, que es mucho más ligero que el aire, se eleva sobre él.

—Por consiguiente, hay aquí dos **repulsiones:** la una es la que ha separado el hidrógeno y el oxígeno; y la otra la que separa al primer gas del centro de la tierra, puesto que al hidrógeno le gusta elevarse.

—Sí, señor cura.

—Según lo que usted mismo ha dicho, la primera **repulsión** no es más que el resultado de la **atracción,** esto es del amor entre el zinc y el oxígeno cada vez que se presente el ácido sulfúrico, con el cual se ama muy entrañablemente el óxido de zinc.

—Ya lo veo: ¿y por qué se eleva el hidrógeno?

—Porque la inclinación que él tiene hacia la tierra no es tan enérgica como la del aire...

—Es decir porque el peso es menor.

—Llame usted **peso** o como quiera a dicha **inclinación, o amor,** el hecho es que la del aire vence, por ser mayor que la del hidrógeno. Pero meta usted este gas dentro del vacío y lo verá caer hacia el centro de la tierra en vez de elevarse.

—En cuanto a esto no me cabe la menor duda, dijo el compadre don Juan, pues yo soy hombre que tengo la religión muy asentada y no me atreveré jamás a hacer objeciones a lo que dice mi párroco. Soy hombre de mucha fe.

—Un pedazo de azúcar nos presenta otro ejemplo, respecto de los cuerpos solubles, dijo el cura. Usted ve la resistencia que las partes de que consta un pan de azúcar presentan para desunirse: más, en cuanto ponemos el azúcar dentro del agua le vemos disolverse en ella, quedando reducida a átomos que la vista no alcanza a percibir. ¿Por qué se han separado esos átomos que poco ha parecían amarse mutuamente? Porque el amor que tienen al agua es mayor que el que los unía entre sí. El agua y los líquidos hacen entre los átomos de los cuerpos solubles, el mismo efecto que un cincel golpeado con un martillo, entre los diversos trozos de la roca que separa. Lo propio sucede cuando en el interior de un cuerpo fusible metemos el calor. Las partículas se van envolviendo cada una en una camisa de fuego, que las separa unas de otras, y he aquí por qué el cuerpo se ablanda.

Mientras más cantidad de calor se introduce en él, mayor será también el espacio que separa las pequeñas partículas, y en consecuencia será menor la adherencia de unas partículas a otras. La **blandura** del cuerpo aumentará con el calor hasta llegar aquél a liquidarse. Las partecillas de que consta son ya muy pequeñas, y por consiguiente redondas, que es la forma natural de los átomos. En tal estado la fuerza de cohesión entre las partículas es casi nula, tanto por la redondez de éstas, que no les permite empotrarse las unas entre las otras para dar consistencia al todo, cuanto porque el amor de cohesión se halla casi neutralizado por la inclinación que cada partícula parece como que siente hacia el calor que la envuelve y la separa de las demás.

—¿Es decir, observó el boticario, que lo que nosotros llamamos grado de fusión, usted lo llama grado de amor de la materia hacia el calor o el fuego?

—Cabal, respondió el cura, al mismo tiempo que el compadre don Juan hacía gravemente un gesto de aprobación. Usted sabe que no todas las materias se funden al mismo grado de calor.

—Sí, sí: unos cuerpos son más o menos más fusibles que otros.

—Pero cada materia tiene su grado de calor, llegado al cual se funde, sin equivocarse jamás. ¿No es esto?

—Sí, señor cura.

—Luego las partículas de cada cuerpo aman el calor según una ley constante, correspondiente a cada materia. Si usted hace subir el grado de calor, las partículas líquidas se dividen y subdividen más y más hasta quedar convertidas en átomos separados por el agente ígneo que las envuelve.

—Es decir que resulta el estado aeriforme del cuerpo.

—Sí, mi amigo, y en tal estado, las partículas infinitesimales parecen odiarse entre sí, tanto más cuanto mayor cantidad de calor se introduce entre ellas. Ya hemos llegado al odio de la materia, que así, como entre los seres organizados, es más que uno de los efectos de su amor.

—¡Oh! dijo el compadre don Juan, todo esto salta al ojo, de una manera evidente. Mientras más oigo al señor cura, más me afirmo en mi fe y en mi religión.

—Pero en este amor, si merece tal nombre, dijo el boticario, encuentro yo mucho de fatal.

—¡Por supuesto! respondió el cura. Es claro que cada orden de seres cumple con las leyes del amor universal, según las condiciones de su respectiva naturaleza; y usted no debe exigir que los brutos amen como los hombres ni que las flores expresen su amor al sol con los alegres trinos de las aves al saludar al astro del día. La esfera del amor en el hombre es inmensa, y ésta se va reduciendo a medida que descendemos en la escala de la

creación. Sólo el hombre tiene conciencia de que ama y, sin embargo, hasta él mismo suele a veces amar de una manera inconsciente. Si los brutos aman por instinto y si el amor de las plantas es una inclinación fatal, ¿cómo es posible que no lo sea el amor con que la materia pura se ama a sí misma? Basta que este amor se manifieste en la tendencia de la materia a unirse para formar cuerpos, formándose y transformándose de mil maneras diversas, sin contravenir a la armonía general de la creación. El mismo amor, que mantiene y conserva al mundo animal y al vegetal, aparece como en estado rudimentario en el mundo mineral. Es éste un amor simplísimo que corresponde a la simplicidad de los entes que anima y que hace obrar fatalmente, dando así una especie de vida a los entes inorgánicos. Este amor, señor y amigo mío, es el que mantiene a los cuerpos materiales unidos en torno de la tierra; el que hace voltear a los planetas en torno del sol; el que impide la dislocación de los mil sistemas planetarios que pueblan el espacio, y el que hace de todo este gran conjunto un solo y único cuerpo unido por este vínculo universal.

—¡Cómo así! exclamó el boticario, abriendo tamaños ojos. ¿Por acaso la tierra y el sol serían sólo diversas partes de un mismo cuerpo?

—Sí, señor, respondió el cura. Al menos así lo entiendo yo.

—Y yo también, agregó don Juan.

—Usted debe convenir, prosiguió el cura, que todos los séres de la creación son entes incompletos, cuya perfección consiste en ser las partes esenciales de un todo perfecto. No hay un sér de más ni de menos, y hasta ese perro, que nos está mirando como si comprendiera nuestras palabras, es necesario a nuestra común felicidad.

—Lo mismo he creído yo siempre, interrumpió el compadre del boticario con gran disgusto de éste. Mi mujer aborrece las hormigas porque le persiguen sus dulces, y a cada momento está preguntándome ¿para qué habrá enviado Dios aquellos animales tan dañinos? ¿Y cómo he de decírtelo yo, mujer? le respondo, cuando no sé con qué objeto han sido creadas las hormigas ni los ratones. Pero Dios hizo a las unas y a los otros; y no sería bien visto que Dios para hacer sus cosas viniese a tomarle el parecer a mi mujer y a los miles que quedan por ahí criticándolo todo.

—Compadre don Juan, interrumpió ya fuera de sí el boticario, ¿quiere que le diga una cosa?

—Dígala, compadre, con tal que no sea una herejía contra lo que Dios hace.

—La cosa es que prefiero verlo dormir en esa silla, antes que...

—No, señor boticario, interrumpióle el cura. Nuestro buen

amigo don Juan está en la razón, y en lo que acaba de decir ha hablado como un libro.

—Dios se lo pague, señor cura, respondió don Juan mirando al boticario con aire de triunfo.

—Lo que más me admira en la obra de la creación, prosiguió el cura, es que componiéndose de seres tan diferentes, se hallen entre sí ligados por un vínculo común que transformándose de mil y mil modos diversos reúne a todos los entes creados en una sola entidad. El amor, que confunde entre sí a dos almas racionales, que reúne en grupos sociales a los hombres, que hace de todos éstos una sola humanidad, que, por medio de las analogías, vincula al animal humano con los brutos, a éstos con las plantas y a las plantas con los minerales, es también el que une entre sí las diversas partes de un cuerpo individual, tomado en cualquiera de los tres reinos de la naturaleza. El tiene estrechamente unidas las partes de una piedra así como los elementos de un sér organizado. Tanto en éstos como en aquéllas, las partes que constituyen el todo corporal se hallan en movimiento más o menos activo: por manera que un cuerpo no es más que la unión de partes que se mueven dentro del espacio que él ocupa. La roca, por ejemplo, es un cuerpo compuesto de varias sustancias, a veces aglomeradas, cuyas partículas se hallan en contínuo movimiento, por la influencia del calor variable. Las montañas son cuerpos mayores que contienen rocas, metales, tierras, aguas, etc. La tierra es una reunión de montañas; y no dejará de ser un solo cuerpo, porque se le considera con los vegetales y animales que la pueblan. Este gran cuerpo terráqueo crece inmensamente, si consideramos su unión con la atmósfera que la rodea. Elévese, amigo mío, un poco más y verá como todos los planetas de nuestro sistema, sirviendo de centro a sus satélites y girando en torno de sí mismos y alrededor del sol, forman un conjunto unido por el amor que los liga a su centro. Fenómeno análogo se verifica en los demás sistemas planetarios; por manera que el conjunto de todo el Universo viene, al fin, a ser la reunión de las mil y mil esferas ligadas entre sí por el amor y que se mueven armónicamente nadando en un mar de éter. Todo este inmenso conjunto ¿puede o'né ser considerado como un solo cuerpo, análogo, por ejemplo, a un vaso de agua, dentro del cual se mantuvieran suspendidos en contínuo movimiento millones de millones de átomos sólidos?

El boticario no respondió, y quedóse mirando al cura, como anonadado por las últimas palabras de éste.

—¡Responda, compadre! exclamó don Juan. Yo, en cuanto a mí, digo que sí! sí! sí! porque creo y confieso todo cuanto cree, confiesa y enseña nuestra santa Madre Iglesia, en cuya fe pienso morir, con el favor de su Divina Majestad, pues todo lo demás es locura. Sí, prosiguió con nuevo ardor, yo soy hombre de fe, y

mi fe es la del carbonero. Tres dobleces del poncho y un solo poncho no más, es decir, tres personas distintas y un solo Dios verdadero.... Y al que se atreva a contradecir, palo y palo con él!

Al decir estas palabras, el buen compadre don Juan, dominado por su entusiasmo religioso, dejó caer pesadamente sobre el Amigo el bastón que esgrimía en el aire. El perro, viéndose tan injustamente agredido, arremetió contra el agresor, y éste echó a correr hácia la puerta del cuarto, gritando como un loco:

—Ah! perro! Ah! perro!!

El cura riñó al Amigo, y éste se fué a echar humildemente á sus pies, más no por eso dejó don Juan de salir corriendo. A ese tiempo, venía doña Josefa con dos platos de dulces para las visitas y al llegar a la puerta recibió de parte de don Juan un terrible encontrón que la hizo caer de espaldas con bandeja, platillos, copas de agua y todo. El pobre hombre, enredados sus pies en la pollera de la señora, cayó también de bruces; y el Amigo, al ver que su buena patrona se hallaba acometida por aquel bárbaro, se echó nuevamente sobre él. Pero el cura volvió a impedir que lo mordiese. Levantóse al fin don Juan, sobándose una rodilla, y luego doña Josefa, toda llorosa, no tanto por el golpe como por ver sus platillos y sus copas de cristal hechos mil pedazos. El boticario apenas podía contener la risa, viendo el asustado y pálido semblante de su señor compadre, el cual le decía al oído:

—Vámonos, compadre; vámonos de aquí para que usted me examine todo el cuerpo y vea si este perro me ha mordido en alguna parte. Ya un poco más repuesto, despidióse del señor cura y salió acompañado del boticario. En la puerta de calle, dijo a éste:

—Mire usted, compadre: bien dice el santo cura que los odios no son más que el resultado de los amores; y no parece sino que él hubiese sido casado, para que conociese las cosas tan justamente. Vea usted lo que ahora nos ha pasado: sí, señor, no se puede hablar siquiera del amor, ni meterse uno en amoríos, sin que al fin la cosa acabe en pelea. Créame, compadre, yo tengo experiencia, pues he sido casado con tres mujeres... ¡Vaya! me parece que este perro me ha mordido una pantorrilla. Examíneme, compadre.

—¿Cuál es la pantorrilla que le duele? preguntó el boticario tocándoselas y viendo que no había lesión en ellas.

—No le sabré decir de fijo, respondió don Juan; pero el caso es que el perro debe haber puesto sus colmillos en alguna de ellas. En fin, prosiguió echando a andar, lleguemos pronto a la botica y allí veremos en dónde estoy herido para que me cure. Tres veces me he casado, compadre; pero lo que es otra vez.... ¡Vaya! Juro no meterme nunca más en estas conversaciones de amores.

CAPITULO XIII

Historia de Alfredo

Una vez separado de Antonio, Alfredo se había dirigido a su hotel, por la misma calle por donde se había venido. Al pasar por el despacho de la panadería, el cual conoció por la muestra que en la mañana le había llamado la atención, notó que la puerta estaba cerrada. Pasó adelante; y como en aquellos tiempos carecía Santiago casi por completo de coches para el servicio público en el interior de la ciudad, tuvo que llegar a pie a su alojamiento. Antes de sentarse a almorzar, o mejor dicho, a hacer medio día, pues ya eran las once y tres cuartos, escribió una esquela y se la entregó a un mozo, diciéndole que fuera a dejarla a casa de don Pedro Franco, cuyo hijo Enrique era el único amigo de confianza que Alfredo tenía en Santiago. La esquela se reducía a rogar a Enrique que viniera al hotel, en donde era esperado para tratar sobre un asunto urgente.

Levantado de la mesa se fué Alfredo a su cuarto y se puso a reflexionar sobre lo que haría para evitar aquel fatal desafío con el primo de Cecilia. Era esto lo que especialmente quería comunicar a Enrique, de cuyo buen criterio esperaba oportunos consejos. No tardó Enrique en llegar; y al ver a su antiguo amigo, exclamó, abrazándole cordialmente:

—¡Alfredo! ¡Cuánto gusto tengo de verte! No sabía que habías llegado de Europa.

—Hace poco más de dos meses que estoy de vuelta en Chile, respondió Alfredo, correspondiendo debidamente a las afectuosas manifestaciones de su amigo.

—¿Y desde cuándo en Santiago?

—Desde esta mañana. Te habría ido a ver; pero he tenido que enviarte a llamar, pues se trata de un negocio del que no se puede hablar sino aquí, y a puerta cerrada.

—¿Qué hay? ¿que te sucede? preguntó Enrique, viendo que Alfredo echaba por dentro la llave.

—Voy a decírtelo en dos palabras. Se trata de un desafío.

—¿Desafío?

—Sí, amigo mío, de un desafío que quiero evitar a todo trance, pero que tendrá lugar si mi adversario no desiste.

—¿Y quien es tu adversario?

—El sobrino del señor cura de la Viñita. Tú debes conocerlo y quién sabe si eres su amigo.

—¡Ah, Antonio! Lo conozco. Pero aún cuando lo masco, no lo trago; quiero decir que, aun cuando lo trato, cada vez que me encuentro con él no he podido jamás mirarlo como a un amigo.

—Entonces no me arrepiento de haberte llamado, pues yo quería pedirte el favor de que me sirvieras de padrino en caso de que él persista en su provocación.

—¿Ha sido él quien te provocó?

—Sí, amigo mío: esta mañana, al salir de la Iglesia. Parece un mozo no de gran juicio.

—Y, sin embargo, es el león de nuestros salones. Viste bien, posee maneras elegantes y tiene el barniz de la cultura. Monta a caballo primorosamente, juega al billar con sorprendente maestría y a los naipes con mayor arte todavía, por lo cual sólo es admitido en ciertos garitos de tono que hay en esta capital. En una palabra, amigo mío, ya que te las tienes con él, bueno es que sepas que el sobrino del cura es el calavera más afortunado de todo Santiago, pues otro cualquiera, con la mitad solamente de lo que de Antonio se cuenta, habría sido despedido de muchas de las casas en donde visita. Pero, en fin, ¿por qué ha sido la provocación?

—Podría decirte desde luego el pretexto de que él se ha valido para desafiarme, respondió Alfredo; pero yo quiero imponerte de la verdadera causa que he comenzado a sospechar. Para ello necesito contarte la cosa desde algún tiempo atrás.

—Te escucho.

—Después de haber concluído mi educación en Inglaterra, adonde quiso enviarme mi padre, volví a Chile, hace, como te dije antes, poco más de dos meses. Aun no había trascurrido una semana, cuando paseándome una tarde por la explanada de los almacenes fiscales, ví pasar, acompañada de una señora vieja, a una niña tan linda que....

—Te enamoraste perdidamente de ella y la seguiste y supiste donde vivía, ¿no es verdad? interrumpió riendo Enrique.

—Has acertado, continuó Alfredo. Me hice presentar en la casa, y te aseguro que si la vista de Cecilia me enamoró, su trato dulce y cariñoso, así como su talento sin pretensiones, me dejaron encantado. Sólo una noche hablamos, y supimos aprovechar tan bien esos cortos momentos, que cuando nos separamos

ya nuestros corazones se habían comprendido, sin que nuestros labios hubiesen pronunciado ninguna palabra de amor.

—Una sola noche has dicho ¿Por acaso no seguiste visitándola?

—Me fué imposible, amigo mío, y vas a saber el por qué. La señora que acompañaba a Cecilia, cuando la ví por la primera vez en la explanada, no era su madre, sino una antigua criada de confianza, a la cual no ví yo esa noche de mi visita por hallarse en cama. Cecilia no tiene padre ni madre, y vivía entonces a cargo de su madrastra, que es una señora viuda, entrada en años, pero con furiosísimas pretensiones de niña. Al presentarme en su casa recibióme élla con las mayores demostraciones de contento, llevando su amabilidad hasta hablarme en confianza de lo mucho que peligraban sus intereses con tener su hacienda casi abandonada. Me hizo ver la imposibilidad en que una mujer se hallaba para atender debidamente a la explotación de un fundo. Ella era **una pobre niña,** sin experiencia alguna de los negocios, razón por la cual los mayordomos la estaban engañando cotidianamente. ¡Ya se ve! el uno hacía su agosto en la rica hacienda; el otro tenía a la mujer y a las hijas vestidas de terciopelo y de seda con lo que había logrado en la preciosa quinta de Quillota; y por último, su cobrador de Valparaíso se quedaba mensualmente con una parte del canon de cinco casas que tenía a su cargo. Con todo podía ella juntar una rentita de dieciocho a veinte mil pesos anuales, con lo cual vivía así regular, o mejor dicho, **pobremente.**

—¡Vaya! exclamó Enrique riendo. Se conoce que la viudita era mujer de ésas que todo lo entienden.

—A las mil maravillas, respondió alegremente Alfredo. Yo estaba en ascuas sufriendo aquel fuego graneado de indirectas, acompañadas de mimos, aberturas de ojos, movimientos de cabeza y juegos de manos, que hacían brillar la pedrería de que la viuda estaba adornada. Por fin, el amigo que me había presentado se condolió de mi martirio, y dirigiéndose a la almibarada señora, supo enredarse tan bien con ella en una disputa, que me dejó libre para hablar largamente con Cecilia. En balde me llamaba la atención la madastra, poniéndome a cada rato por juez de la cuestión que sostenía, pues yo apenas sabía de lo que trataban, y más de una vez me ví perplejo al querer darle a ella la razón. Concluída la visita, echóme las últimas miradas con una coquetería digna de sus mejores tiempos, me apretó vivamente la mano y acabó por decirme que contara con ella como con una amiga antigua.

—¿Y por qué no volviste?

—Volví dos noches después, pero no ví a Cecilia. Díjome su madrastra que estaba indispuesta, y yo tuve que pasar más de una hora oyendo a la viuda sus proyectos sobre el porvenir. Salí desesperado por no haber podido hablar con Cecilia, a quien ya amaba con delirio, y como yo no había podido dejar de entriste-

cerme al saber la indisposición de mi amada, la ardorosa viuda me preguntó, al despedirme, la causa de aquella repentina tristeza. No me acuerdo lo que le respondí. Al otro día en la tarde pasé por la casa. Cecilia estaba cosiendo sentada a la ventana y, al verme pasar, clavó en mí sus dulcísimos ojos. Paréme y la saludé, preguntándole en seguida si se había mejorado su salud.

—No he estado enferma, me respondió sonriendo.

—Pues, la señora me ha dicho anoche que usted se hallaba indispuesta, le repliqué yo.

—Ah! contestóme entonces con viveza: ¿usted fué quien estuvo aquí anoche? Mi madrastra me dijo que tenía que hablar con otro caballero sobre un asunto importante y me rogó que no la interrumpiera.

—Al decir esto, calló Cecilia, y yo ví por entre las rejas de la ventana que la madrastra entraba a la pieza.

—¿Y te quedaste?

—Nó, hombre; la conducta de esa mujer me había irritado y no me hallé con valor para permanecer delante de ella a sangre fría. Hice una cortesía a Cecilia y proseguí mi camino, pensando en cómo hacer para que el amor de la vieja no llegase a convertirse en un serio impedimento para cultivar mis amores con la niña. Dos días después me encontré con ella en un baile...

—¿Con Cecilia?

—Nó, amigo mío, con la madrastra. Estaba cuajada de brillantes, y en verdad que el arte de las modistas había conseguido dar a aquel cuerpo cierta elegancia, quitándole por lo menos diez años de encima. Pero el arte, mayormente el arte de las modistas, es impotente para luchar con la naturaleza, pues a pesar de cintas, miriñaques y embelecos, la mona se queda siempre siendo mona. Con todo la señora madrastra se hallaba sin saber qué contestar a la multitud de cumplimientos y galanterías de varios cortejantes de profesión. Acerquéme y me recibió con la más amable de las sonrisas, convidándome a sentarme a su lado y desatendiendo por completo a un galán que en aquel momento le dirigía la palabra. Preguntéle por qué no había venido Cecilia y me respondió que su hijastra era una muchacha sin sociedad y demasiado encojida para que pudiera frecuentar los salones sin quedar en vergüenza a cada rato. Hícele ver entonces que ella era injusta con aquella niña, que tanto talento y despejo manifestaba.

—¿Lo cree usted así? me preguntó con tono entre picaresco y sarcástico.

—Sí, señora, contesté, yo creo que Cecilia es digna de figurar en medio de la más escogida sociedad.

—Ah! exclamó riendo: quien tuviera un abogado tan ardoroso como usted!

Yo quise contestarle que una señora tan llena de méritos como ella no necesitaba defensores; pero me dejó con la palabra en

la boca, y volviéndose al galán que tenía al lado, empezó a hablar con él de una manera tan alegre que no quise ya interrumpirla y me retiré.

—Perdona que te diga una cosa, interrumpió Enrique, y es que tú te conducías con la madrastra como si no tuvieras interés por la hijastra.

—¿Qué quieres decir?

—Que delante de una madre puede uno cortejar impunemente a la hija; pero delante de una madrastra, ya es otro cantar, mayormente cuando ésta es vieja verde. Tú debiste haber aceptado los arrumacos de la viuda, contestándoselos a vuelta de correo.

—¡Ay, amigo mío! Nunca me gusta mentir, y en asuntos de amor menos que en ningún otro. Dejé pasar dos o tres días, prosiguió Alfredo, y volví a hacer mi tercera visita, que no fué visita sino última despedida, pues la terrible madrastra, oyendo que yo preguntaba por ella a una criada en el zaguán de la casa, dijo en voz alta desde su salón: Díle, muchacha, al señor don Alfredo, que no estoy en casa!

—Pues me gusta el desplante! exclamó Enrique.

—Ya lo ves: me echó con cajas destempladas.

—Eso sucedió porque la viuda estaba más **templada** de lo necesario. Tú debiste haber aparentado que le correspondías. Pero veamos: ¿qué hiciste en seguida?

—Deshacer el camino que había hecho desde mi casa, a donde me dirijí despechado. Antes de llegar, me encontré con el amigo que me había presentado a la señora madrastra y le conté todo el caso. Mi buen amigo, que es muy flemático, me dijo: "Véte a tu casa y tranquilízate. Yo averiguaré lo que haya en esto, por medio de una cierta beata que conozco, la cual es muy amiga de la madrastra de Cecilia y frecuenta la casa cotidianamente. Hasta mañana o pasado". Tres días después se apareció mi amigo en casa. Preguntéle si había hablado con su beata, y me respondió: "No sólo he hablado, sino que ella me ha impuesto de todo cuanto ha dicho y dice la señora madrastra. Está enojadísima conmigo, y en su despecho dice que yo la he sorprendido llevándote a su casa, sin advertirle que tú eres protestante. Agrega que ella no permitirá jamás que su casa sea visitada sino por los buenos católicos, y que mientras Cecilia esté a su cargo, no debe pensar sino en amantes católicos, apostólicos, romanos, razón por la que tú debes perder toda esperanza de acercarte a la niña.

—Se engaña la pobre señora, interrumpí yo a mi amigo, pues confiado en el buen sentido de Cecilia no creo que ella me desecho por protestante.

—A mí me parece lo mismo, me respondió mi amigo; pero has de saber que la terca madrastra ha puesto todo el caso en conocimiento del confesor de Cecilia, el cual ha tomado tan a pechos la obra de hacer desistir a su confesada de este amor sugerido

por Satanás, que la pobre niña, enamorada como lo está de tí, aconsejada imperiosamente por el confesor y hostigada por su madrastra, ha llegado a enfermarse. Conque, amigo, pierde toda esperanza...

—¿Yo? exclamé; ¿yo he de perder la esperanza ahora que sé que Cecilia me ama? No lo creas. Al contrario, acepto la partida, y lucharé con la madrastra...

—Me gusta la resolución, dijo Enrique. Yo habría hecho lo mismo.

—Esa misma tarde, prosiguió Alfredo, pasé por en frente de la casa de Cecilia; pero encontré todas las ventanas herméticamente cerradas y lo mismo me sucedió en los tres o cuatro días siguientes. No encontrando de qué pretexto valerme para entrar en la casa, y temiendo echarlo todo a perder con alguna imprudencia que podría comprometer a Cecilia, esperé el primer domingo. y me fuí a situar muy temprano en la puerta de San Agustín. No tardó ella en llegar acompañada de la madrastra, que pasó cerca de mí sin saludarme y con los ojos puestos en Cecilia, para ver, sin duda, si me saludaba, pues a la inclinación con que la niña correspondió a mi saludo, se puso furiosa; y tomándola con brusquedad de un brazo, la arrastró precipitadamente hacia el interior del templo. Yo quedé satisfecho, pues la mirada de Cecilia me hizo ver claramente que su corazón estaba en mi favor. Era lo que yo quería saber por mí mismo para poner en práctica el pensamiento que se me había ocurrido, el cual no era otro que decírselo todo a mi padre. Fuíme a mi casa y hablé largamente con él, diciéndole que me era imposible vivir tranquilo ni entregarme a ninguna clase de trabajo sin la posesión de Cecilia, con la que estaba resuelto a casarme y para lo cual solicitaba su venia. Tú sabes que el excelente viejo me quiere como a su único hijo que soy. Díjome que me contestaría en pocos días más; y en efecto, antes de una semana me llamó a su cuarto y me habló de esta manera: Hijo mío, tu sabes cuánto me intereso por tu felicidad y cuánto deseo verte establecido en tus negocios. Aunque yo no quisiera que comenzases por casarte sino por trabajar, a fin de adquirir lo necesario para satisfacer cumplidamente las exigencias del matrimonio, no obstante, fué tal el calor con que me hablaste de esa niña, que he tomado informes sobre ella y veo con placer que has hecho una buena elección. Déjame concluir, prosiguió él, viendo que yo me apresuraba a manifestarle mis agradecimientos. La niña es buena; pero tiene una madrastra terrible, la cual ha declarado la guerra a su hijastra, cuya herencia desea retener en su poder el mayor tiempo posible. He aquí la razón principal que la hace oponerse al matrimonio de la niña, cualquiera que sea el joven que la pretenda. Además, se me dice que quiere arrebatarle una parte de

su herencia en favor del hijo que le ha quedado del padre de Cecilia; y a la fecha, el asunto se halla ya ante los tribunales. Déjame a mí obrar: yo hablaré con la señora. Mientras tanto, necesito enviarte a Coquimbo, para que allí desempeñes una comisión comercial que quiero confiarte. Mañana saldrás en el vapor inglés que zarpa de este punto para el norte.

—¿Y qué éxito obtuvo tu padre? preguntó Enrique.

—Malísimo, respondió Alfredo. A mi vuelta de Coquimbo, díjome mi padre que todos sus ruegos habían sido inútiles, y que la irritada madrastra había jurado no consentir en el matrimonio mientras fuera la tutriz de Cecilia, dando por razón la de que yo era protestante y desatándose delante de mi respetable padre contra todos los **protestantes excomulgados de Valparaíso.** Esto había irritado a mi padre hasta el punto de decirme que él no podía ya ver con buenos ojos que yo siguiera pensando en Cecilia, a lo cual repuse yo que "la niña no era culpable de los caprichos y del mal carácter de la señora"; pero mi padre me contestó de una manera formal: "Te engañas, hijo mío. Esa muchacha no está exenta de las preocupaciones encarnadas en este país, pues se me ha asegurado por una persona que me merece entero crédito, que ella te rechaza desde que ha sabido positivamente que no eres católico."

—Yo quise seguir defendiendo a mi amada; pero mi padre me prohibió que le hablase más de este desagradable asunto. Entonces busqué medio cómo verme con Cecilia; pero ni pude hacerlo en su casa cuyas ventanas siempre estaban cerradas, ni tampoco pude encontrarme con ella en ninguna iglesia. Creí que ya no estuviera en Valparaíso; y así era efectivamente, según al fin me lo dijo el abogado mismo que defendía los intereses de la niña. De él supe además que Cecilia estaba en Santiago en casa de un tío materno que servía de capellán de la Viña o la Viñita...

—Sí, la Viñita.... ¿Y?

—Al saber ésto pensé venir, y héteme aquí. Llegué esta mañana, y he sido tan feliz, que he conseguido ver y aun hablar dos o tres palabras con Cecilia, a la cual he encontrado tan bella y enamorada como antes. Me he llevado mirándola durante todo el sermón de su buen tío, que me parece un hombre excelente. Al salir de la iglesia me encontré con el primo de mi amada, que me provocó....

—Ahora lo comprendo todo, interrumpió Enrique. Estoy a tu disposición, amigo mío, y ojalá Antonio quisiera que arreglásemos pronto este negocio.

—Pero es el caso que yo no deseo cambiar un pistolazo con pariente cercano de Cecilia, dijo Alfredo.

—Tienes razón; pero ¿y si él persiste?

—Entónces... nos batiremos. Pero dime: ¿conoces al cura de la Viñita? Yo quisiera serle presentado.

—No le conozco, dijo Enrique, pero tengo una tía que es su confesada, y puedo conseguirte de ella una carta de introducción para el señor cura.....

—Gracias, amigo mío. ¿Puedes traerme hoy esa carta?

—Imposible. Mi tía está ahora en su hacienda, a siete leguas de Santiago. Voy a escribirle al momento para que me envíe la carta arreglada a las indicaciones que le haré en la mía. Adiós, mi amigo: no hay que desmayar.

EL RAPTO DE CECILIA

CAPITULO XIV

El Amigo asciende a confidente íntimo de su señora

Ido que fué Enrique, púsose Alfredo a escribir una larga carta para Cecilia en un finísimo papel de seda, con el fin de que hiciera el menor bulto posible. En seguida montó en uno de los malos birlochos que en aquel entonces rodaban por nuestras calles y se dirigió a la Avenida de la Recoleta, pensando en cómo poner la carta en manos de su amada. Habíala convertido en un pequeño rollo y puéstola dentro de un ramo de flores que compró con este objeto; pero ¿cómo le daría el ramo? Cavilando sobre esto llegó a poca distancia de la casa del cura' y despidiendo al birlochero prosiguió su marcha a pie.

—Al pasar por enfrente de la casa vió a Cecilia por entre las rejas de una ventana que daba a la calle. La niña vió también a su amante. y tuvo impulsos de acercarse a la ventana; pero no estaba sola, y se quedó con la vista fija sobre el libro en que estaba leyendo. Hallábase también allí doña Josefa, oyendo la lectura de Cecilia, y el Amigo, que con la vista fija en su ama parecía escucharla. La rápida mirada que ella había dirigido hacia la calle no pasó desapercibida para el perro, el cual, siguiendo los ojos de su señora, se acercó a la ventana, sobre cuyo alfeizar puso ambas

manos como si tratara de ver qué era lo que había llamado la atención de Cecilia. Y viendo a Alfredo en la acera de enfrente, salió a todo correr del cuarto y se dirigió hacia el joven con muestras del mayor contento.

Alfredo le recibió con cariño, viendo en aquel buen animal algo como un emisario de su amada; y cayéndole en mientes una repentina idea, puso en la boca del perro el ramo que llevaba en la mano. Cecilia, tomando por pretexto la repentina salida del Amigo, se había acercado a la ventana y éste, al divisar desde lejos a su señora, corrió hacia élla con el ramo en la boca. Tomólo al instante la niña y sacó furtivamente el papel que bien pronto echó de ver que venía dentro, mientras doña Josefa, que no había visto nada de lo que pasara en la calle, decía:

—¿De dónde ha traído el Amigo este ramo de flores tan lindo?

Dejó Cecilia que doña Josefa alabara el ramo, mientras élla, desdoblando el papel sobre el libro abierto, lo leía rápidamente. Alfredo, admirado de la inteligencia del perro, presumía que lo que Cecilia estaba leyendo era su carta, y prosiguió prudentemente su marcha paso a paso. Mientras tanto, doña Josefa hablaba con el perro, diciéndole:

—Pero, Amiguito mío, ¿de dónde has sacado esas flores? Tal vez se le han caído a alguien que por ahí pasaba, porque yo no puedo creer que se las ha arrebatado a su dueño; y si esto has hecho, mi Amigo, has obrado mal, pues nadie debe tomar lo ajeno sin la voluntad de su dueño. ¡Jesús! ¡Jesús! decía la candorosa riendo, al ver que el perro le hacía fiestas mientras ella hablaba, no parece sino que el pobrecito de mi alma comprendiera los consejos que se le dan mucho mejor que algunos cristianos a los cuales no les entran jamás los consejos dentro del casco de la cabeza.

Tomó Cecilia el ramo para admirarlo a su vez, y sin que la señora lo notase, puso dentro de él un pedacillo de papel en donde había escrito unas pocas palabras. Y viendo que Alfredo volvía sus pasos atrás, dijo a doña Josefa:

—Tome el ramo, Pepita, y póngaselo en la boca al Amigo para ver qué hace con él.

—Eso es, contestó la señora: veremos si el Amigo le lleva el ramito a su dueño. ¡Toma, Amiguito!

Tomó el perro el ramo: mas en vez de salir a la calle se lo pasó a Cecilia. Entonces ésta, tomando las flores y aspirando repetidas veces su aroma, aguardó el momento en que Alfredo, que ya había vuelto, pasase por enfrente de la ventana. Púsose el ramo en la boca y, mirando rápidamente al joven, dijo con la mano alzada hacia afuera:

—¡Amigo! Vé a entregar prontamente ese ramo a la persona a quien le pertenezca.

Aun no había ella concluído de decir estas palabras, cuando el Amigo salió corriendo a la calle. Alfredo había ya pasado de la ventana, cuando el perro llegó a él y le entregó el ramo. Recibió-lo, y notó que venía en él un rollito mucho más pequeño que el suyo. Sacólo al momento, hízole mil cariños al perro, que respondía con saltos y ladridos de gozo, y volvió a ponerle el ramo en la boca, después de haberlo olido varias veces. En seguida miró a la ventana e hizo una pequeña inclinación de cabeza a doña Josefa y a Cecilia, que detrás de la reja lo observaban todo.

—Mira, niña, decía la señora, ¿no es aquel el mozo de esta mañana? Si será de él el ramo! Sin duda que es suyo, puesto que el Amigo se lo ha devuelto. Es mucho perro éste! Mira como le hace cariños y le pone el ramo en la boca. Tal vez es para que lo traiga. Muchas gracias, señor. Están como de su mano. Qué mozo tan cumplido debe ser! A mí se me ha puesto en la cabeza que es de Valparaíso, porque anda así a lo porteño. Ya viene el Amigo con el ramo. Já, já, já! Bien haya lo que Dios cria! Es una alhaja este perro, quiero decir, este mozo, pues se le conoce lo bueno en la cara.... Al momento de ver a mi gatito se hizo amigo de él; y ya sabes tú que mi Almizcle tiene un talento particular para distinguir a las personas de buen corazón.

Así charlaba la alegre señora, cuando llegó el Amigo con el ramo y se lo entregó a Cecilia. Alfredo había apurado el paso, pues deseaba leer el papelito de su amada. Cuando se halló a cierta distancia, desdoblólo y leyó lo siguiente:

"Mil gracias. Mañana te escribiré por el mismo conducto. Ven a las cuatro de la tarde. Encontrarás mi carta entre las hojas del collar de cuero del perro. También espero carta tuya, tu C."

Gozosísimo con el descubrimiento de aquel nuevo correo y servidor de sus amores, prosiguió Alfredo su marcha hacia el hotel. Por fortuna de ambos amantes, Antonio estaba ocupado esa tarde en arreglar su viaje para Valparaíso, en donde se prometía obtener noticias de su rival, pues tenía en esa ciudad algunos amigos bastantes conocedores de la crónica porteña. Concluídos sus arreglos de viaje, púsose en camino esa misma noche.

Bien echará de ver el discreto lector que Alfredo no faltó a la cita. A las tres y media del siguiente día, ya el enamorado mozo estaba haciendo hora, cerca del **despacho de pan y de leer**, cuya muestra habían quitado y en lugar de ella se veía un pedazo de cartón clavado con tachuelas en el dintel de madera, en donde estaba escrito con letras de diferentes tamaños:

s a s
SuheCO p. mujere de a poco Presio
a
y p onbre De PALO

Preguntó al maestro zuequero por la vendedora de pan, y éste le contestó que hacía dos o tres días que se había ido de allí; pero que no sabía a dónde se había mudado. En seguida, viendo que se acercaba la hora, echó a andar temiendo encontrarse con Antonio. La ventana del día anterior estaba abierta; pero no se divisaba a nadie dentro de la pieza.

El Amigo jugaba familiarmente con otros personajes de su raza, en medio de la calle, que era en donde por lo común recibía las visitas de sus hermanos del barrio, festejándolos con la patriarcal simplicidad de costumbre. Entre las visitas se veía a la Dama, aquella linda perra del burrero Pablo Pérez, la cual había venido a verlo desde el cerro Blanco, en donde ella vivía. Gustaba la graciosa Dama de estar siempre cerca del elegido de su corazón, pues ella hasta entonces ¡caso increíble! había permanecido libre, en medio de las peligrosas asechanzas del perruno siglo. Por lo que atañe al Amigo, no podía ocultar su contento cuando se hallaba cerca de ella; y como era más celoso que Otelo, no permitía jamás que ningún insolente viniera a hacerle fiestas a la señora de sus pensamientos.

No bien el perro divisó a Alfredo, cuando sin pedir la venia a los visitantes, dejólos repentinamente y se dirigió corriendo en tres pies hacia el joven, que lo llamaba con la mano. Hízole éste algunas caricias, regalándole un par de bollos que le traía; y tanteó el collar, en donde encontró la carta de Cecilia, que se apresuró a meter en el bolsillo, poniendo en su lugar la que él había escrito para su amada. En aquel momento apareció ésta detrás de la reja de la ventana y los dos amantes cambiaron a la distancia una mirada de amor. El perro, como si comprendiera aquel vínculo de simpatía que ligaba a dos personas tan queridas para él, estúvose unos instantes mirando, ya a Alfredo, ya a Cecilia, sin cesar de agitar su despuntada cola. Habíase engullido, de dos bocados, uno de los azucarados bollos; pero el otro permanecía aún en las manos de Alfredo, casi a la altura de su hocico.

Tomólo bonita y limpiamente, a tiempo que el mozo le daba cariñosamente palmaditas en la cabeza, mirando a Cecilia, y, despidiéndose del amo, corrió hacia la pieza en donde su ama lo aguardaba con ansia. Al pasar por entre el grupo de perros que le salían al encuentro, sin que él les hiciera el menor caso, se acercó cortésmente a la Dama y le alargó el bollo, que ella tomó entre sus blanquísimos dientes, agradeciendo en su corazón aquella muestra de cariño.

Hecho esto el Amigo siguió adelante. Afortunadamente Cecilia estaba sola, y Alfredo pudo ver cómo ella acariciaba también

al Amigo, y cómo sacando del collar la carta de su amante, la beso repetidas veces (1).

Alfredo no vió más. La ventana se cerró y el Amigo salió a hacerles los honores de despedida a sus visitas. Entonces el joven se volvió prontamente al hotel para saborear la carta de Cecilia, mientras ésta en aquel momento hacía lo mismo con la de su amante.

Hacíale ver en ella la niña los inconvenientes que se habían suscitado para su común felicidad; hablábable del amor de Antonio y los proyectos que ella adivinaba en su tío; y concluía por decirle que, a pesar de todo esto, no debían perder la esperanza en Dios, que siempre protege las buenas intenciones de quienes saben esperar de El su felicidad sin dejar de trabajar por alcanzarla dentro de los límites fijados por la razón y la justicia. Por último, agregaba que nada tenía que temer de parte de Antonio en los cuatro o seis días siguientes, por haberse ido su primo a Valparaíso.

---

(1) Cuando el autor escribía este pasaje, estaba sin duda bien lejos de creer que había de llegar un tiempo en que los perros aprenderían el oficio de correos y sabrían desempeñarlo con lealtad canina y con no menos canina inteligencia. He aquí lo que se publicó en un párrafo de crónica del número 595 del diario "Los Tiempos", de Talca:

Los perros correos

Dice una revista inglesa, que se están utilizando los perros en las Indias Nerlandesas para llevar la correspondencia de un punto a otro, así como también los telegramas cuando se interrumpen las líneas férreas o las telegráficas. Estos perros están convenientemente educados y recorren cerca de 600 metros por minuto. Las cartas o los telegramas se ponen en una caja pequeña que llevan en el collar, la que sólo se abre con las llaves que al efecto tienen en las administraciones a donde se dirigen.

CAPITULO XV

En donde el curioso lector verá algunas nuevas pruebas del talento de nuestro héroe

---

Esta última noticia explicó a Alfredo el por qué Antonio no lo había buscado en las últimas veinticuatro horas, y lo alegró sobre manera, pues creyó poder hablar con el tío cura antes que el sobrino estuviera de vuelta. En esta virtud sólo esperaba la carta de introducción prometida por su amigo Enrique. Pero pasaron dos días y aun no volvía el mozo enviado a la hacienda. Mientras tanto los amantes no permanecían ociosos y, enteramente preocupados de su amor, siguieron su correspondencia epistolar, sirviendo de correveidile entre ellos el complaciente y fiel Amigo.

Habíase ya éste acostumbrado tanto a la cotidiana ración de bollos azucarados que, en acercándose la hora de las cuatro de la tarde, salía a esperar a Alfredo; y aun hubo vez que éste lo encontró sentado sobre sus pies traseros en el extremo norte del **Puente de Palo**. Y no le fué mal al Amigo, pues además de los indispensables bollos logró allí una media docena de **picarones** pasados por arrope; por manera que si hubiera sabido hablar castellano, el inteligente can habría podido decir que los beneficios de servir a tales amos no eran tortas ni pan pintado, sino verdaderamente miel sobre buñuelos. Pero, si no poseía el habla de Cervantes, si él no hablaba como los clásicos canes Cipion y Berganaz, que el inmortal poeta hizo dialogar con tanto seso, al menos podía muy bien expresarse en su perruna lengua con toda la elegancia y corrección de un can ilustrado y de buena sociedad. Así fué como en aquel momento manifestó a Alfredo su gratitud por medio de saltos y de elocuentes morisquetas y ladridos.

La picaronera, que conocia al Amigo con el nombre de Turante, díjole, cuando ya éste se había engullido los picarones:

—¿Por qué te hallas aquí, Turante, sin el sacristán? Tal vez has merecido alguna tunda con la **huasca.** Ven acá! Pásame ese plato!

El Amigo tomó con mucho cuidado entre sus mandíbulas el plato que la picaronera le indicaba con el dedo, y se lo pasó, con gran admriación de Alfredo. En seguida, poniendo ella dos o tres buñuelos en el plato, puso éste en la boca del perro y le dijo:

—Pásale a ese caballero, que debe ser tu nuevo patrón.

Dióle Alfredo las gracias, a tiempo que el obediente Amigo alargaba su hocico para que el joven tomase el plato, y que la mujer de los picarones decía riendo:

—Lo he hecho, señor, para ver si este perro se acuerda de las gracias que el sacristán de San Lázaro le ha enseñado. ¡Muy bien! prosiguió, dirigiéndose al Amigo: ahora cómete tú esos picarones que te doy de **yapa,** y dáme el plato.

El Amigo, entonces, puso el plato en el suelo y se engulló los picarones en menos tiempo de aquel en que su buen patrón el cura se sorbía una narigada de rapé. Después tomó del borde el plato y se lo pasó a la picaronera.

—¿Qué es esto? exclamó ella dando muestras de enojo. ¿Cómo te atreves a pasarme el plato sin lavarlo?

Al mismo tiempo, con semblante entre airado y risueño, mostrábale con la mano el agua del río. El can, entendiendo lo que se le decía, bajó al río y enjuagó muy bien el plato en el agua. En seguida lo trajo a la mujer; pero al entregarlo, pisó por descuido el borde de la fuente y la mayor parte de los picarones cayó al suelo. La pobre mujer, pálida de emoción al ver desparramada su mercancía, dió un gran grito y alzó en el aire el cucharón de palo que tenía en la mano. El Amigo, asustado, se echó al suelo, inclinando la cabeza y gimiendo, como si pidiera perdón por el mal que había hecho y luego, alzándose prontamente, empezó a recoger con su hocico todas las frituras caídas y a echarlas con tierra y todo dentro de la fuente. La picaronera lloraba la pérdida de su mercancía; pero bien pronto se consoló al ver que Alfredo le pagó todo el valor de las frituras.

Si Alfredo estaba admirado de la inteligencia del Amigo, su admiración se aumentó después siendo testigo de otros hechos que el carácter de historiador exacto me obliga a contar, a fin de poner de relieve las relevantes prendas del cuadrúpedo héroe. Habiéndose levantado al otro día el joven muy temprano, vinióronle deseos de visitar una parte de la ciudad, y se encaminó hacia la plaza del Mercado, a donde veía dirigirse una gran multitud de sirvientes de uno y otro sexo, con el canasto de la recova al brazo.

Cuando más entretenido estaba, viendo comprar y vender provisiones, sintió que alguien le tocaba las piernas, y volviéndose bruscamente, vió al Amigo que lo saludaba. Llevaba éste un gran canasto tomado del aro con la boca e iba seguido de una mujer, que por lo desgreñada y por el desaliño de sus vestidos demostraba a la legua ser una cocinera. Iba el joven a corresponder al saludo, cuando vió que la mujer, dando sobre el lomo del perro con un cabo de escoba que llevaba en la mano, le decía:

—¡Vamos, Amigo! No seas **comadrero,** pues debemos volvernos pronto a casa.

Bien conoció Alfredo que aquella cocinera debía ser la del cura y acercándose a ella le dijo:

—Permítame, señora, hacerle un regalo al Amigo.

—¿Qué cosa piensa usted darle? preguntó la mujer.

—No hallo todavía por qué cosa decidirme....

—En tal caso, dele usted dinero, que el Amigo sabe muy bien comprar aquello que más le agrada.

Sin darse cuenta muy bien de lo que oía, Alfredo sacó una moneda, mientras la mujer tomaba en sus manos el canasto. El perro recibió la moneda entre sus dientes, y dando las gracias con el alegre y vivo movimiento de su cola, se dirigió al corredor en donde estaban las cocineras. Seguiólo Alfredo, deseoso de ver lo que haría con la moneda que llevaba en la boca. Al verlo, todas las mujeres, unas en tono de broma y otras con formal intención, lo llamaban, diciendo:

—¡Amigo! Venga acá; yo le venderé una cosita buena.

—Aquí tiene empanadas, Amiguito.

—Mejores son mis sopaipillas, don Tunante!

Pero don Tunante, sin hacer gran caso de los llamados de las mujeres ni de los gritos y silbidos de los muchachos, pasó a lo largo del corredor, por entre las dos hileras de ventitas y llegó a la de una vieja que gritaba, desde algún rato antes:

—Déjenmelo pasar! No lo llamen en balde... Dejen pasar a mi caserito... Ya saben que no le compra a nadie sino a mí!... Venga para acá, hijito... ¿trae la plata? Muy buenos días... ¿Cómo ha amanecido usted? decía la vieja riendo y golpeando cariñosamente sobre el lomo del Amigo.

Este no correspondió al saludo de la charladora vieja, sino que dejó caer la moneda sobre el suelo y dió un par de robustos ladridos, que parecían decir:

—Menos habladurías, señora, y despácheme pronto.

—¡Bendito sea Dios! exclamó la vieja llenando de charquicán un gran plato de barro. ¡Miren no más como trae un buen real! ¿Quién se lo habrá dado? ¿O tal vez será del sueldo que gana en casa del señor cura, según me lo ha dicho la cocinera? Aquí tiene, mi don Amiguito, el guisado que más le gusta. Está diciendo, coméme, coméme.

Y puso el plato delante del perro, que empezó a comer con más que regular apetito.

—¿Y la plata? ¿En dónde está la plata que traías? preguntó la vieja mirando y buscando por el suelo. ¡Ah! Miren no más en donde la tiene! prosiguió, viendo que el perro había puesto una de sus manos sobre la moneda. Come y come, ¡pero no se turba!

Despachó el plato de charquicán, el Amigo, miró de nuevo a la vieja y dió otro ladrido.

—¿Quiere más hijito? preguntó ésta presentando otro plato al perro.

Pero el Amigo empezó de nuevo a ladrar con mayor fuerza, sin hacer ningún caso de la comida que se le ponía por delante.

—Ah! no es eso sino que quiere el vuelto, dijo la vieja sacando de su bolsillo un medio real que puso en la boca del perro. Váyase ahora, pues, mi alma y dé el real.

El Amigo abandonó la moneda del suelo a la vieja y, llevando la otra en la boca, empezó a buscar a la cocinera del cura, quien ya también venía en busca de él con su canasto de provisiones en la mano. Al ir a entregar a la cocinera el medio real que traía en la boca, acertó el Amigo a divisar a la Dama, que en aquel momento entraba por la puerta de la plaza. Llamóla con un ladrido y acercándose a una **sopaipillera** dejó caer a sus pies la moneda y miró fijamente la fuente de sopaipillas.

—¡Bueno, Amiguito! dijo la mujer, ya que usted viene a desengrasar aquí, voy a darle un buen mercado para que vuelva otra vez.

Esto diciendo, ponía en un gran plato ocho o diez sopaipillas que presentó al perro a tiempo que llegaba la Dama lamiédose de antemano el puntiagudo hocico. Tomó el Amigo entre sus incisivos y arremangando limpiamente los labios, un par de sopaipillas, que pasó a la señora de sus pensamientos y que ésta se engulló con más que regular apetito. En seguida, haciendo cumplimientos a un lado, envistió al plato con tal energía, que antes que el Amigo hubiera concluído de comer la sopaipilla que acababa de sacar, ella dió buena cuenta del resto y aun tuvo la buena crianza de dejar el plato perfectamente limpio con su lengua.

—¡Vamos! dijo a esta sazón la cocinera del cura. Comida hecha y amistad deshecha. Váyase, señora Dama, para su casa, y usted, mi Amigo, tome el canasto con la carne, que yo llevaré lo demás.

Y poniendo en la boca del perro el aro del canasto, salió con él de la plaza. Seguíalos a lo lejos Alfredo casi sin creer en lo que había presenciado, cuando antes de haber andado una cuadra notó que uno de esos muchachos ociosos que recorrían las calles jugando a las chapitas hacía burla de la vieja cocinera.

Encolerizada ésta, amenazó al muchacho con el palo que en la mano llevaba, lo cual, en vez de contener al desmedido chiquillo, lo hizo redoblar sus insultos, agregándose a él otros varios, uno de los cuales se atrevió a lanzar una piedra sobre la cocinera. Pero no bien hubo visto el Amigo tan gran desacato contra su patrona cuando dejó la canasta en el suelo y arremetió contra el grupo de niños, que se desbandó como un hato de cabras perseguidas.

En un momento quedó despejada de muchachos la calle y el valiente Amigo, viendo que ya su patrona no tenía nada que temer, volvió a tomar su canasta y prosiguió su interrumpida marcha con la mayor gravedad del mundo.

Alfredo, para probarlo, se acercó a distancia de unos diez pasos y lo llamó. Paróse el perro y sin dejar la canasta de la boca dió al joven una mirada que significaba el deseo que tenía de acudir a su llamado. Mas no parándose la cocinera, él también prosiguió la marcha, con notable mala gana, como si luchara entre la satisfacción de sus deseos y el cumplimiento de su deber.

Vuelto al hotel, Alfredo se encontró allí con Enrique.

—Te esperaba, dijo éste, para decirte que hoy mismo debemos partir a la hacienda de mi tía.

—¿Llegó el mozo?

—Acaba de llegar, y con él me envía a decir mi buena tía que desea urgentemente hablar conmigo. Dime si estás dispuesto a acompañarme para hacer preparar los caballos al momento.

—Acepto, respondió Alfredo. Prefiero hablar con la señora tía, aun cuando por otra parte siento dejar a Cecilia. Voy a escribirle unas cuantas palabras, que el Amigo le entregará en sus propias manos. ¿A qué horas saldremos?

—A las dos en punto estarán listos nuestros caballos. Yo estaré aquí a esa hora.

—Este tiempo me basta para advertir a Cecilia.

—Hasta luego, mi amigo, dijo Enrique despidiéndose.

Alfredo escribió a Cecilia, no una esquela, como había pensado, sino una carta larga, en la cual, después de repetirle por décima cuarta vez que no tenía palabras con qué expresarle a intensidad de su amor, concluía por hablarle de su ida a la hacienda, en donde sólo estaría el tiempo necesario para obtener la carta de recomendación.

Almorzó más temprano que de costumbre, y se fué a la Viñita con una buena provisión de bollos para el Amigo. Hallábase éste platicando mano a mano con su graciosa Dama en el zaguán de la casa del cura, cuyas ventanas a la calle estaban cerradas. El perro, en viendo a Alfredo, vínose prontamente hacia él, para lo cual debió sin duda pedirle permiso a la señora de sus pensamientos, en atención a que ella no manifestó el me-

nor disgusto al ver separarse de allí, a su amante, antes bien, mostró la más viva alegría cuando lo vió volver con un gran bollo en la boca de los que Alfredo le diera después de haber puesto la carta entre las dos hojas del collar. Volvióse el joven al hotel, y allí encontró ya a Enrique. Este, sin cesar de repetírselo y al galopar del caballo, decía a Alfredo:

—Es preciso, amigo mío, que te conduzcas diplomáticamente con mi tía. Ella es una bonísima mujer; pero en tratándose de la religión es el mismo diablo... y tanto, que si no fuera tan religiosa a su manera, sería una santa. No vayas, por Dios, a hablar delante de ella de libertad de cultos ni de ningún género de liberalismo, sino para rechazarlos todos con la más católica energía. Es preciso que te olvides de que eres protestante, para decirle que cada uno de nuestros clérigos es un dechado de perfección....

—Respecto de algunos, creo poder decirlo sin mentir, interrumpió Alfredo; y no se me olvidará alabar delante de ella al tío de Cecilia.

—A todos, hombre, a todos, sin excepción, agregó Enrique. De la misma manera, todos los protestantes, sin exceptuar uno solo, deben ser para tí unos desalmados, que no tienen ni Dios ni ley. Si dices que hay un solo protestante honrado, eres hombre al agua.

Por este estilo prosiguió Enrique aconsejando a Alfredo, el cual no hacía más que callar y sonreirse. De cuando en cuando solía nublarse su frente al pensar que las preocupaciones religiosas del país podrían llegar a ser un estorbo para su felicidad.

Después de tres horas de marcha, llegaron a la hacienda, en donde fueron cordial y noblemente recibidos. Alfredo estaba dispuesto a tratar con la mayor prudencia, huyendo de aquellas conversaciones o cuestiones comprometentes. Si él encontró lo que había ido a buscar, eso lo echará bien de ver el curioso lector por el contexto de los capítulos siguientes.

CAPITULO XVI

Las dos cartas

Seis o siete días eran ya pasados después de la partida de Antonio para Valparaíso, cuando una tarde sentados en el zaguán encontrábanse tomando allí el fresco el señor cura, Cecilia, doña Josefa y el gato de ésta, el cual se entretenía jugando amigablemente con nuestro ilustre perro, quien no obstante la grandeza de su alma, dejaba que el gato se le subiera sobre el lomo, y trotaba con él encima, a fin de complacer a sus buenos patrones. Estos no sabían qué admirar más, si la amistad que tan estrechamente ligaba a aquellos dos animales o la destreza que desplegaban, el perro para andar y aun correr con el gato a cuesta, y el gato para mantenerse sobre el lomo del perro, sin herirlo con sus afiladas uñas. Doña Josefa se reía benditamente lanzando carcajadas tan estrepitosas que eran oídas y comentadas por la señá Bárbara, allá en su despacho de carbón y leña. A cada nueva gracia del Amigo y de su Almizcle, la buena señora se santiguaba y preguntaba al cura si los gatos también tendrían alma, como parecían tenerla los perros, añadiendo que aun cuando el Almizcle no la tuviera, no por eso dejaría de aprender mil cosas con un maestro tan hábil como el Amigo.

En esto estaban, cuando vieron venir hacia ellos una muchacha del pueblo, de catorce a dieciséis años de edad, de nada mal parecer y muy regularmente vestida, que habiéndose acercado más, dijo al cura:

—Yo, señor, soy una pobre niña, que hace pocos días vivía en esta misma calle, en donde había puesto un despachito de pan para mantener y poder curar a mi madre, que estaba muy enferma....

—Está bien, dijo bondadosamente el cura interrumpiéndola y pasándole algunas monedas que había sacado de su bolsillo. Tome usted para que le dé caldo a su madre.

—Dios se lo pague, señor cura, dijo la muchacha, rechazando con cierta dignidad el dinero. No pido limosna, porque gracias a Dios, tengo con qué pasar la vida...

—Entonces ¿qué es lo que buscas? preguntó doña Josefa.

—Ando buscando a un caballero, respondió la niña poniéndose colorada. Es un caballero que hace días entró en mi despacho; y viéndome tan desvalida con mi pobre madre en la cama, me dijo unas cosas que me consolaron mucho, y cuando se fué, dejóme, sin que yo le pidiera nada, una bolsa llena de dinero.

Y al decir esto, sacó del seno un bolsillo de mallas de seda verde.

—¿Podrías decirme cómo era ese caballero? preguntó el cura.

—Es mozo, señor, y parece persona principal.

—¿Buen mozo? preguntó doña Josefa.

—Sí, señorita... Buen... mozo... Yo al ver el dinero que él dejó sobre el mostrador diciéndome que era mío, quedé como atontada y no supe qué hacer. En seguida salí a la calle para darle las gracias porque de pura tonta no acerté a decirle ni Dios se lo pague, siquiera. Pero cuando salí, ya él había andado más de media cuadra. Quise seguirlo y en ese momento oí los quejidos de mi madre y tuve que volver a auxiliarla....

—¿Y qué ha hecho usted del dinero? volvió a preguntar el cura.

—He comprado dos vacas lecheras respondió la niña y vendo leche fresca de este lado del Puente de Palo, en una casita de tablas. Tengo además un despachito de pan y de dulces, con lo cual la pobre vieja ya no lo pasa mal y yo me hallo muy bien, pues ahora estoy aprendiendo a leer mejor, en unos libritos que he comprado. En fin, señor, me he llevado todos estos días trajinando, yendo y viniendo y preguntando a todos por ese caballero... Si lo viera lo conocería; pero no puedo dar bien las señas... Lo que yo deseo es decirle cuánto le agradezco el bien que nos ha hecho... La señá Bárbara me ha dicho que venga a preguntar aquí, pues aquí vive un caballero muy bueno....

—Es mi sobrino, interrumpió el cura, con cierto orgullo.

—El debe ser, señor, continuó la niña, y siendo así, reciba su merced mis agradecimientos... Ah! exclamó de repente, mirando hacia la parte sur de la calle, allí viene... El es... no me cabe duda.

Todos los ojos se dirigieron hacia donde la niña apuntaba con el dedo. Cecilia palideció, y quedóse sin poder pronunciar una palabra, al ver que a media cuadra de distancia venía Alfredo acompañado de otro joven a quien ella no conocía.

—¿Cuál de los dos es? preguntó doña Josefa, ¿el que viene al lado de la vereda o el otro?

—El de la vereda, respondió la niña, con la alegría de la gratitud pintada en el semblante.

El Amigo, al reconocer a Alfredo, voló hacia él. Cecilia con la mano puesta sobre su pecho, trataba como de tranquilizar su corazón que latía con fuerza, mientras el cura, un si es no es contrariado, al ver que no era su sobrino el autor de aquella buena obra, permanecía sin hablar palabra. Al ver llegar a los jóvenes, la panadera se retiró prudentemente hacia a un lado esperando el momento oportuno de saludar a su protector, que ella creía de la casa. Después de los saludos de pura cortesía, como personas que aun no habían sido presentadas a la familia, Enrique sacó una carta, que pasó al cura, diciéndole:

—Mi señora tía, doña Calixta Franco, de cuya hacienda acabamos de llegar con este amigo, nos ha encargado a los dos, especialmente a mí, hacerle a usted una visita.

—Y nos hemos apresurado, agregó Alfredo, a cumplir con tan agradable encargo.

—Muchas gracias, señores míos, respondió el cura. Viniendo ustedes de parte de mi señora doña Calixta, llegan aquí a su casa. ¿Está buena esa santa señora?

—Así, así, respondió Enrique. Siempre con reumatismo!

Convidados por el cura, pasaron los jóvenes a la sala de recibo, en donde estaba la diligente doña Josefa encendiendo las luces por haber comenzado ya a oscurecer. Cecilia ayudaba en su tarea a la señora, pero sin hacer gran cosa, pues tenía toda su mente ocupada en aquella inesparada visita. Al atravesar el patio, Enrique había tenido tiempo de decir al cura quién era su compañero, a quien prodigó de paso las más calurosas alabanzas, dichas en voz baja al cura. Este dijo a Alfredo, una vez que todos se hubieron sentado:

—Esta carta debe ser sin duda de recomendación; pero no he menester leerla para conocer sus buenas prendas.

—Tal vez debo ese favor a Enrique, contestó Alfredo, inclinándose; pero temo mucho dejar de embustero a mi buen amigo.

—Pues, señor, replicó alegremente el cura, antes de haber hablado con don Enrique ya tenía buena idea de usted, pues precisamente de usted hablábamos cuando llegaron.

—Ah! exclamó Cecilia, esa pobre niña ha quedado afuera. Voy a buscarla.

Y salió a la puerta de la calle mientras el cura relataba a los jóvenes lo que la panadera les había contado, agregando que estaba encargado por ella misma de darle las gracias a Alfredo. Este respondió que se congratulaba de haber hecho esa pequeña obra de caridad, tanto más cuanto que por lo que oía, el dinero

había caído en manos que harían de él un buen uso. En esto entró Cecilia diciendo que la panadera se había ido; pero que ella se encargaría de buscarla para protegerla de su cuenta. Así diciendo, miraba a su amante, que tenía también los ojos puestos en ella con inefable delicia.

Bien pronto la conversación se hizo general, y por ella supo el cura que su sobrina y Alfredo se conocían desde Valparaíso; doña Josefa se manifestaba prendadísima del joven; y su entusiasmo creció de punto cuando vió que Alfredo pasaba cariñosamente su mano por el lomo de Almizcle.

—Oh! exclamó la señora, no necesitaba usted haber hecho esa obra de caridad con la panaderita para convencerme de su buen corazón.

—¿Por qué? preguntó Alfredo.

—Porque le está haciendo cariño a mi gatito. Le aseguro a usted que el Almizcle es la alhaja más cumplida que puede verse en el ramo de gatos. Solo hablar le falta, y si usted lo quiere, crea que su cariño está muy bien puesto en esta perla oriental. ¡Ven acá **Murrungo**! prosiguió tomando al gato sobre sus faldas: ven acá mi vida! Dime: ¿quieres a este caballero? Dice que sí. Haces bien en quererlo porque es un caballerito muy bueno... Y me afirmo en lo dicho, porque es imposible que dejen de tener una alma de oro las personas que estiman a este angelical animalito.

Oyóse el ruido de un conche que paró en la puerta.

—Debe ser el coche que dejé visto para que nos viniese a buscar, dijo Enrique.

Pero Alfredo no parecía estar deseoso de despedirse y permaneció en la silla, en donde estaba como clavado mirando de hito en hito a Cecilia. En ese momento se sintió que alguien entraba al patio y se acercaba con rápidos pasos a la pieza, en cuya puerta apareció Antonio vestido de viaje.

—Bien venido seas, sobrino, dijo el cura. Aquí tienes a dos caballeros amigos míos, que me harán el favor de serlo de tí, a quienes tú sabrás apreciar como sus buenas prendas lo merecen.

Antonio al ver a Alfredo habíase quedado en la puerta de la sala como petrificado. Mientras el cura le decía los nombres de las visitas, invitándolo a saludarlas, él se acercó maquinalmente a Enrique, a quien conocía y le sacudió la mano. Volvióse en seguida a Alfredo, cuya mano permaneció algunos instantes estirada, antes que Antonio la tocara, como solamente la tocó con sus dedos, rechinando sus dientes de rabia.

Enrique creyó oportuno retirarse al momento y ambos jóvenes se despidieron y salieron acompañados cortésmente por el señor cura, quien les ofreció la casa con muestras de la más franca cordialidad.

—Señor cura, dijo Alfredo, con acento conmovido, y teniendo entre sus manos las del buen sacerdote, si usted ya había comenzado a conocerme antes de hablar conmigo, sepa que a mí me ha pasado lo mismo con usted.

—¿Cómo así?

—Comencé a conocerlo, señor, cuando le oí la plática del domingo pasado.

—¡Ah!

—Jamás he oído hablar del amor como entonces, y me congratulo de que me honre con su amistad una persona que sabe comprender los bellos sentimientos tan bien como usted.

Las manos que estaban asidas se apretaron fuertemente y se sacudieron como movidas por una corriente eléctrica. Ambos jóvenes subieron al coche, y el cura se volvió a la pieza en busca de su sobrino para preguntarle cómo le había ido en su viaje.

Hablábase en la sala en alta voz, como si se disputara acaloradamente.

—¿Disputa tenemos? preguntó el cura. ¿De qué se trata?

—De una barbaridad, contestó la ardorosa doña Josefa. Fíjese usted, señor cura... Atreverse a decir que este señor don Alfredo es un.... ¿cómo dijiste, Antonio?

—Es un pobre diablo forrado de lo mismo, dijo Antonio, mirando con intención a Cecilia, la cual se alzó del asiento y salió de la pieza sin hablar una palabra.

—¿Y qué derecho tienes para hablar así? preguntó el tío.

—Digo esto, porque me han contado en Valparaíso su vida y milagros, respondió el sobrino. Aquí tiene usted una carta que le hará ver lo que es este joven perfecto, como lo llama doña Josefa.

Recibió el cura la carta y poniéndola sobre la de doña Calixta, dijo:

—Es curioso lo que sucede: de estas dos cartas, sin duda que la una dice bien y la otra mal de este mozo.

—¿Quién le ha escrito la que lo favorece? preguntó Antonio.

—Doña Calixta Franco.

—¿Ella? ¡Pobre señora! Este hipócrita ha ido sin duda para engañarla. Pero ya lo desenmascararé.

El cura abrió y leyó rápidamente la carta de doña Calixta, y en seguida se la pasó a Antonio. Mientras éste la leía, doña Josefa no cesaba de alabar a Alfredo.

—Sí, señor; por más que hagan, nadie me quitará de la cabeza que éste es un mozo perfecto y buen cristiano a las derechas. Enriquece en un santiamén a la panaderita, y en cuanto ve al Almizcle simpatiza con él y le hace cariños, como si él mismo lo hubiera criado al pobre gatito de mi alma. ¿No es esto tener un buen corazón?

—Sí, repuso Antonio, muy buen corazón tendrá él cuando es un protestante que ni bautizado está siquiera.

Al oir estas palabras, doña Josefa dió dos pasos atrás y se santiguió.

—¡Es imposible! exclamó. No puede dejar de ser cristiano y estar bautizado y rebautizado el que tan bien sabe conducirse con esta paloma sin hiel.

Y al decir esto, daba suaves palmaditas sobre el gato, que tenía en los brazos. En seguida salió de la pieza y se fué, llena de despecho, a hablar con Cecilia, a quien no pudo ver, pues ésta se había metido en su dormitorio y cerrado con llave la puerta.

Antonio, con la carta de doña Calixta en la mano, esperaba que su tío concluyese de leer la que le había traído de Valparaíso. Era ésta de la madrastra de Cecilia, a quien Antonio refirió todo lo que le había pasado con Alfredo. Unidos por un odio común, ambos dos se habían entendido al momento; y la madrastra formó el plan de escribir al cura, lo cual aprobó Antonio. La denigrante carta estaba escrita en estos términos:

"Señor mío: no tengo el placer de conocer a usted personalmente, pero confiada en su experiencia del mundo y en su mucha discreción me atrevo a escribirle esta carta. Impúlsame a ello el cariño que siempre he profesado a Cecilia; y aun cuando ella ha desconocido siempre mi afecto, basta que sea la hija única de mi esposo, a quien tanto amé y cuya memoria no se separará jamás de mi corazón, para que yo siga amándola como hasta aquí. Y aun cuando no la amase, la caridad me obligaría a poner en conocimiento de usted circunstancias que pueden influir en el porvenir de esta niña, a fin de que usted tome las medidas del caso para evitar su eterna desgracia. Porque no hay desgracia mayor, señor cura, que estar unida a un mal hombre por los santos e incortables nudos del matrimonio; y esto es lo que sucederá a Cecilia si usted no pone remedio a tamaño mal.

"Cuando Cecilia estaba a mi cargo, a pesar de mi ojo vigilante, el hijo de un inglés logró hablar con ella e interesar tal vez su sencillo corazón. Yo misma tuve la debilidad de permitir que ese mozo nos visitase una vez; pero cuando tomé informes sobre él y me convencí de su mala conducta y de su peor carácter, que cubre con la más refinada hipocresía, me arrepentí de mi imprudencia y le cerré las puertas de mi casa. ¿Qué otra cosa había de hacer yo, convencida como estaba de que ese mozo quería casarse con Cecilia sólo por amor a la herencia que le dejó su padre? El es, además, un perdulario, y aunque se dice educado en Europa, no ha aprendido allá otra cosa que a gastar dinero a roso y velloso en placeres que el pudor me impide nombrar. Y no puede ser de otro modo, pues la educación que ha recibido Alfredo (tal es su nombre) es una educación toda protestante: por manera que hasta este gran defecto presenta el

pretendiente de Cecilia, pues el bueno del inglés, su padre, que es uno de los protestantes más empecinados y enemigos de la religión, no ha querido hacer bautizar a su hijo. Figúrese usted cuál será el porvenir de su sobrina con un esposo sin religión, sin conciencia, sin temor de Dios, hipócrita, de mal carácter, derrochador y que se quiere casar con ella sólo por atrapar la fortuna que él ha menester para satisfacer sus viciosas pasiones.

Ahora he sabido que está en Santiago, adonde ha ido para ponerse en relaciones con Cecilia. No será mucho que logre introducirse en casa de usted y aun llegue a seducirlo valiéndose de la maña que él sabe emplear en casos semejantes con una maestría capaz de engañar a las personas más experimentadas.

"Usted puede hacer de esta carta el uso que crea conveniente y aun mostrársela a él mismo, si le parece. Yo, al escribirla, no he hecho más que cumplir con un deber de conciencia. Dios me perdone si en ella se me ha escapado alguna palabra injusta; y usted mande a su servidora, etc., etc."

Cuando el cura hubo acabado de leer esta tremenda epístola, dijo Antonio:

—Ya usted ve, tío, cómo Alfredo ha ido a sorprender a doña Calixta, haciéndola creer que es católico, pues si la santa señora hubiera sabido....

—¡Ni una palabra más sobre esto! exclamó el tío, con aire de autoridad. Acostémonos, y Dios dirá lo que hemos de hacer mañana.

Dicho esto, tomó las dos cartas, doblólas juntas y se fué a su cuarto. Antonio se retiró al suyo para pensar en el partido que más le convendría tomar.

CAPITULO XVII

Doña Calixta enmienda la pampirolada

Agitado por la terrible pasión de los celos, profundamente herido en su amor propio, cavilando sobre la manera de contrarrestar la influencia que la carta de doña Calixta habría de ejercer en el ánimo del cura y formando mil proyectos de venganza, el desgraciado Antonio apenas pegó los ojos en toda la noche.

No bien amaneció, cuando se vistió y se fué a casa de una señora, beata, llamada doña Engracia Mascarilla, matrona de lo más principal de Santiago y de tantas campanillas como doña Calixta, con la cual la ligaban los dobles vínculos de la amistad y del parentesco, sin contar los del carácter de beatas que distinguía a ambas señora, siendo (eso sí) la devota pasión mucho más pronunciada en doña Engracia, que en su prima y amiga. Ambas querían grandemente a Antonio, por el solo hecho de ser sobrino de un sacerdote; y si el joven no se dirigió a la hacienda de doña Calixta sino a la casa de doña Engracia, fué porque de esta manera conseguía poner en juego dos voluntades en vez de una. Y así sucedió en efecto.

Cuando doña Engracia se levantó, al salir el sol, para irse a la iglesia, encontróse con Antonio que la estaba esperando en el salón. Refirióle él menudamente el caso, diciéndole que su prima corría el peligro de unir su suerte a la de un hereje empecinado, y todo a consecuencia de una carta que la señora doña Calixta había escrito al cura, engañada, sin duda, por las arterias de Enrique y por la hipocresía de Alfredo.

Mientras Antonio hablaba, doña Engracia se santiguaba con la mano, de donde pendía su rosario de coral con padre nuestros

de oro y cruz y paló de Jerusalén, la cual tenía más centenares de indulgencias y cuarentenas de perdón que cuentas el rosario. Al fin dijo:

—No me digas más Antoñito, que ya no tengo oídos para escuchar tantas herejías. Una niña católica casada con un protestante hereje, es lo más monstruoso que yo puedo imaginarme. Sólo de pensarlo me horripilo; porque si así como me casé tres veces, gracias a Dios, no hubiese habido en este mundo más que protestantes, esta sería la hora en que todavía estaría entera y soltera, con el favor de su Divina Majestad. ¡Vaya! ¡Y ser la Calixta quien ha escrito esa carta recomendando a un protestante! Puedes estar seguro de que la han sorprendido a la pobre, porque como ella es de pocos alcances... no lo digo por hablar mal sino porque sale al caso, y aquí para entre los dos, que somos amigos de confianza. Sí, amigo, la Calixta es así... así... aunque se pica de maliciosa... ¡Vaya! ¡A mí me habían de venir a sorprender! Conozco a los protestantes hasta en el modo de sonarse las narices. En fin, ¿qué quieres tú que yo haga?

—Que ponga el caso en conocimiento de la señora doña Calixta, respondió Antonio, para que ella remedie el mal que ha hecho sin pretenderlo.

—Dices bien: eso haré. Le escribiré una carta... Aunque creo mejor todavía hablar con ella...

—Eso sería mil veces mejor, interrumpió Antonio. Usted debe ejercer una grande influencia sobre doña Calixta...

—Vaya si la tengo! La Calixta es muy porfiada con todos; pero conmigo...

—Es claro que ella había de ceder a la elocuencia de usted.

—Y cederá, te lo aseguro. Esta tarde haré poner mi coche, y me iré a la hacienda, con lo cual lograré además darme uno o dos días de campo, que los he menester, según mi médico me lo ha dicho.

—Pues entonces miel sobre buñuelos.

—Sí, sí... haré una vía y dos mandados. Pero ahora se me ocurre una cosa, prosiguió la señora guiñando el ojo y golpeando suavemente el hombro de Antonio: apuesto a que tú estas también interesado, como ese tal Alfredo.

—No puedo negarlo, señora; amo a mi prima desde que la vi por primera vez.

—¡Ah! lo conocí al momento! Razón demás para desbancar al hereje... ¡Ingleses condenados! Venirse a casar con nuestras niñas católicas, como si aquí no tuviéramos mozos criados en el santo temor de Dios, y muy buenos para maridos, según yo misma tengo experiencia de ello, pues me he casado tres veces, gracias a Dios; y si no me casé la cuarta, no fué porque me faltase... A los tres meses de viuda tuve propuestas para desviudar... Pero todo tiene su fin en este mundo: y aun cuando no quedé vieja...

Con tres maridos basta y sobra... ¿Y que resulta de tales matrimonios? Una multitud de chiquillos para el diablo, pues con un marido hereje ¿cómo podrá doctrinar bien sus hijos una madre, aunque sea católica hasta las uñas? Y dé gracias la pobre, si con unirse al protestante no se le acaba a ella la religión y la cristiandad a **hacerse**, como lo he visto por estos ojos que se ha de comer la tierra. Nó, prosiguió con nuevo ardor: no es caridad permitir que esa ciega niña se meta por su gusto en el infierno, con un maridito sin bautismo, **cuando puede irse** al cielo con marido bautizado. Quiero ponerme en camino al momento, no sea cosa que por demorarnos, el inglés haga de las suyas. En vez de irme a misa, me iré a la hacienda y haré que la Calixta **enmiende la pampirolada.**

Bien echará de ver el discretísimo lector qué clase de mujer era doña Engracia. No había en todo Santiago otra más amiga de meterse en vidas ajenas, armando intrigas para hilvanar voluntades y llevando y trayendo chismes para hacer y deshacer matrimonios. Sabía la crónica escandalosa de toda la ciudad y era temida como la más terrible de las casamenteras de profesión.

Al momento ordenó que preparasen su coche; y viendo Antonio que el pandero quedaba en manos de quien sabría tañerlo muy bien, se volvió a su casa. No encontró ahí a su tío, y sólo pudo hablar con doña Josefa, pues Cecilia había amanecido indispuesta. La señora estaba tranquila y preocupada, no tanto de la indisposición de la niña, como del taciturno y pálido semblante con que se había levantado el señor cura. Después de decir misa, había pedido su desayuno, saliendo en seguida sin decir para donde iba y advirtiendo que no lo esperasen a la hora del medio día.

Antonio se acostó para reparar la trasnochada y durmió hasta las cinco de la tarde, hora en que llegó el cura, quien llamando reservadamente a su sobrino, le dijo:

—He consultado el caso con el señor Arzobispo y ya sé lo que debo hacer.

—Señor, le observó Antonio con tono hipócrita, cualquiera que sea la medida que usted piensa tomar, ¿no sería mejor esperar hasta mañana? Mi prima está hoy indispuesta... Además, yo quisiera decir a usted que...

—¿Qué tienes que decirme?

—Algo que no me es posible ocultar, respondió Antonio con voz conmovida. Yo amo a mi prima...

—Lo he conocido ya, interrumpió el cura suspirando. ¿Y ella?

—¿Ella? ¡quien sabe! exclamó Antonio, sin atreverse a pronunciar las terribles palabras: **no me ama.** Ella parece preferir a Alfredo; y esto me desasonó tanto anoche, que quien sabe si dije algunas palabras descompuestas... ¡Perdóneme, tío de mi alma!

—Olvida eso, hijo mío, dijo el cura bondadosamente, y espera

mos en que Dios encaminará los acontecimientos por la mejoría. Yo también he alimentado la idea de veros unidos para siempre; y, en este sentido he tratado de sondear el corazón de Cecilia.

—También tenía que decirle a usted otra cosa, balbuceó Antonio, y es que por no molestarlo ,le oculté el nombre de la persona que me insultó y me desafió el otro día.

—¿Quién es?

—El mismo Alfredo.

—¿El? ¡gran Dios! Un mozo que parece tan pacífico!

—¡Ah, tío! Usted no sabe cuánta es la hipocrecía de ese hombre! Basta ver que para captarse sin duda la voluntad de usted, estuvo en misa ese domingo y escuchó toda la plática.

—Así me lo hizo ver al despedirse anoche. ¡Ah mundo, en donde cada paso es un engaño o un desengaño!

En esto se oyó en el patio el ruido de un caballo; luego se dejaron sentir las grandes espuelas del jinete, que un momento después apareció en la puerta del cuarto del cura, a quien dijo, pasándole una carta:

—Mi patrona doña Calixta le manda esta carta, señor cura y me encargó que le dijese a su merced que la leyera lueguito; por eso me vine **de una hebrita** desde la estancia, para llegar a tiempo, pues la señora me dijo una y otra vez que **matara el caballo.**

El cura abrió la carta y leyó:

"Respetado señor, de todo mi aprecio: Mi sobrino Enrique, a quien he enviado a llamar para reprenderlo como merece, debe haber entregado a suted una carta mía, en la cual le hablo de un tal Alfredo, de Valparaíso, diciéndole que es un mozo cumplido. Yo puse en la carta todo cuanto mi sobrino me dijo, de lo cual estoy tan arrepentida, que ojalá mis pecados no me pesen tanto a la hora de mi muerte.

Confieso que lo que hice fué una verdadera pampirolada, por lo cual le escribo la presente, a fin de enmendar la dicha pampirolada. Ahora, con mejores informes sobre este particular, puedo decir a usted, señor cura de mi alma, que el susodicho Alfredo es un botarate, haragán, sin oficio ni beneficio, vicioso, embustero, hipócrita, perdulario, y por fin y remate de cuentas, un protestante sin agua de bautismo, que yo no sé cómo este muchacho de mi sobrino tuvo alma para traerlo a una casa de respeto como la mía.

Pero al freir de los huevos lo verá el atrevido, que aun cuando sea mi sobrino carnal, prometo no dejarle un real en mi testamentosi el picaronazo no sabe corregirse y atender a su salvación eterna, odiando cristianamente a los infernales enemigos de nuestra santísima religión.

Yo veré si otra vez tiene el atrevimiento de venir a engañarme y a reirse de una tía, con tan poco respeto a sus mayores

y tan sin temor de Dios, que es una barbaridad ver cómo ahora los mozos hablan de libertad de cultos y demás herejías. Pero ya verá lo que le va a pasar, si no deja las malas amistades de los protestantes.

Convénzase, señor cura: de esas malas amistades viene la libertad de cultos, el rojismo y los matrimonios laicos, como los llaman, que es una vergüenza lo que ya está pasando en todos estos reinos de la América, como usted lo sabe mejor que yo. Dios me lo guarde para que les pegue duro a los liberales y los masones, a fin de que nuestros mocitos dejen esas perniciosas amistades, que yo, por mi parte, no me descuidaré con mi sobrino Enrique. ¡Picaronazo! No había de ver más sino que yo misma lo ví nacer y lo recibí en mis brazos y todo, costeando después su educación. La verdad, señor cura, se me hace cargo de conciencia el haber dado mi plata para que mi sobrino estudiase, cuando de tales estudios había de salir todo este protestantísimo. Pero si no se corrije, no tendrá un cuartillo en mi testamento. Que coma protestatismo, y que mande a la plaza con libertad de cultos. No le he de dar ni una sed de agua. ¡Vaya! no está en mí: no puedo contenerme, cuando veo que se nos vienen encima tantas herejías juntas. Yo, aunque pecadora, soy buena de mío, porque así me tuvo mi madre; pero en tratándose de achaques de religión, no sé lo que pasa por mí, por lo muy católica que soy. No le digo más y con esto se despide su segura y humilde servidora Q. B. S. M.—**Calixta Franco de las Alcarrobas**".

P. D.—Me olvidaba como una loca, de decirle que el tal Alfredo ha venido de Valparaíso con el exclusivo objeto de moverle la voluntad y levantarle los pensamientos a la sobrinita de usted, que según he sabido, es un dije la niña y merece muy bien el santo tío que Dios le ha dado. Pero no será mucho que ella se haya prendado del protestante, y que, andando el tiempo, todo lo que ella herede de usted le sriva para criar y mantener una parvada de protestantitos. ¡Y pensar que mi mismo sobrino me ha hecho contribuir a que un hereje haga cera y pabilo de usted y de mí! Y luego que el tal protestante venga con sus manos limpias a apropiarse del sudor y trabajo de los buenos católicos! Pues, señor, mañana mismo me voy para la ciudad, con una amiga que tengo aquí alojada, a fin de rehacer mi testamento.—**Vale.**

Otra.—Ya tenía cerrada esta carta, cuando me acordé de que tal vez podía habérseme escapado alguna palabrita, de esas que hasta a los mismos santos solían salírseles de la boca cuando menos lo pensaban. Si así fuese, me arrepiento de corazón y espero que usted me perdonará".

El cura leyó esta larga epístola a media voz, y luego se la pasó a Antonio, quien quedó por demás contento del celo que

parecía haber desplegado doña Engracia en el cumplimiento de su cometido.

Llegada la hora de comer, se fueron a la mesa, y no viendo allí a Cecilia, el cura preguntó por ella. Contestóle doña Josefa que, por amanecer indispuesta Cecilia, aunque levantada de la cama, había permanecido en su cuarto. El cura se calló y empezó a comer sin hacer ningún comentario sobre la ausencia de su sobrina. Cuando se levantaron de la mesa, Antonio dijo tristemente a su tío:

—Yo creo que mi prima no ha salido de su pieza, por no encontrarse conmigo. Tal vez me odia y, si es así, yo debo abandonar esta casa mientras ella permanezca aquí.

—¿Qué dices? exclamó el cura.

—Que si mi presencia enfada a Cecilia, menos mal será que yo deje esta casa.

—¿Estás loco?

—Nó, señor: yo no puedo permanecer aquí siendo testigo del odio o del desprecio que inspiro a una persona a quien amo tanto, respondió Antonio con lágrimas en los ojos.

—Abandona esas ideas, dijo el buen cura, conmovido por la honda pena que su sobrino manifestaba. ¿Quieres que hable al momento con Cecilia y le haga ver tus deseos, en todo conforme a los míos?

—Sí, señor; al menos así sabré de sus propios labios si debo o nó abrigar esperanzas.

—¿Le has hecho tú algunas manifestaciones?

—Sí, tío; pero ella... Ella tal vez pensaba en el protestante, a quien conocía desde Valparaíso.

—Está bien. Voy a hablar seriamente con ella sobre el particular. Es lo que el señor Arzobispo me ha aconsejado.

Era precisamente lo que Antonio deseaba, pues provocando una explicación, ahora que el espíritu de su tío era tan contrario a Alfredo, podía llegarse a vencer la resistencia de Cecilia, quien no contaba ya sino con el pobre apoyo de doña Josefa. Mas el cura al salir del cuarto para dirigirse al de su sobrina, encontróse en la puerta con Alfredo y Enrique, cuyas salutaciones recibió y devolvió con una frialdad que chocó a ambos jóvenes. Antonio no quiso salir de la pieza por no ver a su rival, el cual fué convidado a entrar en la sala de recibo por el cura, a tiempo que doña Josefa entraba en el cuarto de Cecilia para decirle que Alfredo acababa de llegar más buen mozo que nunca. Entonces la pobre niña comenzó a arrepentirse de no haber salido en todo el día de su cuarto, porque ¿cómo tendría cara de ir a presentarse en el salón?

—No se te dé nada, hijita, le dijo doña Josefa. Yo iré a escuchar todo cuanto diga Alfredo y te lo vendré a relatar de

pé a pá, y tan á lo vivo, que es como si tú misma lo oyeras hablar.

Dicho esto, salió y se fué a la sala de recibo. Ambos jóvenes se adelantaron a saludar muy cortesmente a la señora, y Alfredo, después de sacudirle la mano, dió tres cariñosas palmaditas sobre la cabeza del Almizcle, que la señora llevaba en sus brazos.

—Ruego a usted que me dispense la repetición inmediata de mi visita, dijo Alfredo al cura, pero es el caso que por una carta que acabo de recibir de mi padre debo salir mañana para Valparaíso y he querido venir antes a despedirme de ustedes.

El cura contestó con una inclinación de cabeza y algunas palabras de frío cumplimiento y como ha dicho alguien, **cumplo-y miento**, pues con ellas se suele cumplir mintiendo. Mas el digno sacerdote entendía tan poco en achaques de mentiras sociales que nunca había podido dar puntada en la materia, razón por la cual hasta la misma doña Josefa comprendió cuán contrariado estaba el patrón con aquella visita. En consecuencia, levantóse de su asiento, y saliendo con disimulo, fué a decirle a Cecilia:

—Yo no sé, hijita de mi alma, lo que le está pasando a tu santo tío, pues no ha sabido contestar a derechas a las palabras de Alfredo, el cual viene hoy más cariñoso que nunca. Figúrate que después de saludarme saludó amigablemente al Almizcle. Mira: me dieron ganas de abrazarlo. Y lo peor es que dice que se va mañana y ha venido sólo a despedirse.

—¿Eso ha dicho? preguntó repentinamente la niña.

—Se lo acabo de oir.

—Pues entonces voy al salón, murmuró Cecilia, alzándose de su asiento.

—Pero eso no puede ser, dijo doña Josefa, ¿qué dirá tu tío? Además Alfredo me preguntó por tí, y yo le dije que estabas enferma, ¿cómo me vas a dejar de embustera?

—No quedará usted de embustera, Pepita, repuso la niña, arreglándose sus cabellos delante de un espejo, pues que yo también diré que he estado enferma y que aun en este momento no estoy muy buena.

Y echando en torno de su cuello el gran boa de pieles, que en aquel tiempo estaba de moda, dirigióse a pasos mesurados hacia el salón. Antonio, que se hallaba atisbando dentro del cuarto de su tío, vió pasar a su prima; y sin darse cuenta de lo que hacía, salió a la puerta del cuarto y se fué tras de ella para saludarle. Pero ella ni aun miró a Antonio, y apresurando el paso, entró en la sala sin contestar el saludo que él la dirigía. El pobre Antonio se quedó despechado en el corredor, dudando en si entraría o nó a la sala.

La frialdad con que el cura sostenía la conversación había causado una dolorosa impresión en el ánimo de Alfredo, mayormente cuando dicha circunstancia no podía ser atribuida a en-

fermedad del tío, pues éste acababa de decir que el estado de su salud era muy bueno, contestando a una pregunta de Enrique. Alfredo pensaba ya en retirarse cuando entró Cecilia, saludando graciosamente a los jóvenes.

—Yo había dicho que no podías salir, porque te hallabas indispuesta, dijo el cura, con tono de seria reconvención a su sobrina.

—Pero la señorita ha hecho muy bien en darnos el gusto de salir, dijo Enrique, pues con esto nos manifiesta que su indisposición no ha sido tan seria.

—No ha dejado de serlo, repuso Cecilia y he tenido fundadas razones para permanecer en mi cuarto; pero tratándose de la despedida de un amigo a quien aprecio de corazón, he creído que debía corresponder a la prueba de amistad que nos da, viniendo a despedirse desde tan lejos.

Alfredo respondió con algunas palabras que no valían nada al lado de la mirada de amor que dirigió a su querida. Antonio oyó desde la puerta las palabras de Cecilia, y apretando los puños y mordiéndose los labios, entró en la sala. Sin hacer gran caso de Enrique, se dirigió hacia Alfredo, cuya mano apretó con todas sus fuerzas entre las suyas, lanzándole una mirada de rabia imposible de pintarla. Alfredo sostuvo impasiblemente aquella mirada, el cura tembló sobre su silla al ver la palidez de su sobrino y Cecilia, disimulando su impresión, dijo con voz tranquila a su primo:

—Antonio mira a don Enrique, a quien no has saludado.

—¡Oh! dijo Antonio, volviéndose prontamente hacia éste y sonriendo con punzante sarcasmo: dispense que no haya fijado desde luego mi atención en usted; pero ¿qué quiere? ¡Me hallaba tan preocupado con el gran honor que el señor don Alfredo nos hace con venir a despedirse de nosotros desde tan lejos!

El cura lanzó sobre su sobrino una mirada de reproche; Cecilia reprimió una exclamación, poniéndose su pañuelo sobre los ojos; Alfredo palideció, pero trató de serenarse, y Enrique, como si no comprendiera las palabras de Antonio, le dijo jovialmente:

—No diga usted eso de Alfredo, amigo mío, mire que se puede poner orgulloso.

La conversación se había hecho casi insostenible y la despedida de las visitas por demás difícil, pues retirándose los visitantes en aquel crítico momento, habrían parecido huir como echados a empellones de la casa. Por fortuna, entró entonces el Amigo, cuya presencia suavizó grandemente la agria situación. Antonio riñó al perro, mandándole salir de la sala; pero Cecilia dijo:

—Nó, Antonio; deja que el Amigo se acerque. Sin duda viene de mi cuarto, adonde me habrá ido a buscar, pues casi todo el día lo ha pasado cerca de mí. Salía a ratos y luego volvía y se

paraba enfrente de mí, gimiendo y moviendo la cola, como si me preguntara por mi salud. Para probarlo hice esta mañana como que lloraba; y luego él empezó a gemir tan lastimosamente, que no pude menos que abrazarlo. Mi alegría se trasmitió a él instantaneamente ;y al verme reir, comenzó a aullar y a saltar lleno de contento.

—Pues lo mismo me pasa a mí con mi gatito, dijo doña Josefa entrando; y en balde Cecilia dice que el Amigo tiene más capacidad y mejor carácter que mi Almizcle.

Desarrugados un tanto los semblantes con las candideces de doña Josefa, ya la despedida dejaba de ser ridícula. Los visitantes supieron aprovechar el momento y se alzaron a un tiempo de su silla. Antonio se colocó detrás de la silla de Cecilia, con el objeto de oir las palabras que ésta cambiase con Alfredo; y Enrique, comprendiendo la intención, trató de evitar el lance. Para ello se adelantó a su amigo, y dió la mano al cura, a quien por su carácter debía preferirse. Luego pasó a doña Josefa, después a Cecilia, concluyendo por tomar entre sus manos la de Antonio, con tales muestras de amistad, que logró arrastrarlo hacia un lado, retirándolo de la silla de Cecilia, a tiempo que ésta estrechaba la mano de Alfredo, cambiando con él algunas palabras, que Antonio trataba de oir sin poderlo conseguir, pues Enrique, con calurosa verbosidad, le decía sacudiéndole una y otra vez la mano, de la cual lo mantenía aprisionado:

—Pero, amigo mío! ¿Por qué se ha retirado usted del centro? Ya no tengo el gusto de verlo en las tertulias... ¿qué significa esto, mi querido amigo? A cada rato oigo preguntar por el simpático Antonio, por el príncipe de los elegantes, por el rey de los salones....

La despedida entre Alfredo y Antonio fué como la salutación.

—Guerra a muerte entre los dos, murmuró éste.

—Como usted guste, respondió aquél.

El cura, de pie y afirmada su mano sobre la mesa del centro de la sala, no oyó, pero adivinó estas últimas palabras. Alfredo y Enrique salieron acompañados solamente de doña Josefa. Cecilia se quedó en su silla, sin alzar la vista, pero comprendiendo que su tío la miraba de hito en hito. Antonio, con los brazos cruzados enfrente de su prima, miraba ya a ésta, ya a su tío, sin hablar una palabra. Quien primero rompió el silencio fué el cura.

—Es decir, dijo, moviendo la cabeza de arriba abajo y con los ojos puestos sobre su sobrina, es decir... es decir que...

Y se paró, como si sus labios se negaran a pronunciar una sola palabra.

—¿Es decir, prosiguió con emoción el tío, que tú, Cecilia, amas a este hombre?

—Con toda mi alma, tío, respondió la niña, poniéndose de pie. Sí, tío, amo a Alfredo con toda mi alma, porque es digno

de ser amado, a pesar de todo lo que la envidia puede decir de él.

—Gracias, prima mía, dijo sarcásticamente Antonio.

—No sé a qué venga ese sarcasmo, repuso la joven, a menos que... Pero ya se ve! tú no tienes por qué envidiar a Alfredo.

—Eres injusta para conmigo, respondió el mozo, con voz que trató de dulcificar. Eres injusta y cruel, prima mía. Bastábate no amarme y pagarme con odio el amor purísimo que te he profesado desde la primera vez que te ví. ¿Por qué me zahieres, traspasándome el alma con el recuerdo de mi desdicha? Cierto es que no le envidio al tal Alfredo méritos y virtudes de que carece; sólo le envidio su buena suerte....

Al decir esto, cayó como desplomado sobre una silla y se cubrió los ojos con ambas manos. En efecto, lloraba como un niño. El cura, con lágrimas en los ojos, sacó de su bolsillo las cartas de la madrastra y de doña Calixta, y pasándoselas a Cecilia, le dijo:

—Lee detenidamente esas dos cartas y mañana hablaremos.

CAPITULO XVIII

La casamentera entra en acción

Al día siguiente Cecilia, que ya había tomado seriamente su partido, no esperó que su tío la llamase, sino que se fué a su cuarto, y le dijo:

—Mi querido tío, he leído estas cartas y le aseguro que me habrían hecho reir, si me lo permitiera la indignación que tan grandes calumnias ha producido en mi espíritu. Hasta ahora no me había imaginado que personas que se dicen cristianas fuesen capaces de mentir de una manera tan descarada contra una persona que ningún mal les ha hecho.

Al oir este razonamiento, el buen tío se quedó como alelado.

—Ahora, prosiguió la niña, con tono de indeclinable resolución, he pensado que a mí me toca defender la honra del hombre que amo, y el único que puede ser mi esposo, según me lo dice mi corazón. En esta virtud, le escribiré hoy mismo a Alfredo, enviéndole las copias de estas cartas...

—¡No lo harás! interrumpió vivamente el cura, arrebatando los papeles de manos de Cecilia y haciéndolos pedazos.

—Anoche copié ambas cartas, repuso tranquilamente la niña; pero si usted desea ahorrarme este paso, o más bien, si quiere ahorrarle al pobre Alfredo el profundo disgusto que habrá de causarle la maldad de mi madrastra y la necedad de doña Calixta voy a proponerle un medio sencillísimo para que usted descubra la verdad.

—¿Cuál es?

—Yo creo que usted es amigo del señor cura de Valparaíso

—Sí, sí; mucho... somos condiscípulos.

—Escríbale usted pidiéndole informes sobre...

—¡Ah! exclamó el buen cura dándose una palmada en la frente. Tienes razón, muchacha. Le escribiré, y estoy seguro de que me dirá la verdad neta. ¡Y que no se me hubiera ocurrido antes! murmuró sordamente.

Cecilia salió, dejando a su tío entregado a las reflexiones del momento. En el corredor se encontró con Antonio, a quien dió el saludo de la mañana, con tan amable sonrisa, que el mozo se quedó mirándola, admiradísimo de aquel cambio de su prima, que él tradujo en favor suyo. Pero con más experiencia del mundo y con menos dosis de amor propio, Antonio habría visto en aquella sonrisa su completa derrota. La joven marchaba tranquila y resuelta, con la cabeza alzada, como dueña de sí misma, desde que había dicho a su tío todo su pensamiento; y si sonrió a su primo, era porque ya nada tenía que temer de él. Antonio, como clavado en el sitio en donde se había encontrado con ella, seguía mirándola. El adusto ceño de su semblante se había borrado; una vaga sonrisa refrescaba sus labios, y engañado por las esperanzas del deseo, decíase a sí mismo:

—Sin duda que la lectura de las cartas ha producido este repentino cambio y tal vez me agradece en este momento el no haber caído en las manos de Alfredo. Lo que importa es aprovechar el tiempo y no dejar escapar la oportunidad. Voy a hablar con mi tío.

Este hacía también por aprovechar el tiempo; y mientras se disponía a escribir al cura de Valparaíso, murmuraba:

—¡Lo que somos! A mí, con los años que me cargan no se me había ocurrido lo que a esta chiquilla sin mundo. Aprovecharé la lección que ella me ha dado sin pensarlo... ¡Vaya! si estaré yo demasiado preocupado de alguna falsa idea, cuando no soy capaz de ver claro ni discurrir con acierto en una cosa tan sencilla! ¿Qué más tenía yo que escribirle a mi amigo, el cual por el gran conocimiento que de todo Valparaíso tiene, podía mejor que nadie decirme claramente la verdad? Sí, señor: mi espíritu debe ser presa de una gran preocupación que me impide ver muchas cosas y que me hace ver muchas, y que me hace ver otras con aspecto muy diverso del que en realidad tienen. Y si esto es así, debo marchar con cautela, mayormente cuando trate de tomar una determinación que perjudique a ese hombre, de quien tengo tan mala idea, y que favorezca a mi sobrino, a quien tan entrañablemente amo, a pesar de... Pero, gracias a Dios, el pobresito se ha reformado, y ahora lo quiero más, pues en él veo algo como al hijo pródigo... ¡Dios mío! haced que antes de morir pueda yo verlo virtuoso, feliz y convertido en el jefe de una familia honrada! Despojad mi débil espíritu de toda preocupación para que yo no obre en contra de vuestra justicia, ni tenga después mi conciencia nada que echarme en cara, porque yo se que el

hombre preocupado de una falsa idea es el mayor enemigo de sí mismo.

En seguida se puso a escribir la carta y apenas la había comenzado, cuando entró Antonio:

—Hijo mío, le dijo, no podemos hablar sobre este delicado asunto hasta dentro de tres o cuatro días. Ten confianza en Dios Condúcete bien con tu prima y déjame obrar.

El enamorado Antonio no era de este parecer, pues en lugar de dejar obrar a su tío, resolvióse a hacer él por su parte cuanto estuviese a su alcance, a fin de lograr sus deseos. No bien supo que doña Engracia y doña Calixta habían llegado, cuando fué a visitarlas. La casamentera doña Engracia ardía en deseos de ver a Cecilia y amistarse con ella, y doña Calixta sólo esperaba dejar rehecho su testamento para ir a ver a su confesor. Al día siguiente ambas señoras estuvieron de visita en casa del cura, y mientras doña Calixta le pedía a éste su parecer sobre la modificación del testamento, hecha el día anterior, doña Engracia enamoraba a Cecilia con la miel de su conversación y pasmaba a doña Josefa con su lujosa verbosidad.

Abrazando a ésta, besando a aquélla varias veces y poniendo en las nubes al santo tío, la melifluа señora estuvo encantadora. Ni se olvidó tampoco de alabar el carácter y las graciosas y elegantes maneras de Antonio, diciendo una y otra vez que si le hubiera quedado una hija de alguno de sus tres matrimonios, habría hecho lo posible por ser suegra del mozo más cumplido de todo Santiago, como era el primo de su ya muy querida Cecilia.

Esta la escuchaba así como quien oye llover; pero cuando la oficiosa matrona comenzó a hablar de los peligros que una niña corría de engañarse en la difícil elección de un esposo y de la necesidad que las muchachas tienen de aconsejarse con sus mayores en tan delicado asunto; cuando dijo que nada había más contrario a la cristiandad que esos casamientos con los extranjeros, que no tenían ni migaja de religión, entonces Cecilia se puso en guardia.

—La verdad, hijita, decía doña Engracia, aborrezco esos matrimonio llamados mixtos. No me gustan las mixturas compuestas de flores chilenas, que tienen un santo y místico olor católico, con la cizaña y los abrojos protestantes. ¿Qué ganarán las lindas flores con tal mezcla? Perder su aroma religioso y clavarse con las espinas de la cizaña. Y aun cuando un mozo haya nacido en Chile, prosiguió, siempre habrá peligro de elegirlo para marido, si es educado en el extranjero, de donde por lo común llegan con tantos resabios y tan llenos de ideas contrarias a nuestra santa religión, que yo no sé por qué el Gobierno permite que nuestros muchachos salgan a educarse fuera del país....

—Habiendo aquí colegios tan buenos, interrumpió doña Josefa.

—¡Y como que los hay! repuso doña Engracia. Ahí está el Seminario y el Colegio de los Padres Franceses, que no me dejarán mentir. Pero ¡no, señor! Dale con que han de enviar los chiquillos para el extranjero... No, hijitas; esto no se ensambla con mis ideas... Tres veces me he casado y casi me casé una cuarta vez; pero aunque hubiera estado de Dios que pasara a las quintas nupcias, no habría sido ello sino con chilenitos, nacidos, criados y enseñados en el país; porque más vale un diablo conocido....

—Todo eso es muy puesto en razón, respondió doña Josefa; pero hay sus excepciones....

—¿Cómo es eso? interrumpió doña Engracia. ¿Cómo puede haber un hereje que no sea una calamidad?

—No digo tal cosa, replicó doña Josefa, sino que hay algunos de esos extranjeros o **extranjerizados** que tienen un corazón de oro y son muy caritativos...

—Ríase usted de todas esas caridades protestantes, rojas y masonas, pues están llenas de liberalismo y no sirven para salvarse, dijo doña Engracia. No hay más caridad que la católica.

—¡Ah, señora! replicó doña Josefa, si usted supiera que uno de esos que tienen por protestantes, ha salvado de la miseria a una pobre muchacha que vendía pan en esta misma calle...

—Se conoce que al protestatito le gustaron los ojos de la muchacha, interrumpió riendo doña Engracia.

—Nó, señora mía, replicó doña Josefa. Yo metería las manos al fuego por él... Tiene un corazón de oro....

—Entonces no es protestante ni masón...

—Si usted lo hubiera visto hacerle cariños a este ángel!

—¿Qué ángel? preguntó doña Engracia.

—Esta paloma sin hiel, respondió doña Josefa, palmeando cariñosamente al Almizcle, que dormía sobre sus faldas.

—¿El gato? exclamó doña Engracia, soltando una estrepitosa carcajada. ¿No digo yo? Esta es la caridad de los herejes. Aman a los perros y a los gatos y hasta hacen, según me han contado, leyes protectoras de animales. Pero de lo que atañe al asunto de su salvación, no se acuerdan ni jota.

La pobre Cecilia sufría un martirio horrible teniendo que oir aquella cháchara interminable. Al fin, como no hay plazo que no se cumpla, llegó la hora de despedirse.

—Mañana o pasado te vengo a buscar para llevarte a algunas casas y presentarte a mis amigas, dijo doña Engracia, abrazando y besando a Cecilia con aire de protección. No me digas que nó, prosiguió, viendo el gesto con que la niña recibió la invitación. Yo te considero como una antigua amiga, y confío en que el señor cura te ha de dar permiso para que pases un día en mi casa.

Doña Calixta hizo el mismo convite a la sobrina de su con-

tesor, ofreciéndole además llevarla a su hacienda si quería pasar unos días de campo. Agradeció la niña cumplidamente tales manifestaciones de aprecio; y acompañando a las visitas hasta su coche, volviéronse allí a repetir los abrazos y besos como de primeras.

Idas las señoras, Cecilia se sentó a descansar, pues se hallaba como si acabara de llegar después de un precipitado viaje. Doña Josefa le dijo al oído:

—No es por hablar mal, hijita, pero Dios me perdone si digo que esta doña Engracia no me ha caído en gracia. Juraría a ojos cerrados que tiene mal corazón; y así lo pensé en cuanto la vi reírse y burlarse de los cariños que le habían hecho a mi gatito. No te enojes, mi alma, prosiguió hablando con el Almizcle. Deja que ella se ría **hasta que le dé puntada,** pues con que tu vieja te quiera, tienes de sobra. ¡Venirme a enseñar a mí lo que es la caridad, como si yo no supiera de memoria mi libro **de temporal y eterno,** que he oído leer tantas veces! ¡No faltaba más!

La casamentera doña Engracia no faltó a su palabra y al día siguiente vino a buscar en su coche a Cecilia, a quien le fué imposible evadirse de las repetidas instancias de la señora. El buen tío (preciso es decirlo) no miraba con malos ojos aquel empeño con que la respetable matrona trataba a todas luces de desbancar, a Alfredo en beneficio de Antonio; y con gran complacencia de su parte, dió permiso a su sobrina para que estuviera en casa de doña Engracia los días que quisiese. Así fué como la enamorada joven cayó en garras de la terrible factora de matrimonios, cuya pasión por desunir y entrelazar voluntades rayaba en lo increíble. A cada momento repetía que no había lazos de cintas más lindos que los del matrimonio, ni vínculos más santos que los que unían a dos esposos, ni nudo más sagrado que el que los estrechaba formando un solo cuerpo y una alma, ni yugo más suave y delicioso que el del amor conyugal, ni sacramento más divino, pues que fué instituído por el mismo Padre Eterno en el paraíso terrenal, razón por la cual esta sacrosanta unión convertía instantáneamente en paraíso el más árido lugar de la tierra.

—Y cuenta que yo sé muy bien lo que digo, solía agregar la matrona, pues éstas son cosas en que tengo autoridad y no hablo de oídas, como muchas, sino que puedo dar mi parecer ilustrado y acabado, puesto que me he casado casi cuatro veces, gracias a Dios, y he hecho más matrimonios que el mismo señor Obispo.

La buena señora no hablaba de los muchos matrimonios que por su oficiosa intervención se habían frustrado, ni yo diré tampoco una palabra a este respecto, pues basta lo dicho para que el discreto lector comprenda en qué manos había caído la pobre Cecilia.

No era esto todo. Tenía doña Engracia un entenado, hijo de su segundo esposo con el cual simpatizaba grandemente por lo

mucho que le servía en su oficio de unir y desunir voluntades, inquiriendo noticias, desubriendo secretos y metiéndose disimuladamente, como una sabandija, en el interior de las casas. Llamábase Julio y era, no sabré decir, si el más chismoso de los elegantes o el más elegante de los chismosos de los salones de la capital. Por lo común, las niñas lo encontraban **chinchoso**; pero él las perseguía sin descanso hasta amistarse íntimamente con ellas, y sacándoles, como dicen, de mentira verdad, lograba que las muchachas incautas lo hiciesen sabedor, aunque a medias, de sus esperanzas o de sus conquistas. Llevando chismes entre unas y otras solía convertir en enemigas a dos amigas íntimas y obtenía así los secretos de ambas. Otras veces, cuando más deseoso estaba de saber una cosa, aparentaba no tener interés alguno en ello, con lo cual solía hacerse más prontamente del secreto ajeno. Merced a ésta y mil otras artimañas, llegaba a conocer el interior de las familias, y llenábase de noticias de casamientos, velorios, divorcios, chismes, riñas, citas, etc. que iba a vaciar en los oídos de su madrastra, la cual le pagaba con usura, pues era otro arsenal ambulante de noticias caseras.

Considere el lector cuán bien se avendrían aquellos dos caracteres. Julio era como el ministro favorito de la reina doña Engracia: eran dos elementos que se correspondían, se necesitaban y se buscaban mutuamente por instinto. Estrechados por el común interés de saber la crónica escandalosa de la ciudad, había entre ellos una sola diferencia: Julio era el chismoso, el novelero vulgar, que se contentaba con el necio placer de saber cosas que nada le importaban para ser el primero en relatarlas y de llevar chismes de una parte a otra, por el solo gusto de desarmonizar a las gentes o de oir a las unas hablar mal de las otras. Doña Engracia iba más allá: sacaba partido de las noticias que adquiría, convirtiéndolas en datos de mil problemas de la vida íntima, que su espíritu intrigante se complacía en resolver prácticamente, ya deshaciendo un matrimonio que estaba para efectuarse, ya haciendo otro contra la voluntad de los padres, ya enemistando a dos personas para influir más fácilmente sobre una de ellas, ya, en fin, soldando una amistad rota para imperar sobre los nuevos amigos.

Julio era antiguo amigo y compinche de Antonio; pero su amistad no le impidió enamorarse de Cecilia, y en cuanto ésta llegó a casa de la madrastra, doña Engracia, con sus ojos de lince, vió lo que pasaba en el corazón de su hijastro y comenzó desde luego a gozar de las complicaciones con que aquella naciente pasión había de hacer más y más interesante el drama de su imaginada intriga.

No bien llegó a su casa la linda Cecilia, cuando comenzaron las visitas y presentaciones en las tertulias, en las cuales encontraba siempre Cecilia quién le hablase en favor de Antonio,

En unas partes daba la niña con una consejera de experiencia; en otras, hablaba con una muchacha que estaba para casarse con un primo, a fin de que la herencia quedase en la familia; y en muchas otras tenía que oir las confidencias de recientes amigas, que le contaban en secreto mil lances desagradables ocurridos en sus familias a consecuencia de haber admitido a un joven extraño, que en cuanto había adquirido los títulos de esposo, se había alzado con el santo y la limosna, dando lugar a pleitos y malquistaciones de gran trascendencia.

En casi todas las visitas que doña Engracia hacía con su **protegida,** gustaba ir acompañada de Antonio; y siempre encontraba la sagaz señora un pretexto para que éste no se separase de su prima. En la mesa, ella misma señalaba a Antonio el asiento que debía ocupar junto a Cecilia; y si tomaban el té en alguna visita, confabulábase con las niñas de la casa para obtener el mismo resultado.

Julio, por su parte, no se descuidaba; y aun cuando ostensiblemente ayudaba a su madrastra, hacíalo con el secreto fin de labrarse méritos a los ojos de Cecilia. En efecto, había adivinado la secreta aversión de ésta para con su primo; así es que podía sin peligro alguno hablar de **las prendas que adornaban el carácter de su amigo Antonio.** Lejos de perder con esto, lograba que Cecilia le tuviese por un dechado de amistad, con tanta mayor razón cuanto que a veces solía decir en voz baja a la linda niña: "que solamente su lealtad para con Antonio podía obligarlo a acallar los sentimientos de su propio corazón".

—¡Ah! si Antonio no fuera mi amigo, decía al oído de la niña, yo estaría envidioso... Porque yo no puedo mentir, amiga mía, y le confieso que envidio, sí, le envidio a ese feliz amigo la posesión de tan inapreciable tesoro.

Y viendo acercarse a Antonio, retirábase del lado de Cecilia, para que aquél ocupase el codiciado lugar, saliendo muchas veces de la sala en donde estaban, como si quisiera ocultar el dolor que tan grande sacrificio le costaba.

Ya se susurraba entre las gentes de la sociedad de doña Engracia, el matrimonio de Antonio con Cecilia, pues aunque ésta no aparentaba buscar las atenciones con que su primo la distinguía, tampoco parecía rechazarlas. Por otra parte, nadie podía sospechar que la pobre niña, puesta, como suele decirse, entre la espada y la pared, se condujera de aquel modo solamente por no disgustar a su tío ni producir alguna escena violenta que el carácter de Antonio la hacía temer. Este, cada día más esperanzado, no hallaba cómo agradecer los buenos oficios de doña Engracia.

—Déjame obrar, decíale la casamentera guiñando el ojo, y verás cómo antes de un mes la pongo como una malva y te la entrego más mansa que una oveja. El protestantito es ya hombre al agua.

Enrique había sido testigo de muchas de estas escenas, y esperaba una oportunidad para hablar con Cecilia sobre el particular; pero doña Engracia no le daba lugar a ello, razón por la que se decidió al fin Enrique a escribirle a Alfredo, como en efecto lo hizo, contándole lo que pasaba y diciéndole que viniese pronto a Santiago.

CAPITULO XIX

El desafío

Como una semana haría que Cecilia estaba en casa de doña Engracia, cuando el cura fué a buscarla en persona. Doña Engracia se separó de su querida amiga llorando a mares; y si consintié en dejarla irse con su tío, fué bajo la condición formal de que en pocos días más la acompañaría a la hacienda de doña Calixta.

Ya el cura había recibido de Valparaíso la contestación a su carta; y en ella le daba su amigo los más satisfactorios informes sobre Alfredo, diciéndole: Que no había encontrado en toda la ciudad quien no tuviese al joven por un caballero cumplido. No tenía más que un solo defecto: ser protestante.

El cura, después de haberle leído la carta a su sobrina, le preguntó si todavía persistía en su propósito de casarse con un hombre de religión contraria a la suya. Contestó la niña que *sí*, de una manera tan resuelta, que el tío creyó inútil hacerle reflexiones, y solamente dijo:

—De todos modos, yo no puedo dar mi consentimiento, sino a condición de que Alfredo entre al gremio del catolicismo.

—No me atrevería a proponérselo, dijo Cecilia.

—¿Por qué razón?

—Porque no quiero hacer con él lo que no quisiera que él hiciera conmigo. Le aseguro a usted, tío, que si Alfredo, a quien amo más que a mí misma, se ofreciese a ser mi esposo a condición de que yo abandonase mis creencias religiosas y aceptase las suyas, dejaría de estimarlo y no me casaría con él.

—¿Admitirías entonces a tu primo? se atrevió a preguntar el cura.

—A nadie, a nadie, contestó ella alzando la cabeza. Me metería de monja, y....

—¿Y qué?

—Y moriría en seguida, contestó la niña, con acento de tan triste resignación, que el buen tío no pudo ya resistir, y abrazándola le dijo:

—¡No hijita, no por Dios; no digas eso! ¿Quieres matarme?

—¡Yo! esclamó Cecilia, llorando y besando las manos de su tío; yo, que no quiero ni aun pensar en que usted pueda dejarme huérfana! Perdóneme lo que he dicho sin reflexión. No entraría al convento, sino que me quedaría al lado de usted para servirlo toda mi vida; pero, en cuanto a lo demás, haría voto formal de no pensar nunca en ningún hombre, si por algún motivo no pudiera ser la esposa de Alfredo.

Dicho esto se retiró, y el cura ya no dudó más. Llamó a Antonio, y con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Ya no debes pensar en tu prima, hijo mío. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

El pobre Antonio quedó como si un golpe de maza hubiese caído sobre su cabeza. Zumbáronle los oídos, oscurecióseles la vista y un temblor repentino agitó todos sus miembros. Quería hablar y no podía. La palidez de su semblante asustó tanto al afligido tío que, alzándose de la silla, se acercó a él y le tomó una mano. El cura lanzó una esclamación, al contacto de esa mano helada y rígida como la de un muerto. Iba a gritar pidiendo socorro cuando el joven le dijo con voz débil, que pretendía ser enérgica:

—No! nó! tío.... No llame.... Ya pasó esto....

A la palidez sucedió un color anaranjado y la rigidez se convirtió en un crispamiento casi convulsivo de los miembros.

—Estoy tranquilo, dijo el joven, procurando parecerlo. Dígame, tío, lo que sucede.

El cura le refirió lo que decía la contestación de la carta que había escrito a Valparaíso (de que Antonio no tenía noticia) y concluyó por contarle la última escena con Cecilia. Antonio se sentó en una silla, más que abatido, como anonadado bajo el peso de aquellas terribles noticias. Todas sus esperanzas habían caído a tierra como las hojas secas de los árboles que el viento se lleva para no volver jamás. Sin embargo, allá en lo profundo del alma del anamorado joven quedaba el último resto de sus esperanzas.

—D etodos modos, dijo suspirando, Alfredo es protestante y no podrá casarse con ella sino abjura públicamente sus errores.

—Así es, respondió el cura.

Antonio llegó hasta sonreirse, pensando que el padre de Alfredo no permitiría, por nada en el mundo que su hijo se bautizase y Alfredo quería mucho a su padre para darle un disgusto.

—Espero en Dios, dijo lacónicamente a su tío.

—Sólo El puede darnos la tranquilidad de espíritu, agregó este con voz grave.

—Voy a salir un rato, dijo Antonio, pues necesito respirar aire libre.

Fuése a su cuarto y arregló su traje para encaminarse al centro de la ciudad, pues había concebido la idea de ir a referir a doña Engracia todo lo sucedido. El tío se paseaba a lo largo del corredor atisbando todos los movimientos del sobrino, sus labios se movían y sus ojos se elevaban de vez en cuando hacia el cielo. Era que el buen sacerdote rezaba por el desgraciado hijo de su hermana. Al fin salió éste del cuarto y se dirigió a la calle.

—Hijo mío, le dijo el cura, ¡cuenta con las imprudencias! De todos modos conviene que no te retires mucho de aquí.

—No tenga usted cuidado, respondió el mozo, de pie en medio del patio. Ya no me puede suceder nada peor en este mundo.

En aquel momento el Amigo atravesaba el patio y se acercó a Antonio como demandándole humildemente su benevolencia. El mozo rechazó al perro; más el tío le dijo:

—¿Por qué lo rechazas? considera que si se ha acercado a tí, es porque ve la tristeza pintada en su semblante. Ya he notado que este animal simpatiza con los que sufren, y más de una vez lo he visto tanto más cariñoso conmigo cuanto más apenado me hallo. No lo riñas, hijo mío... Al contrario, te aconsejo que lo lleves contigo para que te acompañe.

Antonio, por obedecer y contestar a su tío, hizo cariños al perro, y éste lo siguió lleno de gusto.

A poco andar, ya el joven se olvidó del Amigo; y preocupado de su idea, sólo deseaba llegar pronto a casa de doña Engracia.

Al pasar por el Puente de Palo, el Amigo se quedó atrás, pues el bien parecer y la cortesía no le permitían despreciar un par de **picarones** y un pan que le ofreció su amiga la picaronera. El perro, que durante la permanencia de Cecilia en casa de doña Engracia había ido a verla muchas veces, presentía sin duda que Antonio se dirigía a dicha casa, y no temía perderse de él. Dejólo, pues, seguir su camino, mientras despachaba aquella **cauza** que se le había presentado de manos a boca.

Cuando Antonio llegó a la plaza de la Independencia, el perro no lo había aun alcanzado. Entróse el joven por el antiguo portal, que ocupaba el mismo sitio en donde hoy se alza el de Sierra Bella, marchando en dirección de la calle de la Compañía, que era en donde vivía doña Engracia. Al pasar por enfrente de uno de los baratillos oyó una voz que lo llamaba:

—¡Antonio!

Era la voz de un baratillero, antiguo amigo del mozo. Este volvió la cabeza, saludó con la mano a su amigo y quiso proseguir su marcha, mas el baratillero le dijo, haciéndole señas con la mano:

—Ven! ven! Torna hacia mí tu andar vertiginoso!

—¿Qué quieres? preguntó Antonio, parándose.

—Que deshagas el trabajo de tus locomotores miembros, y

anules el espacio que separa el carnal estuche de nuestras almas.

Estas palabras, pronunciadas con amanerada gravedad, hicieron reir a Antonio, por la costumbre que tenía de reirse, cada y cuando hablaba con aquel amigo. Era éste, como se ha dicho, un baratillero; y de él deberán conservar recuerdos muchas de las personas que lean esta historia. Llamábase N. Manoli, y había adquirido la costumbre de charlar empleando palabras inusitadas y giros tan estudiados, que a veces solía dejar en ayunas a su interlocutor, cosa que a él le causaba un placer singular, pues no parecía sino que hablara para que nadie le entendiese.

Sus colegas y vecinos del portal solían pasar entretenidísimos con los dichos y preguntas que dirigía a los transeúntes. Vea el lector algunos ejemplos, que tal vez habrá oído relatar a las gentes de aquel tiempo. Queriendo saber un día si era de agua dulce o del mar el pescado que un hombre pregonaba, le preguntó: ¿"Son fluviales o marítimos, esos que llevas prófugos de los cóncavos cerúleos"? Y el pescador respondió: "No llevo **sorullos**; son corvinas. Preguntóle una señora que por qué no se casaba, le dijo: "Ah! sobre este asunto del nudo gordiano, nunca ha estado en equilibrio acorde el ministerio íntimo!" ¿Y qué es eso de ministerio íntimo? He reunido Consejo de Ministros para que resuelvan si me debo echar al cuello el nudo gordiano amoroso; y el Ministro de Gracia y Justicia es de propicia opinión, cada vez que veo las femeninas gracias; el Ministro de Instrucción Pública cierra los ojos y no habla palabra, con lo cual me indica que mientras más se instruye uno en este negocio, menos lo hace; el del Culto opina porque se lo rinda a la belleza; y el de Guerra y Marina ansía porque me eche a navegar por esos mares, de donde nació Venus embarcada en la nacarada concha.

En cuanto al poderoso Ministro de lo Interior, agregó tocándose el corazón, late de impaciencia porque el Jefe del Estado tome estado: y por lo que atañe al de Relaciones Exteriores, también me lo aconseja imperiosamente.

—¡Entonces no hay más que obedecer a los Ministros!

—¡Ah! señora así lo haría, si no se opusiera tenazmente el de Hacienda, (y se tocó el bolsillo).

Otro día llamó a un muchacho que pasaba, diciéndole:—"Ven acá, hijo de Adán.

—Yo no soy, señor, contestó el muchacho, porque mi taitita se llama Felipe.

Como a veces solía herir con sus dichos, sucedíanle chascos nada livianos.

En cierta ocasión pasaba por enfrente de su baratillo un huaso de extraordinaria corpulencia, con unas botas que le cubrían las piernas hasta más allá de las rodillas, con soberbias y sonadoras espuelas, gran **chamanto** listado, enorme sombrero de lana que más parecía paraguas que sombrero, y enmarañada bar-

ba: todo lo cual daba al hombre un aspecto semi salvaje. Manolí dió un golpe sobre el mostrador para llamar su atención y le dijo: "¡Oh! tú, implume bípedo campestre!

¡Yo te interpelo! Detén el movimiento de tu carnal inmensidad, y dime si allá en tus natales selvas todos los plomizos y crejudos bichos crecen tán grandemente".

El huaso se quedó con la boca abierta; y un muchacho le dijo que se le preguntaba si los burros de su tierra eran muy grandes.

"Hay de todos tamaños, respondió el hombre, dirigiéndose a Manolí: los burritos nuevos son así como el caballerito y los viejos como su merced".

Y a propósito de burros y de personas grandes, el autor de esta historia recuerda haber oído que otra vez el mismo Manolí dijo ,aludiendo a una señora solterona y muy gorda que acababa de hacerle bajar géneros de sus anaqueles sin dignarse comprarle:

"Ay del hijo de Adán que cargue con esa añosa mole humana!" A lo cual respondió ella: "Usted está libre de tal carga, porque no me gusta montar en asnos". Por lo demás, Manolí era, en el fondo, un hombre honrado y de buen carácter, y si él gozaba con hablar para que no le comprendieran, en cambio sus amigos se entretenían oyendo sus estrambóticas frases.

Sabía de memoria el diccionario, y decía que este libro contenía todas las ciencias, pues explicaba el significado de todas las palabras; y quien llegase a aprenderlo llegaría a ser sabio, en atención a que las ciencias no son más que conjuntos de palabras o de nombres de cosas más o menos bien definidas y explicadas.

Por supuesto que no solía decir esto, en el sencillo lenguaje que como historiador estoy obligado a emplear, sino en aquella indescifrable algarabía que él acostumbraba y de que más de una vez solía valerse como de un anzuelo para pescar parroquianos. Muchas veces iban las niñas a su tenducho y le compraban baratijas, solo por oirlo hablar. Llamaba a las niñitas "crepúsculos de la mañana"; y a las casaderas, "posadas del corazón"; y a las viejas, "crepúsculos de la tarde".

Las monjas eran para él, "femeninos neutros"; las beatas eran "ángeles infernales", y las solteronas, "huesos de comercio social". Nunca decía: **un marido celoso,** sino "un cancerbero de su propio infierno.

Cuando iba a una tertulia, decía: voy al "mercado de la belleza"; y aludiendo al estrado en donde la señora lucía a sus bellas hijas, solía exclamar: "tenía la añosa su mostrador lleno de posadas del corazón, que esperaban huéspedes". Denominaba al matrimonio, "crisis de la enfermedad de amor", y el cura era "enyugador de Cupido". Las coquetas tenían por nombre, "rue-

da de la fortuna amorosa""; al que se casaba con una coqueta, lo llamaba "clavo de la rueda", y también "clavo clavado", etc., etc.

Por demás prolijo sería hablar aquí de todo el diccionario del baratillero Manoli, y creo que bastan los ejemplos citados al correr de la pluma, para que el lector se forme una idea siquiera aproximada de la conversación de aquel individuo, a fin de que no se asuste cuando lo oiga hablar, pues la casualidad hizo que tomara una parte activa en los sucesos que voy narrando.

Como iba diciendo, Antonio se había parado a distancia de cinco o ses pasos del baratillo, y parecía dudar sobre si proseguiría su marcha o acudiría al llamado de su amigo, cuando éste, ligero como una ardilla, saltó por sobre el mostrador, y corrió hacia el otro, diciéndole:

—Ven acá, objeto de mi amicicia, y mueve las válvulas de tu boca para que hagas llegar hasta mi tímpano el aire de tu pecho, convertido en la expresión de tus pensamientos. Dime, ¿por qué llevas tan apretadas las hojas de la dentada puerta? ¿De dónde se deriva ese ceño que ha hecho fraternizar tanto, como si lucharan entre sí los capilíferos arcos sobre los cuales se extiende la frontal planicie?

—Voy muy de prisa, dijo Antonio; hasta luego.

—Nó, replicó Manoli: no moverás las bases locomotoras de su cuerpo, mientras no me hagas sabedor del por qué se han humectado tus luminares con las líquidas perlas del dolor.

—¿Yo? dijo Antonio, tratando de sonreirse. ¿Por qué crees que he llorado?

—No pretendas vendar mi entendimiento, pues el rocío condensado en tus luminares me testifica que tu corazón ha sido herido; ni te empeñes en disfrazar tus pesares bajo la careta de tu sonrisa. Tú eres de cristal para mis saetas visuales.

—Pues, hombre! Si ves lo que pasa en mi interior, no tienes necesidad de preguntarme...

—Sí, la tengo, objeto de mis amistosos afectos! Tengo necesidad de que hieras mi tímpano con las modulaciones de tu dolor, porque deseo verte abrir las válvulas de la dentada puerta, para que no estalle la cordial caldera en donde se elaboran los tiernos afectos. Vaya! No seas el polo opuesto de los discretos, y hazme conocer los padres de tu pena.

—No te entiendo, dijo Antonio, tratando de evadirse.

—Ignorante! exclamó Manoli con afectada gravedad. ¿No ves que tus penas han sido engendradas por algún contratiempo que te ha sucedido? Ese siniestro, ese suceso, esos motivos de tu pesar, son los padres por quienes te pregunto. ¿De cuándo acá te has ido a las antípodas del talento, para que me obligas a herir el trasparente elemento con una habla vulgar? Yo quiero ser tu médico, y deseo aplicarte mi amical terapéutica, para sa-

parte de ese estado morbífico en que tu espíritu se halla... Oye, prosiguió, viendo que Antonio no le escuchaba, por estar fijo en dos personas que en ese momento entraban en el portal. Atiende a que el médico debe conocer la causa, el origen, el padre del mal que ha de curar...

En aquel momento, las dos personas que habían llamado la atención de Antonio, pasaban por enfrente de ellos. Eran Enrique y Alfredo, que acababa de llegar de Valparaíso, y marchaban conversando tan distraídos, que no vieron al primo de Cecilia.

Antonio dió un salto hacia Alfredo, a quien tomó bruscamente del brazo, y le dijo:

—Oiga usted! Ha llegado el tiempo de que arreglemos la cuenta que tenemos pendiente.

—Como usted quiera, dijo Alfredo; pero no veo yo motivos para...

—Si usted cree que todavía no hay suficientes motivos, allá va uno, interrumpió Antonio, fuera de sí, dando una bofetada a Alfredo.

—Detén esos ímpetus! exclamó Manoli, corriendo a sujetar a su amigo, al mismo tiempo que Alfredo, arrebatando prontamente la caña de Indias que llevaba Enrique, la descarga furioso sobre la cabeza de Antonio. Los que pasaban se detuvieron y manifestaron deseos de ayudar a Enrique y a Manoli, que trataban de contener a los dos enemigos. Oyóse entonces un recio ladrido, y el Amigo, rompiendo por medio de todos, se precipitó entre Alfredo y Antonio.

—¡Cecilia! murmuró Alfredo, haciéndolo retirarse de su enemigo el recuerdo de su amada.

—Sí, Cecilia, repuso en voz baja Antonio, tratando de echarse sobre el otro.

Los circunstantes riñeron al perro y éste echó a correr hacia su casa, ladrando y aullando lastimeramente.

Contenidos ambos enemigos por sus respectivos compañeros, dijo el baratillero:

—Señores míos, ruego a ustedes que perdonen a mi pobre amigo, pues el estado mórbido de su espíritu y la elevación de los vapores...

—Vete al diablo con tu charla! le interrumpó Antonio; yo no pido perdón ni perdono a nadie. Este caballero me ha apaleado.

—Pero oye, hijo de Adán! interrumpió Manoli: si él ha esgrimido contra tí el tercer pie de los viejos, es porque tú has dejado caer sobre la encumbrada parte de su cuerpo una de tus pentafurcadas extremidades.

Los circunstantes se reían de las palabras del popular baratillero; y Enrique entróse con Alfredo en la tienda de un amigo, huyendo de la atención con que los miraban. El pelotón de

gente se deshizo bien pronto y los transeúntes prosiguieron su interrumpida marcha.

Manoli trataba de convencer a su amigo de que lo mejor que podía hacer era volverse a su casa; pero Antonio persistía en que había de batirse con Alfredo, y a este fin, rogaba a Manoli que le sirviese de padrino. Y como el baratillero tuviese repugnancia en aceptar, tratólo aquél de cobarde.

—Eso sí que nó, replicó Manoli; yo no soy cobarde, pues aun cuando no sé manejar más que la vara de medir, te juro por las once mil vírgenes que soy capaz de romperle con ella los cascos a cualquiera que se atreva a insultarme; y si tú quieres, hagamos la prueba.

Y tomando la vara, púsose enfrente de Antonio, en actitud marcial.

—No! contigo no, dijo éste. Es con el otro. Perdona si te he ofendido, y sírveme de padrino.

—Sea como tú quieras, respondió el baratillero.

Y dejando el baratillo a cargo del muchacho que le servía, dirigióse con Antonio hacia la tienda donde estaban Enrique y Alfredo.

Ya más serenado el baratillero, y olvidando la impresión que lo había hecho hablar en vulgar lenguaje, volvió a su habitual costumbre.

—Vamos, amigo mío, dijo a Antonio; vamos a ver las condiciones de este homicida contrato. Ah, mi amigo mío! tú has trasuntado a este discípulo de Mercurio, pues ya siento en los capilares conductos de mi rojo humor, el fuego de un servidor de Marte. ¿Cuándo quieres que sea esta airada entrevista?

—Hoy mismo. Nada de plazos.

—Sí, nada de plazos, dijo el baratillero: es un desafío al contado, de da y toma. ¿Y las armas?

—Las que él elija.

—¿Y si nos deja la elección?

—Pistola o florete.

—¿Y a cuál de estas dos últimas se inclina tu libre albedrío?

—Prefiero el florete.

—Sí, ya sé que eres el mejor discípulo de Michel. El florete es una palabra punzante, un raciocinio agudísimo, irresistible, que penetrando hasta el corazón, convence hasta el punto de dejar callado para siempre a nuestro contrincante.

—¡Sí, para siempre! murmuró Antonio; el desafío será a muerte.

—¡Oh! dijo el baratillero, encaminándose con su amigo hacia la tienda en donde Alfredo y Enrique acababan de entrar: ¡lo que son los hijos de Adán y Eva! A veces no les basta vivir para gozar de la vida: tienen necesidad de matar. Pues, manos a la obra.

CAPITULO XX

Las consecuencias del desafío

El Amigo había empleado, a lo más, cuatro minutos en llegar a la casa de su patrón. Echóse a los pies de éste, con lastimeros gemidos, y lanzó en seguida ladridos de alarma. El cura comprendió desde luego que Antonio había sufrido algún siniestro; y deseoso de aprovechar el tiempo, mandó al sacristán que ensillase prontamente su caballo.

El Amigo seguía ladrando y tomando de las sotanas al cura, como si quisiera arrastrarlo fuera de la casa. El excelente sacerdote, sin dejar de ocuparse en los arreglos necesarios antes de salir, rogaba a Dios por su sobrino. Al fin montó a caballo y echó a andar tras el perro, que caminó adelante, galopando en tres pies y parándose de rato en rato, cuando se adelantaba demasiado al cuartago de su patrón.

Como éste no podía pasar de a caballo por el Puente de Palo, el Amigo se encontró caviloso y contrariado al verlo dirigirse al de Calicanto. En balde el cura llamaba al perro, pues éste se había empecinado en llevar a su amo por el mismo camino que había traído; y sólo cuando perdió la esperanza de que sus ladridos fueran escuchados, echó a correr tras el cura. Este se dirigió a la plaza, no sólo por ser ella un punto central, en donde podría obtener noticias mejor que en otra parte, sino también porque el Amigo tomó trotando la calle del Puente.

Concluída ésta, guió a su patrón hacia los baratillos del portal, en donde éste no alcanzó a abrir la boca para hacer la menor pregunta, pues se le presentó un baratillero conocido, el cual, en cuanto lo divisó, corrió hacia él y le dijo:

—Señor cura: en el susto que revela su semblante, echo de ver lo que anda buscando. Sepa que no ha mucho hemos presenciado aquí una escena desagradable.

Y le refirió en pocas palabras lo sucedido entre Antonio y los otros dos jóvenes, concluyendo por decirle que, según su parecer, aquello había terminado en un desafío.

—¡Desafío! exclamó el cura, poniéndose ambas manos en el corazón. ¿Y sabe usted hacia dónde se habrán dirigido?

—Nó, señor, respondió el baratillero; pero mire usted, añadió, mostrando con el dedo al Amigo; mire cómo el perro huele precisamente el mismo sitio en donde tuvo lugar la escena.

En efecto, el Amigo, con sus narices pegadas a la tierra, olía y rastraba en diversas direcciones, hasta que al fin se encaminó hacia la tienda en donde Enrique y Alfredo habían entrado. El cura puso las riendas de su caballo en manos del baratillero, y siguió de a pie al perro, tras el cual entró en la tienda. Allí le refirieron cómo, después de haber hablado en secreto Antonio y Manoli con Enrique y otro caballero de Valparaíso, había salido de la tienda. Pero el comerciante no podía decir más, pues nada más sabía. El cura le preguntó entonces:

—Dígame usted: ¿en dónde estuvieron ellos tratando de su asunto?

—Ahí en ese rincón, en donde el perro está oliendo, contestó el mercader.

—¡Loado sea Dios! murmuró el cura. Espero que él me hará conocer el lugar en donde se encuentran, por conducto de este animal.

El Amigo gimió y salió de la tienda, sin despegar sus narices del suelo, como si con ello tratara de seguir una línea imaginaria de multiplicadas ondulaciones. Llegado el perro al extremo poniente del portal, entró por la calle Ahumada. El cura hizo señas al baratillero, y éste le envió el caballo con un muchacho.

Montó aquél y siguió al perro, el cual se había parado en la puerta de un almacén, y olía allí el suelo con marcada insistencia. El cura entró en el almacén, y su corazón latió con más violencia al leer en un cartón blanco colgado en la puerta:

Pistolas de todas clases: últimos inventos. En efecto, según lo que allí le refirieron, dos personas acababan de comprar un par de pistolas de pelo; pero agregó el comerciante que aun cuando estas pistolas eran las que se empleaban en los desafíos, no creía que la compra tuviera tal objeto, pues uno de los compradores era Manoli, hombre incapaz de matar una pulga, y el otro, un caballero muy conocido, don Enrique Franco.

—¿Y no venían otras dos personas con esos caballeros? preguntó el cura.

—No, señor, contestó el comerciante.

—Sí, venían, agregó un muchacho que estaba presente; pero

los otros dos se quedaron afuera, esperando a los que compraron las pistolas. Yo los ví marchar después a los cuatro como para la Alameda, pero los perdí de vista antes de llegar a la calle de los Huérfanos.

El cura salió prontamente de allí, y haciendo señas al perro para que prosiguiera su inquisición, montó a caballo. A poco andar, divisó al vigilante del punto afirmado en una de las esquinas de la calle de los Huérfanos y de Ahumada. Encaminóse a él para hacerle preguntas, pero viendo que el vigilante dormía, siguió al perro, confiado mas en la Providencia Divina que en los hombres.

El Amigo, al llegar a la encrucijada, pareció haber perdido el rastro y empezó a ladrar y a husmear hacia los cuatro vientos. Después de seguir unos pocos pasos hacia la Alameda, volvió y entró por la calle de los Huérfanos, marchando en dirección al poniente, sin volver atrás.

El cura siguió el derrotero indicado por el Amigo hasta llegar a la Avenida de Negrete, que el perro atravesó impulsado al parecer por la misma dirección recta que traía, porque, volviendo sobre sus pasos, entró de nuevo en la antedicha calle, como si hubiese perdido el rastro.

Y así era, en efecto, como lo testificaban sus ladridos de impaciencia y los repetidos círculos que trazaba, oliendo sucesivamente en las cuatro esquinas de aquella encrucijada. El afligido cura oraba sin descanso; la calle estaba sola y silenciosa, pues en aquel tiempo no presentaban sus costados mas que largas paredes o tapias medio arruinadas.

De repente se oyó el estampido de una arma de fuego; y el cura clavó los espolines a su caballo, partiendo como un rayo hacia la Alameda, por creer que de aquel lado venía el ruido. Mas al volver la cabeza para cerciorarse de si el perro le seguía, vió que éste corría ladrando en dirección contraria.

—Creámosle a él! dijo entonces el cura, volviendo las riendas y siguiendo al Amigo con toda la velocidad de que su cuartago era capaz. El perro corría en zig-zag, ya acercándose a una vereda ya a la otra; y después de haber corrido así unas tres o cuatro cuadras, oyóse otro tiro a muy corta distancia.

—Dios tenga compasión de su alma!—exclamó el excelente hombre, sin dejar de correr, a una con el perro, hacia un sitio de paredes caídas, en donde se había dejado oir el último estampido.

El perro se coló por un agujero de la pared, mas el cura tuvo que apearse; y dejando su cuartago en la calle, buscó el punto mas accesible de la arruinada tapia, y a pesar de sus años y de su falta de costumbre en tales ejercicios, subióse por allí y saltó agilmente dentro del sitio. Al principio no vió a nadie, por estar el terreno cubierto de árboles, pero guiado por los ladridos del

Amigo, dirigióse a un grupo de higueras, bajo las cuales divisó bien pronto a cinco personas, entre las que el perro ladraba furiosamente.

—Deteneos, insensatos, exclamó corriendo hacia ellos. Os lo mando en nombre de Dios!

No le fué posible decir una palabra más, pues habiendo llegado casi muerto de cansancio y con el corazón oprimido por la emoción, cayó de bruces en el lugar mismo de la escena. Los circunstantes, que no eran otros que los del desafío, corrieron a favorecerlo.

Por fortuna habían llevado a un médico para que auxiliase al combatiente que lo hubiese menester, y el doctor se apresuró a sangrar al cura, sin lo cual habría muerto allí mismo. Lleváronlo al rancho del mismo sitio, y allí le administraron las medicinas que pudieron hasta que viéndolo ya fuera de peligro, pensaron en la vuelta.

El Amigo no se había separado del lado de su patrón, aullando y gimiendo de dolor, mientras lo viera sin sentido, y ladrando de gusto, cuando lo vió abrir los ojos y lo oyó hablar.

Vuelto en sí el cura, manifestó sus deseos de saber lo sucedido, y aun cuando el médico le rogó que no hablase del asunto en aquellos momentos, fué necesario referírselo todo sucintamente.

—Señor, le dijo Manoli, voy a hablar a usted como si hiciera la confesión de mis anti-virtudes. Yo me ví en la necesidad de acompañar a mi buen amigo Antonio...

—No es amigo de un hombre quien lo acompaña para obrar mal, observó el cura.

—Harto hice por aplacar la sublimación de sus ímpetus; pero mis palabras se evaporaron ante la ardorosidad de sus deseos. Entonces no tuve mas que cambiar mi oficio de servidor de Mercurio por el rol de discípulo de Marte. Mi objeto era el como evitar esta entrevista del odio; y a este fin propuse al señor don Enrique, que está presente, y que es mi cotestificante del caballeresco homicidio, que cargásemos las pistolas con balas de cera, que un amigo me hizo en un santiamén, mientras marcábamos las armas.

—Es usted un hombre honrado! Venga esa mano, exclamó el cura, sacudiendo entre las suyas la que Manoli le alargaba con cierta dignidad.

—El desafío era a muerte, prosiguió éste, y yo, cobijando mi idea entre los pliegues de mi mente, dije que me parecía bien; y que si a muerte no fuera, yo no sería testificante; pero que a lo mas debían cambiar tres tiros, en atención a que era bien obrar según como el vulgo de los hijos de Adan dice: a las tres va la vencida. Sin embargo, el verdadero padre de esta opinión, o como dicen, la verdadera madre del cordero, esto es, la causa

que me hacía proponer tal cosa, era que mi amigo no había podido elaborar mas que seis esferillas de la anánica sustancia.... Seré breve, prosiguió, viendo el gesto de disgusto que hacían sus oyentes. Llegamos al punto, cargamos las pistolas, y habiéndole tocado tirar a mi ahijado....

—Y te atreviste a alzar tu asesina mano contra tu prójimo! esclamó el cura, lanzando una mirada de fuego contra su sobrino.

—Pero no sucedió mal alguno, prosiguió Manoli. Tocóle el turno al contrario; pero dijo que prefería no tirar...

—¿Por qué? preguntó el cura con interés.

—Porque estaba seguro de matarlo, respondió Alfredo, pues yo no era sabedor de la superchería de estos caballeros, y no quería matar al sobrino de usted.

—Pero es el caso que yo he oído dos tiros...

—Así fué, dijo Manoli, pues la operación se duplicó, tirando de nuevo mi ahijado...

—Ah! y contra un hombre que no quiso matarlo, exclamó el cura, cubriéndose los ojos con las manos. No quiero oir más!

Entonces el médico dió orden de cortar la conversación y de ponerse prontamente en camino. Pero el cura, que había permanecido callado algunos instantes, con la cabeza entre las manos, miró fijamente a Antonio, y le dijo.

—Pídele perdón a ese caballero! ¡Al momento! ¡De rodillas!

—Tío... se atrevió a decir el interpelado.

—No soy tío de un miserable, replicó el indignado cura. Si no haces lo que te digo...

—Eso no lo consentiré yo, interrumpió Alfredo. El primo de Cecilia será mi mejor amigo, si me hace el favor de dejarme que lo estreche entre mis brazos.

Y abriendo francamente sus brazos, se encaminó hacia Antonio, quien, vencido por la generosidad caballerosa de su enemigo, lo abrazó con cierta efusión, que nadie habría esperado después de los sucesos ocurridos. Cuando el cura vió abrazarse a los dos jóvenes, lo olvidó todo; y llamando a Alfredo, apretó amistosamente su mano y le preguntó:

—¿Es verdad que usted ama a mi sobrina Cecilia?

—Sí, señor, respondió el joven, algo sorprendido de la brusquedad de la pregunta. Mis más ardientes deseos son de consagrarle mi vida entera.

—Ella también lo ama a usted, y será su esposa, si usted lo quiere.

—Si yo lo quiero! exclamó Alfredo.

—Sí, señor mío; en usted estriba que esta unión se verifique... Dígame, prosiguió el cura, bajando la voz; usted es protestante, según he sabido.

—Sí, señor; soy anglicano reformado.

—Pues, señor, si usted entra en la comunidad católica, será mi sobrino.

—Señor cura, contestó Alfredo, no puedo prometer a usted que abandonaré la religión en que he sido educado, aun cuando ella sea en cambio del inapreciable tesoro que usted me ofrece.

—¡Cómo! replicó el cura; ¿no puede usted abandonar el error sólo por haber sido educado en él?

—Es que yo no creo estar en el error, señor cura.

—Ah! tiene usted razón! Pero, ¿y si usted llegara a convencerse de la falsedad de sus creencias?

Las abandonaría, aun cuando no se me ofreciera premio alguno, fuera del que lograría con depurar a mi espíritu de la mentira, poniendo en su lugar la verdad.

—Este es mi hombre, murmuró el buen cura.

—Porque en mí, prosiguió Alfredo, la religión constituye una parte de mi propio sér. Yo no podría vivir sin una religión, pues así como tengo necesidad de respirar el aire y de alimentar mi cuerpo, así también ha menester mi espíritu de las santas verdades, para elevarse a la eternidad. Considere usted si, pensando de este modo, podré abandonar una creencia que tengo por verdadera y divina.

—¡Qué lástima! murmuró Manoli al oído de Enrique. Es mucha lástima que este caballero, esta estrella errante, arrancada de su órbita por el patriarca de los herejes, vaya al fin a hundirse, con su honradez, religiosidad y todo, allá en los obscuros astros de Aqueronte.

—Respeto la manera de pensar, dijo el cura, después de algunos momentos de reflexión; pero yo también creo obrar en justicia, al exigir de usted que estudie detenidamente la religión católica, para que, comparándola con sus creencias actuales, vea en conciencia de qué lado está la verdad. A este fin, le daré una carta para mi amigo el cura de Valparaíso, que es un caballero instruído y sin preocupaciones de secta. Conferencie usted con él detenidamente; y después hablaremos los dos. Mientras tanto, puede usted considerarme como un verdadero amigo.

—Acepto la propuesta, respondió Alfredo, y trataré de corresponder debidamente a la amistad con que usted quiere honrarme. Yo mismo iré a casa de usted, a buscar esa carta para...

—No, señor mío, interrumpió el cura. Usted no entrará en mi casa, sino para ser el esposo de Cecilia.

—¡Ah!

—Además, espero de su hidalguía, que no escribirá a mi sobrina mientras usted no adquiera la íntima convicción de la excelencia del catolicismo sobre todas las sectas protestantes. Ella tampoco escribirá a usted. Esta es una determinación inapelable, en lo cual no hago más que seguir el consejo, y puedo decir la orden

expresa de mi prelado, junto con los dictados de mi propia conciencia.

Sometióse Alfredo a esta determinación, ya que no podía hacer otra cosa, y Antonio volvió a adquirir sombras de esperanzas ante el inconveniente que separaba de Cecilia a su feliz rival.

A la puerta del rancho esperaban los dos coches que habían traído a Alfredo y a Antonio, con sus respectivos padrinos. Allí estaba también el viejo dueño del rancho, con el cuartago del señor cura, que había ido a buscar. Montó el buen cura en uno de los coches, acompañado del médico y de su sobrino; y el otro fué ocupado por Enrique, Alfredo y Manoli, quien, con altisonantes palabras, se daba los parabienes por haber hecho aquel gran descubrimiento de balas inofensivas.

—¡Ah! exclamaba riendo por boca y narices: que cubran toda mi carnal superficie del ligero y pintado vestido de los aéreos habitantes, como diría el vulgo; que me emplumen, si la historia de Chile no da cuenta algún día de mi humanitario descubrimiento.

CAPITULO XXI

En donde se ve cuánto pueden durar los propósitos firmados por los hijos de Adán

Debo una corta explicación al lector, a quien tal vez le habrá chocado un tanto, por parecerle algo inverosímil, la efusión con que Antonio correspondió al abrazo de su rival, olvidando, al parecer, en aquel momento, el odio terrible de los celos. Pero tal fué el hecho, el cual no puedo explicar de otro modo, sino repitiendo lo que creo haber otra vez dicho al lector benévolo, a saber: que Antonio no poseía un carácter esencialmente perverso. En el fondo, su espíritu estaba animado por instintos nobles y generosos, pero torcidos y pervertidos por una educación imprevisora, que, satisfaciendo todos sus caprichos de niño, había alimentado, lejos de combatir, el natural e irreflexivo egoísmo de la primera edad. Tal era la causa de la espontánea indocilidad de su carácter voluntarioso, pues la falta de freno había creado en él la necesidad de satisfacer todos sus deseos, uniendo la idea de éstos a la de la razón y justicia de las cosas, de una manera tan estrecha, que mil veces le sucedía encontrar justa una cosa, precisamente porque él lo deseaba. El niño antojadizo se había convertido así en el joven que no reconocía otra ley que la de sus egoístas caprichos.

He aquí cómo el conjunto de afectos bastardos, fomentados o adquiridos, formaban algo como una segunda naturaleza del hombre, bajo la cual solían dejarse adivinar, y aun aparecer y brillar, los sentimientos nobles y los tiernos afectos. Entonces Antonio era otro hombre, obrando a impulsos de los buenos ins-

tintos de que la naturaleza lo dotara, y que habrían producido riquísimos frutos, si hubieran sido debidamente cultivados.

En uno de aquellos felices momentos se encontraba el joven, cuando vió venir hacia él a Alfredo con los brazos abiertos. La generosidad de su noble enemigo, que se había expuesto a la muerte por no matarlo, sacudió su espíritu, despertando en él los sentimientos de nobleza, y avergonzándolo ante su propia conciencia.

¿Por qué había de ser menos que Alfredo? Si éste, exponiéndose a ser muerto, se había también expuesto a perder para siempre a Cecilia, y todo ello por no matarlo a él, ¿por qué no habría también él de ser capaz de olvidar a una mujer de quien no era correspondido, en favor de su generoso rival?

Estas ideas pasaron como un rayo por la agitada mente de Antonio; y al estrechar a Alfredo entre sus brazos, creyóse de buena fe reconciliado con él. Antes de montar en el coche, le dijo confidencialmente:

—Mi tío cree en conciencia deber oponerse a ese matrimonio, mientras usted no sea católico; mas, yo le prometo influir en el ánimo del excelente viejo para que acceda cuanto antes.

Alfredo, admirado de lo que oía, apenas tuvo tiempo para darle las gracias a Antonio, quien se volvió inmediatamente al coche de su tío. En todo el camino no habló una palabra: parecía reflexionar. El cura lo miraba de cuando en cuando, y notaba la palidez y tristeza de su semblante, pero ni su actitud ni su mirada tenían nada de siniestro.

Llegados a la Viñita, el médico volvió a examinar al cura, y no abrigando temor alguno, volvióse a la ciudad. En efecto, el cura se sentía bien y estaba casi alegre.

Su bondadosa sonrisa revelaba el placer que sentía por haber presenciado la reconciliación entre su sobrino y el que debía ser esposo de Cecilia. Esta, que llena de sobresalto, esperaba a su tío, no bien lo hubo visto llegar, cuando corrió a saber lo que había motivado su precipitada salida.

Tranquilizóla el cura diciendo que por la misericordia de Dios no había acontecido ningún mal grave, y que después se lo diría todo, como lo hizo, una vez ido el médico.

La niña escuchaba con los ojos llenos de lágrimas, y al oír que Antonio (que no se hallaba allí presente) había manifestado buena voluntad para reconciliarse con Alfredo, dijo a su tío que deseaba hablar con su primo. Llamólo el cura desde la puerta de su cuarto, y no contestando el sobrino, encaminóse a la pieza de éste.

Antonio estaba sentado en una silla con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre la mesa. Tan profundo era su ensimismamiento, que no oyó abrir la puerta, ni vió desde luego

a su tío parado enfrente de él. De repente alzó la cabeza, y al ver al cura, se puso de pie.

—Tío mío, le dijo, he sido un insensato; pero...

—No hablemos más de esto, le interrumpió bondadosamente el cura, y ven a ver a tu prima que desea hablar contigo.

—¿Ella? Ah!... Yo... Sepa usted, tío, que he prometido a Alfredo... Dígame usted: ¿no podría verificarse desde luego este matrimonio, sin tener que esperar...

—Imposible, dijo vivamente el cura; mi sobrina no será, mientras yo viva, la esposa de un protestante.

—Pero tío, por Dios! repuso Antonio con voz balbuciente; sepa usted que yo deseo... yo necesito verlos casados!

El cura miró fijamente a su sobrino y tembló de pies a cabeza, pues creyó notar en su torva mirada indicios de extravío mental. A fin de distraerlo de sus cavilaciones, ordenóle que le siguiera. Más el tío se engañaba, pues el desgraciado sobrino se encontraba en posesión de todas sus facultades. Siguió al cura hasta el cuarto en donde estaba Cecilia, y al verla le dijo:

—Perdóname, prima mía, lo que he hecho y, más todavía, lo que... he querido hacer. Estaba loco... Pero te prometo que lejos de tratar de estorbar tu... unión con Alfredo, ayudaré a su realización en lo que yo pueda.

—Gracias, Antonio, respondió Cecilia. Yo he querido hablar contigo para expresarte mis agradecimientos por tu reconciliación con Alfredo.

Antonio, al oír la argentina voz de la niña, quedóse, como siempre, extasiado ante su presencia.

—Yo creo, prosiguió ella, que tú querrás ser mi verdadero amigo.

—¡Y puedes dudarlo! exclamó él acercándose a su linda prima, cuya mirada humedecida por las lágrimas que asomaban en sus ojos, estaba impregnada de inefable dulzura.

—Yo no dudo, primo mío, respondió ella con angelical sonrisa, y así como tú me pides un olvido que deseo, yo también quiero que tú olvides...

—¡Qué tengo de olvidar! dijo Antonio, dando un paso hacia aquella mujer que lo atraía con una fuerza irresistible.

—Quiero que olvides que he sido mala contigo, respondió ella en voz más baja.

—Oh! exclamó él, tomándole maquinalmente una mano; soy yo el malo, mi querida prima... yo que...

—Basta, basta, interrumpió el cura: dejemos esta conversación que nos hace daño a los tres. Olvidémoslo todo... Sí, sí, todo, todo... Y ustedes, hijos míos, agregó acercándose a ellos, abrácense como buenos hermanos.

Cecilia abrió sonriendo sus brazos y Antonio estrechó entre los suyos a su prima, lanzando una exclamación que no fué

dueño de contener. Jamás había estado tan cerca de ella, pero ¡ay! jamás también se había visto tan lejos como en aquel supremo instante. Al sentir contra sus mejillas el suavísimo contacto de las de Cecilia, al aspirar el aroma de aquel manojo de flores, olvidó todos sus propósitos. El buen cura, rodeando también con sus brazos a ambos jóvenes, les decía:

—Sí, hijos míos! amaos en el Señor como buenos hermanos. Gracias a Dios que me dará vida para ser testigo de la paz entre mis hijos; y gracias a vosotros, hijos míos, que me hacéis tan feliz.

¡Cuánto se engañaba el santo hombre! No sospechaba que para evitar un incendio había acercado la estopa al fuego. Antonio, separándose de su prima, dirigióse con precipitados pasos hacia su cuarto, y tomando una silla alzola en el aire y la descargó sobre otra, como si intentara apalear a alguien. Ambas sillas se hicieron pedazos.

—¡Maldición! exclamó. Y yo he podido prometer que contribuiría a alejarla de mí para siempre! ¡Ah, primero me mataría!... ¡Sí! primero lo mataría a él... y a ella!

CAPITULO XXII

Intrigas en embrión

Al día siguiente, Antonio se fué a casa de doña Engracia, extraviando calles para no ser encontrado por algunos de sus conocidos. Cuando él llegó a la casa, la señora alcanzó a divisarlo desde su salón, en donde platicaba confidencialmente con su hijastro sobre el desafío, que ya andaba de boca en boca.

—Allí viene Antonio, dijo doña Engracia. El nos va a decir toda la verdad, porque no es posible que sean ciertas muchas de esas noticias que me has recogido. Espera, agregó de repente: se me ha ocurrido una idea... Es preciso que yo observe a Antonio sin ser vista. Hazlo entrar y déjalo hablar, porque él debe estar ansioso de contarlo todo... Yo me ocultaré tras de esa puerta.

Y diciendo y haciendo, entró en una sala inmediata y cerró la puerta. momentos antes que Antonio entrara por otra que caía al lado exterior. Julio salió con los brazos abiertos a recibir a su amigo, no teniendo alientos para pronunciar una palabra, pues quería manifestarle con la elocuencia de su silencio cuanto lo había afectado la desgracia del mejor de sus camaradas.

—Amigo querido! exclamó al fin Julio; ya sé lo sucedido!

—No lo sabes todo, le dijo Antonio, sentándose en el sillón que Julio le presentó afablemente.

—Cuéntamelo, amigo mío, dijo Julio con triste acento, pero con esa secreta alegría que, según la profunda observación de La Bruyère, despiertan en nosotros las desgracias de nuestros amigos. Es muy natural que lo que he podido coger por ahí al vuelo no sea sino la sombra de lo que ha pasado. Ni aun he podido defenderte de las inculpaciones que te hacen, prosiguió insidiosamente; y para ello necesito saberlo todo, tal como pasó. Has tenido

una buena idea al venir... Habla, mi querido Antonio... Deposita tus penas aquí, en el seno de la santa amistad.

—Esas han sido mis intenciones, respondió Antonio suspirando. Hay acontecimientos que no caben en el pecho de quien los sufre... y es necesario buscar un pecho amigo... Por eso he venido a hablar con doña Engracia.

—¿Mi madrastra? interrumpió Julio alzando la voz para que oyese. Ha ido a casa de una amiga enferma, pero luego estará de vuelta. Mientras tanto, cuéntame a mí... Yo también soy tu amigo.

—No me cabe la menor duda, mi querido Julio, respondió Antonio, contándole en seguida todas las circunstancias del desafío.

Cuando Antonio bajaba la voz, Julio se hacía repetir los hechos, rogando a su amigo que hablase un poco más recio, pues a consecuencia de un resfriado, habíase puesto tarde de un oído. Así conseguía el bribón que su madrastra no perdiese palabra.

—Yo no sé lo que pasó por mí, dijo Antonio, cuando me convencí de que Alfredo no había querido matarme. Mientras se verificaba el duelo, apenas paré mientes en la circunstancia de que él no quisiera tirar dos veces, pues yo no pensaba en otra cosa que en matar a mi adversario. Pero cuando reflexioné; cuando le oí decir sencillamente a él mismo que no había tirado contra mí, porque estaba seguro de matarme... te aseguro que no sé lo que me pasó... El hecho es que lo abracé con reconocimiento...

—Oh! exclamó Julio: en eso no veo yo sino la hipocresía de ese baduflaque y la nobleza de tu corazón...

—Aun le prometí que influiría en el ánimo de mi tío para que consintiese en su matrimonio con mi prima, antes de que él se hiciera católico...

—¡Amigo mío! exclamó Julio, abrazando a Antonio; eres el non plus ultra de la generosidad! ¿Y estás dispuesto a cumplir esa terrible promesa?

—No tengo fuerza para ello, contestó el otro con voz tristísima.

—Ni yo te lo consentiría, repuso Julio. Además, cuando mi madrastra lo sepa todo, estoy seguro de que te aconsejará mantenerte en el palenque del amor, sosteniendo tus indisputables derechos.

—¡Mis derechos! murmuró Antonio con desgarradora sonrisa. Figúrate que cuando llegamos a casa, y Cecilia supo lo acontecido, olvidó el odio que me tiene, sólo porque yo había abrazado a mi rival... ¡Tanto lo ama! Aun llegó a abrazarme a mí mismo! ¡Ah! aquel abrazo, amigo mío, aquel abrazo me volvió loco... Si en ese momento hubiese encontrado a Alfredo, lo habría hecho pedazos...

—Así me gusta verte, mi querido amigo, para que reivindiques tus ultrajados derechos.

—Pero, ¿qué derechos puedo yo alegar cuando ella ama a otro?

—Los derechos de tu amor, que son indisputablemente mucho más santos que los de ese hereje! Tienes en tu favor tu parentesco, la religión, las costumbres del país, tu tío mismo, que indudablemente te prefiere... Mira, ¿sabes tú lo que haría si estuviera en tu lugar?

—¿Qué harías?

—¡Me robaría a Cecilia!

Antonio lanzó una exclamación, alzándose instantáneamente sobre sus pies al oir estas palabras.

—¿Qué dices? preguntó, mirando fijamente a Julio.

—Que tú debes robarte a Cecilia. Estás en la misma casa que ella, y puedes arreglar las cosas de manera que sea imposible errar el golpe.

—¡Ah! ¡Mi pobre tío! exclamó Antonio, apretándose la cabeza entre las manos. Aun cuando yo pudiese robarme a Cecilia, ¿cómo tendría valor para asestar ese golpe mortal contra el corazón del buen viejo que me ha mirado como a hijo y me ha perdonado tantas faltas como el más afectuoso de los padres?

—Estimo en su justo valor todas tus palabras, repuso Julio, por que ellas revelan tu hidalguía y tu lealtad; pero permitidme observarte, con la debida frialdad que el caso requiere, que todo eso está muy bien para dicho; mas, en cuanto a las obras, es preciso ser más práctico.

Y aquí la cuestión práctica consiste especialmente en lo que voy a decir:

Primero, hacer que Cecilia sea feliz, a lo cual tú estás obligado, como su pariente cercano; ¿y podía ella ser feliz uniéndose con un empecinado hereje?

Segundo, asegurar tu propia felicidad, que tú no puedes alcanzar sino con Cecilia.

Tercero, obrar en conformidad con nuestros principios, y con la unánime opinión de nuestro ilustrado clero, pues, como tú sabes, es tan enemigo de esos matrimonios mixtos.

Cuarto, darle a tu buen tío el placer de ver al fin unidos a sus dos primos únicos.

Quinto, defender nuestros fueros y derechos de chilenos, no consintiendo por ningún capítulo, que los extranjeros o advenedizos, vengan a arrebatarnos nuestras más lindas niñas; y obrando así, lo hacemos patrióticamente, puesto que esos matrimonios mixtos no podrán jamás producir ciudadanos tan patriotas como los hijos de dos chilenos.

Esto es concluyente; y aun cuando podría agregar otras muchas consideraciones...

—¡Jesús! qué calor! Vengo muerta de cansada! exclamó doña Engracia entrando por la puerta exterior ,en tal guisa, como si viniera de la calle. Antonio! prosiguió dándole la mano; no te pregunto cómo te va, porque ya lo sé todo...

—Siéntese usted, y sabrá más detalles, dijo Julio.

—¿Qué tengo de saber, respondió ella, sentándose, cuando lo que he descubierto por ahí me basta para **tomarle el pulso al** asunto?

—Yo he venido a consultar con usted mi desesperada situación, dijo Antonio.

—No es tan desesperada como parece, replicó doña Engracia.

—¡Ah, señora, si usted supiera!

—¿No te digo que lo sé todo?

—¿Qué es lo que usted ha logrado descubrir, mamacita? preguntó Julio, dándole el título de cariñosa confianza que acostumbraba a veces.

Doña Engracia refirió de pe-a-pa todo lo que acababa de oir de boca de Antonio. Este se manifestó admiradísimo, al ver que ya se supiera hasta lo que había pasado entre él y Cecilia en el cuarto de su tío; mas, la señora le dijo sonriéndose, que no se admirase de que ella supiese mucha cosas ocultas para el vulgo de las gentes. En seguida, agregó:

—Oye, Antonio, y no te desanimes. Yo me he venido por ahí pensando en la manera de deshacer este nudo fatal.

—Yo tengo fe en mi mamacita, dijo Julio.

—Verdad es que la manera de deshacer este nudo es algo peligrosa, dijo la señora, pero si Antonio quiere....

—Aun cuando ofrezca mil peligros, estoy pronto a obrar, interrumpió éste.

—Pues, amigo mío, no te queda otro recurso sino robarte a Cecilia, dijo doña Engracia.

—¡Qué casualidad! exclamó Julio; yo también le aconsejaba esto mismo.

—¿De veras? Pues entonces el consejo es bueno, pues se le ha ocurrido a dos personas a un mismo tiempo.

Antonio se quedó callado.

—No cabe duda, prosiguió con voz grave la señora, que el rapto habrá de comprometer a Cecilia, con la cual no querrá ya casarse el protestante; y ella, quieras que no quieras, tendrá al fin que echarse en brazos de su raptor para salvar su honra o, mejor dicho, las apariencias, que el vulgo de las mujeres desea salvar más que la honra misma, cosa que, si no me engaño, agregó sonriéndose, pasa aun entre el vulgo de los señores hombres. Esto no es decir que Cecilia pertenezca al vulgo de las mujeres; pero es el caso que en este pobre mundo las creencias vulgares ejercen siempre su soberana influencia sobre las acciones hasta de las personas superiores.

—Ya ves, amigo mío, añadió Julio volviendo a la carga, ya ves como yo no iba descaminado cuando te exponía las razones que tienes para reivindicar tus derechos.

—¡Ah! exclamó Antonio; si con esto lograra yo que ella me amase!

—Te amará, dijo doña Engracia, una vez que se vea en tus brazos; así son las mujeres.

Antonio miró a la señora de manera que con aquella mirada parecía preguntarle: ¿por qué se exime usted? ¿Acaso usted no es mujer?

—Es preciso que te convenzas, volvió a decir Julio. Tu tienes facilidad para efectuar el rapto.

—No tanto como te parece, pues no queriendo Cecilia...

—Vaya, hombre, que estás ahora tan sin ánimos que es menester decírtelo todo. Si Cecilia no quiere seguirte por bien, se le obliga por medio del **ungüento a cuatro**; y precisamente tengo yo cuatro individuos en mi chacra que son muy a propósito para el caso, en atención a que pueden representar el papel de ladrones a lo vivo, pues ya han ejercido el oficio, y yo los tengo con el fin de que me libren de las demás gentes de su profesión. Comienzas tú por preparar el golpe, y en una noche en que tendrás cuidado de poner en el vino de la comida un poco de opio, dejas abierta la puerta de calle...

—¡Ah!

—Los ladrones entran, sacan a la niña y la meten al coche... Se me olvidaba decirte que el coche de la chacra pasará en aquel momento por allí...

—Adivino el plan, interrumpió doña Engracia. Cecilia será conducida a mi chacra. Allí hay piezas preparadas, en donde puede pasar la noche con comodidad. Al día siguiente, como Cecilia no es tonta, ya estará convencida de que el mejor partido que podrá tomar será casarse con Antonio. En cuanto a los detalles déjenlos a mi cuidado, pues hay tiempo para pensar en ello. Al principio se hablará algo, prosiguió la señora, pero quince días después, ya Antonio podrá pasearse con su mujercita por la Alameda, sin que nadie diga esta boca es mía, porque Antonio es hombre de levita, y es bien sabido el respeto que este traje inspira en Santiago hasta en los mismos jueces. A un hombre de poncho sí que no lo aconsejaría yo que hiciera tal cosa, a menos que no se fuera con mujer y todo a la otra banda, huyendo de la indignación con que lo perseguirían hasta los gatos de la capital.

—Se me ocurre una cosa, dijo a la sazón Julio, poniéndose un dedo en la frente. Es el caso que si Cecilia aparece en la chacra podríamos comprometernos....

—Me río de esos compromisos, interrumpió doña Engracia.

—Yo tampoco los temo mucho; pero nunca están demás las

precauciones. ¿No sería mejor llevar a Cecilia en otro coche? Yo podría hacerme encontradizo con ella y quitar a la niña de manos de sus raptores para llevármela en seguida a la chacra.

—¿Y por qué no hacemos que todas las sospechas del rapto caigan sobre el protestante? agregó doña Engracia. Se le escribe a Valparaíso una carta firmada por Cecilia mandándolo a llamar, y en cuanto él llegue se da el golpe. Nada cuesta hacer que uno de los hombres de Julio conozca al protestante en el hotel y hasta se haría de modo que algunas personas los viesen hablar juntos. Al arrancar Julio a Cecilia de manos de sus raptores, toma preso a dicho hombre, el cual, con un premio de veinticinco pesos, se confesará reo, declarando ante el juez que ha efectuado el rapto por encargo de Alfredo.

—Acepto, exclamó Antonio, dando una palmada en la mesa. Ya creo poder salvar el único inconveniente que se me presentaba, que era alejar a mi tío de la casa.

—Tu tío se dará los parabienes del resultado, dijo doña Engracia, pues nada desea con más ardor, que verte desposado con Cecilia.

En esto llegó la hora del almuerzo. La señora convidó a Antonio, y le dijo que viniese todos los días a almorzar y a comer con ella, haciendo por estar en su casa y ver a su prima lo menos posible. Al mismo tiempo, debía aparentar como que ya había perdido toda esperanza.

Prometió Antonio proceder como ella indicaba, y almorzó con buen apetito. Cuando se despidió de sus buenos amigos, éstos prosiguieron la conversación por su cuenta.

—¿Qué diría usted, mamacita, preguntó riendo Julio, si después de todos estos enredos llegase a ser yo el esposo de Cecilia?

—Ya me lo estaba figurando, contestó doña Engracia, encantada con ver una intriga dentro de otra. Nada te costaría llevar a Cecilia a otra parte y dejar a Antonio con un palmo de narices; y tendrías cien años de perdón, puesto que se la robabas al ladrón. Sería cosa de ver los comentarios que harían del hecho. Alfredo, preso por raptor, probaría al fin su inocencia...

Con lo cual las sospechas caerían sobre Antonio, que iría de patitas a la cárcel...

—Y al fin resultaría que él no era el raptor.

—Y como creo que Cecilia no me mira con malos ojos, no sería extraño que olvidase a su Alfredo, e hiciese de necesidad virtud...

Doña Engracia se reía hasta saltársele las lágrimas. Estaba o parecía estar contentísima, como si en realidad estuviera viendo representar a lo vivo aquella comedia, que poco a poco había tomado cuerpo en su mente. Y tan exagerada era su pasión por la intriga, que habría deseado encontrar otro raptor para que arrebatase a la niña de manos de Julio.

CAPITULO XXIII

En donde se ve cómo una intriga puede ocasionar más de una rotura de cabeza a los que se han metido en ella

Antonio probó prácticamente que no hay mejor cómico que el interesado en representar bien un papel; y llevó su artificio a tal grado de perfección, que no solamente engañó a su tío, sino también a la misma Cecilia. Trataba a su prima atenta y cordialmente, pero de una manera reservada, y casi no había día que preguntase a su tío si sabía noticias de Valparaíso, acerca de la disposición de Alfredo a recibir el bautismo.

Es verdad que, al hablar de este ingrato asunto, Antonio se entristecía, sin poderlo remediar; pero su actitud y el tono de su voz eran los de un hombre resignado, y el buen cura daba gracias a Dios por haber dado a su sobrino la virtud que había menester para resignarse buenamente al sacrificio en pro de la felicidad de Cecilia y de la paz de toda la familia.

Dos semanas habían trascurrido, cuando el cura recibió una carta de su colega de Valparaíso, en la cual éste le decía que, después de muchas conferencias con Alfredo, aun no había arribado a nada positivo. Antonio y Cecilia leyeron la carta; y doña Josefa, que tambien era sabedora del asunto, agregó tres coronas de quince casas, una novena a las benditas Animas del Purgatorio, siete estaciones en cruz, cinco ayunos al traspaso, dejar de tomar mate en toda una cuaresma y no hacerle cariños a su gato en tres días mortales: digo que agregó todas estas mandas a las que ya tenía hechas por la conversión de Alfredo al gremio de la Iglesia.

—Señor, dijo un día Antonio a su tío, ¿no sería bueno que usted hiciese un viajecito a Valparaíso?

—¿Para que?, preguntó el cura.

—Para que Alfredo se decida al fin a tomar un partido. He notado que Cecilia sufre. Cada día está más triste, y hoy me ha dado pena al ver cómo ya comienza a desfigurarse su semblante. Ella no dice nada; pero... la tisis puede venir...

El cura tembló al oir estas palabras, dichas con fúnebre tono. Sea preocupación de su parte, sea que en realidad Antonio tuviese razón, es lo cierto que el cariñoso tío creyó desde entonces ver en el rostro de su sobrina las huellas de uno de esos dolores que lentamente van minando la existencia de quien los cobija, reprimiéndolos dentro del pecho. Deseando poner fin a aquel estado intranquilo de la niña, decidióse a partir para Valparaíso, después de consultar el caso con su prelado.

Cuando Antonio supo la formal determinación de su tío, comenzó a preparar el campo para la realización de su proyecto, tal como había sido formado y reformado entre él, doña Engracia y Julio. Su primera operación fué llamar a un maestro cerrajero, para que cambiase la chapa de la puerta de calle y afirmase las hojas por dentro con barras de fierro. Y preguntándole el cura cuál era el objeto de aquel trabajo, él respondió que tenía poca confianza en la seguridad de la antigua chapa, y que, además, había oído varias veces empujar la puerta de una manera sospechosa, allá en las altas horas de la noche, concluyendo con decir que la seguridad nunca estaba demás.

Tres días antes de la partida del señor cura, escribieron los complotados una carta a Alfredo, tratando de imitar la letra de Cecilia. En ella le hacían decir a ésta "que teniendo que comunicarle de viva voz una circunstancia muy importante para la realización de su enlace, le pedía viniese inmediatamente a Santiago; que se alojase en el Hotel Inglés, y que de allí no saliese mientras no recibiese otra carta de ella misma, en la cual le diría lo que debía hacer. Por último, decíale Cecilia en aquella carta, "que había tenido que contrahacer en lo posible su letra, por razones que ella le explicaría de palabras, agregándole que no se dejase ver en Santiago ni aun del mismo Enrique."

Alfredo llegó a Santiago el día antes de salir el cura para Valparaíso. Los complotados que espiaban la llegada del porteño, escribiéronle al hotel una segunda carta, en la cual Cecilia le rogaba "que permaneciese aquel día en el hotel, sin salir a la calle; y que creyese todo cuanto le dijese el dador del papel, al cual enviaba en compañía del amigo, a fin de que el portador no fuese por equivocación a entregar la carta a otra persona."

En efecto, el Amigo fué el primero que dió con Alfredo en el hotel; y por las caricias con que el joven recibió al perro, vino el portador de la carta en conocimiento de que aquélla era la persona a quien debía entregarla.

El digno enviado no era otro que el mismo sirviente de Julio, destinado a hacer, después del rapto, el papel de cómplice de

Alfredo. Llamábase Dionisio Leiva, y según decía su patrón, había pertenecido al gremio de **vida airada,** en donde, bajo el nombre de **Ñoño Garra,** había llevado a cabo empresas de forzado aliento, o, saliendo airosísimo en más de un encuentro con la policía.

Alfredo quedó prendado de la bonhomía que el buen Ñoño manifestaba en su inalterable semblante; y fuéle necesario emplear toda su elocuencia para convencer al leal servidor que podía admitir la gratificación que el joven le ofrecía, sin que por eso sufriesen en lo más mínimo ni el crisol de su honradez ni la delicada flor de su fidelidad.

El amante escribió una larga carta para su querida, y exigió de Ñoño que volviese con la contestación al día siguiente. Así se lo prometió el bandido, y se fué a casa de su patrona, doña Engracia, a quien dió el papel de Alfredo.

Los complotados, en vista de la buena disposición en que, por la carta de Alfredo, parecía éste hallarse para obedecer en todo y por todo las órdenes de Cecilia, y habiendo partido el cura para Valparaíso ese mismo día, fijaron el siguiente para dar el atrevido golpe.

Alfredo no salió en todo el día del hotel, pero, llegada la noche, fuéle necesario hacer un poco de ejercicio para dar movimiento a sus miembros y distraer su espíritu, agitado por mil ideas y pensamientos, que la mentida carta de Cecilia había despertado en su mente.

Dirigióse, como por un secreto instinto, hacia el Puente de Palo, y atravesó el río. Al bajar las gradas del norte, sintió que alguien llamaba su atención, y luego vió con sorpresa que una muchacha le impedía el paso, rogándole que le oyese las manifestaciones de su gratitud. Era la panaderita socorrida por Alfredo; y si ella estaba contenta por haber dado con su protector, no fué menor el placer que éste recibió con ver a la muchacha.

La panadera, alegre como unas pascuas por aquel hallazgo, como ella decía, no cesaba de repetir al joven que a él le era deudora de la vida de su buena madre y del grado de prosperidad de que gozaban, pues con el dinero que él les diera, habían comprado una casucha de tabla (y la mostraba con el dedo), en donde había puesto una dulcería.

Su madre había sanado; Narciso estaba aprendiendo a leer; ella leía mucho mejor, y por último, tenía dos vacas, **que era una bendición** la leche que le daban todas las mañanas. En seguida convidó al joven a que pasara a descansar un momento a su casita, que se hallaba a pocos pasos del puente.

Accedió Alfredo, y entró siguiendo a la muchacha, la cual decía, dando una mano contra la otra:

—Madre! madre! Ya dí con el caballero que nos hizo bien. Aquí está!

—Gracias a Dios! respondió la vieja, alzándose de la silla en que estaba sentada, y acercándose, con inciertos pasos, apoyada en un grueso bastón, hacia Alfredo.

Saludóla éste con amabilidad, y mientras la vieja hacía tomar al joven el mejor asiento de la salita, la muchacha llenaba un azafatito de los mejores dulces que tenía, para presentárselos a Alfredo. En seguida se acercó a un macetero colocado en un rincón de la pieza, en donde se veía una mata de claveles; y cortando la única flor que allí había, pasósela graciosamente al huésped.

—No tengo más jardín que éste, le dijo sonriendo, por lo cual no extrañará a usted que el ramo se componga de una flor.

Alfredo aspiró el aroma del clavel, y lo encontró delicioso. Quería retirarse; mas, por otra parte, se sentía atraído por la franca y espontánea gracia con que le hablaba Mariana (que era el nombre de la pobre panaderita, convertida por él en una dulcera de cierto rango).

Sentíase allí también el amante de Cecilia, que permaneció en su silla extasiado, viendo la pacífica sonrisa de la vieja y los alegres movimientos de la niña. Sin quererlo, se acordaba de haber sido testigo, poco antes, de los dolorosos quejidos de la madre y de la tristeza de la hija.

En seguida comparaba aquella miseria con la dicha actual que la una y la otra revelaban; y al sentir la íntima conciencia del bien que había hecho, participaba de la alegría de ambas, como si el hombre estuviese constituído de tal manera, que no pudiese causar la dicha de otro sin sentirla él mismo.

—Por todas partes lo buscaba a usted, dijo Mariana; y cuando llegué a verlo en casa del señor cura de la Viña, creía que usted fuera su sobrino don Antuco; pero **misiá Cecilia** me ha dicho que...

—¿Conoce usted a Cecilia? interrumpió Alfredo.

—Sí, señor, respondió ella; es una señorita muy buena.

—Es un angelito, agregó la vieja.

—¿Y cuándo me vió usted en casa del cura? preguntó Alfredo.

—Una tarde en que yo había ido a tomar noticias allá, llegó usted a la casa con otro caballero. Estaba el señor cura en la puerta de calle, con la señorita...

—Ah! ya me acuerdo.

—No pudiendo yo entonces hablar con usted, para darle las gracias, puesto que cuando me dió la plata fuí tan tonta, que ni siquiera le dije "Dios se lo pague", pensé volver a la casa; pero no tuve necesidad de ello, porque **misiá** Cecilia vino aquí.

—¿Ella?

—Ella misma. Es una señorita tan llana! Yo les había contado ya en la casa el bien que usted nos hizo, y ella fué la que

me dijo quién era usted. Venía más tarde del centro y pasó aquí con doña Pepa, y las dos estuvieron mucho rato platicando con mi madre y conmigo. Me hizo referirle de nuevo todo lo sucedido, y le aseguro que lloró cuando se lo volví a contar. Preguntóme por las señas del caballero y todo, y al fin me dijo que ella lo conocía y que era de Valparaíso y que cuando viniese a Santiago me lo haría ver. Mientras tanto, me encargó que yo rezara por él, y yo le dije que rogaba a Dios por él todas las noches. En fin, me dió muy buenos consejos y se fué.

Alfredo sentía un placer indecible oyendo hablar de Cecilia, y enteramente preocupado de la conversación de Mariana, no echaba de ver que desde el puente lo estaban atisbando dos personas. Eran Antonio y Julio, que habiendo empleado todo el día en trajinar y preparar el golpe del día siguiente, al pasar por allí para irse a casa de doña Engracia acertaron a ver a Alfredo por un ventanillo de la casucha.

Antonio, que era el que lo conocía, dió parte a Julio de su descubrimiento, y éste pensó al momento cómo sacar partido de aquel casual accidente. Después de conferenciar un instante, bajaron las gradas del puente, y dirigiéndose a un sereno que estaba junto a la cercana esquina, trajéronle al mismo sitio desde donde se veía por el ventanillo el interior de la casucha.

—¿Ve usted aquel hombre que está conversando con la dulcera? preguntó Antonio al policial.

—Sí, señor, contestó éste.

—Fíjese bien en sus facciones, dijo Julio, pues es muy probable que tenga usted que declarar ante la justicia, si ese individuo consigue dar el golpe de manos que tiene proyectado.

—¡Ah! dijo el sereno, haciendo un gesto particular; ¿ustedes creen que ese caballero **es de los de la carda?**

—¿Que si lo creemos? respondió Julio. Estoy casi seguro de que ese mozo ha venido de Valparaíso. con el objeto de... no le digo, porque bien puedo estar equivocado. De todos modos, conviene que usted lo mire bien, para que lo conozca en cuanto se le presente otra vez.

—Ya lo tengo muy bien mirado, respondió el sereno; y le aseguro que no se me despintará nunca, en la vida de Dios.

—Está bien, dijo Julio, pasándole un peso al sereno, que éste recibió sin hacerse de rogar. En cuanto salga de la dulcería, síganlo para ver hacia donde se dirige. Si sale del punto de usted, se lo recomienda al sereno siguiente, con encargo de hacer lo mismo con el que sigue, para descubrir adonde llega. Nosotros vamos al centro y luego pasaremos por aquí para saber el resultado.

Dicho esto, separáronse del sereno y se encaminaron hacia el sur. Tan embebidos habían estado los tres en la conversación que ninguno de ellos vió a un muchacho agazapado entre la reja

del puente y la casucha, cerca del tronco de un sauce llorón. Mientras hablaban, el muchacho no se movió; parecía una piedra puesta allí, como para sentarse a la sombra del sauce. Pero en cuanto se separaron y el sereno volvió a su puesto, alzó el muchacho la cabeza, y después de atisbar en diversas direcciones, miró por el ventanillo hacia el interior de la casucha.

Alfredo se despedía de la dulcera y de la madre y, viendo que el joven salía, volvió el muchacho a echarse de bruces, quedando otra vez inmóvil cerca del tronco del sauce.

Alfredo, al pasar por allí, casi lo pisó; mas él no se movió. Cuando aquél subía el puente, levantó poco a poco la cabeza y vió que el joven se dirigía hacia la ciudad, seguido a lo lejos por el sereno del punto. Entonces se alzó con ligereza y entró en la dulcería.

—¡Narciso! exclamó Mariana, ¿por qué te has demorado tanto?

—Hace rato que llegué, respondió el muchacho.

—Has hecho mal en no entrar, repuso ella, pues habrías conocido al caballero...

—¿Qué caballero es ése?

—El que nos ha dado todo lo que tenemos.

—¿El? preguntó Narciso con viveza. ¿Ese caballero que acaba de salir de aquí?

—El mismo.

No bien oyó esto Narciso, cuando salió corriendo de la casucha; y poniéndose dos dedos en la boca, silbó estrepitosamente. Cuatro o seis silbidos respondieron a no larga distancia.

—¿Qué hay? ¿Qué tienes? preguntó Mariana.

—Luego te lo diré, respondió el muchacho, silbando de nuevo.

La contestación no se hizo esperar, y los silbidos se oyeron á pocos pasos. Narcisio dió vuelta la casucha y se encaminó hacia el puente. Antes de llegar a las gradas, se encontró con dos o tres muchachos de su edad, a quienes dijo, sin dejar de correr:

—¡Síganme y silencio!

Sigieron los otros al que parecía ordenarles con cierto aire de autoridad; y habiéndose encontrado sobre el puente con otros rapaces, hiciéronlos volver. En aquel momento, Alfredo, que habría andado como las tres cuartas partes del puente, se paró un momento, como para ver correr el agua.

El sereno también se paró, como a unos treinta pasos de distancia. Los muchachos siguieron marchando a discreción. Al pasar el grupo por enfrente de Alfredo, hízose atrás Narciso, y dijo rápidamente a éste:

—Mire, señor, el **paco lo viene cateando.** Siga no más su camino sin volver la cabeza, que ya verá lo que le va a pasar al **paco choleta.**

—¿Quién eres? preguntóle Alfredo.

—Soy Narciso, el hermano de Mariana, contestó el muchacho, echando a correr tras de sus compañeros.

Estos habían tomado por el malecón del río hacia el oriente, y como a media cuadra se pararon, esperando a Narciso.

—¿Traen sus hondas? preguntó éste.

—Sí! contestaron tres voces.

—Pues entonces, carguen y preparen, que yo daré la voz de fuego cuando llegue el caso. Miren ustedes, prosiguió: ¿ven ustedes a aquel caballero que va llegando a la farola, en la salida del puente?

—Si lo vemos, respondieron. ¿Le tiramos?

—Ni por pienso! exclamó Narciso. Es un caballero muy bueno, que da plata a los pobres. El **paco** lo va **cateando,** porque le han pagado para que persiga al caballero. ¡Mírenlo el pícaro como **pitea!**

En efecto, el sereno, al llegar a las gradas del norte, hizo resonar dos veces su pito, y luego apareció en la calle que va hacia la plazuela de las Ramadas, otro sereno, que trotó hacia su compañero. Alfredo, que iba ya cerca de la plazuela, oyó el pito, y luego vió pasar cerca de él al policial que concurría presurosamente al llamamiento de su colega. Al momento se acordó de las palabras del muchacho y se paró, a fin de observar a los serenos.

Estos se juntaron cerca de las gradas del puente; mas, apenas estuvieron reunidos, cuando Alfredo vió caer a uno de ellos. El otro huyó hacia la plazuela, como perseguido por un enemigo invisible, y pedía auxilio, haciendo resonar su pito. Las piedras que caían sobre él rebotaban sobre el pavimento de la calle. Una pedrada dió en el farol del alumbrado, y lo apagó. Alfredo no vió más, sino que, echando a andar, aceleró el paso y cinco minutos después estaba en el hotel.

CAPITULO XXIV

El hombre propone...

Antonio y su digno amigo Julio se fueron al día siguiente muy temprano al cuartel de policía, y el primero dijo al comandante:

—He recibido, señor, una carta de Valparaíso, en la cual se me comunica que cierto caballero de aquel puerto ha partido para esta ciudad, con el objeto de asaltar mi casa en las altas horas de la noche.

—Eso es grave, dijo el comandante. ¿Por acaso el tal caballero es un ladrón?...

—No es un ladrón vulgar, respondió Antonio; lo que él pretende arrebatarnos es una niña que vive en casa, y de la cual él está perdidamente enamorado. Mi tío, el señor cura de la Viñita, que también lo es de dicha niña, ha impuesto al pretendiente la obligación de hacerse católico, si quiere casarse con mi prima; pero como, según parece, él no acepta esa condición, ha preferido venir a robársela. Mi señor tío se encuentra en Valparaíso, y yo he quedado a cargo de la casa, razón por la que he creído de mi deber tomar todas las medidas conducentes a evitar un acontecimiento que mataría a mi buen tío.

—Ahora, dígame usted, preguntó el comandante: ¿la niña está enamorada de él?

Antonio no respondió sino con un movimiento de hombros.

—Se lo pregunto, prosiguió aquél, porque si ella no está prendada del galán, en balde pretenderá éste ir a robársela; y si lo está, no será capaz de quitársela el mismo diablo.

—Pero, señor, insistió Antonio; yo no he dicho que me opongo a que se casen: lo que quiero es evitar un insulto, que ahora tengo razón para temer, pues el galán está en Santiago y falta en mi casa el respeto de mi tío. Yo quisiera que usted se dignase

comisionar a un oficial, o siquiera a un sargento con tres soldados, para que resguardasen aquel punto hasta que llegue mi tío, que será en tres días más. Yo remuneraré debidamente el sacrificio de la guardia; y si se logra pillar infraganti al culpable, ya podrá mi tío tomar sobre el particular otras medidas más serias, que hoy no son del caso.

—Yo puedo además hacer presente, dijo Julio, terciando en la conferencia, que el caballero en cuestión no solamente se halla en Santiago, sino que anoche mismo lo ha visto un amigo mío en el Puente de Palo; y como mi amigo conoce demasiado al sujeto, hízoselo presente al sereno del punto, diciéndole que convenía saber en dónde tenía aquél su alojamiento. El sereno lo siguió...

—¿Será el mismo hombre que casi me mataron anoche a pedradas? preguntó el comandante.

—El mismo, señor; y las piedras le cayeron encima por ir siguiendo al galán en cuestión.

—Lo cual prueba, agregó Antonio, que el porteño cuenta aquí con facinerosos que le guarden las espaldas. Todo esto me hace temer más todavía.

—Está bien, dijo el comandante. Esta noche irá un sargento con cuatro hombres.

—Yo vendré a buscarlos a las oraciones, dijo Antonio, y los llevaré al punto en donde pueden ocultarse y observar sin ser vistos.

Salidos del caurtel de policía, dirigiéronse a casa de doña Engracia, la cual acababa de despachar a Ñoño, con la siguiente carta para Alfredo:

"Idolo mío: no es posible confiar al papel lo que sólo puedo decirte de viva voz. Deseo ardientemente hablar contigo; pero nuestra entrevista no puede tener lugar durante el día.

Aquí todos me espían, y no puedo salir de mi cuarto.

Te espero esta noche a las once y media sin falta, en la ventana que te indicará el portador. Créele a este buen hombre, porque es muy fiel.

No pienses en venir antes de la hora fijada, porque sobre la imposibilidad de que me veas, corres tú un gran peligro. Antonio está cada día más malo conmigo; y mi tío dice que no consentirá en nuestro matrimonio, mientras tú no te bautices. Esto es una barbaridad de mi tío, que como es sacerdote y está ya tan viejo, y nunca habrá tenido una pasión como la mía, no sabe lo que es querer. Pero yo, que te amo tanto, sin acordarme para nada de tus creencias religiosas, estoy dispuesta a todo, a todo. Te espera a las once y media sin falta, tu C."

Bastaba ver la incoherencia de esta carta, tan ajena al carácter de Cecilia, para haber adivinado el engaño; mas el enamorado Alfredo ni aun lo sospechó. Y no hay por qué echarle en

cara su credulidad, pues es bien sabido, de todas las pasiones, ninguna se deja engañar tan fácilmente como la del amor.

Alfredo notó y aun sintió en su corazón las incoherencias de la carta y las faltas de buen juicio que ésta revelaba; pero la intensidad de su pasión, cerrándole los ojos, hízole perdonar aquellos defectos, que él achacó al estado en que debía encontrarse el espíritu de su amada, combatido por las personas mismas de su propia familia. Contestó, pues, a Cecilia, diciéndole, entre otras mil cosas: "que no eran menores los deseos que él tenía de hablar con ella; que ansiaba saber cuáles eran las causas de su desasosiego, a fin de combatirlas, y que antes dejaría de aparecer el sol sobre los Andes, al siguiente día, que faltar él a la cita."

Convino en seguida con Ñoño en que éste vendría al hotel a las once en punto, para hacerle compañía. El bandido le ofreció, además, traer el coche que debía llevarlos, diciendo que tenía un cochero muy amigo suyo, el cual, mediante una regular propina, estaría toda la noche a disposición del caballero.

Ñoño se separó de Alfredo acariciando el medio cóndor que éste le había dado; y luego volvió para decirle:

—Señor mío: se me olvidaba un encargo de mi señorita.

—¿Qué cosa?

—Ella me encargó una y otra vez que no fuera usted por ningún pienso, a ir con **leva** y sombrero negro...

—¿Por qué razón?

—Porque para estos asuntos, es mejor el poncho y el sombrero de pita. Como usted no debe tenerlos, yo puedo comprar un buen **chamanto** y una **pavita**, que le traeré ahora a la noche, cuando venga.

Tan preocupado estaba el pobre Alfredo, que ni aun tuvo ojos para ver la maliciosa sonrisa con que el bellaco recibió el dinero que él le dió para la antedicha compra.

El plan había sido diabólicamente combinado por doña Engracia y Julio; y tanto ellos como Antonio, esperaban el éxito de la exacta ejecución de todos los movimientos. Pero las cosas no siempre pasan al pedir de la boca, pues, como dicen, el hombre propone y Dios dispone; y tal fué lo que les sucedió a Julio y Antonio. Este, después de hacer merendar opíparamente a los policiales en casa de la **señá** Bárbara, dejólos allí instalados, en el punto desde donde podían acechar cómodamente. Los caballos estaban prontos en el interior del sitio, pues presumían que habría tal vez necesidad de perseguir a alguno de los raptores. Uno de los más astutos sirvientes de Julio, había quedado en la puerta del sitio, haciando de **loro** (como dicen las gentes de nuestros campos, con el fin ostensible de espiar a los que llegasen a casa del cura y dar oportuno aviso a los policiales; pero, en realidad, el

verdadero objeto del **loro** era impedir la salida de éstos, hasta que su patrón hiciese cierta señal convenida.

Ya estaba bien cerrada la noche cuando Antonio introdujo en su cuarto a Julio, sin que lo notasen las demás personas de la casa. Ocultólo en un gran ropero y salió a verse con doña Josefa, a quien le dijo que deseaba acostarse temprano, y que le hiciese preparar una toma sudorífica, pues creía estar muy constipado. La señora fué corriendo a preparar por sus propias manos el sudorífico de borraja con raspadura de palqui, y lo llevó al cuarto del enfermo, el cual estaba ya metido en la cama. El hipócrita se quejaba de un gran dolor de cabeza. Al salir la señora, le dijo él con fatigada voz:

—Cierre la puerta, doña **Pepa**, y échele llave por fuera, dejándola en la cerradura... No sea cosa que la puerta se abra con el viento... Para mañana, muy temprano, me prepara una toma del sal de Inglaterra, que me han recetado... No se le olvide la dieta... Creo que no podré levantarme en todo el día.

Doña Josefa cerró la puerta y se fué, después de prometer a Antonio que nada de lo que le había encargado le faltaría al día siguiente. Entonces fué cuando Julio salió de su escondite y dijo a su compañero:

—¿Qué has hecho, hombre? Has mandado echar llave a la puerta por fuera...

—No te dé cuidado, interrumpió Antonio, haciendo a un lado las ropas de la cama, bajo las cuales se había metido sin desnudarse. Esta tarde quebré la **anca de rana** de la chapa; por manera que aun cuando doña Josefa ha torcido la llave, la puerta ha quedado siempre abierta. Esta quebradura nos va servir maravillosamente, como lo verás después.

Y hablando de este modo, afirmaba la puerta por dentro con una tranca de fierro. En seguida sentáronse el uno cerca del otro, y empezaron a hablar en voz baja:

—Hablemos de nuestro proyecto, dijo Antonio, porque es preciso repasar la lección, para que no nos turbemos, según nos aconsejaba hoy doña Engracia. ¿Te sientes dispuesto a entrar en acción?

—¿Yo? Sí. ¿Y tú?

—Yo también. Ya los policiales están en su observatorio, y no tardará mucho en llegar el coche en que Ñoño traerá a **Alfredo**.

—La señal de haber llegado es un **volador de dos truenos**, según creo?

—Sí, respondió Antonio. Enfrente de la Recoleta Dominica dejé a Pedro María con encargo de tirar el volador, unos cuatro credos después de pasar el coche.

—Has hecho mal en pedirle a Pedro María que mida el tiempo por credos, observó Julio.

—¿Por qué?

—Porque él no sabe manejar ese reloj. Si tú le hubieras dicho que tirara el cohete después de una o dos docenas de reniegos y juramentos... Pero vamos al caso: en cuanto oigamos el sonido del cohete, salimos del cuarto... Tú corres a sujetar a doña Josefa, mientras yo tomo en mis brazos a Cecilia...

—Te equivocas, interrumpió Antonio. Tú sujetas a doña Josefa, y la atas al pie del catre con un cordel. Aquí lo tienes, dijo, presentándole una cuerda. Yo tomo a Cecilia y la llevo al coche, en donde tú has de estar cuando yo llegue a él con mi prima.

—Ah! sí, sí... para recibirla y partir con ella.. Lo que yo temo son los gritos.

—Al contrario, nos conviene que Cecilia pida socorro. Mientras el **loro** oiga sus gritos aquí en la puerta, no dejará salir a los policiales.

—Pero no olvidemos que hay que esperar que Alfredo haya llegado a la ventana para salir de aquí.

—Por supuesto! Ñoño hará apearse a Alfredo antes de llegar a casa de la **señá** Bárbara; y dejando allí el coche, vendrán de a pie a la ventana. Los gritos y llantos de Cecilia en la puerta de la calle, indicarán al cochero que debe correr hacia nosotros. Alfredo querrá socorrer a Cecilia; pero lo sujetará Ñoño por la espalda. Entonces llegas tú, saltas al coche, recibes a mi prima...

Y echo a volar con ella para la chacra, en donde te espero mañana.

—Yo me vengo aquí a mi cuarto y me encierro... Luego empiezo a llamar y golpear, pidiendo que vengan a abrirme la puerta, cuya chapa trataré de quebrar. ¿Comprendes ahora la utilidad de la quebradura?

—Ah! sí... Y mientras tanto, los policiales toman preso a Alfredo... Pero se me olvidaba una cosa... ¿Y las criadas, hombre?

—Está previsto ese incidente, y además otro peligro todavía peor que diez criadas juntas.

—¿Cuál?

—El del perro.

—Tienes razón.

—Las criadas duermen en el segundo patio; y allí tiene el Amigo su covacha, que no acostumbra abandonar en noches frías como éstas. El pasadizo que comunica a ambos patios, permanece abierto; pero la puerta de este lado tiene una armella, que permite cerrarla instantáneamente por fuera.

—Comprendo: así quedamos libres del perro y de las criadas... ¿A qué horas tienen costumbre de acostarse?

—A más tardar, a las nueve y media.

—Entonces deben estar acostadas dijo Julio, viendo que ya eran las diez y cuarto.

—Así lo creo, pues hace mucho rato que oí el ruido de la puerta de calle al cerrarla.

—¿Cómo se cierra la puerta de la calle?

—Con tranca y llave. Doña Josefa, que es la que la cierra todas las noches, guarda la llave en su bolsillo; pero yo tengo aquí otra.

—Muy bien, dijo Julio, sacando un pequeño envoltorio de sus bolsillos; aquí están las dos caretas que encargaste comprar.

—Estoy pensando en otra circunstancia, murmuró Antonio.

—¿Qué dices?

—Que cuando dejes atada a doña Josefa y te vayas al coche, no te olvides de tomar, al pasar, las ropas de mi cama, que te dejaré en el camino.

—Comprendo, respondió Julio: esas ropas me serán necesarias para cubrir a Cecilia en el coche.

—Yo haré lo posible por llevarla cubierta, dijo Antonio; pero muy bien puede sucedor que no lo consiga, y entonces...

—No me digas más; ya sé lo que debo hacer.

En esto estaban, cuando sintieron el sonido del cohete, que esperaban.

—Es la señal, dijo Antonio. Valor, amigo mío, que ya llegó la hora de obrar.

Apagaron la luz y abrieron la puerta del cuarto; salió Antonio con gran cautela y se acercó, sobre las puntas de los pies, a la puerta del pasadizo que comunicaba con el segundo patio.

El Amigo lanzó desde su cama un ladrido terrible; mas, temiendo Antonio que el perro viniese, cerró la puerta y echóle la armella que tenía por fuera, asegurándola con un clavo que llevaba con este objeto. Bien pronto se dejaron oir los ladridos del perro y aun los sacudones que daba a la puerta por abrirla.

Mientras Antonio cerraba el pasadizo, Julio había ido a dejar al zaguán las ropas de la cama, y allí esperó a su compañero, que debía ir a abrir la puerta de la calle. Quitáronle la llave y luego la tranca, con admirable tino, y se pusieron a escuchar.

Oyeron distintamente el ruido de la conversación de Alfredo y Ñoño, cerca de la ventana de la cita, y pocos segundos después se dejó sentir el coche, que venía con gran velocidad.

Antonio y Julio se pusieron sus caretas y corrieron hacia los cuartos de Cecilia y de doña Josefa, que se comunicaban y cuyas puertas exteriores recibieron a un tiempo sendos empellones. Las chapas saltaron, las puertas se abrieron de par en par y un grito de espanto salió de cada cama.

Los cuartos estaban a medio iluminar por la escasa luz de una lamparilla colocada en una mesa baja. Cecilia se desmayó, al verse tomar en brazos por un hombre enmascarado; y doña Josefa, sentada en la cama y con su gato en las faldas, se dejaba atar las manos, comenzando credos, padre nuestros, salves y otras oraciones, sin concluir con ninguna.

El Amigo ladraba y mordía la puerta, como si quisiera hacerla pedazos. Julio estaba echando el último nudo, cuandoo tomó sin advertirlo una de las patas del gato con la cuerda.

El Almizcle retiró al momento su pata y se echó sobre el cuello de Julio, quien, al sentirse rasguñado y mordido, lanzó un grito de dolor. A ese mismo tiempo, Antonio salía con Cecilia, a quien la impresión del aire exterior la hizo volver en sí, y gritaba:

—¡Amigo! ¡Amigo! ¡Ven!

El fiel animal contestó con ladridos y nuevos empellones a la puerta.

Julio, libre ya del gato, dijo en voz alta a Antonio:

—¡Pronto, Alfredo! ¡pronto! Ya llegó el coche.

—¡Alfredo! exclamó Cecilia, ¿es posible? Ah! Dios mío! líbrame!...

La puerta de calle se abrió, y Alfredo, que oyó la voz de Cecilia, quiso venir en su auxilio; pero sólo se acercó tres o cuatro pasos, pues se vió de repente aprisionado entre los brazos de Ñoño. Julio había subido al coche y alargaba los brazos para recibir a Cecilia, cuyas convulsiones y movimientos nerviosos le impedían a Antonio acercarla a la portezuela, sin peligro de que la pobre niña se hiriese contra el coche.

—¡Pronto, exclamó Julio, que ya los soldados vienen!

Antonio hizo un último esfuerzo; y ya estaba a punto de ver coronados sus deseos, cuando se sintió tomar por detrás, del cuello de la blusa, con tal fuerza, que hubo de caer de espaldas. Cecilia cayó sobre él, quedando su cabeza tan cerca de la boca del Amigo, que sintió el contacto del hálito caliente y húmedo, y oyó cerca de sus orejas el tremendo ladrido del perro, cuyos colmillos se habían enterrado en el hombro derecho de Antonio. Despertada Cecilia por el ladrido, pero sin saber lo que hacía, y animada sólo por el instinto de conservación, apenas se vió libre de los brazos que la aprisionaban, cuando corrió velozmente hacia su cuarto.

Alfredo hacía esfuerzos inútiles por desasirse de los brazos de Ñoño; pero al ver éste cómo el perro parecía querer comerse a Antonio, soltó a Alfredo y tomó al furioso Amigo de la cola. Antonio, sin careta, se alzó prontamente, y se encontró con Alfredo, que corría hacia él con los puños apretados.

Lanzáronse ambos el uno contra el otro, y Julio mandó al cochero que partiese a escape. Cuando el oficial, acompañado de tres de sus soldados, llegó al lugar de la escena, encontró a dos hombres cambiándose puñadas, y entre ellos al Amigo, que se había soltado de manos de Ñoño, mordiendo ya al uno, ya al otro de los combatientes.

Tan cegados estaban éstos por el furor, que costó no poco trabajo el separarlos. Sus rostros se hallaban cubiertos de sangre y sus vestidos desgarrados por los dientes del Amigo.

CAPITULO XXV

De cómo la mentira suele estar detrás de la verdad

Antes de seguir adelante, será bien decir aquí cómo el perro logró su empeño de ir a socorrer a Cecilia. Cuando el Almizcle se despegó de la cara de Julio, corrió dando espantosos bufidos hacia el pasadizo, y encontrando cerrada la puerta, saltó contra una ventana que daba luz al comedor.

La ventana no tenía reja; pero los bastidores de vidrio y las hojas de madera estaban cerradas, las cuales se abrieron, al dar el gato con ellas, como una bala. El comedor comunicaba con el pasadizo; y al ver el Amigo pasar por allí al Almizcle, entró en el comedor y salió por la ventana al patio exterior.

He aquí cómo Cecilia debía esta vez su libertad al Amigo. A no ser por éste, la pobre niña habría sido metida en el coche y arrebatada por Julio antes de que llegara el oficial con sus hombres. Los policiales pudieron llegar mucho antes al lugar de la escena, atendida la poca distancia a que se encontraban; pero cuando el jefe dió la orden de montar a caballo, encontráronse los soldados con las cabalgaduras desenfrenadas y maneadas con largos cordeles.

Los frenos habían desaparecido; y cuando después de mucho buscarlos consiguieron encontrarlos, dieron con otro inconveniente: la puertecilla por donde debían salir los caballos a la calle no podía abrirse, por impedirlo dos grandes clavos hincados hondamente en el suelo. Aquéllo parecía intencional, con tanta mayor razón, cuanto que el **loro** había desaparecido. Sin embargo, la señá Bárbara juraba y perjuraba diciendo que los tales clavos estaban allí desde que ella se había venido a vivir en la casa, y no sabía por qué **habían levantado ahora la cabeza**, para impedir que las hojas de la puerta se corriesen.

El oficial, concibiendo sospechas contra la vieja, dejóla a cargo

de un soldado, y se fué con los otros tres de á pie á la casa del cura. Cuando vió partir el coche, creyó efectuado el rapto; mas, ¿cómo perseguir al raptor careciendo de caballería? Fuése, pues, hacia la puerta de calle, en donde encontró la encarnizada lucha de que hace mención el final del anterior capítulo.

Una vez separados los pugilistas, Antonio dijo a gritos, mostrando a Alfredo con el dedo:

—¡Ahí tiene usted al raptor, señor oficial!

—¡Miserable! exclamó Alfredo: ¿cómo te atreves a achacarme tu propio crimen. Yo pido, señor oficial, que se nos tome presos a los dos; y también a este hombre, agregó, mostrando a Ñoño.

—Por supuesto! respondió éste. Yo podía haberme arrancado de aquí, pero no he querido separarme de mi patroncito.

Y mostraba a Alfredo.

—Todo el mundo adentro! ordenó el oficial, mostrando con el dedo el interior del patio.

Los soldados ejecutaron la orden, empujando hacia á Alfredo, Antonio y Ñoño. Este había podido evadirse fácilmente; pero prefirió quedarse para cumplir con el encargo de hacer el papel de cómplice de Alfredo, tal como su patrón se lo tenía ordenado. El bellaco esperaba una recompensa proporcionada **al carcelazo** que iba sin duda a recibir por obedecer fielmente a su patrón.

Al entrar al patio, oyóse una confusa mezcla de llantos, rezos, quejidos y exclamaciones en el cuarto de doña Josefa, a donde las criadas acababan de llegar, asustadísimas.

—¡Cecilia! gritó Alfredo; no temas! Ya el malvado está en poder de la policía.

—Sí, prima, gritó á su vez Antonio; el culpable será castigado!

El oficial ordenó á ambos que callasen, advirtiéndoles que los dos estaban presos; y en seguida se encaminó hacia la puerta del cuarto de doña Josefa, desde donde dijo a las personas que estaban dentro:

—Nada tienen que temer ustedes, señoras. La casa está resguarda por la policía. He capturado a tres personas, dos de las cuales se acusan mutuamente, y, a fin de averiguar pronto cuál es el culpable, ruego a ustedes que se vistan, para que hablemos sobre el particular.

—Señor! señor! gritó doña Josefa, ya mucho más tranquila ¿quiere saber cuáles son los culpables?

—Sí, señora.

—Pregúnteselo al Amigo!... El perro, señor, al cual acabo de oir ladrar. El se lo dirá todo.

—¿Está loca esta santa señora? murmuró el oficial.

—Ah, señor mío! volvió a decir deña Josefa, abriendo la puerta sólo al ancho de una pulgada y asomando por allí la nariz. Oiga una palabrita y perdone: ¿ha visto a mi gatito?

—Yo, señora! exclamó el oficial, admirado de la pregunta. ¿Por quién me ha tomado usted?

—Por un caballero muy bueno y santo, respondió ella, y por eso le pregunto si ha divisado por allí al Almizcle, que éste es el nombre del gatito de mi corazón. Sepa, señor mío, que él fué quien hizo el milagro, rasguñando y mordiendo al ladrón. Hágame la gracia, por lo que más quiere en el mundo, de mandar a un soldado que busque al Almizcle, que yo quedaré aquí rezando por él...

La señora cayó de repente, como si alguien le hubiera tapado la boca con la mano. Poco después salieron dos criadas, con sendas luces, que llevaron al escritorio del cura, y tras de las criadas apareció Cecilia. Venía ésta con una especie de bornuz que le cubría todo el traje y cuya capucha estaba echada sobre su cabeza, como para preservarse del frío de la noche. Aunque ya algo repuesta y menos intranquila, su bello semblante conservaba trazas del susto.

—Señor, dijo al oficial: he hecho un esfuerzo para vestirme y presentarme a usted, porque estos primeros momentos son los que a mi juicio deben aprovecharse para averiguar la verdad.

—Tiene usted razón, señorita, contestó el oficial, admirado de la belleza de la niña, a quien siguió hacia la pieza que ella le indicaba, dando al mismo tiempo orden a sus soldados para que hiciesen acercarse a los presos.

El Amigo, al ver a Cecilia, habíala recibido con mil manifestaciones de contento y, saltando en torno de ella, gemía, ladraba, aullaba y lanzaba gritos tan extraños, que no parecía sino que en aquel momento sintiera algo nuevo para él.

Instalados en el escritorio del cura, Cecilia dijo al oficial:

—Como usted ve, señor, casi se ha consumado, en estos momentos, un gran crimen, del cual yo habría sido víctima...

—Estos dos caballeros se acusan mutuamente, interrumpió el oficial. ¿No podría usted decir cuál fué el que contra su voluntad...

—¿Me sacó de mi cuarto? concluyó Cecilia. No podría decirlo de una manera positiva, porque el malvado venía con una careta... Y digo el malvado, agregó la niña, alzando la cabeza y mirando de frente a Alfredo y Antonio, porque ésa es y será siempre para mí la acción de un malvado, aun cuando el que la cometa esté relacionado conmigo, ya por los vínculos del parentesco, ya por los del corazón.

Alfredo hizo una cortesía a Cecilia, diciendo:

—Tiene razón la señorita.

Antonio lanzó sobre su rival una mirada provocativa y dijo:

—Mi prima y usted representan su papel a cual de los dos mejor.

—¿Qué quieres decir? preguntó Cecilia a Antonio con el rostro encendido.

—Que sin duda la emoción te impidió reconocer a tu amante, respondió Antonio con sarcástico tono.

—Te equivocas ,repuso ella, pues la emoción, aunque fué grande, no me impidió reconocerte, a pesar de la careta que llevabas.

—Haces bien en echarme a mí la culpa de un crimen que podría traer serias consecuencias para el preferido de tu corazón...

—¡Pues hombre! interrumpió Alfredo, si yo soy el preferido, ¿qué necesidad tenía de emplear la fuerza?

—Eso yo no lo sé. El hecho es que usted ha venido aquí disfrazado, de poncho y sombrero de pita, a deshoras, en un coche, con ese hombre sospechoso, (y mostró a Noño que se encogió de hombros), que han encontrado abierta la puerta, pues de otro modo no podrían haber entrado, lo cual es una prueba de que se les esperaba. En fin, mientras usted sacaba en brazos a mi prima, su compañero ataba las manos a la señora...

—No puedo negarlo, porque así ha sido, interrumpió Noño, con ademán de triste resignación.

—¿Qué significa esto? dijo Alfredo mirando fijamente a Noño.

—Esto significa, contestó doña Josefa, que en aquel momento entraba en el cuarto, esto quiere decir que el señor no es quien me ató las manos, sino otro, al cual esta paloma sin hiel le hizo pedazos la cara con sus angelicales uñitas.

Y diciendo esto, la señora palmeaba y besaba al Almizcle.

—Pues, señor, prosiguió Antonio, cuando yo sentí bulla en el patio quise salir de mi cuarto, para lo cual tuve que romper la chapa, pues había quedado con llave por fuera.

—Asimismo es, agregó doña Josefa, porque yo fuí quien le echó llave al cuarto, y ahora acabo de ver quebrada la chapa.

—Si yo hubiera tenido intención de cometer este crimen, observó Antonio, ¿habría dicho a esta buena señora que le pusiera llave por fuera a la puerta? Pido al señor oficial que anote esta circunstancia.

Lo cierto es que cuando salí de mi cuarto y ví a este caballero con mi prima en sus brazos, no pude contenerme; y aun cuando ese hombre que lo acompañaba quiso sujetarme por la espalda, yo me eché sobre el raptor y... ¿Podría usted negarlo? preguntó repentinamente Antonio a Noño.

—Yo, señor, contestó éste, yo no sé... me parece que así fué.

—Ahora veo, dijo Alfredo, que se han valido de este hombre para hacerme caer en un lazo.

Cecilia miraba con ojos espantados a Alfredo, y el oficial hacía algunas apuntaciones de lo más importante que cada cual decía.

—¿Qué dice usted? preguntó el oficial a Alfredo.

—Que me admira ver a un caballero faltar a la verdad con tanto descaro, respondió éste.

—Pues a mí no me admira, porque lo conozco demasiado, dijo sencillamente Cecilia, haciendo un gesto de desprecio que traspasó el corazón de Antonio.

—Señor, agregó éste con viveza, ya he dicho que nuestra puerta tiene buena cerradura y además una fuerte tranca; por manera que nadie puede penetrar aquí de afuera, si no se le ayuda desde adentro. Mi virtuosa prima es la única interesada en que este caballero entrase a deshoras...

—¡Miserable embustero! gritó Alfredo con voz de trueno. ¿cómo te atreves a mancillar la honra de un ángel ante el cual no eres digno de estar ni aun de rodillas?

Cecilia se había cubierto la cara con las manos. El oficial se puso por delante de Alfredo para impedir que se echase sobre Antonio. Este no se movió de su sitio y prosiguió sonriéndose como si gozara de aquella necia e innoble venganza.

—Dejémonos de palabrotas y vámonos a los hechos. Si mi angelical prima deseaba que su amante viniese a verla en las altas horas de la noche para llevársela quién sabe dónde, es claro que le habrá escrito pidiéndole que venga, y en ese caso el señor puede tener las cartas en el bolsillo. Pido, pues, que se le registre.

—Aquí están esas cartas, dijo Alfredo, y las muestro porque estoy seguro de que no son de Cecilia.

— Qué cartas son ésas? preguntó la niña.

—Unas que me han llevado en tu nombre, respondió Alfredo, y en las cuales he creído... ¡Necio de mí! Aquí las tiene usted, dijo, entregándoselas al oficial.

Este se las pasó a Cecilia, preguntándole si aquella era la letra suya.

—Nó, señor, contestó indignada. Aquí hay una tramoya infame, que la autoridad debe tratar de descubrir para castigar a los culpables. ¿Quién te entregó estas cartas, Alfredo?

—Este hombre, contestó el interpelado, mostrando a Noño.

—¿Y a usted quién se las dió? preguntó a Noño el oficial.

—Esta señorita, respondió Noño con aplomo, señalando a Cecilia.

—¡No es verdad! exclamó ella. Usted es un instrumento de los enemigos de mi honra. Yo no conozco a usted.

—Así será, dijo Noño, sonriéndose, porque los ricos no conocen a los pobres, sino cuando necesitan de ellos; pero, en cuanto uno les hace el servicio... ¡Vaya! si te he visto no me acuerdo.

—Ya ve usted cómo está descubierta toda la verdad, dijo Antonio al oficial con aire de triunfo.

—Aun no todavía, respondió el oficial, pues hay veces en que la mentira está detrás de la verdad, como el diablo detrás de la

cruz. Ahora, prosiguió fijando sus penetrantes ojos en Noño, ahora necesito que me explique usted un fenómeno...

—Yo no sé nada de fenómenos, dijo el bellaco, temblando ante la vista del hombre de la policía, como tiembla la zorra bajo la mirada del perro. ¿Qué ha de entender de fenómenos un hombre pobre como yo, que apenas sabe persignarse?

—¡Ah! ojalá supieras rezar, murmuró doña Josefa, pues entonces no anduvieras en estos pasos.

—Lo que yo deseo que usted me explique, prosiguió el oficial, es el por qué cuando usted ha sido acusado de otros crímenes...

—¿Yo señor? Yo no...

—Sí, usted, interrumpió el oficial.

Yo me acuerdo muy bien de cuando se le acusaba de aquel salteo en la Requínoa...

—¡Ah! entonces...

—Usted negó a pié juntillas.

—Porque no era, señor...

—Pues sepa usted, mi señor don Dionisio, repuso el oficial haciéndole una reverencia, que yo sé de buena tinta su participación en ese salteo... Usted lo negó.

—Y lo negaré siempre...

—Porque ha tenido costumbre de negar todas sus hazañas. Ahora bien, ¿por qué razón confiesa ésta, sin que nadie le ponga un puñal al pecho?

—Es evidente que espera una recompensa por el papel que representa, aunque no muy bien, dijo Alfredo.

—A mi no me paga nadie por eso de papeles, replicó Noño. El único que me ha pagado es usted cuando le he llevado las cartas que la señorita me entregaba...

—Señor oficial, dijo Alfredo, así como yo he entregado mis papeles, ruégole que haga entregar los que tenga el señor don Antonio.

—Es justo, respondió el oficial.

Antonio echó mano a sus bolsillos y dijo:

—No tengo papel alguno... Ni aun me queda el bolsillo en donde acostumbro guardar mis papeles.

Diciendo esto, mostraba su blusa hecha pedazos precisamente en el bolsillo del corazón. Al notar esto, Cecilia no pudo reprimir una exclamación y se puso un dedo en la frente. Una idea, rápida como un relámpago, había atravesado por la mente de la joven.

—Señor mío, dijo al oficial, ruego a usted que nos haga ir a todos al zaguán...

—¿Para qué, señorita?

—Se me ocurre... Tengo esperanzas... ¡Vaya! Estoy casi cierta de que allí encontraremos... o mejor dicho, este perro encontrará algún objeto que le hará descubrir a usted los verdaderos culpables.

—Ya le decía yo, agregó doña Josefa, que le preguntase al Amigo, y que él se lo descubriría todo.

—¡Qué par de locas! murmuró Antonio, de manera que el oficial pudiera oirle.

—Vamos! dijo éste, alzándose del asiento.

—¿Qué, señor. replicó Antonio algo alarmado, porque en efecto temía encontrar allí algo que pudiera comprometerlo. Ya esta sesión va siendo demasiado larga... y a una hora tan avanzada...

—¡Todos al zaguán! interrumpió el oficial, tomando una luz y dándosela a uno de los soldados para que alumbrase.

Llegados al zaguán vieron que sobre el pavimento había unas tiras de trapo diseminadas. Cecilia tiró lejos su pañuelo y dijo al perro:

—Amigo! Tráeme el pañuelo!

Este fué corriendo y se lo trajo. En seguida empezó a oler aquí, allá y más allá, por todo el zaguán que estaba a media luz. Cecilia le decía:

—Busca, Amigo, busca!

Y el perro olía los trapos y ladraba y gemía. De repente dió con la careta y la mordió con rabia.

—Ha conocido la máscara de Antonio, dijo Cecilia. Por aquel rincón, Amigo!

—Bien puede ser la careta de tu amante, replicó Antonio contestando a su prima.

—Ya veremos quién es el que queda sin máscara esta noche, repuso ésta.

A este tiempo empezó el perro a morder con rabia una especie de envoltorio de trapos que estaba metido en la acequia de desagüe que salía por debajo del umbral de la puerta de la calle.

—Amigo! Aquí! dijo Cecilia.

El perro, obedeciendo la orden de su ama, vino hacia ella con los trapos en la boca.

—Nó! no me des eso a mí, le dijo: pásaselos al señor oficial.

El Amigo se acercó a éste, siguiendo la indicación del dedo de su ama. El oficial tomó los trapos, y acercándolos a la luz, vieron un jirón de la blusa de Antonio, de donde pendía el bolsillo que a éste le faltaba.

—¡Gracias a Dios! exclamó Cecilia. ¡Bien me lo decía el corazón! Mire usted, señor, como el bolsillo está pegado a la tira de casimir, que es la misma que falta ahí en el corazón a Antonio... No parece sino que el perro la hubiera arrancado con corazón y todo, pues si él lo tuviera, habría temblado al ver junto a su bolsillo este pedazo de lienzo...

Y la joven, como inspirada, mostraba al oficial una pequeña tira de trapo blanco que estaba como pegado al bolsillo con la baba del perro.

—No comprendo, dijo el oficial.

—Pepita, dijo Cecilia, vaya usted a buscar la sábana que debe estar sobre mi cama.

—Yo si que entiendo! exclamó la señora, corriendo hacia el cuarto.

—Y yo también comprendo ahora, agregó el oficial. ¿Es decir, señorita, que la tenían a usted envuelta en esta sábana?

—Sí, señor, respondió la joven tapándose la cara con las manos.

—¡Aquí está! ¡aquí está!, decía doña Josefa, trayendo la sábana y mostrando el pedazo que le faltaba en una esquina.

El oficial aplicó el retazo de lienzo que tenía en las manos sobre la rotura, y todos vieron que la coincidencia era perfecta. Antonio estaba pálido y sus labios temblaban.

—¡Las animitas me oyeron! exclamó doña Josefa. El milagro principió por los rasguñones del Almizcle. Tendrán su misa cantada las ánimas de mi corazón... ¿No le decía a usted, señor, que se lo preguntase al Amigo...? Yo estaba viendo lo que al fin había de suceder... Mire usted, señor oficial: fuera de mi Almizcle, no hay en este mundo un animal como el Amigo.

CAPITULO XXVI

El Amigo, llamado por el juez, presta su declaración, la cual no pudo firmar en persona por ciertas razones.

Cecilia y doña Josefa se retiraron a sus habitaciones, dejando la casa al cuidado del sacristán, (a quien habían enviado a buscar) con encargo de no obedecer a Antonio y de velar por la seguridad de la familia, mientras llegaba el día.

Alfredo exigió del oficial que abriese y examinase los papeles del bolsillo de Antonio, pues, presumía que allí debían encontrarse las contestaciones que él había dado a las fingidas cartas de Cecilia.

Antonio protestó en alta voz contra tamaño desacato, diciendo que a nadie le era dado poner sus ojos en la correspondencia privada de un ciudadano; mas el oficial, excitado por la ridícula protesta, examinó los papeles, y allí encontró las contestaciones de Alfredo. El crimen quedaba así probado como la luz del día que bien pronto debía aparecer.

El oficial hizo de los papeles que se relacionaban con el caso en cuestión dos paquetes, que cerró, lacró y selló con el sello mismo del cura, que estaba en el escritorio. En seguida, rotuló ambos paquetes con los nombres de **Alfredo y Antonio;** y juntándolos con las observaciones y notas que de su puño había escrito, hizo un lío de todo, a vista de los soldados y del sacristán, concluyendo por lacrar y sellar también la nema del lío.

—Por último, haciendo atar a Antonio y a Noño con el mismo cordel que aquel diera a Julio para amarrarle las manos a doña Josefa, volvióse a Alfredo y le preguntó:

—¿Me da usted, señor, su palabra de honor de no tratar de evadirse?

—Sí, señor, contestó Alfredo.

—Pues, entonces, ¡en marcha!

El convoy se encaminó a casa de la señá Bárbara, la que fué también presa y atada de las manos, a pesar de los gritos y alaridos que daba, despertando a todas las gentes del barrio.

Los caballos estaban ya preparados. Tres de los soldados tomaron a la grupa a Antonio, a Ñoño y a la señá Bárbara, y el cuarto cedió su montura a Alfredo, colocándose él a mujeriegas sobre las ancas de la cabalgadura.

En tal guisa llegaron al cuartel, y allí pasaron el resto de la noche, sin otra novedad que las molestias inherentes a un alojamiento en la casa de la policía, en donde no siempre suele brillar una policía esmerada.

Los presos fueron oportunamente puestos a disposición del juzgado del crimen. Alfredo declaró, relatando todo cuanto había hecho desde su venida a Valparaíso, a consecuencia de la carta que se le fingiera de Cecilia. Antonio y Ñoño negaron redondamente su participación en los hechos que les achacaban. La señá Bárbara no hacía más que llorar y lamentarse, cuando el juez le preguntaba algo. Mas, por la relación del oficial, testificada por los soldados, y en vista de las pruebas y documentos que aquel presentó, vino el juez en conocimiento pleno de los verdaderos culpables. Por último, habiendo oído hablar del prodigioso perro, que tanto había contribuído a esclarecer la verdad, concibió deseos de verlo; y el Amigo tuvo que concurrir al tribunal a prestar su declaración.

Lo primero que hizo el juez, fué presentarle los paquetes hechos por el oficial. El perro olió el de Alfredo y gruñó sordamente; mas al ponerle delante el de Antonio, mordiólo con vivo furor, ladrando en diversas direcciones, como si buscara a alguien. En seguida se hizo salir por una puertecita a Antonio a quien el inteligente animal recibió con ladridos tremendos, que pronto se convirtieron en tristísimos ahullidos a muerte.

—Se acuerda de su ama, cuando cayó al suelo, como muerta, en el zaguán de la casa, dijo Alfredo que había sido llamado, después de hacer entrar a Antonio. ¿No es verdad, Amigo, que te acuerdas de Cecilia?

Este nombre, perfectamente pronunciado, hizo parar las orejas al fiel animal, y moviendo vivamente la cola fué después a lamer las manos de Alfredo con tiernos gemidos.

El escribano apuntó la declaración prestada por nuestro héroe, diciendo en tono de broma:

—¡Lástima es que no pueda firmar!

Vuelto Alfredo a la prisión, el Amigo se acercó tristemente a la mesa del juez.

—Vaya, buen Amigo, dijo el escribano golpeándole cariñosamente debajo de la barba, ¿firma usted o nó?

El perro se alzó sobre sus dos patas enfrente del funcionario

a quien miró de hito en hito, gimiendo, saboreándose y moviendo vivamente la cola. Parecía decirle:

—Estoy a la disposición de usted, señor caballero, ¿qué me manda?

El juez y el escribano se manifestaban admiradísimos, y no menos lo estaban los demás circunstantes, entre los cuales se hallaba el oficial, a pocos pasos de la mesa. El escribano se alzó entonces de su asiento, teniendo la pluma en la mano, y entre admirado y risueño preguntó al perro:

—Le pregunto a usted, señor Amigo, ¿si firma o no firma?

Y como al decir **nó**, moviese el escribano la cabeza a uno y otro lado, el perro se acordó de la manera como el sacristán de San Lázaro le había enseñado a responder, en vista de tal movimiento, y empezó a gemir, moviendo a uno y otro lado la cabeza.

—¡Ah! exclamó el escribano, ya verdaderamente asustado, después de comenzar por chancearse. ¿Dices que no sabes?

El perro, con movimientos aún más vivos, contestaba:

—Nó! nó!

El digno funcionario quedóse como una estatua, mirando ya al perro, ya al oficial que estaba enfrente de él. Y teniendo su mano derecha casi a la altura de la boca del perro, tomóle éste bonitamente la pluma; y dando media vuelta, dirigióse con gallardía hacia el oficial, y puso la pluma en sus manos.

La admiración de los circunstantes creció de punto, y al fin dijo sonriendo el oficial:

—No parece sino que ha venido a rogarme que firme por él.

—Estoy por creerlo así, respondió el escribano, mirando sin pestañear al extraordinario perro.

Este, viéndose objeto de la marcada atención del actuario, acercóse de nuevo a él andando sobre sus cuatro patas. Estaba el buen hombre medio alelado, con la boca abierta, los ojos en el perro, los brazos cruzados sobre el pecho, un pie adelante y otro atrás, en el cual descansaba el tronco de su cuerpo, medio inclinado hacia su derecha. En tal situación, miró al perro por entre las pestañas, y le dijo, imprimiendo a su cabeza ese movimiento de arriba abajo con que la mímica expresa la admiración reflexiva:

—¿Conque es verdad, **hombre**, que has ido a pedir a ese caballero que firme por ruego y encargo tuyo?

El Amigo, poniéndose de pie, imitó con su cabeza ese movimiento de arriba abajo que veía en la del escribano, y gimió, según su costumbre, como si dijera:

—Sí! sí!

El buen actuario se volvió prontamente hacia el juez y, con los ojos desmesuradamente abiertos, le dijo:

—Ya casi creo, señor, que este perro puede también jurar..

—Al menos no juraría en falso, como muchos hombres que solamente por andar en dos pies creen poder testificar la verdad mejor que un perro, respondió con voz sorda el juez.

Al llegar a este lugar de la historia, el autor declara, en consecuencia, que no ha podido averiguar si en realidad el oficial firmó a ruego por el ilustre can.

Después de buscar y desenterrar papeles, revolviendo archivos (sobre los muy revueltos que ya se encuentran en nuestras oficinas públicas), el autor no ha hallado otra cosa de provecho sino el de cerciorarse de que aquel famoso expediente ha sido substraído de la oficina, con el caritativo fin de no dejar constancia del crimen cometido por personas decentes en el vestir, cuyas indecencias en el obrar no es dable sacar a luz, por medio de escandalosas acusaciones, sin herir profundamente los nobles sentimientos de una sociedad pundonorosa que sabe estimar su honra hasta el punto de preferir la impunidad del crimen, a trueque de parecer inmaculada. En cambio, el autor ha dado con una multitud de expedientes en los que aparecen caritativamente castigados miles de ciudadanos que se han atrevido a faltar a la ley, sin acordarse de que iban vestidos de poncho. En consecuencia, sólo pudo decir que, según la tradición, se veía en el dichoso expediente esta firma: **A ruego del Amigo por no poder firmar a causa de su natural imposibilidad, Calletano Alegría.**

Convencidísimo estaba el juez de la culpabilidad de Antonio, así como de la inocencia de Alfredo; y habría dictado ese día su sentencia, condenando al primero y absolviendo al segundo, si no se hubiese visto de repente agobiado bajo el peso de una multitud de empeños a favor del sobrino de una persona tan respetable como el señor cura de la Viñita. Doña Engracia fué la primera en visitar al señor juez, y tras de ella vinieron otros mil empeños, entre los cuales uno de los más dignos de respeto era el de la señora doña Calixta Franco, en atención a su larga parentela y a la no menos larga lista de sufragantes por el gobierno que su grande estancia producía, con sólo el querer de la matrona.

Encontróse, pues, el grave magistrado entre la espada y la pared, siendo la pared la ley y la espada aquel conjunto de lenguas que le hablaban al oído ya directamente, ya por conducto de su esposa. Decíanle unos que la sociedad se había conmovido profundamente con aquel crimen achacado a uno de los jóvenes más dignos de la capital y que era preciso no herir los delicados sentimientos de una sociedad cristiana, agregando que el hecho en sí era tan escandaloso, que por conveniencia social debía mantenerse oculto, aun dado caso de que fuese efectivo, lo que por otra parte no creían. Había muchos (y era doña Engracia de este parecer) que criticaban la imprudente conducta del oficial de policía por haber tratado de descubrir al criminal con una

solicitud en la cual se echaba de ver muy bien su parcialidad en favor de un protestante y su odio gratuito contra un católico, cuando por la honra misma de Dios y de la santa religión que profesamos, estamos todos obligados a perdonar las flaquezas de nuestros prójimos y correligionarios.

¿Qué dirían los protestantes, al ver que el católico era el criminal y el hereje había sido la víctima inocente?

Esto era darles pie para que se ensoberbeciesen más; esto era deprimir al catolicismo en Chile, cosas ambas tan contrarias a la honra de Dios, que el pensarlas solamente había de hacer crispar los nervios de un país católico por excelencia.

Sería de nunca acabar exponer uno a uno todos aquellos razonamientos más o menos abstrusos que asediaban al juez por todos los cuatro vientos, sin darle lugar a descanso.

Por una parte no se atrevía a publicar la sentencia condenatoria de Antonio, y por la otra no podía resolverse a decretar la excarcelación de Alfredo, pues esto implicaba la condena de aquél. Pilatos se encontraba en la más cruel irresolución. Ni aún podía lavarse las manos.

CAPITULO XXVII

El matrimonio, al fin de cuentas

¡Lo que son las cosas de este mundo! Nuestro buen Pilatos no quería hacer una pilatuna. Tenía una honradez relativa. En medio de sus irresoluciones estaba, cuando le anunciaron cierto día la visita del señor cura de la Viña. Tomóse la cabeza entre las manos y exclamó:

—¡Jesús, María y José! Nuevos empeños tenemos!

El cura entró. Su pálido semblante, sus pasos inciertos, sus ojos hundidos y su habla temblorosa, todo anunciaba en él la dolorosa emoción de que se hallaba poseído.

—Señor, dijo, sentándose en la silla que el juez le presentó, he venido a hablar con V. S. sobre un hecho acaecido en mi casa.

—Lo sé todo, interrumpió el juez. Creo que usted se hallaba fuera...

—Sí, señor, estaba en Valparaíso, de donde me he venido inmediatamente después de haber recibido allí un telegrama que... Sólo aquí he venido a imponerme de los detalles de este suceso terrible... que me matará...

—Animo, señor, le dijo el magistrado, condolido del dolor que parecía oprimir el pecho del buen sacerdote. Es verdad, prosiguió, que las apariencias acusan a su sobrino; pero...

—Acerca de esto, interrumpió el cura con un ademán nervioso, no me cabe duda de que mi sobrino es el culpable. No vengo a solicitar nada en su favor... Al contrario, ruego a V. S. que aplique la ley según los dictados de su ciencia y de su conciencia...

El buen cura no pudo hablar más: sus labios temblaban convulsivamente; bajó la cabeza, y sus lágrimas rodaron en silencio. Pero bien pronto sacudió su cabeza, y la alzó con dignidad, diciendo:

—Perdónele, señor, este momento de debilidad a un pobre padre... Sí, a un padre, porque yo he querido a mi sobrino como se quiere a un hijo... Todavía lo amo, y porque lo amo y deseo verlo corregido, es por lo que ahora ruego a usted que cumpla con su deber de juez...

—Es un triste deber, dijo éste con voz sorda.

—¿Y es menos triste el que me obliga a hablarle en estos términos? preguntó el cura con voz firme.

El magistrado, sin contestar una palabra, clavó los ojos en su interlocutor, y vióle como transfigurado. Su semblante había adquirido la transparencia de la palidez; su mirada era profunda y reconcentrada y los mechones grises de su escasa cabellera se habían elevado como despegándose de su frente. Así permaneció un instante, y luego dijo, como respondiéndose a sí mismo:

—Sí... hemos venido al mundo a cumplir deberes y, a condición de satisfacerlos, somos hombres... Que cada cual cumpla con los que le han tocado en suerte... Ahora, prosiguió con más tranquilidad, dirigiéndose al juez, ya nada tengo que decirle respecto de mi desgraciado sobrino... Pero el otro... Yo puedo asegurar a V. S. que el otro jóven ha sido víctima de un engaño atroz.

—Ese es mi parecer, respondió el juez.

—¿Y por qué no se le pone en libertad?, preguntó el cura con notable viveza.

El juez balbuceó una contestación, que más parecía una pueril disculpa, agregando que ya estaba dictada la sentencia absolutoria y que ese mismo día saldría el joven de la prisión.

Dióle las gracias el cura; y habiendo en seguida rogado al juez le permitiese escribir una esquela para Alfredo, el magistrado le presentó recado de escribir. El señor cura trazó en una cuartilla de papel estas palabras:

"Mi querido Alfredo:

Te espera en su casa tu tío que desea abrazarte.

El Cura de la Viñita.

—Pierdo un sobrino y gano otro, murmuró doblando el papel, que metió en un sobre y rotuló para el amante de Cecilia.

Y después de rogar al juez que hiciera entregar la esquela a Alfredo en cuanto éste saliese de la prisión, se despidió y se fué a su casa.

En la tarde de aquel día, Enrique, que había solicitado en balde hablar con Alfredo, encontróse con éste no lejos de la cárcel, pocos instantes después de haber salido de ella el nuevo sobrino del cura.

—¡Mira!, exclamó Alfredo mostrando a su amigo la esquela. Me llama su sobrino.....

—Debe estar convencido de la culpabilidad de Antonio observó Enrique.

—No me cabe la menor duda, respondió Alfredo. Te aseguro que yo lo amo casi como a mi padre... ¿Vámonos para allá?

—Vamos, contestó Enrique.

Metiéronse en un coche y en pocos minutos estuvieron en casa del cura, quien abrazó a Alfredo con muestras del mayor cariño. Cecilia, al ver que su tía estrechaba entre sus brazos a su amante, corrió hacia el buen viejo y le besó las manos llorando de gozo. Doña Josefa no estaba menos contenta, y el sacristán recibió la orden de hacer ciertas preparaciones en la iglesia. Mientras tanto el cura, tomando con una mano la de su sobrina y con la otra la de Alfredo, dijo a éste:

—Estaba esperándote para unirte con tu esposa.

Y el excelente hombre se sonreía de felicidad al ver la dicha pintada en el semblante de ambos jóvenes. En seguida agregó con voz grave:

—Al casaros inmediatamente, creo cumplir con un deber sagrado. Tengo facultad para dispensar ciertas ceremonias, y veo que no debo perder tiempo, pues no es dable que deje a Cecilia sola... No me interrumpáis, agregó, ni os aflijáis... Los viejos debemos morir para que los jóvenes prosigan la obra... Ya sé que os amáis, y yo espero mucho de dos jóvenes que se aman... Pero antes de todo, Alfredo, prométeme dos cosas: la primera es que estudiarás la religión católica y que te harás bautizar en cuanto te convenzas de su excelencia sobre las sectas protestantes.

—¡Lo juro!, respondió el joven alzando su mano.

—¿A pesar de la oposición de tu padre?

—Sí, señor, porque creo que la religión es un vínculo entre Dios y el individuo.

—La segunda cosa es, prosiguió el cura con temblorosa voz, que procurarás convertir a la senda del honor a ese mozo que...

—No me diga usted más, le interrumpió Alfredo abrazándolo; prometo a usted que miraré a Antonio como a un hermano.

—Te creo, dijo el cura; ahora, seguidme todos a la iglesia.

Diez minutos después, Cecilia y Alfredo estaban casados. Doña Josefa había servido de madrina y Enrique de padrino.

—¡Vaya!, decía la señora, qué casamiento tan de repente! Y no haberme dicho una palabra este santo cura para haber hecho siquiera unos **pasteles de hojas!** Pero, en fin, ya ella se casó y yo me libré de contrapesos. Gracias a Dios que ahora tengo todo mi tiempo libre y sin sobresaltos para dedicarlo al cuidado de mi gatito, de mi **Marruquitito!**, decía la señora besando al Almizcle.

Mas, a pesar de todo, dejó al Almizcle en el suelo y se fué a la cocina, pues, ya se acercaba la hora de comer y debía presentarse una mesa de boda, Enrique acompañaba a los novios, y éstos se miraban preguntándose si sería un sueño tanta dicha.

El señor cura se había ido a su cuarto, y entornando la puerta se puso a escribir. Así ocupado permaneció hasta la hora de comer. En la mesa manifestó cierta alegría; pero bien se echaban de ver los esfuerzos que hacía para ocultar el profundo dolor que lo amargaba.

Alzados los manteles, dijo el responso de las Animas y luego pidió que todos rezasen una salve "para que Dios enviase la resignación a los que padecen". Quedóse de sobremesa largo rato, sin despegar los ojos de Cecilia y Alfredo, que conversaban alegremente. Enrique lo miraba de cuando en cuando y veía los repentinos cambios de su fisonomía.

A veces su mirada era plácida y su sonrisa llena de inefable satisfacción; pero de repente una sombría nube de tristeza aparecía sobre su frente y, alzando sus ojos al cielo, sus labios se movían como si murmurase una oración.

Más de una vez notó Enrique que reprimía un suspiro, y luego se ponía la mano sobre el corazón. Al fin se levantó de la silla y salió al corredor.

Enrique lo siguió y trató de dirigirle algunas palabras de consuelo; mas él le dijo, con voz cavernosa y lúgubre:

—¡Ay, amigo mío! Esta es cuestión de pocos días más... tal vez de horas... El golpe ha sido dado aquí.

Y se puso las manos sobre el corazón, agregando:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—¿Quiere usted que vaya a buscar un médico?, le preguntó Enrique.

—No hay más que un médico capaz de curar esta enfermedad, respondió mostrando con el dedo las estrellas que comenzaban a aparecer en el firmamento.

Mientras los demás salieron a dar un paseo por la calle, él se quedó paseándose a lo largo del corredor. De cuando en cuando entraba a su cuarto y escribía algo para volver en seguida a pasearse. A veces lo seguía silenciosamente el Amigo y se acercaba a él solicitando una caricia. El bonísimo cura acogía afablemente al leal Amigo, y éste solía seguirlo hasta la misma mesa del escritorio. Era evidente que estaba apuntando algunas cosas a medida que las recordaba.

Cuando los paseantes llegaron, Cecilia miró hacia el escritorio y vió a su tío sentado en un sillón con la cabeza inclinada sobre el pecho, en actitud de reflexionar profundamente. El Amigo estaba a su lado mirando de hito en hito a su patrón. Al sentir que Cecilia se acercaba a la puerta, fuése el perro hacia su ama, y tomándola del vestido, llevóla a donde estaba el cura.

Este alzó la cabeza, como despertando de la meditación en que se hallaba abismado, y dijo a su sobrina, palmeando cariñosamente al perro:

—No se ha separado de mí todo este tiempo que ustedes han estado fuera.

—Y ahora me ha traído cerca de usted, respondió ella sonriendo, como para que yo me lo lleve a usted al salón. ¿Vamos?, le dijo, abrazándolo. Alfredo y Enrique no han cesado de hablar de usted durante nuestro paseo. ¿Vamos? Alfredo lo va a querer a usted casi como yo lo quiero.

El cura se dejó arrastrar por su sobrina como un niño. El Amigo los siguió al salón y allí permaneció entreteniéndolos a todos con sus gracias, hasta la hora de retirarse.

Al día siguiente el cura no se levantó de la cama. Fué necesario hacer venir un médico, el cual halló una afección seria al corazón. Procedióse a una junta de doctores, y el enfermo oyó, sin alterarse, el desahucio de los médicos, cuya opinión ordenó que se lo dijese.

Mandó que llamaran al escribano y que le trajesen al cura de la Catedral, que era su íntimo amigo, para que lo auxiliase.

El primero hizo el testamento, según las apuntaciones que el enfermo había hecho en la noche anterior. Por él dejaba el cura por heredero de sus bienes a sus dos sobrinos, instituyendo de albacea a Alfredo, con encargo de no entregar su herencia a Antonio, sino cuando éste, a juicio del albacea, se hiciese por su buena conducta merecedor del legado.

Mientras tanto, sólo recibiría todos los meses un pequeño adelanto.

Alfredo, tratando de inquirir el estado de la causa de Antonio, supo que éste se había fugado de la cárcel, noticia que no se creyó prudente hacer saber al enfermo. Todo el mundo decía que Antonio había sido echado fuera de la prisión, ese mismo día antes de amanecer. Pero, a poco de haber amanecido, el sol de los Andes alumbró el castigo del pobre Ñoño, a quien se le mandó dar, por mano del verdugo, cien azotes, en cuatro lotes de a veinticinco, para escarmiento de malhechores.

Era menester que la ley recibiera su sanción para hacerla respetable y respetada... Y la ley siguió siendo respetable y respetada... como antes.

El cura vivió aún seis días más, y durante este tiempo no preguntó una sola vez por su sobrino. Pocas horas antes de morir, dijo al clérigo que lo auxiliaba:

—Te encargo que apliques la misa de mañana por su conversión.

Durante toda la enfermedad, el Amigo no se separó del cuarto de su patrón. Acercábase a menudo al lecho; y poniendo su barba sobre el borde del catre, quedábase mirando de hito en hito al enfermo. Apenas hacía éste el menor movimiento cuando el fiel animal movía la cola, indicando así muchas veces a las cuidadoras, las

necesidades del paciente. Si lo hacían salir del cuarto, obedecía gimiendo y se echaba en el corredor, cerca de la puerta. Allí dormía con un sueño tan tranquilo, que al más leve quejido o suspiro de su amo, alzaba la cabeza. Muchas veces sucedió que Cecilia o doña Josefa se quedaran dormidas, allá en las altas horas de la noche, a la cabecera del enfermo; y como la débil voz de éste no bastara para despertarlas de su profundo sueño, el Amigo empujaba la puerta, entraba, paso, pasito, y despertaba a la enfermera lamiéndole la mano.

Cuando el pobre Amigo comprendió que su amo había muerto, empezó a gemir y aullar sin consuelo. Fué necesario llevarlo a su covacha; pero no pudieron contenerlo por mucho rato, pues bien pronto volvió al cuarto, haciendo esfuerzos para abrir la puerta y lanzando lastimeros alaridos.

El sacristán lo llevó a su habitación para evitar que viese colocar el cadáver en el ataúd, el cual fué depositado en la iglesia. Mientras se celebraba la misa de cuerpo presente, el perro entró en el templo y se encaminó hacia el sarcófago, en donde estaba el ataúd, hiriendo el aire con sus tristísimos gemidos.

El sacristán lo retiró de allí; pero fué imposible sujetarlo, cuando el acompañamiento del difunto se puso en marcha para el cementerio. El inconsolable Amigo siguió al lado del carro mortuorio, lanzando alaridos que hicieron llorar a muchos de los acompañantes. Al bajar el ataúd a la bóveda de la tumba, metióse dentro, sin que nadie pudiera evitarlo, y se abrazó de la caja fúnebre, mordiendo la cubierta, como si quisiera hacerla pedazos, para ver a su querido amo.

Quisieron sacarlo; pero él se hizo fuerte dentro de la bóveda, contestando con ladridos terribles a los que le mandaban salir de allí. Estaba furioso, y sólo dejó acercarse a Alfredo, quien tuvo que bajar y sacarlo por engaño. Púsole éste un pañuelo sobre los ojos y, ayudado del sacristán, llevólo a un coche, en el que fué transportado a la casa.

Llegado allí, empezó a trajinar sin descanso por todos los cuartos, sin dejar rincón en donde no oliese y mirase con ahinco.

Movía las hojas de las puertas para mirar tras ellas; metíase debajo de los catres; y no encontrando a su amo, fuése a la sacristía y recorrió en un momento toda la iglesia. No se le escapó rincón que no examinase, ni confesionario a donde no se metiese oliendo con incansable anhelo, y gimiendo tan dolorosamente cuando veía fallidas sus esperanzas, que el sacristán, testigo de su afanosa inquisición, no podía contener sus lágrimas.

Mientras tanto, el nuevo cura se recibía del curato pagando a Alfredo el valor de los muebles de la casa.

Los novios, acompañados de doña Josefa, debían partir para

Valparaíso ese mismo día; y queriendo llevarse al Amigo, lo buscaron; mas el perro no pareció en ninguna parte.

El sacristán, a consecuencia de las atenciones de su destino, lo había perdido de vista, y no pudiendo Alfredo retardar su partida, dejó al antiguo servidor de su tío político el encargo de buscar al Amigo, y se fué con su esposa a su ciudad natal, en donde lo aguardaba su padre, sabedor ya de su matrimonio.

El sacristán después de mil pesquisas, supo al fin que el perro se había ido otra vez al cementerio a llorar sobre la tumba de su amo.

SEGUNDA PARTE

Creo que los hombres de ciencia, que aman la que profesan, por la ciencia misma antes que por el lucro, son doblemente acreedores a la estimación de sus conciudadanos. Testifícoles la mía, dedicándoles la segunda parte de esta historia.—**El autor.**

CAPITULO PRIMERO

Los traficantes de carne humana

¡Fatalidad del corazón humano! ¿Por qué la felicidad ha de ser a veces tan olvidadiza que llegue a merecer el apodo de ingrata? Mientras los felices amantes, sin sentir las rudas asperezas del camino, volaban hacia Valparaíso, subiendo y bajando las montañas de la costa, el desgraciado Amigo gemía lastimosamente sobre la tumba de su benefactor. ¿Por qué ha de ser solamente la desgracia la que sabe acordarse de los beneficios recibidos?

Condolido el sepulturero del dolor de aquel fiel animal, dá-

bale los despojos de su comida; pero por más que hizo, jamás pudo separarlo, sino por momentos, de la losa de su amo (1).

De cuando en cuando salía y daba vueltas en torno de los muros del cementerio, ladrando y gimiendo, como si llamara a alguien; pero bien pronto volvía a llorar sobre el fúnebre lecho.

El habitante de las tumbas solía a veces contemplarlo largo rato, afirmado en su azada, y entonces el perro venía a lamerle cariñosamente la mano.

Pero aquella tosca mano, que olía a muerto y que no se movía para hacerle la menor caricia, no podía ser simpática para el pobre Amigo, acostumbrado como estaba a gozar del suave contacto de otras manos más afectuosas y delicadas.

La persona a quien el perro comenzó desde luego a mirar con mayor cariño fué el capellán del cementerio. Por desgracia, el capellán era poco adicto a los perros, razón por la que no siempre correspondía a los halagos del Amigo, cuando éste, acordándose de su amo el cura, en vista de las sotanas del capellán, solía seguirlo y hacerle fiestas.

Pero el buen capellán tenía un corazón compasivo y además había sido amigo del cura de la Viñita: por manera que, si bien no daba grandes muestras de querer al Amigo, admiraba y sabía apreciar su fidelidad, la cual creyó deber recompensar ordenando se le diese de comer y se le cuidase con esmero.

Una ocasión, en las altas horas de la noche, despertó el capellán sobresaltado, al oir que alguien rasguñaba la puerta de su cuarto. Preguntó quién era; mas nadie respondió, sino que el mismo ruido se hizo aún más vivo que antes.

El capellán, aunque no era un hombre preocupado, sin em-

---

(1) Muchos de los habitantes de Buenos Aires fueron testigos de un hecho semejante allá por los años de 1860. Habiendo muerto cierto artesano, dueño de un perro muy inteligente, al cual quería mucho, notóse que el animal siguió el convoy fúnebre hasta la sepultura misma, en donde vió enterrar a su amo, quedándose en seguida allí aullando y gimiendo, a pesar de los esfuerzos que hicieron algunos amigos del difunto para llevarlo a la casa y mantenerlo en ella. Aguijoneado por el hambre, dejaba a veces el cementerio para buscar su cotidiano alimento, pero en la noche volvía a la querida sepultura.

Así vivió el perro durmiendo a la intemperie, durante algunas semanas, hasta que ciertos vecinos, admiradores de tan cariñosa lealtad, se suscribieron para construirle una casucha de tablas, cerca del sitio en donde su amo estaba enterrado; y en ella vivió el noble cán, mantenido por algunas personas caritativas, hasta que murió, puede decirse, de pena, seis u ocho meses después. He oído referir este hecho en el cementerio mismo, cerca de la sepultura en cuestión, a un habitante de Buenos Aires.

bargo sintió que los cabellos se le erizaban y algunas gotas de sudor frío corrieron por su frente, cuando oyó que la puerta era empujada con cierta violencia. Entonces se sentó en la cama y empezó a rezar un responso por el alma que así venía a turbar el silencio de las tumbas.

Aún no había terminado su oración, cuando oyó un gemido y conoció la voz del Amigo, que parecía llamarlo.

Levantóse y abrió la puerta. El perro se acercó a él, y tomándolo de la sotana con el hocico, quiso como hacerlo salir del cuarto.

Admirado el capellán agitó vivamente una campanilla, y pronto apareció, a medio vestir, el sacristán, acompañado del sepulturero. El amigo entonces soltó las sotanas, y tomando con sus dientes una esquina de la manta del sepulturero, hacía por llevarse a éste hacia el patio.

—¿Qué tienes, Tunante? decía el sepulturero, dándole el nombre con que él conocía antes al perro. ¿Estás loco?

—No está loco, dijo el capellán reflexionando. Aquí hay algo que es menester descubrir. Déjate guiar, hombre.

El sepulturero siguió, poco a poco, al Amigo hacia donde éste parecía querer conducirlo. El capellán y su sacristán iban más atrás, paso a paso, y así atravesaron el patio y entraron en el departamento de las lápidas. La noche estaba obscura y tenebrosa; gruesos nubarrones negros entoldaban el cielo, cual cortinajes fúnebres suspendidos sobre las tumbas por el ángel de la muerte, y el norte frío y húmedo silbaba por entre las ramas de los cipreses inmóviles y silenciosos.

El perro había soltado la manta del sepulturero, y aguzando las orejas, empezó a gruñir sordamente.

—Señor cura, dijo el sacristán, yo creo que este perro tiene miedo y nos ha venido a buscar para que lo acompañemos

Sonrióse el capellán de la candidez de su sirviente, y aquietando con la mano al perro para que no ladrase, dió orden de que escucharan sin hacer ruido. Al cabo de algunos instantes oyeron distintamente el ruido de dos o tres personas que corrían a escape por una de las avenidas de cipreses.

—¡Son ladrones! exclamó el cura, soltando el collar del Amigo, que, al verse en libertad, se lanzó ladrando furiosamente tras del ruido. Siguiólo el sepulturero, y con sus ojos de lince alcanzó a ver a dos hombres que corrían agachados llevando algo sobre sus espaldas. Como el perro los acosaba de cerca, uno de ellos dejó caer al suelo lo que llevaba, con el fin sin duda, de defenderse del perro y defender también a su compañero. Ya se hallaban muy cerca del costado oeste del cementerio, cuando el sepulturero vió aparecer sobre el muro a otro hombre que dejó caer rápidamente una escala hacia el lado adentro. El que todavía llevaba su atado subió por la escala; pero al querer subir el otro,

fué atrapado de un pie por el Amigo, y retenido el tiempo necesario para que el sepulturero llegase. Entonces el ladino ladrón, sacudiendo vivamente el pie, dejó el zapato en la boca del perro, y trepó por la escala a tiempo que sus compañeros bajaban por el lado opuesto.

Mas el sepulturero no le dió tiempo de llegar arriba, pues lo pescó de una pierna y lo trajo redondo al suelo. Por desgracia, el ladrón debía ser esforzadísimo, porque apenas se vió en tierra, cuando alzándose prontamente, tomó en sus hercúleos brazos al sepulturero, del cual se sirvió como de un escudo para defenderse de las embestidas del Amigo. De esta manera logró acercarse otra vez a la escala; y lanzando al pobre enterrador contra el Amigo, trepó velozmente sobre el muro, a tiempo que el capellán llegaba seguido de su medroso sacristán.

Sin pérdida de tiempo, hizo el capellán que su gente saliera a dar la alarma a la calle. Despertaron varios vecinos y salieron, armados unos de palos, otros de cuchillos y algunos de lazo, arma que en manos chilenas sirve no tanto para ofender como para atrapar al enemigo, y que ha logrado acreditarse hasta en los mismos campos de batalla, desde los tiempos de nuestra independencia.

El molido enterrador, con su terrible azada en la mano y seguido del Amigo, corría junto con las demás personas que se habían levantado, y deseaba encontrar al que tan mal lo tratara, para tener el gusto de enterrarlo, si era posible. Pero recorrieron en balde por todo el contorno, sin encontrar a los que buscaban.

Cuando ya se volvían todos a sus camas, sin esperanza alguna, cuatro o seis personas que acompañaban al sepulturero, notaron que el Amigo se paró repentinamente en frente de una casucha de ruin aspecto, y empezó a husmear y a ladrar con furia, rasguñando y mordiendo la puerta, como si tratase de echarla abajo. La casucha no estaba muy distante del lugar por donde los bandidos salvaron la tapia; y esta circunstancia, unida a las demostraciones del perro, los hizo golpear la puerta; pero nadie contestó.

El sepulturero entonces alzó su azada, y al segundo golpe, la débil puerta cayó convertida en astillas. Un hombre de mal aspecto y en mangas de camisa salió a preguntar con áspero tono, por qué se le molestaba de aquella manera.

—¡Por qué usted no nos ha contestado! respondió el sepulturero, con aire de autoridad.

—Pero yo estoy en mi casa, replicó el hombre. Aquí estoy sin hacerle mal a nadie. ¿Por qué vienen a echarme la puerta abajo, como si ustedes fueran ladrones? Mañana me quejaré ante la autoridad.

Los asaltantes se iban ya a retirar, temerosos de lo que pu-

viera acontecerles el día siguiente, cuándo el enterrador, viendo que el Amigo seguía mirando con avidez y ladrando hacia el interior de la habitación, dijo a sus compañeros:

—No debemos retirarnos, porque el perro nos está diciendo bien claro que los ladrones están aquí.

—¡Ladrones aquí! esclamó el dueño de casa, dando un paso atrás. ¿No saben que yo soy un hombre honrado que jamás ha dado que decir a nadie?

—Así será, **ño Chumita**, dijo riendo uno de los compañeros del enterrador; pero lo cierto es que usted ha estado en la cárcel más de dos veces.

—Mentira! exclamó el interpelado. Yo no he robado, y mucho menos a tí **hilachento**. Mañana mismo me quejo ante el juez... Allí me tendrás que probar cuánto he robado....

—Yo no digo que usted haya robado, **ño Chumita**. No digo más sino que ha estado unas dos o tres veces **a la sombra**; y que si usted no es olla, es tapadera.

—En fin, dijo el enterrador, concluyamos de una vez, porque hace más frío que en la misma sepultura. Déjenos registrar la casa, don **Chuma**.

—Entren y regístrenlo todo, respondió éste, dejando libre el paso. Ya verán cómo les va mañana!

Entraron; pero era tal la obscuridad, que nada podían ver en el interior del sitio. Ocurriósele a uno encender el fogón de la cocina y con esto se iluminó, aunque imperfectamente, el patio. Buscaron cuidadosamente por todos los rincones, sin encontrar nada; mientras el dueño de casa con jactancioso tono les decía:

—Ya ven ustedes como se han fatigado en balde. Busquen y rebusquen hasta por debajo de los catres, y verán como sacan tanto en una mano como en la otra. Mañana lo verán con el juez.

El Amigo, sin hacer el menor caso de las palabras del llamado don **Chuma**, después de recorrer velozmente por los cuatro costados del sitio, empezó a trotar con el hocico pegado al suelo Dando mil vueltas y revueltas, llegó finalmente a un horno que en una esquina del patio había, y se puso a ladrar roncamente.

—Aquí está! esclamó uno de los buscadores encaminándose hacia el horno.

—No toquen ese horno! dijo vivamente el dueño de casa, porque ahí tiene mi mujer algunas cosas que... Vaya! ¿No ven que está tapado por fuera? ¿Cómo créen que pudiera taparlo el ladrón si hubiese entrado dentro?

Mientras tanto, el Amigo había escarbado con ambas manos la puerta del horno, y arrancado con los dientes los atados de ramas y tiras de pellejo que la cubrían. Cuando la puerta se abrió, los ojos del perro relampaguearon de furor, y sus ladridos se hicieron más repetidos y terribles.

—Ahí está! gritaron todos corriendo hácia el perro; y en

aquel momento vieron salir por la boca del horno un hombre que saltó por sobre el Amigo y cayó como un rayo sobre dos de los perseguidores, a quienes echó al suelo dándoles sendas bofetadas. En seguida corrió hacia la puerta de la habitación que daba a la calle, la cual parecía haber abierto el dueño de casa, con el fin de dar salida al fugitivo. Pero no bien éste llegó a la puerta, cuando dando un grito espantoso, cayó al suelo, bajo la azada del sepulturero que decía con aire de triunfo:

—¡Ahora sí que no te escaparás.

El sepulturero había reconocido al momento a su hombre.

Llegaron los demás, y vieron que estaba aturdido, con una pequeña herida en la cabeza. El sombrero de lana que llevaba lo había librado de una muerte segura. Mientras unos buscaban al dueño de casa, que se había perdido, los otros lavaron la herida, ayudados por la misma esposa de **don Chuma**, que lloraba a lágrima viva, sin decir para dónde se había ido su digno consorte.

Bien pronto estuvo el ladrón en estado de andar por sí mismo; pero ya no podía huir, pues sus captores habían tenido cuidado de atarle fuertemente las manos por la espalda. Llevároulo a las habitaciones del cementerio, metiéndolo en un cuarto seguro.

Al día siguiente se levantó el capellán muy temprano, para ver qué cosa podían haberse robado los ladrones; y acompañado del sacristán empezó a recorrer el cementerio. En la revista que hacía, se encontró con el sepulturero, que le dijo:

—Señor cura: el perro no está en la sepultura de su patrón, y no he podido encontrarlo en todo el patio de los mausoleos. ¡Si habrán venido a matarlo esta mañana los ladrones!

—Difícil es que hayan vuelto, respondió el capellán. ¿Cómo se llama ese perro?

—Se llama Tunante; pero ahora le dicen el Amigo.

—Pues bien, llamémoslo por este nombre, dijo el cura, gritando en seguida: ¡Amigo! ¡Amigo!

Oyeron unos ladridos; pero no apareció el perro. En seguida se dejaron sentir ciertos aullidos lastimeros, que les sirvieron de guía para llegar a donde el Amigo estaba.

Encontráronlo de pie, gimiendo y lanzando de cuando en cuando, ya ladridos terribles, ya aullidos tristes como si llorara. En sus ojos estaba pintado el furor estremezclado con cierto sentimiento de dolor y de pena, tan notable, que chocó desde luego al capellán.

—¿Qué tendrá? dijo éste acercándose más.

Pero al llegar a donde él estaba quedaron estupefactos. Detrás de unas matas de rosas que crecían al borde de una sepultura, vieron un gran atado hecho de un poncho, cuyas esquinas formaban un nudo. Desatólo el sepulturero y exclamó:

—¡Son presas de difunto!

Acercóse el capellán, y vió que efectivamente el atado era de trozos de cadáveres. El horror le hizo dar dos pasos atrás, impidiéndole decir una palabra. El sepulturero y el sacristán estaban también mudos; y el Amigo, oliendo el poncho, daba prolongados gemidos, y luego ladraba en dirección del capellán, como si le preguntara:

—¿Es posible que entre los hombres haya seres tan depravados?

—Señor cura, dijo el sacristán ya había yo oído decir muchas veces que hay un empanadero aquí en Santiago que vende empanadas de cristiano; pero no lo creía... ¡Qué herejes! ¡Venirse a robar pedazos de cadáver para guisarlos!

—El hombre! decía el capellán hablando consigo mismo. Lo que es el hombre, Dios mío! Vaya! es capaz de todo... hasta de comerse a su hermano y vender en trozos a su prójimo.

En seguida ordenó que quedara en el mismo lugar aquel horroroso atado; y llevándose al perro, al cual empezó a mirar con mayor cariño, escribió una larga carta al juez de letras en lo criminal, relatándole todo lo sucedido.

Dos horas después, estuvo allí el juez, acompañado de su escribano y de varias personas de respeto que quisieron ver por sus ojos el sacrílego robo.

Como el sacristán lo había dicho, hacía algún tiempo que se hablaba en Santiago de las **empanadas de muerto**, y hasta se mostraba con el dedo al empanadero que las vendía; pero nadie podía creer en tan espantoso atentado contra la naturaleza, cometido en un país en donde lo que menos escasea es la carne.

Luego que el juez se hubo impuesto de todas las circunstancias del hecho, hizo colocar una mesa en el mismo lugar en donde el atado se encontraba, y mandó traer al preso para encabezar allí mismo el proceso, y descubrir, si era posible, toda la verdad del inhumano atentado.

CAPITULO II

El interrogatorio

Era el preso un hombre alto, bien formado, de sobresaliente musculatura y de mirada atrevida y descarada, que rayaba en burlona. La presencia del juzgado establecido allí en el mismo lugar y con el cuerpo del delito a la vista, no lo intimidó en lo más mínimo; y cualquiera que hubiese observado su tranquilidad habría estado lejos de pensar que tuviera participación en aquel crimen. Preguntóle el juez cómo se llamaba, de dónde era, qué oficio tenía, y si sabía por qué lo habían capturado, a lo cual contestó con voz firme y clara:

—Me llamo Pedro Tello; soy de Linares; sé hacer riendas, monturas y obras de cuero, pero no sé por qué me tienen amarrado como si fuera un salteador. Al contrario, señor juez, prosiguió mostrando al sepulturero, que estaba a poca distancia, y me quejo ante U. S. en contra de este hombre que anoche me ha herido.

—Calle usted, dijo el juez con severo tono, y conteste categóricamente a lo que se le pregunte. ¿En dónde durmió anoche?

—Dentro de un horno, en casa de mi compadre don Tomás Espino.

—¿Dónde vive su compadre?

—Aquí muy cerca, al lado del sur, en la calle que llaman de los Trapitos.

Dió el juez orden de que se trajera a Espino y siguió interrogando.

—¿Cuándo llegó usted del sur?

—Ayer, señor.

—¿Llegó usted directamente a casa de Espino o a otra parte?

—A casa de mi compadre.

—¿Podría usted mostrarme el caballo en que se ha venido del

—Nó, señor, porque mi caballito me lo robaron en Curicó, y allí tuve que vender mi montura.

—¿Es decir que se vino de a pie desde Curicó?

—Sí, señor.... hasta más acá de Rancagua, en donde tomé el tren.

—¿En cuántos días hizo el viaje a pie?

—En un día **y un poco.**

—Mucho andar es eso.

—Yo soy muy andador de a pie, señor.

—Fíjese usted bien en lo que contesta, porque yo puedo hacer la prueba con usted para ver si en realidad es capaz de andar en un día desde Curicó a Rancagua. Ahora dígame ¿cuál es el objeto de esta venida a la capital?

—He venido a buscar trabajo, pues en Linares no hago nada.

—¿Y por qué ha dormido usted en ese horno?

—Porque hacía mucho frío y me gusta mucho dormir dentro de un horno, mayormente cuando en él han cocido pan, porque lo halla uno calientito. Yo en mi casa duermo siempre dentro de un horno, a puerta cerrada.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene usted amistad con Espino?

—Como unos seis meses.

—¿En dónde lo conoció?.

—Aquí en la ciudad, una vez que vine a vender unos bueyes.

—¿De quién eran los bueyes?

—De un caballero de mi tierra que me pagó porque se los viniera a vender; y por más señas que se los vendí muy bien, y le llevé la plata y todo, porque yo he sido siempre un hombre muy de bien, y los ricos de mi tierra hacen confianza en mí, como que soy...

—Bueno, bueno. Ahora dígame: ¿ha vendido usted empanadas alguna vez por las calles de Santiago?

—Nunca, nunquita, señor.

—¿Conoce o tiene amistad con algún empanadero?

—Con ninguno.

—Sin embargo, hay quien dice que lo ha visto a usted, desde algunos meses a esta parte, vender empanadas por las calles.

—Será otro, señor, que se parece a mí; pero yo no puedo ser porque no soy de aquí.

—¿Cuánto tiempo hacía que usted no venía a Santiago?

—Más de un año, señor.

—¿En dónde ha pasado usted este último año?

—En mi tierra.

—¿No ha salido usted de Linares desde un año a esta parte?

—Nó, señor.

—Pues bien, usted acaba de decirme que ahora seis meses conoció a Espino aquí, en Santiago; y luego me dice que hacía más

de un año que no venía a la capital. ¿Cómo me explica usted esto?

—Tal vez me oyó mal, su merced, respondió el reo titubeando. Yo le contesté que hace como año seis meses que conozco al compadre Espino.

—Sin embargo, dijo el juez, levantándose de su asiento y acercándose al atado que se había cubierto con una cortina negra de choleta, yo creo haber oído muy bien que usted me contestó seis meses, en vez de año y seis meses. ¿Es suyo ese poncho? preguntóle de repente alzando la cortina.

El reo, al ver el atado, dió un paso atrás y pareció impresionarse; pero luego se rehizo y contestó.

—No es mío, señor.

—¿Por qué se asusta usted?

—Yo no me asusto por nada, señor: aunque la manta tenga lo que tuviese ¿qué me importa a mí?

—Pero ¿qué es lo que contiene este atado para que lo haga decir eso a usted?

—Yo... yo no sé, señor, lo que tendrá el atado.

—¿No lo sabe, usted? Y entónces ¿quién ha cortado y metido aquí estos trozos de cadáveres? preguntó el juez abriendo la manta.

—Yo no sé, señor, respondió el reo poniéndose pálido.

—Sin embargo, hay quien lo ha visto a usted anoche pasar por aquí con ese atado sobre las espaldas.

—Yo no sé cómo pueden haberme visto, cuando no he estado aquí anoche.

—¿Qué tiene usted en el pie derecho? preguntó el juez, viendo que lo tenía desnudo y atado con un pañuelo de algodón.

—Es una lastimadura que me hice ayer, al llegar a Santiago.

—¿Y el otro zapato?

—Debe estar en el horno, en donde dormí anoche.

—Venga usted acá, dijo el juez, haciendo seña al sepulturero. ¿Está usted seguro de que éste es el mismo hombre que pasó por aquí con este atado?

—Sí, señor.

—¿Qué dice usted? preguntó el magistrado, entonces dirigiéndose al reo.

—Que no es verdad lo que dice este hombre y que U. S. no le ha de creer porque no hay otro testigo.

—Ah! ¿Conque usted sabe que no hay otro testigo del hecho, fuera del sepulturero?

—Yo creo que así será, respondió el reo volviendo en sí, porque como ninguna otra persona atestiguaba en mi contra....

—También el señor cura y el sacristán estaban presentes, cuando el ladrón pasaba por aquí con el robo.

—Estaban presentes! exclamó el reo. Nó, señor, yo le juro a su merced que no estaban aquí.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Quiero decir que ellos no me han visto porque no soy yo el ladrón. Yo creo que ninguno de ellos se ha de atrever a jurar que me ha visto.

—¿Porque estaba la noche muy oscura?

—Sí, pues, señor.

—¿De modo que si hubiese habido luna lo habrían visto a usted?

—Nó, señor. Yo no digo eso porque yo no era ese ladrón. Lo que digo es que no me han podido ver, porque yo no era el que llevaba ese atado; ni el poncho es mío, ni había visto nunca esa manta, porque yo no he sido...

En aquel momento llegaron a decirle al juez que Tomás Espino no estaba en su casa, y que su mujer no sabía decir en dónde podría encontrársele.

—¿Tiene hijos ese hombre? preguntó el juez en voz baja.

—Nó, señor, le respondieron algunas personas que lo conocían, es solo con su mujer la cual nunca ha tenido familia.

—¿Tiene usted hijos? preguntó entonces el juez al reo.

—Nó, señor, respondió éste; soy soltero.

—¿Y cómo puede ser usted compadre de Espino cuando ésta tampoco tiene hijos?

—Es cierto que no ha tenido hijos en esta mujer, respondió el reo; pero tuvo uno en la primera.

—¿Ha sido casado dos veces?

—Sí, señor.

—Pues hay testigos que aseguran que no ha tenido otra esposa que la presente.

—Así será, señor; yo no me meto en eso respondió el reo. Talvez él me engañó al decirme que estaba casado con aquella mujer, cuando me rogó que le sirviera de padrino al niñito, el cual me acuerdo que murió como al mes.

—Y si hubiera vivido su ahijado, ¿qué edad tendría a la fecha?

—Andaría **bordeando** en los nueve años, según me parece.

—¿Es decir que hace nueve años que usted es compadre de Espino, a quien conoce solamente desde ahora un año y seis meses?

Turbóse un poco el reo, y luego contestó con increíble desfachatez:

—Así es pues, señor, como su merced dice. Hace algunos años y meses que conozco a mi compadre Espino. Eso fué lo que le dije a U. S.

—Usted ha faltado dos veces a la verdad, dijo severamente el juez.

—¿Qué dice U. S? y perdone, preguntó el reo poniendo el oído.

—Que usted está empeorando su causa con faltar a la verdad.

—Así es, pues, señor; todo lo que le he dicho es la pura ver-

dad; pero como soy un poco sordo... Lo cierto del caso es que U. S. no encontrará ningún otro testigo fuera del sepulturero, el cual habla en mi contra porque como él fué el que me dió el garrotazo anoche...

—Calle usted, dijo el juez, pensando en cómo convencer de su crimen a un reo que se encastillaba tan tenazmente en la negativa, sabiendo que no había más que una sola persona que testificara legalmente en contra de él. Dígame, agregó en seguida, dirigiéndose al sepulturero, ¿no me habla usted de un perro que perseguía al ladrón?

—Sí, señor, respondió el interpelado. El perro fué el que le impidió subir a la pared, y lo sujetó hasta que yo llegué.

—Traiga usted ese perro, ordenó el juez.

Cinco minutos después estaba allí el Amigo. Conocíolo el juez al momento y dijo acariciándolo:

—He aquí otro testigo que no sabe mentir.

Dejóse acariciar el Amigo, con la mansedumbre y docilidad que solía; miró al juez; movió rápidamente la cola, y luego la bajó, alzando la cabeza y aullando lastimosamente a muerto, con el puntiagudo hocico elevado al cielo.

En seguida, habiéndolo abandonado la callosa mano del juez, se metió por debajo de la negra cortina que lo cubría. Al ver el poncho, le olió repetidas veces y dió un salto atrás. El juez había ordenado que lo dejasen obrar, y todo el mundo permanecía en silencio. Luego volvió a acercarse a la manta, como si algún secreto instinto lo atrajera, y volviendo la cabeza en torno de sí, lanzó tremendos ladridos, que repitieron los ecos de las tumbas. El juez no quitaba los ojos del perro sino para ponerlos en el reo, que, por su orden, se había colocado detrás de un grupo de personas, de manera que no podía ser visto por el Amigo. Este volvió a gemir con voz lastimera y miró fijamente los ojos del juez, quien en aquel momento había clavado la vista en el reo. El ladrón estaba pálido, y, con los ojos medio cerrados, parecía no querer mirar a la escena. En aquel momento el perro, siguiendo la mirada del juez, dió vuelta velozmente en torno del grupo que ocultaba al reo, y sin que nadie hubiera podido evitarlo, se lanzó sobre éste, como un león sobre su presa. El ladrón cayó de espaldas, al tremendo empuje, y bajo el peso del furioso animal, que haciendo presa en su garganta, lo habría estrangulado, a no haberlo evitado los circunstantes.

—¡Defiéndanme por Dios! ¡Yo soy el ladrón! ¡Yo soy, señor juez! ¡Que me ahogo! gritaba el miserable pugnando por desasirse de aquella fiera, que apenas lo dejaba respirar.

Quitáronle el perro, al cual el sepulturero tomó del collar, pues seguía amenazando con su gesto inflamado de cólera y con sus roncos ladridos al asustadísimo reo. Pero pronto se rehizo éste, y a su anterior palidez sucedió el enrojecimiento de su

semblante, cuyas venas se inyectaron de sangre... Paseó en seguida sus chispeantes ojos por todos los circunstantes; mientras de sus espumosos labios salían estas palabras, acentuadas por la rabia:

—¿Qué? ¿Piensan que porque he dicho eso, soy el ladrón que buscan? No lo crea, señor juez. Yo no he robado eso; y si así he hablado ha sido porque me librasen de su animal que me mataba.

—¿Cómo? exclamó el juez, todavía se atreve usted a negar, c ando este perro testifica claramente el hecho que usted ha confesado?

—Si la ley dice que los perros pueden servir de testigos, yo nada más tengo que decir, refunfuñó el reo.

El juez se mordió los labios, y volvió a la carga.

—Pero el perro lo ha conocido a usted, después de haber olido el atado.

—El perro me ha conocido, señor, porque me vió salir del horno, y allí me persiguió con furia.

—Y además usted mismo ha confesado el crimen.

—El dolor me ha hecho hablar, señor juez, y lo mismo habría hecho si U. S. me hubiera mandado azotar, para que confesara. ¿Será justo que se tenga por cierto lo que un reo dice, a causa del martirio que le dan?

—Usted no sólo parece un gran criminal sino un experimentado criminalista.

—Yo no sé, señor, lo que parezco, y sólo sé que soy un hombre honrado.

En aquel momento el capellán se acercó al juez, y lo convidó a almorzar, rogándole que se suspendiese la sesión.

—Mil gracias, señor, repuso éste; pero me he prometido a mí mismo no moverme de aquí hasta no dejar concluído este negocio. Hágame el favor de mandarme pan, queso, agua y vino; nada más. Aquí comeré y aquí cenaré si es necesario, continuó mirando fijamente al reo.

—Yo también deseo comer algo, dijo éste con afectado descoco.

—Nada más justo, respondió el juez.

—Se le traerá de comer, agregó el capellán.

—Que venga al momento un médico, ordenó el magistrado a uno de los soldados que lo acompañaban.

Ante la impertérrita entereza del juez, había ya empezado a ceder la cínica tenacidad del reo. Mientras aquel y su secretario comían tranquilamente pan y queso y bebían su vino aguado, el ladrón apenas pudo probar unos bocados del plato que le trajeron.

—Señor, dijo, ruego a U. S. me dé permiso para separarme de aquí mientras almuerzo.

—¿Y por qué no almuerza aquí?

—Porque no puedo.... Se me hace nudo la comida en la garganta.

—Pues lo mismo me pasa a mí, respondió tranquilamente el magistrado; y si como, no es por gozar sino solamente por llenar mi deber. Cumpla usted con el suyo, que yo cumpliré con el mío, no separando mis ojos de usted hasta no descubrir la verdad.

Dicho esto, se levantó de la mesa y empezó a pasearse a corta distancia, pensando en una idea que le había caído en mientes, para lo cual había hecho llamar al médico. Al fin llegó el doctor, acompañado del capellán y de las personas que con éste acababan de almorzar.

—Señor doctor, dijo el juez, examine la herida que ese hombre tiene en el pie, a fin de informarnos cómo y de qué manera ha sido hecha.

Desatado el pie, examinó el médico la herida y dijo:

—No es una sóla, sino cuatro heridas, hechas al parecer con un instrumento punzante.

—El reo ha declarado que la herida proviene del golpe de una piedra que le cayó sobre el pie.

—Así fué, señor, agregó el ladrón.

—Aquí no se vé contusión alguna, dijo el médico. Para que las dos heridas que se ven sobre el empeine fuesen ocasionadas por el golpe de una piedra ú otro cuerpo cualquiera, sería menester que éste se hallase armado de un par de clavos o cosa parecida....

—La piedra tenía dos puntas, y éstas fueron las que se me enterraron en el empeine, dijo el reo.

—En la planta del pie hay otras dos heriditas que se corresponden con las de arriba, prosiguió el doctor.

—¿Crée usted que esas cuatro incisiones hayan podido ser causadas por los colmillos de un perro? preguntó el juez.

—¡Sí, eso es! exclamó el médico. Ahora si que caigo en ello.

—Venga acá el perro, ordenó el juez; y usted, señor doctor, mida exactamente la distancia entre las incisiones, tanto en la parte superior como en la planta del pie.

—Hízolo así el médico, cortando dos pajitas de teatina, que medían las antedichas distancias. Tomó las pajillas el juez, y haciendo que el sepulturero abriera la boca del Amigo, las colocó él por sus manos, una entre las puntas de los colmillos superiores y la otra entre los inferiores. Las medidas coincidían exactamente.

Mientras el escribano apuntaba en el papel todas estas circunstancias, el reo miraba en torno de sí mismo, con ojos caídos e irresolutos. Sin embargo, hizo un esfuerzo y dijo:

—Ahora me acuerdo, señor juez, de que el perro me tiró una tarascada cuando al salir del horno salté por sobre él, y me mordió el pie que traía desnudo.

—¿Y el otro zapato? preguntó el juez.

—No alcancé a ponérmelo, por la prisa.

—Entonces ha quedado en el horno. Vaya usted ordenanza, a buscarlo, y no se lo entregue a nadie sino a mí. Ahora, señor doctor, desnude el otro pie, y dígame si encuentra en él demostraciones de una marcha larga y reciente.

Hizo el doctor como se le ordenaba, y dijo que aun cuando aquel pie era de fuerte musculatura y podía muy bien resistir a una larga marcha, sin sufrir, no obstante, él estaba seguro de que el reo no había hecho recientemente un largo camino, en atención: 1.o, a que el talón, lejos de estar endurecido, se hallaba en estado de natural morbidez; 2.o, a que el doblez de la llave del pié se mantenía flexible y no presentaba esa rigidez que se nota en un pie cansado por una larga marcha; 3.o, a que en todo el resto del pie hasta los dedos, no había la menor señal de inflamación; 4.o, a que el color de la piel era en el pie tan trasparente como en la pierna, lo cual no era indicación de un esforzado trabajo; y 5.o, a que, no estando el pie lavado desde mucho tiempo antes, según parecía, debían conocerse mucho mejor las inflamaciones producidas por una marcha larga y reciente.

Mientras el doctor dictaba al escribano el anterior informe, el Amigo se había acercado al zapato del reo, que estaba tirado en el suelo, y olfateándolo con ahinco, mordiólo con rabia.

Todos entonces fijaron la atención en el perro, y vieron que, después de haber sacudido en el aire y traspasado el zapato sus agudos colmillos, empezó a ladrar como amenazando al reo.

En seguida, corriendo velozmente hacia el punto por donde habían los ladrones salvado la muralla, se perdió por entre las tinieblas y grupos de árboles. Mandó el juez que lo siguieran a lo lejos, para ver hacia dónde se encaminaba; pero bien pronto lo vieron venir corriendo con el otro zapato en la boca. Al verlo el juez exclamó:

—¡Hé aquí el testigo! Ahora adivino todo lo sucedido! Sí! eso es! prosiguió examinando atentamente el zapato que el Amigo depositó en sus manos. Es precisamente el del pie derecho y está agujereado por los colmillos de este admirable perro. Sin duda que al subir el ladrón por la escala, el perro lo tomó del pie y se quedó con el zapato en la boca. El olor del otro zapato le ha recordado el caso y avivado el instinto... Dios quiere que se haga justicia cumplida... Examine usted, doctor, y compare las heridas del pie y las roturas del zapato, para ver si coinciden.

Así lo hizo el médico, testificando que existía la más exacta coincidencia. El ordenanza que el juez había enviado a buscar el zapato, llegó diciendo que no lo había podido encontrar en el horno, ni en toda la casa.

—Señor juez, exclamó el reo, haciendo un último esfuerzo, ¿puedo hablar en mi defensa?

—Hable usted.

—Yo creo que el ordenanza ha traído del horno el zapato, y se lo ha dado al perro, el cual lo ha mordido y lo ha agujeado, por-

que el animal está furioso conmigo desde anoche...

—Se conoce que no es ésta la primera vez que usted sufre interrogaciones ante un juzgado, dijo el juez. Pero dígame, ¿cómo explica la circunstancia de que los agujeros del zapato coinciden con las heridas del pie?

—La casualidad, pues, señor, y mi mala suerte.

—Pues, bien, dijo el juez, quiero ver si usted confiesa al fin su crimen. Vámonos al punto de la muralla en donde pusieron anoche la escala, y lleven los dos zapatos.

—Encamináronse allí, y examinando con cuidado, el juez encontró dos o tres pisadas sobre el suelo enteramente iguales a la planta del zapato derecho del reo.

—Fíjese usted bien, dijo el juez al escribano. En primer lugar, el zapato izquierdo es el único que coincide con las pisadas; y en segundo, al lado de cada una de éstas se distingue, aunque con trabajo, otra pisada de un pie derecho desnudo. Ponga usted el pié herido aquí! ordenó el juez al reo, mostrándole estas últimas pisadas.

—Ya ve usted, señor escribano, como son del pie derecho. Todo esto indica que el reo se hallaba ya aquí con un sólo zapato. Ahora póngale al reo el zapato izquierdo.

Hiciénronlo así, y en seguida le ordenó el juez que pisara cerca de una de las otras pisadas que habían encontrado.

—Comparando ambas pisadas, prosiguió el juez, se ve que la impresión de la antigua es mucho más profunda que la actual, lo que indica que anoche el cuerpo del reo llevaba sobre él un peso mucho mayor que ahora. Todo esto corrobora lo declarado por el sepulturero. ¡Y usted! prosiguió clavando sus ojos en el reo, ¿todavía persiste en negar el hecho?

Bajó el reo los ojos y no respondió una palabra. El juez ordenó dirigirse todos a la mesa. Cuando hubieron llegado, dijo al reo las siguientes palabras pronunciadas con una calma terrible:

—¡Tome usted ese atado! Son restos humanos envueltos en el mismo poncho de usted. Cargue sobre sus espaldas esos miembros de hombres, que ayer tenían una vida como usted y que hoy se hallan en la misma fosa en que tal vez usted caerá mañana; y llévelos al lugar de donde los sacó anoche.

El reo dió un suspiro, tomó el atado, cargólo sobre sus hombros, y, paso a paso, se encaminó a la fosa común.

Al llegar allí lanzó un grito salvaje, y cayó exánime. Había hecho un esfuerzo supremo que agotó sus fuerzas; pero no confesó su crimen.

CAPITULO III.

El muerto resucitado

Parece que las peripecias de este hecho hicieron olvidar algún tanto su dolor al Amigo, pues desde entonces empezó a seguir al sepulturero, acompañándolo en sus fúnebres faenas. Sólo de vez en cuando iba a gemir sobre la tumba de su querido amo.

Un día en que el sepulturero cubría con la eterna capa de tierra una fosa llena de cadáveres entremezclados y sin orden, notó que el Amigo husmeaba, gemía, volvía a olfatear y ladraba, saltando vivamente en torno de la gran sepultura. Reconvínolo ásperamente; mas, a pesar de esto, el perro sólo se inquietaba un instante, y luego volvía a gemir, ladrar y saltar como un loco. Llegada la hora de medio día, el enterrador se fué a comer, sin notar que el perro no lo seguía, como tenía de costumbre.

Vuelto de nuevo a su tarea, quedó admiradísimo al ver cómo el Amigo había escarbado con sus manos, y hecho a un lado la tierra suelta que cubriera una parte de la fosa. También había arrastrado hacia afuera dos o tres cadáveres, y trabajaba con empeño por sacar otro más. Pero sus fuerzas estaban agotadas, y cuando llegó el enterrador, daba lástima el verlo asesar de cansancio, con un palmo de lengua afuera de la boca.

—¿Qué es lo que ha hecho este animal? se preguntó el sepulturero asomándose al interior de la fosa. Más no tuvo necesidad de que nadie contestase su pregunta, pues vió con asombro que uno de los cadáveres se movía perceptiblemente. Tomólo al momento; sacólo fuera de la fosa y vió que respiraba. El perro saltaba, moviendo la cola y dando ladridos de placer, en torno del cadáver, que volvía a la vida bajo la influencia del aire libre.

El sepulturero fué prontamente a las habitaciones a buscar quién le ayudase a llevar el **muerto resucitado**, como él decía, y luego volvía con dos hombres más. El perro seguía haciendole fiestas al casi cadáver, cuya cara había lamido, quitándole esa pegajosa tierra de los sepuleros, que le impedía abrir los ojos y hasta respirar con facilidad. Llevároulo a las habitaciones del capellán, que, impuesto de lo sucedido, no cesaba de acariciar al Amigo, y de dar gracias a Dios por haberle dado, en el perro, un amigo tan fiel y cariñoso al hombre.

Atendido con exquisito cuidado, el casi muerto pudo hablar, en menos de una hora. Hallábase extenuado de hambre; y el alimento lo reanimó hasta darle fuerzas para sentarse en la cama. Entonces fué cuando, con la conciencia de su situación y reuniendo sus recuerdos, pudo fijarse en su libertador que, sentado en el suelo y con la barba apoyada en el borde del pecho, miraba de hito en hito al enfermo. Echóse este sobre el perro, y abrazándolo con muestra de la mayor gratitud, lloró sobre la cabeza del generoso animal. El capellán, de pie en frente del lecho, murmuraba en voz baja:

—¡Bendito sea Dios que puso el amor, no sólo en el corazón del hombre, sino en el de todo sér que respira! ¡Bendito sea el amor que vincula a todos los séres de la creación, reuniéndolos bajo la mano de su Autor infinito! ¡Bendito sea este sentimiento, que, apareciendo bajo mil formas en la naturaleza, fecunda nuestro espíritu e ilustra a la razón misma, que para elevarse a Dios en alas de la gratitud necesita ser calentada por el fuego del corazón! ¡Oh! amor, que cual lluvia del cielo fecundais la tierra, iluminándola con los colores del iris, bendito seáis! Oh!, Dios que hicisteis las cosas al soplo de tu eterno amor encarnando en tu obra el fuego luminoso del sentimiento, bendecido y adorado seáis para siempre por el amor de tus criaturas!

Sólo cinco días después, y merced a los solícitos cuidados del buen capellán del cementerio, pudo el enfermo decirle detalladamente quién era, y contar su historia, en los términos siguientes, delante de varias personas que quisieron escucharla y del Amigo que no se había separado del lecho, al pie del cual había permanecido prestando todos aquellos servicios de que era capaz.

—Yo, señores, dijo el enfermo, me llamo Pablo Pérez y nací en Copiapó, en donde ejercí con mi padre el oficio de leñador. La casualidad me hizo descubrir una mina de plata; más, no teniendo con qué trabajarla se asoció conmigo un caballero rico, que al fin me compró la mina en trescientos sesenta mil pesos, dándome por añadidura una casa en la ciudad de mi nacimiento. Tenía yo entonces de veintiséis a veintiocho años, cuando me encontré de repente poseedor de una fortuna, que en mi inexperiencia creí inagotable. Híceme de amigos entre las principales familias de mi pueblo, y yíme saludado, festejado y adulado por gentes que an-

les hacían de mí tanto caso como de los asnos que me servían para conducir mi leña, y encontréme al fin con una larga parentela que yo ni soñaba. Todos los Pérez querían ser mis primos; y aun me encontré con muchos Ramírez, Campos, Vélez y de otros apellidos, que me aseguraban tener algo de Pérez, a lo lejos o a lo cerca.

Aquello era para mí tan seductor, que en mi necesidad creí sencillamente en los tales parentescos y en la buena fe de los que a cada paso me hacían mil y mil protestas de amistad. Trastornóseme la cabeza, y empecé a habilitar a mis numerosos parientes, y a afianzar a los amigos que no cesaban de festejarme convidándome a las aristocráticas casas de la ciudad, y teniendo a mucha honra mis visitas. El señor Intendente no sólo me hacía la gracia de mirarme como uno de sus más importantes amigos, sino que por su conducto logré relacionarme con el Gobierno de Santiago, que me encontró muy a propósito para hacerme su candidato en las próximas elecciones de diputados. Yo tenía, como he dicho, un buen partido en mi pueblo; y aun no hacía ocho meses que yo había dejado de arrear una recua de burros cargados de leña, cuando ya era primer alcalde de la Ilustre Municipalidad. Pero mi ambición había crecido de punto, y miraba en poco el ser municipal. Quise ser algo más; pero como no podía ser diputado, porque apenas había alcanzado a aprender a leer y a firmarme, mis amigos íntimos, a una con el señor Intendente, me aconsejaron que fuera senador, puesto al cual el Supremo Gobierno quería elevarme en primera oportunidad.

Los circunstantes habían oído sorprendidos esta relación, y se miraban los unos a los otros, pues no habían podido imaginarse que hablaran con un alto personaje. Escuchaban en silencio, y ninguno de ellos se movió, menos el Amigo, quien viendo que el enfermo extendía la mano como buscando algo sobre el lecho, se acercó prontamente a él, tomó con la boca un pañuelo que estaba entre los pliegues de la colcha de la cama, y se lo pasó con gran admiración de todos.

—"Mil gracias, Amigo! exclamó el enfermo. Ojalá los amigos de aquel tiempo hubieran sido tan fieles como tú, y me hubieran valido después en mi desgracia, así como tú fuiste capaz de conocer mi débil voz en medio de los cadáveres! ¡Ah, señores! prosiguió: no hay desgracia mayor que la de enriquecerse repentinamente, cuando uno no tiene juicio para hacer buen uso de la riqueza. Crean ustedes lo que les dice un hombre que no sólo ha estado al borde sino dentro de la sepultura, como si viniera a decírselo del otro mundo, en donde se hallaría en este momento, si Dios no hubiera permitido que este valiente animal me volviera a la vida".

El Amigo, al verse señalado por el dedo del enfermo, que tenía clavados los ojos sobre él, alzó la cabeza, se gallardeó en su

asiento y ladró de placer, como si respondiera a lo que de él se decía.

—No parece sino, que se mostrara contento y satisfecho de su buena obra, dijo el capellán, mirando al perro con benévola sonrisa. Pero, prosiga usted, si no está fatigado, agregó, dirigiéndose al enfermo.

—No estoy fatigado, respondió Pablo Pérez, con voz entera; y, si me he quejado, ha sido solamente por el arrepentimiento que tengo de no haber empleado mejor mi riqueza.

Pero ¿cómo habría podido yo obrar bien, cuando tenía la razón trastornada por la adulación y el engaño? Ahora creo lo que entonces oía decir, sin pensar en ello, y es que para poder sostenerse a cierta altura, se necesita tener buena cabeza.

Yo la tenía tan mala que me creí elevado por mis méritos, y pensé que se apreciaban en mí las cualidades que me faltaban, sin echar de ver que mi elevación estaba solamente basada en mi dinero.

Olvidé a mis antiguos amigos y a mis verdaderos parientes, y aun llegué a avergonzarme de ellos ante los amigos falsos y los parientes postizos que me rodeaban.

—¡Ah! hasta llegué a avergonzarme de mi propio padre, quien, indignado de mi proceder, no quiso aceptar una casa-quinta que le doné lejos del pueblo, con el fin de separarlo de mi persona.

El pobre, prefirió seguir en su oficio de leñador, mientras yo gastaba una gran renta, en coches, caballos, paseos, convites y bacanales. Me hice jugador, mas por ostentación que por vicio, y llegué a ser el rey de los garitos de Copiapó.

Mi buen padre, que me observaba desde lejos, vino una noche a mi casa, y después de amonestarme y de reprenderme paternalmente me dijo:

—Pablo, tú te avergüenzas de tu padre, porque está pobre, y crees que por eso he venido a verte de noche y de un modo oculto; pero sabe que si me he ocultado para que nadie me vea aquí en esta lujosa casa, es porque yo estoy avergonzado de mi hijo.

Estas palabras me pusieron furioso, pues me parecía un desacato inaudito el que un pobre leñador se atreviese a hablar en semejante tono a todo un Primer Alcalde, que suplía la Intendencia y que estaba a punto de ser senador de la república. Tuve la insolencia de decir a mi padre que no pusiera más los pies en mi casa. Lo digo aquí delante de ustedes, señores, como quien hace pública confesión de su delito."

Al decir esto, las lágrimas rodaron de los ojos de Pablo. Dirigióle el capellán algunas palabras de consuelo, y él prosiguió:

—¡Pobre María! También ella sufría terriblemente, a consecuencia del olvido de todos mis deberes. María era una niña, hija de un vecino de nuestro barrio, tan pobre como nosotros y a la

cual yo le había dado palabra de matrimonio antes de enriquecerme.

Con mi riqueza, me olvidé de mi prometida; mal digo, no me olvidé porque me era imposible separar de mi corazón y de mi memoria a la que tanto había amado cuando tenía más corazón que dinero; pero mi orgullo, excitado por la adulación y por la facilidad para proporcionarme toda clase de goces, se sobreponía a mi amor, echándome constantemente en cara el bajo origen de mi amada.

Varias veces solicitó ella verme; pero yo no lo consentí jamás, creyendo que no debía rebajarme hasta ese extremo. Un día me escribió una carta, que conservo en la memoria.

"Pablo, me decía ella, esta carta es escrita de mi puño y letra.

He aprendido a leer y escribir para que no me creas tan ignorante como en otro tiempo, y no me desprecies, ahora, que eres un gran caballero. Ya sé que no me amas, Pablo; pero ¡no me desprecies, por Dios!

No merece esto una mujer que tanto te ha querido. Todavía te quiero, Pablo, todavía te quiero como siempre, no por tu riqueza, sino porque creo que amándote conseguiré que llegues a ser mi marido.

Te quiero, porque no puedo dejar de quererte, y nada más; y te querré siempre, aun cuando esté convencida de que tú no me amas. Pero no me desprecies, Pablo!

No me desprecies porque tú seas rico y yo pobre: mira que eso sería tener un mal corazón, y yo no quiero creer que tu corazón, sea malo. No me ames, Pablo, no me ames; está bien, no seré tu esposa: cúmplase la voluntad de Dios, que lo ha dispuesto de otro modo.

Pero, por Dios, Pablo, déjame encontrarte bueno como siempre; déjame quererte como te he querido toda mi vida".

Tuve la crueldad de contestar a esta carta, diciendo a María que olvidase su amor, que desechase esas ilusiones de la fantasía, porque la posición social que yo ocupaba me imponía el deber de conservarme a la correspondiente altura, razón por la cual no podía yo descender hasta llegar a tomarla por esposa.

Algún tiempo después, recibí otra carta de ella en la que me decía:

"Mucho me hizo llorar tu carta, Pablo. Ya sé que no me amas; pero ¿para qué decírmelo?

¿Para qué hacerme pedazos el corazón, hablándome tú de la gran distancia que nos separa? Basta que lo sepa yo. Sí, Pablo, demasiado sé que me será imposible llegar a ser tu esposa, pero te amo tanto, que no te pido más sino que me escribas esas palabras con que tú mismo me manifiestas tu desprecio. ¿Tengo yo acaso la culpa de haber nacido en la pobreza?

Más no quiero molestarte hablándote sobre esto, y sólo te diré que tu padre está muy triste. No habla de tí, ni quiere que nadie pronuncie tu nombre en su presencia. Algo le ha pasado contigo, Pablo. ¿Has tratado mal a tu padre?

No quiero creerlo. Pero ayer le pregunté por tí, y me respondió: **no tengo hijo ninguno**. Me partió el corazón, y al momento formé la resolución de acompañarlo en el resto de sus días.

Porque no sé si sabrás que mi madre murió dejándome enteramente sola, por lo cual una buena señora ha querido llevarme a su casa para que le sirviera de llavera; pero yo he preferido consagrarme a cuidar y a atender en su vejez al padre de Pablo, y así le he dicho: Padre mío, si usted no tiene ya hijo, yo seré la hija de usted."

No contesté esta segunda carta; y habiendo recibido una tercera la devolví cerrada. ¡Pobre María!

Calló Pablo durante algunos segundos y continuó:

—Pero la suerte supo bien pronto vengar a la infeliz. Los aduladores, los falsos amigos, los fulleros, junto con los desórdenes de todo género, concluyeron con mi fortuna; y de la noche a la mañana encontréme un día completamente arruinado. Tuve que vender mis haciendas para pagar fianzas que había hecho por ostentación; y aconsejado por amigos corrompidos, concluí por intentar una quiebra fraudulenta, a fin de quedar rico a costa de mis acreedores.

Pero se descubrió el fraude y me metieron a la cárcel. Cuando salí de la prisión, no tenía nada. Recurrí a mis antiguos amigos y no encontré más que desprecio en unos, pobreza en otros y falta de corazón en todos.

Me acordé de mi padre; pero la vergüenza me impedía ir a echarme a sus pies.

Por último, la falta de las comodidades a que ya me había acostumbrado me hizo caer a la cama; y una fiebre terrible me tuvo postrado en casa de una pobre mujer, que me hospedó por caridad. Durante la fiebre, perdí el conocimiento, y no me acuerdo de otra cosa sino de que todo mi pensamiento se había reconcentrado en María. Soñaba con ella y luego que despertaba la veía a mi lado atendiéndome con la mayor solicitud.

Cuando adquirí el uso de mi razón, ví que en realidad era María la que me había asistido en toda mi enfermedad. Quise echarme a sus pies y pedirle perdón; pero ella me contuvo poniéndome al mismo tiempo la mano en la boca.

—Pablo, me dijo, no hables una palabra sobre esto, si no quieres hacerme llorar. Lo que he hecho ahora por tí, cuidándote, lo habría hecho por otro cualquiera.

—¡Pero yo te tengo tan ofendida! exclamé.

—En cuanto a eso, me interrumpió con viveza, lo he olvidado todo y no me acuerdo de nada, absolutamente de nada.

Tranquilízate para que te restablezcas pronto: yo voy a decirle a tu padre que ya has recobrado el conocimiento.

—¡Mi padre! le dije, ¿cómo está?... Pero ¿por qué no dices nuestro padre, María?

—Tienes razón, me respondió ella, sonriendo con inefable dulzura: te diré que nuestro padre está bueno.

Dicho esto, salió y no volvió a entrar más en el cuarto, aunque se lo rogué varias veces por conducto de la enfermera que me siguió asistiendo.

Cuando pude levantarme y andar por mis pies, vino ella a buscarme. Sirvióme de apoyo hasta llegar a la casa de mi irritado padre.

Ella, al verlo, se echó a sus pies y le dijo: Padre mío, perdónelo! Mientras tanto yo abrazaba las temblorosas rodillas del viejo, que apenas podía tenerse en pie.

—Este ángel ha salvado tu alma, me dijo él, y aun cuando le sirvieras de rodillas toda tu vida, no le pagarías.

—Así es, padre mío, le respondí yo; y aquí en presencia de Dios que nos oye, confieso mi ingratitud y mi maldad, tanto menos perdonables, cuánto que la imágen de María no se ha separado jamás de mi mente.

Al oir estas palabras, María soltó el llanto y mi padre nos reunió a los dos estrechándonos entre sus brazos y diciendo en voz baja:

—¡Gracias a Dios! Ahora puedo morir tranquilo.

—Al decir esto, mi padre lloraba y yo sentí que las lágrimas del pobre viejo, a quien tanto había hecho sufrir, caían como plomo derretido sobre mi frente.

Al llegar aquí, el enfermo no pudo contener el llanto que embargaba su voz; y temiendo que tan tristes recuerdos agravasen su estado, resolvió el capellán dejar para después la conclusión de la historia.

Convino en ello el enfermo, agradeciendo el interés que se tomaba por su salud, y en seguida manifestó deseos de hablar a solas con el capellán para conferenciar con él y pedirle consejos sobre la manera más prudente de anunciar a su familia su casi milagrosa salvación, que para sus deudos, que debían creerlo muerto, era aquello algo como una resurrección.

CAPITULO IV

El Amigo encuentra a sus amas

Encargóse el capellán al día siguiente de ir en persona a la casa de Pablo Pérez, con el fin de noticiarles que su deudo había vuelto a la vida.

Y como el enfermo hubiera amanecido mucho mejor, hasta el punto de poderse ya levantar de la cama, concluyó el relato de su historia ante la mayor parte de las personas que lo habían escuchado el día anterior.

—Me casé con María, dijo el enfermo, y me entregué con alma y cuerpo al trabajo, venciendo la repugnancia que contra él había adquirido durante mi época de riqueza y de locura.

El oficio de leñador en el pueblo mismo en donde había sido hasta municipal, tenía para mí muchos inconvenientes, pues, a cada paso me encontraba con mis antiguos amigos, siéndome a veces casi imposible poderme disfrazar de manera que ninguno de ellos me conociera.

Deseaba abandonar a Copiapó; pero no podía llevarme a mi padre, viejo y achacoso como estaba, y mucho menos podía dejarle abandonado en nuestro terrible estado de pobreza.

Mientras María daba lecciones de primeras letras en algunas casas particulares, yo conducía leña al pueblo en la récua de mi padre. Por fin, murió éste, bendiciendo a sus dos hijos y al nieto que ya le había nacido; y yo entonces, realizando los asnos, la casucha de mi padre y todos nuestros escasos muebles, dejé a Copiapó y me vine con mi mujer y mi hijo a Santiago, en donde pocía ocultar mejor mi vergüenza que en ninguno de los pueblos del norte.

Compré un pequeño local al pie del cerro Blanco, en donde yo mismo trabajé una covacha; híceme de unos dieciséis burros, y

he trabajado constantemente durante más de veinte años en acarrear piedra y arena para las construcciones de edificios.

Así he podido enseñar a leer, a escribir y contar a mi hijo Ramón, que a la fecha es un mozo cabal y de muy buenas partidas.

No hemos tenido otro hijo; pero Dios me ha mirado con misericordia, dándomelo tan bueno para mi consuelo y el de mi pobre María.

Cesó de hablar Pablo Pérez; más como los circunstantes manifestaran deseos de saber las últimas peripecias de la enfermedad que lo había conducido a la sepultura, él prosiguió:

—Me enfermé de una especie de cólico que me tuvo muy mortificado durante dos días, sin que me pudieran mejorar los muchos remedios caseros que me hicieron y, no teniendo con qué pagar un médico, mi mujer y mi hijo me llevaron al hospital. Allí he estado, según recuerdo, unos cuatro o cinco días, sin esperanzas de vida, pues a pesar de los muchos remedios que me hicieron, el cólico no cedía.

Yo estaba hinchado como una bota y apenas podía respirar.

Perdí el habla y mis ojos se oscurecieron; pero me quedaba el oído, merced a lo cual pude oir las palabras del médico, que aseguraba no tener yo sino unos pocos minutos más de vida. Retirado el médico, el enfermero me dió ya por muerto y me echó la sábana sobre la cara, que para mi fué como si me hubiera echado la tierra encima. Quise gritar y no pude. Ménos aún pude moverme. Mi cuerpo estaba tieso y sentía que la piel se me estiraba como si me estuviesen llenando de aire. Fué aquel un momento terrible: me acordé de mi mujer y de mi hijo y quise llorar; pero no tenía lágrimas.

—Enfriáronseme los pies y las manos extraordinariamente, y sentí un gran calor en las entrañas pareciéndome que el corazón se me agrandaba hasta no caberme en el pecho. Luego oí dar la órden de conducirme al **depósito de los cadáveres**, y me estremecí de horror.

Digo que me estremecí, porque así me pareció; pero no debí hacer el menor movimiento, pues lo habrían notado. Sin embargo, parecióme que caía de una gran altura a un abismo sin fondo, y que no acababa de caer jamás.

En esto perdí completamente la vista y el oído, y quedé alelargado; pero no del todo, pues me parece acordarme de que me echaron sobre los hombros de una persona, la cual me condujo al depósito arrojándome sobre un montón de cadáveres. Sentí un frío terrible en la piel; y mientras tanto el calor de las entrañas se aumentaba, y la piel seguía estirándose como si fuera a reventar. El aire me ahogaba formándoseme un nudo en el pecho que me causaba dolores punzantes, sin serme dado mover ni aún los labios.

Creo que allí estuve muy poco rato: y luego oí distintamente

la voz del carretonero del panteón, quien, ayudado de otro, empezo a llenar su carretón.

Como yo estaba encima, me tocó caer debajo, dentro del carretón, y esto fué sin duda lo que me libró de la muerte, pues no bien empezaron a echar cadáveres sobre mi cuerpo, cuando el aire que me hinchaba salió con gran fuerza y pude respirar, pero no moverme ni gritar, aunque hacía grandes esfuerzos por conseguirlo.

Don **Chuncho**, que así llaman al carretonero, bebióse un vaso de aguardiente, que el otro le trajo, según tenía costumbre de hacerlo, y montó sobre el carretón. Yo oía lo que ellos hablaban, y por sus palabras colegí que don **Chuncho** había bebido esa noche una ración doble, en atención al mucho frío que hacía.

El carretón partió arrastrado por la mula negra de los muertos, que don **Chuncho** azotaba más que de ordinario, lanzando de cuando en cuando contra la **mañosa** terribles maldiciones, envueltas en su aguardentosa voz. Yo iba como en una prensa por los cadáveres que cargaban sobre mi barriga y mi pecho; mas por fortuna, sólo tenía sobre la cabeza algunos pares de pies muertos.

El continuo zangoloteo fué tal vez lo que me hizo espeler los remedios y demás sustancias que llenaban mi estómago y mi vientre. Encontréme mucho más aliviado, y sentí en la boca el sabor de los medicamentos que me habían dado. Esto produjo en mí tantas náuseas que como pude, volví la cabeza y lancé todo cuanto tenía en el estómago. El brazo izquierdo me quedaba libre, y habiendo adquirido fuerzas como por encanto, separé algo las piernas de difunto que me impedían el movimiento fácil de la cabeza. Pude gritar y grité; pero don **Chuncho** no me oía, por impedirlo el ruido del carro. Al fin paró éste, y conocí estar sobre el puente de Calicanto, pues oía muy bien el agua del río.

Entonces fué cuando don **Chuncho** oyó mis débiles gritos.

—¿Qué es eso? dijo con voz soñolienta.

—Soy yo, señor, respondíle.

—¡Vaya! exclamó él dando una carcajada que me hizo estremecer. Cuando los muertos hablan, licencia de Dios tienen... Pero mi oficio no es el de escuchar a los muertos sino llevarlos al panteón. ¡Arre, mañosa!

—Don **Chuncho**, por Dios, repliqué haciendo un esfuerzo: yo estoy vivo.

—Buena cosa, dijo don **Chuncho** con la voz de un completo borracho. Este muerto está loco, pues cree que se halla en esta vida. No seas tonto, amigo, prosiguió sin hacer caso de mis quejidos y lamentos; no esté creyendo disparates... Si el médico ha dicho que ya usted se murió ¿en qué cabeza le cabe que puede estar vivo?... ¿Quiere usted saber más que el señor doctor?

Riéronse los circunstantes de la lógica del carretonero, y el mismo Pablo los acompañó en su hilaridad. En seguida continuó:

—Yo también me habría reído entonces: pero no estaba para

allo, y volví a quejarme y a rogar de nuevo a mi borracho conductor. Pero éste decía, sin hacerme caso:

—¿Animitas a mí? ¿Venirme a mí con animitas, cuando en mi vida les he tenido miedo?

—Yo no soy ánima sino un hombre en cuerpo y alma, le grité.

—A otro perro con ese hueso, me respondió, esforzándose por reirse y por echar a las espaldas el miedo que parecía tener. ¿Piensa usted que yo soy de los que se dejan engañar por un muerto, cuando nunca me han engañado los vivos? Nó, mi señora; aunque sea la más pintada, yo no permitiré que ninguna ánima venga a meterme los dedos en la boca.

—Si yo no trato de engañar a usted, volví a decirle.

—Pues bien, me respondió, dando látigo a su mula, si usted ha venido a pedirme sufragios, a buen palo arrima su hacha. Yo no sé decir misa, ni tengo con qué pagarla. ¿Cómo diablo dicen que las ánimas lo saben todo? Vaya. Debe haber ánimas tontas como hay cristianos lesos. Calle la boca, y vaya sin chistar, que es la obligación de todo muerto bien criado. Si quiere misas o responsos, hable con el capellán en cuanto lleguemos al panteón.

Y como yo no pudiese dejar de quejarme, él prosiguió diciendo:

—Vaya, que también hay ánimas porfiadas, que cuando se les pone una cosa en la cabeza, no las apea el mismo Lucifer.

Vaya, pues te rezaré para que calles; pero si sigues con la misma, llamo al diablo para que te lleve, y santás pascuas.

Diciendo esto, empezó a rezar credos, padrenuestros y salves, alternados con horribles juramentos y latigazos a la mula, que me hicieron ver el estado de su cabeza.

—Ya no me quedó otra esperanza que la de llegar vivo al cementerio; pero por la gran debilidad en que me hallaba y tal vez por las emociones que sufría, me desmayé, y en mi desmayo debieron meterme en la sepultura, pues sólo allí vine a despertar debajo de dos o tres cadáveres, cuando ya el sepulturero comenzaba a cubrirlos de tierra.

No podía hablar, pero respiraba con facilidad, y ha sido mi respiración la que sin duda oyó este buen perro...

¡Ah! dijo el enfermo acariciando al Amigo: tu buen instinto me ha reconocido por el aliento, y te has acordado del bien que te hice un día, cuando tantos otros amigos he tenido que han olvidado mayores beneficios, mirando con desprecio los quejidos de mi pobreza.

—¿Entonces usted conocía a este perro? le preguntó uno de los que escuchaban.

—Sí, señor, respondió Pablo. Este perro era del señor cura de la Viña, que me ocupaba siempre. Un día que le llevé unas cargas de arena para un enladrillado, me preguntó si yo sabía curar heridas de animales. Respondíle que sí, y entonces me

presento este perro, que había sido mordido por otros en una riña.

Lo curé durante algunos días, y sanó por completo. El señor cura me hizo ver las gracias del Amigo, que me dejaron abismado, después de haberme encantado su docilidad para dejarse curar.

Tenía yo una perra overa que me seguía a todas partes, y no hizo más que verla el Amigo, cuando se le aficionó de tal modo, que siempre me salía a encontrar, haciéndome mil caricias cuando yo llevaba la perrita.

Al contrario, cuando me veía sin ella se ponía triste y taciturno, y lamiéndome la mano, empezaba a gemir y aullar, o bien ladraba furiosamente. Algunas veces, por probarlo, hacía que mi hijo sujetara la perra, y entraba yo solo a la casa. El Amigo se acercaba a mí, paso a paso, sin mover su cola; pero no bien divisaba a la Dama, cuando se volvía loco de gusto y empezaba a juguetear con ella.

Amigo, le dijo, ¿te acuerdas de la Dama?

Al oir este nombre, clara y distintamente pronunciado, el perro aguzó sus orejas, alzó la cabeza mirando en torno de sí y echó a correr fuera del cuarto.

En seguida dió algunas vueltas por el patio, lanzando ladridos altos que poco a poco se hicieron más bajos y más roncos y volvió a entrar en la pieza, echándose a los pies de Pablo.

—Ya ven ustedes cómo al oir solamente el nombre se han despertado sus reuerdos. ¡Es mucho perro éste! Por eso lo quería tanto el señor cura. Pero ¿cómo es que ha venido a dar aquí después de la muerte de su patrón?

Contáronle entonces las pruebas de fidelidad que el Amigo había dado, llorando tantos días sobre la tumba de su amo, y refiriéndole además la manera cómo había descubierto los ladrones del cementerio, sirviendo él mismo no sólo para capturar a uno de ellos, sino también para convencerlo de su crimen.

El buen Pablo no se cansaba de escuchar estas relaciones, preguntando hasta sus menores detalles.

—¡Amigo mío! le decía abrazándolo: tu patrón ha muerto; yo fuí tu médico y te sané. Estoy seguro de que me quieres mucho. Si tú me debes la salud, yo te debo la vida. Prometo no separarte jamás de mi lado, si el señor capellán me hace la gracia de ponerte en mi poder. Sí! Tendrás un amigo fiel y decidido antes de morir!

Y lo besaba en la frente, con muestras del mayor cariño. El Amigo, por su parte, le correspondía haciéndole fiestas, cuando de repente paró la oreja y se puso a escuchar atentamente.

—¿Qué tienes? preguntó Pablo.

El perro contestó con dos ladridos, y luego salió de la pieza a toda carrera.

—Son ellos, dijo emocionado el enfermo. ¡Son ellos!

—¿Quiénes? le preguntaron.

—El señor capellán, que debe venir con mi mujer y mi hijo. La repentina salida del Amigo me indica que también viene la Dama.

No se engañaba Pablo, pues bien pronto vió llegar al Amigo y la Dama, que entraron corriendo al primer patio del cementerio, yéndose en seguida hacia él, con muestras de la mayor alegría. De allí salieron al patio y empezaron a juguetear, llenos de contento, como si se dieran los parabienes de haberse encontrado.

Corrían, seguidos el uno del otro, o bien a la par, trazando en torno del patio interminables volutas; y luego se abrazaban, se alzaban en dos pies, se mordían, ladrándose y gruñéndose cariñosamente, para volver a correr y a perseguirse sin descanso.

A veces el que iba adelante se paraba de repente y dejaba pasar al otro impulsado por la velocidad de la carrera; otras veces se separaban, trazando círculos independientes, y otras, uno de ellos servía de centro al círculo que el otro trazaba, girando en torno de él como la mariposa en torno de la luz.

Y también como la mariposa solía el que giraba estrechar más y más los círculos, hasta caer en el centro que lo atraía sin cesar, para abrazarse allí de nuevo y volver a cambiarse las enérgicas caricias de los dientes.

Ya el capellán había llegado con María y Ramón, quienes, sin dudar de la palabra del sacerdote, no quedaron bien satisfechos hasta no ver por sus ojos el prodigio.

María no cesaba de abrazar a su esposo, éste le correspondía con igual ternura, y Ramón por su parte miraba y remiraba a su padre, como para convencerse bien de que era el mismo a quien ya contaba por muerto.

En fin, ya tranquilizados y contentos, dieron las gracias al buen capellán por los beneficios que de él habían recibido; y mientras María oía de Pablo hasta los menores detalles del hecho, Ramón buscaba una carreta para trasportar a su resucitado padre.

El capellán dió el Amigo a Pablo, que lo recibió lleno de gusto; y el perro, con no menos placer, siguió a su nuevo amo, acompañado de su querida Dama.

CAPITULO V

De cómo el Amigo llegó a ser el burrero más bien quisto de toda la capital

En menos de tres días, ya el Amigo estaba del todo acostumbrado en el hogar adonde lo había llevado la suerte.

La casa del burrero Pablo se componía de un rancho principal hecho de palizadas embarradas con techo de **totora**, y de otro más pequeño, también techado con totora, pero de paredes de **quincha**. El primero constaba de tres cuartos: el dormitorio de María, el de Ramón y una pieza intermedia que hacía de sala de recibo, de vivienda común y de comedor.

En el segundo rancho, a unas diez varas del primero, estaban la cocina, el pajar y el dormitorio de las gallinass. Por último, entre los dos ranchos, se veía el horno.

Tan pobre habitación no descontentó al Amigo. Al contrario, parecíale estar all en un palacio y, después de examinar todos los rincones, hasta por debajo de los catres, eligió para su dormitorio un ángulo del pajar, y para tertuliar con su Dama, otro ángulo de la cocina, enfrente del fogón.

Y aún cuando era menester trabajar para ganar la vida, no por esto se afligió ni desanimó, mostrándose pesaroso y de mal humor, sino que, más alegre que nunca, por estar al lado de la pintada Dama, trataba de ayudar a su amo en el oficio de conducir arena y piedra a la ciudad. Ya Pablo estaba viejo y cascado y era Ramón quien generalmente conducía a la recua.

Mientras Ramón recogía y apilaba la piedra en el álveo del río, el Amigo cuidaba de que los asnos no se extraviasen, rodeándolos y conduciéndolos a los puntos en donde debían llenarse las árguenas, lo cual ahorraba un gran trabajo a Ramón.

Una vez cargados los burros, montaba ágilmente sobre el que su patrón le designaba y marchaba adelante sirviendo de guía a la recua. Generalmente iba sentado sobre el aparejo, y cuando la caballería no marchaba con la rapidez necesaria, ladraba enérgicamente. Y como los burros ya conocían la autoridad de aquel ladrido, obedecían sin tardanza al señor perro que sobre sus lomos llevaban.

Si el que servía de guía se mostraba perezoso o reacio, pobre de él. Una terrible tarascada en la cruz, o una enérgica rasguñadura sobre las ancas le hacían bien pronto entrar en su deber. Si alguno de los de la recua se separaba, un silbo de Ramón bastaba para que el Amigo saltase al suelo y rodease al asno hasta juntarlo con sus compañeros, después de lo cual volvía a subir sobre su caballería.

Los asnos elegidos para servir de guía estaban enseñados á parar su marcha en cuanto el Amigo se apeaba; por manera que nada era más fácil que parar la recua, aún cuando ésta fuera al galope. Al Amigo sólo le bastaba hacer el primer viaje a una casa o a una obra cualquiera para guiar la recua sin extraviarse.

Llagado a la puerta de las obras, se colaba adentro, y luego se apeaba y salía a la calle a ayudar a Ramón a hacer entrar todos aquellos asnos que aun no sabían bien seguir la recua.

Vuelta a la casa, mientras los asnos despachaban la pequeña ración de paja que Ramón les daba, él se quedaba rondando, sin permitir que ningún animal extraño viniese a comerse o a desparramar el forraje.

En la noche, la casa estaba segura de toda clase de ladrones; y sucedió varias veces dejar el horno con una parte del amasijo, que no se había cocido, hasta el día siguiente, sin que faltase un solo pan. Dormía y rondaba la casa alternativamente; y debido a su gran vigilancia, se libró una vez la cocina de ser presa de las llamas.

El fogón había quedado sin apagar y por acción del viento había saltado una chispa a la "quincha", hecha de fajina, en donde mordió el fuego prontamente.

En una de sus nocturnas rondas vió el Amigo que la quincha había comenzado a arder, y corrió velozmente a morder la puerta de Ramón, que despertando y acudiendo en el acto, logró extinguir el incendio.

Ramón, que era muy ingenioso y observador, había notado que, en sus viajes a la ciudad, el Amigo se conducía mejor y estaba más dispuesto a manifestar sus gracias, cuando iba acompañado de la Dama que cuando iba solo.

Pensó, pues, en sacar partido de esta circunstancia, y todos los días llevaba consigo a los dos perros. Mientras el Amigo iba montado sobre su asno, la Dama trotaba al lado de la recua, o bien iba atrás arreándolo.

Después de algunos ensayos consiguió que el Amigo y la Dama dirigiesen la recua, sin necesidad de él, y desde entonces ya pudo emplear casi todo su tiempo en recoger la piedra y la arena, mientras los perros conducían los asnos cargados a las obras.

Para ello, no tenía más que hacer sus contratos de acarreo, estableciendo que las árguenas serían vaciadas en las obras por los peones que allí trabajaban, los cuales debían poner las árguenas vacías sobre los asnales lomos, indicando al Amigo que ya era hora de volverse al río. Ramón hacía siempre el primer viaje y era lo que generalmente bastaba para que el Amigo aprendiera el camino. Después la recua seguía haciendo sus viajes, dirigida por el hábil perro, que montado sobre su asno parecía, ¡qué digo parecía! era todo un burrero hecho y derecho.

Cuando la recua tenía que marchar en línea recta, el Amigo no encontraba inconveniente alguno para gobernarla, pues el camino recto es el natural camino de los asnos. Lo difícil era cambiar oportunamente de dirección; y muchas veces desgañitábase ladrando el pobre Amigo, sin que su cabalgadura torciese convenientemente la esquina.

Entonces saltaba al suelo, obligando al porfiado burro a entrar por la boca calle que debía seguir, y una vez encaminada la recua, trepaba sobre su asnal caballo y proseguía gallardamente su marcha.

No había temor de que ningún asno se extraviase, pues la Dama era también muy inteligente y por demás cuidadosa; y por lo que atañe a robos o siniestros de este género, ya el inteligente lector sabe que el Amigo era tan capaz de hacerse querer de las gentes honradas, como de hacerse temer de los ladrones.

Un día que pasaba la recua por la calle de la Recoleta, varios muchachos, viendo que los asnos venían sin un hombre, quisieron espantarlos y desordenarlos; pero la Dama, que iba atrás, llamó con sus ladridos la atención del Amigo, y éste saltando al suelo, persiguió furioso a los muchachos, logrando atrapar a uno, que pagó el pecado de todos los demás, pues quedó con una pierna mordida.

La madre del muchacho empezó a insultar a los perros, como si le entendiesen; pero un vecino le contestó por éstos, diciéndole: Que aquellos dos trabajadores canes no tenían la culpa de lo sucedido, pues no habían hecho más que defender la hacienda de su patrón, y que los verdaderos culpables eran los muchachos, o mejor dicho, los descuidados padres, que así dejaban sus hijos en la calle, expuestos a toda clase de siniestros.

Pero era muy raro que el Amigo tuviese que hacer uso de la fuerza para defender sus asnos. Ya todo el mundo se había acostumbrado a ver a los dos "perros burreros"; lejos de molestarlos, los agasajaban y cuidaban, especialmente al Amigo, que

de muchas casas lo solían llamar para regalarlo, en cambio de las gracias con que solía tener embobadas a las gentes. Así puede decirse, sin faltar a la verdad, que el Amigo era, de todos los burreros de Santiago, el que contaba más amistades y mejores relaciones en la ciudad.

Y, como por otra parte, Ramón era un mozo cumplidor y muy honrado, no es extraño que fuera el más buscado de entre sus colegas para el acarreo de materiales.

Un día que la recua hacía su primer viaje a una obra, y que por consiguiente iba arreada por Ramón, la pobre Dama, que iba al costado de los asnos, se vió de repente rodeada de un cortejo de galanes, que inopinadamente desembocaron por cierta callejuela extraviada.

Ella, con el pudor que la caracterizaba... huyó de ellos, bajando honestamente la cabeza, al comprender las lividinosas intenciones de un par de mastines de gallardo talante, seguidos de un gran **choco** lanudo (que parecía no haberse lavado la cara ni hecho la barba en ocho meses) y de cuatro o cinco **quiltros** bulliciosos, que también se atrevieron a dirigirle sus cumplidos a la pudorosa Dama.

El buen Amigo, sentado sobre su asno, allá a la cabeza de la tropa, ni aun sospechaba aquella asechanza contra su honor; pero un grito de su querida Dama lo hizo volver la cara y ver, ¡horrible desacato! que uno de los perrazos y el lanudo y sucio choco tenían a la prenda de su corazón en medio de ellos, y la trataban familiarmente como si fuera una **perra de la calle** y no tuviera quien sacase la cara por ella.

Sin dar un ladrido ni pedir permiso a su amo, saltó de su cabalgadura el irritadísimo Amigo, y voló en defensa de su honor ultrajado. Atropellando a los **quiltros**, y esgrimiendo sus terribles colmillos, saltó contra el mastín, al cual alcanzó a coger de una oreja cortándosela de una tarascada.

Al verse con una oreja de menos el mastín, puso pies en polvorosa, siguiendo a los demás que habían huído. Persiguiéndolos el Amigo al momento; y sólo alcanzó al **choco**, cuyas lanas no le valieron contra los puntiagudos colmillos del Amigo. ¡Pobre **choco**!

Más le valiera no haber nacido, pues pagó allí no sólo su pecado, sino también el de los mastines y los atrevidos **quiltros**. El Amigo barrió el suelo con él, y después de haberlo mordido, golpeado y arrastrado en diversos sentidos, echólo adentro de una acequia, cuya corriente no arrastró más que un cadáver.

Satisfecha su justa venganza, el Amigo volvió prontamente a la recua, y tomando de una oreja a la Dama, dióle algunos sacudones, acompañados de severos gruñidos, como para recordarle la obligación que ella tenía de andar por la calle con todo recato y circunspección, sin atraer, con miradas indiscretas, a perros

vagabundos y paseantes en corto, seductores de profesión, que son y serán siempre la perdición de una perra honrada y sin experiencia del mundo.

La docilísima Dama sufrió al parecer con gran paciencia los maritales tirones de oreja, y oyó con modesto continente los autorizados y prudentes gruñidos de su esposo.

Tal vez ella temió que los gruñidos pasasen a ladridos, y éstos a palabras mayores, de lo cual ella era enemiguísima como de toda clase de escándalos, o tal vez su conciencia no estaba del todo tranquila, como suele suceder en semejantes casos, pues por más desalmados que sean los picaronazos perros, son ellas, hasta las más recatadas, las que generalmente tienen la culpa de los desmanes de ellos.

Esto no es decir que la honestísima y fidelísima Dama hubiese tenido, ni por asomos, el más levísimo pensamiento de faltar a la fe que a su tan queridísimo esposo debía. Nada de esto, porque tan pecaminosos y ruines pensamientos no son sino los últimos efectos de sentimientos bastardos y de afectos que bajo la capa de bien parecer, con el nombre engañoso de usos sociales y hasta con el barniz de la virtud, suelen introducirse en el corazón femenino.

Así cual cuentan los viajeros que han recorrido la India, suelen las viborillas introducirse en el cáliz de las flores para picar y envenenar a los incautos que aspiran el delicioso aroma. El Amigo nada tenía de incauto; y si confiaba en la fidelidad de su consorte, era con aquella prudencia y seso del que conoce la gran debilidad femenina, que sólo puede ser comparable con la no menos grande debilidad masculina.

Y para quitar de en medio toda causa de siniestro que rompiese el purísimo cristal de su honra, creyó que no debía separarse mucho de su Dama, en sus viajes por aquellas peligrosas calles. La recua se había parado; y Ramón, que observaba atentamente al perro, vió que, sin soltar la oreja de la Dama, se acercaba a su cabalgadura. Trepó sobre ésta de un salto, y desde arriba empezó a ladrar a su esposa, como si la llamara, invitándola a subir. Pero la Dama no le entendía sin duda, pues que, en vez de subir, contentábase con hacerle fiestas desde abajo, dando vueltas en torno del asno.

El Amigo no estaba para fiestas, y se irritó, pensando allá en su perruna mente, que su esposa se le había sublevado, cuando la pobrecita no hacía otra cosa que saltar con gracia riendo con la cola y gruñendo amorosamente a su marido. Entonces éste volvió a bajar al suelo, sacudió dos o tres tarascadas a su perra, y subió de nuevo sobre el asno; pero tampoco entendió la Dama esta última advertencia, lo cual elevó al cubo la cólera del Amigo, que empezó a ladrar furiosamente, mirando con terribles ojos a su consorte, como si le dijera:

—¡Ah, perraza! ¿Conque no quieres irte aquí conmigo? Pero ya caigo en cuenta por qué prefieres ir a pie... Tú deseas encontrar otra pandilla de galanes, picaronaza!

No se admire el discretísimo lector de la injusticia con que el Amigo trataba a la que tanto lo quería, pues que no sólo un perro sino hasta un hombre con toda su razón puede tomar por falta de obediencia, en su esposa, lo que no es más que falta de inteligencia o de educación.

¿Cómo había de subir la pobre Dama si jamás le habían enseñado a montar a caballo? Esto era lo que el irritado Amigo no podía comprender, a pesar de su reconocido talento y su grande experiencia del mundo.

Y ladraba y manoteaba y pateaba de rabia sobre su asno, por no echar de ver que para que su perra se elevase a la altura en que él se encontraba, era necesario enseñarla de una manera que correspondiese a la educación que él había recibido, sin lo cual jamás podrán entenderse ni avenirse dos esposos por buenos que sean separadamente.

Las cosas se habían ya encrespado, a juzgar por los ariscados labios que, alzándose temblorosos, dejaban ver los blanquísimos dientes de uno y otro consorte, cuando Ramón trató de poner paz entre ellos. Taloneó vivamente a su burro, y llegó tan a tiempo, que si demorara un minuto más, ya habría habido causa eficiente de divorcio. Apaciguólos, pasándoles la mano a uno y otro por el lomo; y cuando los vió aquietados, colocó a la Dama sobre las ancas del asno, que como era pacientísimo, se prestó a llevar los dos perros con la misma docilidad con que antes llevara uno.

El Amigo se puso contentísimo, y la Dama parecía también gozar con ir sobre el asno al lado de su esposo, el cual ladraba de satisfacción, como diciendo a su perra:

—¡Esto era lo que yo quería que hicieses!

Ella le respondía con ladriditos, que muy bien podían traducirse por estas palabras:

—Pues bien, amigo mío, ya me ves aquí a tu lado.

Al principio no se tenía muy bien la medrosa Dama, tanto por la falta de costumbre que es la principal causa de muchos miedos cuanto porque el cosquilleo de sus patas sobre las ancas del asno, no dejaba a éste marchar tranquilo. Pero Ramón evitó tal inconveniente, cubriendo las asnales ancas con un burdo poncho de lana, que aseguró muy bien a la montura. Pocos ensayos bastaron para que la Dama llegase a sostenerse gallardamente a la grupa. La vista de los dos perros sobre el asno que marchaba al trote, dejó encantados a los vecinos de la calle de la Recoleta. Al verlos pasar, asomábanse las mujeres a las puertas de sus habitaciones, y exclamaban riendo a más no poder.

—Miren no más al Amigo como va tan pechiparado y orondo con su mujer a las ancas que es bendición verlo! ¡Dios lo guarde y los libres del mal ojo!

Después enseñó Ramón a la Dama a andar sola a caballo; y así pudo la perra arrear la recua, que su querido y gallardo perro dirigía con su admirable instinto, y defendía con un valor digno de ser cantado por Ercilla.

Fin del Tomo Primero